

Adolfo Bueso

Recuerdos de un cenetista



Adolfo Bueso

RECUERDOS DE UN CENETISTA

De la Semana Trágica (1909) a la Segunda República (1931)



Adolfo Bueso García

A mi hijo Ángel, que ha colaborado tanto en el original que, en justicia, su nombre debería figurar, junto al mío, en la cabecera.

Cubierta: Alberto Corazón

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Índice

NOTA PRELIMINAR

I. DE LA SEMANA TRÁGICA A LA FUNDACIÓN DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO

II. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA HUELGA GENERAL DE AGOSTO DE 1917

III. EL AUGE DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO, LA HUELGA DE «LA CANADIENSE» Y LA AGITACIÓN SOCIAL

IV. LA EDICIÓN DE «SOLIDARIDAD OBRERA» EN VALENCIA

V. LA CAMPAÑA DE MARRUECOS Y LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

VI. LA CAÍDA DE PRIMO DE RIVERA Y DE LA MONARQUÍA

Notas

NOTA PRELIMINAR

Estos recuerdos que ahora emprendo no tienen la pretensión de ser una obra literaria ni tampoco rigurosamente histórica. No podrán ser éstas líneas literarias porque quien las escribe carece de la preparación cultural indispensable, ni serán rigurosamente históricas por no tener el autor a la mano documentos ni archivos que, acaso, pudieran dar fe de veracidad. Lo que sí serán estas notas es sinceras.

Testigo, y a veces gestor de lo que relate, el autor aspira a ser lo más imparcial posible; y por lo que se refiere a la verdad, advierte que lo que diga responde a cómo lo vio, lo que no quiere decir que los hechos fueran para todo el mundo iguales.

Como la historia la hacen los hombres —y las mujeres— con todas sus virtudes y sus defectos, claro es que por aquí tendrán que desfilar todos aquellos que se han conservado en mi memoria y la parte que tomaron en los acontecimientos. Unos saldrán con sus nombres, otros no, para evitar disgustos, aunque ya se verá cómo la mayoría fueron, o son todavía, gentes sin complicaciones ni complejos, que si hicieron historia fue sin darse cuenta de ello.

Hombre de la calle el que esto escribe, resulta lógico que describa, a la pata la llana, lo que en momentos que luego han resultado históricos hicieron sus compañeros de lucha.

Capítulo 1

DE LA SEMANA TRÁGICA A LA FUNDACIÓN DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO

En aquella primera década del siglo nuevo, España restañaba sus heridas después de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, últimos residuos de su imperio colonial. Alfonso XIII ya comenzaba a perfilar sus veleidades absolutistas, neutralizado a duras penas por los capitostes de los partidos políticos, que empezaban a darse cuenta de que su confortable «turno pacífico de los partidos» se deterioraba. Los filósofos y escritores de la después tan jaleada generación del 98 pugnaban por abrirse paso entre la multitud de arribistas y paniaguados que acaparaban lo poco que había a repartir en las artes y las letras.

Los elementos liberales del país habían ganado una batalla, la batalla contra el proyecto de Ley contra el Terrorismo que, con pretexto del pasado terrorismo en Cataluña y del oscuro caso Rull, Maura, en el poder, se proponía hacer aprobar por las Cortes.

El tal proyecto era un verdadero atentado contra la libertad. Por su articulado se autorizaba al gobierno a que, por vía gubernamental, pudiera suprimir periódicos, clausurar centros obreros, cerrar establecimientos públicos y centros de recreo en los cuales pudieran reunirse los anarquistas. Se podría expulsar de España a los individuos que, de palabra o por escrito, propagasen ideas anarquistas. Si los expulsados volvían a la patria, podrían ser juzgados y condenados a relegación en una colonia lejana por un tiempo no menor de tres años, y, además, en dichas colonias, estarían sujetos a un régimen disciplinario.

El proyecto llevaba fecha de 24 de enero de 1908, y la campaña en la prensa y en las tribunas fue intensísima, hasta el punto de que su discusión en las Cortes no lograba avanzar, y finalmente en el mes de abril fue retirado.

Hay que decir, porque es verdad, que, a pesar de que el tal proyecto apuntaba casi exclusivamente a los anarquistas, todos los hombres liberales y republicanos se alzaron contra él, sin omitir esfuerzos ni sacrificios.

En Cataluña, los monárquicos habían cedido el paso a la Lliga Regionalista, que iba poco a poco conquistando ayuntamientos y diputaciones, aprovechando el decaimiento del republicanismo federal, afectado por la falta de dirigentes de envergadura y también por la apatía política de los obreros.

Pero también la Lliga Regionalista sufría su propia crisis causada por la traición de sus hombres a la esperanza que había despertado el formidable movimiento de Solidaritat Catalana. Efectivamente, cuando los líderes catalanistas optaron por dejarse nombrar ministros de la Corona, los elementos liberales y los pequeños comerciantes y artesanos abandonaron las filas regionalistas, quedándose en casa.

Frente a la Lliga no se alzaba otra fuerza política seria que el Partido Republicano Radical, acaudillado por el aventurero Alejandro Lerroux. Este señor era un andaluz perteneciente a una familia de origen francés que, fracasado en sus estudios, llegó a Madrid, como tantos otros, a buscar en los entresijos de la política un modo de vivir. Siguiendo el camino clásico, comenzó a ser republicano terrible... y sin escrúpulos. Colaboró algún tiempo en El País, el único diario republicano de Madrid, pero, a pesar de que ese diario vivía gracias a subvenciones obtenidas de los Círculos Recreativos, que tenían mesas de juego, cómo deberían ser de turbias las actividades de Lerroux para que Roberto Castrovido, director de El País, le echara a la calle poco menos que violentamente. Y entonces el falso republicano fue protegido por el jefe del Partido Liberal, Segismundo Moret, que le remitió a Barcelona con el doble objetivo de separar a los obreros de las luchas sociales y también de combatir el catalanismo incipiente. Lerroux emprendió su trabajo con todo ardor y con innegable éxito.

Fundó un diario, *El Progreso*, teniendo cuidado de emplear en los talleres algunos tipógrafos de los que más discurseaban en los medios anarquistas. En esto el caudillo radical se equivocó un tanto, puesto que solamente dos de aquellos tipógrafos se dejaron seducir por sus cantos de sirena, y no tardó en tener serio conflicto con la sociedad *El Arte de Imprimir*; conflicto que ganaron los obreros después de mucho tiempo de lucha, incluso violenta.

El Partido Radical obtuvo la base de sus afiliados en todo el elemento oficial de la ciudad condal, desde el presidente de la Audiencia al último mono de la Delegación de Hacienda, pasando por la policía, la guardia civil y las fuerzas de la guarnición. Todas estas fuerzas tan heterogéneas se unían por un imperativo común, el patrioterismo español, frente al separatismo. La otra parte importante del lerrouxismo estaba compuesto por un muy importante número de obreros, la mayoría de fuera de Cataluña, deslumbrados también por el españolismo y, además, por la demagogia anticlerical de los capitostes radicales. Y así fue como los radicales lograron conquistar fuertes minorías en los ayuntamientos y diputaciones, pero con tan mala táctica que fueron perdiendo posiciones poco a poco a consecuencia de las infinitas inmoralidades que cometían. Recordemos las fortunas improvisadas de los Santamaría, la familia Ulled, Emiliano Iglesias, Jorge Vinaixa, etc.

Además del diario, contaban los lerrouxistas con dos semanarios, *La Rebeldía*, de las juventudes, y *El Descamisado*, órgano de los grupos de acción. También existían en todas las barriadas unos centros llamados Fraternidades Republicanas.

La prensa de ese partido mantenía el fuego sagrado despoticando, día tras día, de la corrupción clerical, tema favorito de sus ataques; y los oradores de los frecuentes mítines —Iglesias, Guerra del Río, Calderón Fonte, los hermanos Ulled— enardecían a las masas con sus discursos petroleros, lo cual no era obstáculo para que siguiesen enriqueciéndose en los ayuntamientos.

El propio Lerroux llegó a publicar en *La Rebeldía* un sonado artículo titulado «Rebeldes, rebeldes», en el cual se decían cosas como éstas:

No hay nada o casi nada bueno; no hay nadie o casi nadie justo. Jóvenes rebeldes, entrar a saco en el registro de la propiedad y

haced una hoguera con sus papeles. Id a los conventos, alzad el velo a las novicias y elevadlas a la categoría de madres [...]

Tan demagógica palabrería tuvo unas consecuencias harto inesperadas, sobre todo para jefes y jefecillos, como veremos más adelante.

Los elementos activos del obrerismo catalán estaban por entonces en una especie de compás de espera, todavía no curados del todo del terrorismo de los últimos veinte años, pero sin atreverse a tomar formas más sindicales, a tenor de los aires que llegaban de Francia, sobre todo después del Congreso de Amiens. El terrorismo y su implacable represión habían castigado mucho a los grupos anarquistas. Aquel período había sido una lucha a muerte entre anarquistas y autoridades. En septiembre de 1893, el anarquista Pallas arrojó una bomba durante un desfile militar, en la Gran Vía de Barcelona, contra el general Martínez Campos, el cual salió ilesa, pero hubo algunos soldados heridos. Pallás fue detenido, juzgado militarmente, y fusilado. Acaso como represalia, dos meses después, dos bombas fueron arrojadas sobre el patio de butacas del teatro del Liceo de la capital catalana. Fue detenido como autor el anarquista Santiago Salvador, también fusilado en el fatídico castillo de Montjuic. El 7 de junio de 1896, al pasar la procesión del Corpus por la calle de Canvis Nous, cayeron dos bombas sobre el cortejo, causando muertos y heridos. Las autoridades perdieron la cabeza y se hicieron más de 400 detenciones, sin base alguna de acusación.

El proceso del atentado de Canvis Nous fue uno de los más sonados de la época, sobre todo por la notoriedad que tomaron los procedimientos empleados para arrancar declaraciones a detenidos completamente inocentes.

Como este proceso, por sí solo, daría tarea para un largo trabajo, me limitaré ahora a dar unos datos sucintos.

En definitiva quedaron procesados 87 obreros, que fueron sujetos al fuero de guerra y todos encerrados en los húmedos sótanos del castillo de Montjuic. Actuó de juez un militar llamado Enrique Marzo, el cual, según declaración propia, había cerrado los ojos a la razón, hasta el punto de procesar a Pere

Corominas, intelectual catalán que, evidentemente, nada podía saber del atentado.

El fiscal montó una acusación absolutamente falsa, asegurando que todo se había fraguado en el Centro Obrero de la calle de Jupí, donde solían celebrarse conferencias de carácter cultural, las cuales, según el fiscal, servían de tapadera a los conspiradores. A Pere Corominas le procesó porque había dado una de las referidas conferencias.

Los martirios tenían por objeto hacer declarar a los detenidos cosas que ignoraban en absoluto. Sobre todo quería saber dónde encontrar a un supuesto anarquista llamado Luis Mas, que nadie conocía. Entre los procesados figuraba también Teresa Claramunt.

Finalmente, el consejo de guerra pronunció cinco penas de muerte, de las cuales una fue conmutada. El resto de los procesados fueron condenados a penas de presidio de muchos años.

Dos días después de la sentencia fueron fusilados en los fosos del castillo maldito los compañeros Tomás Ascheri, Antonio No- gués, José Molas y Luis Mas, quien se aseguraba no tenía nada que ver con el Luis Mas buscado por la policía, pero que fue detenido por el hecho de llamarse así.

La indignación fue muy grande en los medios obreros y republicanos, y circuló una hoja clandestina, titulada La Ley de Taitón...

El 9 de agosto de 1897 caía muerto a balazos Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros. El autor del atentado, el anarquista Angiolillo, fue ejecutado el día 20. Días más tarde el anarquista Sempau disparaba contra el capitán Portas, que salió ilesa del atentado.

En 1898, la pérdida de la guerra con los Estados Unidos, con la cesión de Puerto Rico, Cuba y Filipinas, produjo un gran daño a la monarquía y al prestigio del ejército. Aprovechando las circunstancias, los elementos obreros y republicanos decidieron emprender una campaña a favor de la revisión del proceso de Canvis Nous. El 19 de febrero de ese año tuvo lugar el primer acto, un mitin grandioso en el viejo teatro Tívoli, de la calle de Caspe. Esta campaña

de revisión duró dos años de lucha infatigable, y gracias a ella algunos aprovechados se hicieron un nombre. Especialmente Lerroux.

No hubo revisión, porque eso de revisar la cosa juzgada es imposible en España, pero se obtuvo una amnistía condicionada, que puso en libertad a los condenados, siendo algunos desterrados. La mayoría se refugió en Londres, que era por entonces la tierra más hospitalaria.

En el mes de febrero de 1902 tuvo lugar en Barcelona la primera huelga general digna de tal nombre. Se decretó por acuerdo de las sociedades obreras, como acto de solidaridad con los obreros metalúrgicos que mantenían una huelga hacía varias semanas.

No hubo apenas disturbios, aparte algunos tranvías deteriorados. El paro duró tres días, con resultado poco apreciable para los metalúrgicos pero muy animador para los sindicalistas.

El día 12 de abril de 1904 llegó a Barcelona Antonio Maura, quien al salir de Madrid dijo a los periodistas: «No se me comerán». No se lo comieron, pero a poco no lo cuenta. Un anarquista solitario, Miguel Artal, en la estación, le atacó puñal en mano, salvándole de la muerte el coraje de una sobrina del político mallorquín, la cual desvió el puñal de un sombrillazo.

Mes y medio más tarde, el 31 de marzo, el rey de España sufrió un atentado en París. Una bomba estalló bajo el coche en que iba Alfonso XIII, que salió milagrosamente ilesa. Los caballos murieron despanzurrados. Se dijo entonces que los autores habían sido anarquistas españoles, pero nada se supo con certeza.

Todavía me veo precisado a explicar unos sucesos barceloneses, que acaso parezcan lejos de la Semana Trágica pero que yo considero esenciales para reflejar el ambiente de aquella época. Me refiero al atentado contra los periódicos *Cu-Cut!* y *La Veu de Catalunya*.

En el mes de noviembre de 1905, un grupo de oficiales, durante la noche, entraron violentamente en las redacciones del semanario *Cu-cut!* y del diario *La Veu de Catalunya*, destrozando todo el mobiliario y arrojando a la calle toda la documentación a la que prendieron fuego. Los dos periódicos eran

catalanistas y, al parecer, se permitían censurar a los militares, algunos de los cuales no encontraron recurso mejor que aplicar directamente su justicia.

Aquello produjo honda emoción en todo el país, pero acaso no hubiera pasado de ahí a no ser por las consecuencias que tuvo.

Lo que no se atrevió a hacer el gobierno conservador lo intentó el gobierno liberal presidido por Segismundo Moret, el cual presentó a las Cortes un proyecto de Ley, llamada de Jurisdicciones, en virtud del cual todos los delitos que tuvieran relación con los militares serían juzgados por los militares mismos. Es decir, serían juez y parte. Esto, que ahora parece cosa normal, produjo en el país una protesta casi unánime. En los medios obreros, algunos militantes apercibieron el peligro y se sumaron a la campaña de protesta que habían emprendido los republicanos, los socialistas y la mayoría de los intelectuales. Pero, si debo ser verídico, tengo que decir que la mayoría de los obreros se desentendieron del problema, porque alegaban que, si bien creían que los militares eran malos, los otros, los catalanistas, eran unos burgueses carcundas.

En realidad, cuantos en la nación sentían ansias de manifestarse lo hicieron ruidosamente, bien en pro bien en contra del proyecto de ley a que me refiero. Nadie ignoraba que Alfonso XIII apoyaba abiertamente a sus sostenedores.

El ambiente estaba muy caldeado y se producían, a menudo, episodios a favor y en contra. Recuerdo que, precisamente la noche del asalto de los militares a las redacciones de los periódicos, tuvo lugar en el teatro Romea, sito en la calle del Hospital, el estreno del drama *El cor del poblé*, del dramaturgo Ignasi Iglésies. Como era natural, en los entreactos se comentaba lo que acababa de ocurrir y la indignación era grande. Al final de la representación, el actor Jaime Borrás, hermano de Enrique, avanzó al borde del escenario y con su gran vozarrón gritó: «Visca el treball!». La ovación duró varios minutos.

Hubo bastantes procesos por injurias al ejército, pero invariablemente los tribunales absolvían a los periodistas encartados. Esto desesperaba a los militares y sus partidarios, que reclamaban de Madrid la pronta aprobación de la ley de excepción.

En aquella ocasión, Lerroux se desenmascaró impúdicamente, pues, a pesar de tratarse de un proyecto tan draconiano y antiliberal, emprendió en su prensa una campaña favorable al proyecto. Indudablemente obedecía las órdenes de su amo Segismundo Moret. Por cierto que en su desfachatez llegó a pasearse por las Ramblas llevando en la cabeza un sombrero de paja luciendo una amplia cinta bicolor rojo-gualda. Al pasar por delante de los puestos de las floristas, algunas se dieron cuenta de la provocación y, después de aplicarle adjetivos malsonantes, acabaron por desensombrerarle. El «héroe» tuvo que tomar un tranvía para salvarse de las iras femeninas.

Cuando en las Cortes empezó la discusión del proyecto de ley, los diputados republicanos se pusieron al lado de los catalanistas, destacando en sus intervenciones Nicolás Salmerón, Rodrigo So- riano, Luis Morote y otros que ahora no recuerdo. Además de la discusión en el hemiciclo, se abrió una información pública ante una comisión parlamentaria, para que quienes quisieran manifestaran su opinión. Joaquín Costa, el gran polígrafo, medio paralítico, llegó a Madrid desde Graus y pronunció un formidable discurso en contra.

A pesar de todo, y como era de esperar, la ley se aprobó y fue causa de muchos procesos y encarcelamientos, no siendo los escritores anarquistas los menos perjudicados, sino al contrario.

La prensa vespertina de Barcelona del día 30 de mayo de 1906 publicó una noticia que causó estupefacción general a toda la gente, y a mí, particularmente, me llenó de asombro. La noticia era que un anarquista catalán había lanzado una bomba al paso de la comitiva que regresaba del casamiento del rey Alfonso XIII con la princesa Victoria de Battenberg. Había muchos muertos y heridos, pero los reyes habían salido ilesos. Al siguiente día se supieron más detalles. La bomba o las bombas habían sido arrojadas sobre la carroza real desde un balcón de una casa de la calle Mayor, y se afirmaba que el autor del atentado era un catalán llamado Mateo Morral. Y ese nombre fue el que causó mi asombro, porque yo conocía a Morral y jamás me hubiera podido figurar que fuera capaz de ser terrorista. Véase por qué conocía a Morral.

Por entonces la Sociedad de Albañiles y Peones sostenía una escuela para adultos instalada en la plaza de Santa Catalina, de Barcelona. Y yo, muy atrevidamente, era profesor auxiliar, aunque la verdad era que me sentía bastante cohibido al enseñar las letras a hombres ya de pelo en pecho, yo que no tenía pelo de barba.

Todos los libros y el material escolar eran facilitados por la Escuela Moderna, y ése era el motivo de que yo tuviera que acudir muy a menudo a dicha escuela y de que tuviera que entrevistarme con Mateo Morral, que era precisamente el encargado de ese servicio. Morral era un joven muy reservado, que mejor parecía un seminarista que un libertario. Era hijo de un fabricante de tejidos de Sabadell, pero sus ideas le habían apartado de su familia.

Aquel atentado y el proceso que le siguió requerirían también mucho espacio; por ello resumiré lo más esencial.

Todos los indicios conducen a clasificar aquel atentado entre los cometidos por un solitario. Morral llevó a cabo todos sus preparativos sin contar con nadie. Se trasladó a Madrid y encontró una habitación en la calle Mayor, precisamente en el curso que tenía que seguir el cortejo de la boda real. Arrojó las bombas ocultas en unos ramos de flores, y después, aprovechando la confusión, salió a la calle y se dirigió directamente a casa de José Nakens, un viejo republicano que publicaba un semanario muy popular titulado *El Motín*, de tendencia primordialmente anticlerical. En una ocasión Nakens había publicado un artículo justificando el magnicidio y asegurando que, si llegara el caso, él protegería a un regicida. Ateniéndose a esa opinión, Morral se presentó a Nakens y le manifestó que acababa de atentar contra la pareja real y venía a pedirle que hiciera honor a su opinión. Nakens, claro, se quedó viendo visiones, pero su amor propio se puso por encima de sus aprensiones, y sin dudar, después de recortar con sus tijeras el bigote de Morral, le condujo a casa de un amigo obrero, al cual explicó que su acompañante era un viajante catalán que tenía miedo de que le tomaran por el autor de un atentado que se acababa de cometer, y él, Nakens, le pedía a un amigo que le diera asilo por un par de días. Al menos esto fue lo que declararon el obrero y el periodista ante la policía. Morral, pues, quedó en aquella casa, pero al parecer, al darse cuenta

de la magnitud que había tomado su acto y del peligro que corría aquella familia que le albergaba, decidió marcharse y así lo hizo.

Nadie se ha cuidado de explicar, si lo sabía, dónde estuvo Morral hasta el día 12 de junio, día en el que se encontró con un guarda jurado, en plena carretera, cerca del pueblo de Torrejón. Se supone que el guarda le había interrogado y que Morral disparó contra él, suicidándose después, ya que se habían encontrado los dos cadáveres en la carretera.

La policía pudo seguir fácilmente una pista por el hecho insólito de que Morral dio sus verdaderos nombre y apellido en la casa de la calle Mayor, y es más, como domicilio indicó el de su padre, el fabricante de Sabadell.

El hecho de ser Morral un empleado de la Escuela Moderna fue aprovechado inmediatamente para acabar con aquel centro de cultura que era la pesadilla de los cléricales españoles. Su director, Francisco Ferrer, fue detenido y trasladado a Madrid y el establecimiento clausurado, lo mismo, por supuesto, que las sucursales que tenía en la ciudad. Yo pasé mi miedo durante algunos días a causa de mi cargo en la escuela de la plaza de Santa Catalina, pero afortunadamente nada me ocurrió, sin duda por no constar mi nombre en parte alguna. Casi todos los colaboradores de la Escuela Moderna sufrieron detenciones e interrogatorios. Finalmente, el proceso quedó limitado contra Ferrer como inductor y Nakens y dos obreros madrileños como encubridores.

El proceso contra Ferrer Guardia fue una lucha entre los ultramontanos y todo el mundo que pudiéramos llamar liberal. En realidad, no existían pruebas convincentes de responsabilidad contra el director de la Escuela Moderna, pero se aprovechaba la ocasión para mirar de acabar con aquel centro de enseñanza laica y su amplio radio de influencia.

La campaña de prensa y actos públicos en favor de Ferrer fueron más amplios en el extranjero que en el propio país. Los intelectuales españoles parecían miedosos de mezclarse en aquel proceso por un atentado que había costado varias vidas. Este recelo se manifestó claramente en el momento que hubo necesidad de buscar un defensor para Ferrer. Todas las primeras figuras de la abogacía madrileña buscaron pretextos para no apechugar con aquel hueso. Fue entonces cuando entró en escena Emiliano Iglesias, lugarteniente de

Lerroux, abogado sin clientela, que malvivía en Barcelona de lo que podía sacar de El Progreso y de la protección de la dueña de una casa de lenocinio. (Lo que no ha impedido que después de nuestra guerra muriera en Madrid, «después de haber recibido los santos sacramentos y la bendición apostólica».)

Le faltaba a Ferrer, en España, una prensa favorable, pues los diarios republicanos y liberales se mostraban muy comedidos en ese asunto. Entonces alguien aconsejó a Soledad Villafranca que acudiera a ver al redactor de El Progreso, es decir, Iglesias. Así lo hizo la compañera de Ferrer y pudieron llegar a un acuerdo, es de suponer que por su cuenta y razón, pues Iglesias no era hombre dado al altruismo. Y no sólo llegaron a un acuerdo para emprender la campaña pro Ferrer, sino que se ofreció para defenderle ante los tribunales, ya que no se encontraba otro mejor. Para Iglesias la ocasión era magnífica. Inédito completamente como abogado, actuar de buenas a primeras en Madrid y en una causa célebre era una bicoca que no se podía despreciar. En realidad su fama fue efímera, a pesar de la absolución de Ferrer, puesto que jamás volvió a vestir la toga en una causa de importancia.

Por aquella vez escapó Ferrer a la conjura reaccionaria, pues ya he dicho que fue absuelto. Nakens y los dos obreros republicanos fueron condenados a pequeñas penas, y pronto indultados.

Pero ya veremos cómo tres años más tarde, con menos motivos, le llevaron al sacrificio en los fosos del castillo de Montjuic.

Entre el proceso de Ferrer y la Semana Trágica se produjo en Cataluña el formidable movimiento de Solidaritat Catalana. Los enormes atropellos que se cometían a diario contra todas las libertades, valiéndose de la draconiana Ley de Jurisdicciones, tuvieron la virtud de aglutinar los esfuerzos de muchos catalanes y algunos políticos del centro, con vistas a lograr la abolición de la tal ley y, de paso, ver de democratizar más el país.

Y de esas coincidencias de pensamiento surgió Solidaritat Catalana, que aglomeró en sus filas a gentes tan dispares como los carlistas y los republicanos federales. Como era de prever, Lerroux se puso enfrente.

El 14 de abril de 1907, en un mitin celebrado en el teatro Tívoli de Barcelona, fue proclamada Solidaritat Catalana. En las primeras elecciones a diputados que tuvieron lugar fueron elegidos en toda Cataluña 50 diputados, entre ellos Nicolás Salmerón, Luis Morote, y Pi y Arsuaga, el hijo de Pi y Margall. Entre los catalanes, los más destacados eran Cambó, Puig i Cadafalch, Valles i Ribot, Maciá, Sunyol, Calvet, Hurtado, Girona, Salvatella, Albert Rusiñol, Eusebi Corominas, Rahola, Junoy, Zulueta, Nogués, etc.

Parecía que aquel movimiento podía ser algo así como la regeneración de la política no sólo catalana sino también española. No fue así porque en su propio corazón llevaba el gusano que debería matarla, esto es, la duplicidad de los hombres de la Lliga Regionalista, atentos siempre a defender los intereses particulares por encima del propio país, y en la primera ocasión abandonaron el barco catalán para aceptar carteras de ministros en el gobierno de Madrid.

En medio de tantos acontecimientos, los militantes obreros no dejaban de trabajar, en malas condiciones, para no sólo conservar los núcleos, sino ver de ampliarlos y organizados en forma más en consonancia con los tiempos. Fue entonces cuando, según frase feliz del compañero Peirats, los anarquistas se decidieron a bajar del palomar y tomar una buena parte en la orientación de los organismos obreros.

En Cataluña, los grupos anarquistas, hasta la constitución de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), eran agrupaciones de obreros, en pequeño número y harto discrepantes en ideas y tácticas. Esperamos que no se enfaden mucho los actuales anarquistas ibéricos si decimos que los anarquistas de principios de siglo, en general, lo eran por sentimiento más que por estudio, lo que no quiere decir que no hubiera hombres que sabían perfectamente lo que pensaban y a lo que aspiraban, en particular un regular número de estudiosos que habían bebido en las fuentes libertarias de origen francés. Naturalmente, destacaban en este aspecto los obreros de las artes gráficas, con Anselmo Lorenzo a la cabeza, secundado por Tomás Herreros, José Negre, Ávila, Miranda, Torres, Permanyer y otros.

De vuelta de la «propaganda por el hecho» y al descender de su torre de marfil, y como la montaña no iba a ellos, decidieron acercarse a la montaña,

esto es, emprendieron la tarea de influir ideológicamente en las entonces muy fraccionadas sociedades obreras de oficio, ya que todavía no había sindicatos de ramo o industria, y a los militantes se les llamaba «societarios» y no «sindicalistas». Esto vino después, a partir del Congreso de Sants, en 1918.

Como hemos dicho, los grupos anarquistas eran muy diversos, pero se notaban dos tendencias bien definidas. Principalmente existía una diferencia notable entre los grupos de Barcelona y los de las localidades, ya algo industrializadas, del resto de Cataluña.

En la capital era de notar la influencia innegable de compañeros [\(1\)](#) llegados del resto de España. Leyendo la reseña de los actos públicos en la prensa, se ve en seguida la supremacía del exterior, con el propio Anselmo Lorenzo, secundado por nombres bien conocidos como los ya citados Ávila, Permanyer, Tomás Herreros, Negre, Miranda, Saavedra, Curto, Bernal, Joaquín Bueso, etc. Esto no quiere decir que en Barcelona no hubiese militantes catalanes, no; los había, y buenos, incluso más capacitados quizá que los otros, como Llunas, Casasola, Farrés, y los entonces incipientes Salvador Seguí, Peiró, Carbó, Camilo Piñón y unos pocos más.

En cambio, los grupos anarquistas de fuera de la capital estaban formados casi exclusivamente por catalanes que daban a los grupos una tónica realista, diferente a la purísima de varios grupos barceloneses, en algunos de los cuales se llegó a cultivar la extravagancia, importada de Francia, de las libres relaciones sexuales. Pasemos.

Los que pudiéramos llamar «anarquistas de la costa», esto es, los de Mataró, Caleña, Blanes y playas arriba, eran unos anarquistas, digamos, «bucólicos», líricos. Si hay que citar su nombre, hagámoslo, nombrando a Ramón Suñé, ejemplo vivo de militante obrero, puro y sin mancha, en contraste con algún otro, también costeño, vividor elevado al cubo.

Tierras adentro, en las zonas industriales, la tónica de los anarquistas era más dura, más conservadora de los principios, tácticas y finalidades, santísima trinidad de los libertarios intransigentes. Los de Gerona ciudad discrepan ya de los de la costa, acaso por la legendaria oposición entre los habitantes de las dos partes.

Otra competencia tradicional era la de los de Sabadell y Terrassa, consecuencia, también, de la oposición de las dos ciudades del Vallés. Los de Sabadell, con Bruno Liado como líder, coqueteaban siempre con los republicanos del Centro Federal, conviviendo incluso muy a menudo en el mismo magnífico local social. Por contra, los anarquistas de Terrassa fueron siempre los de la línea más dura, más intransigente, virtud que conservaron y que fue explotada, en su tiempo, por el propio líder de los regionalistas de la Lliga Regionalista, don Francesc Cambó.

Conclusión de estas deslavazadas notas pudiera ser sacar la consecuencia de que los anarquistas españoles, y sobre todo los residentes en Cataluña, eran y son (con los refugiados fuera del país) los hombres más tradicionalistas de España. No descubriremos nada al explicar que el anarquismo era infinitamente minoritario en todo el mundo, excepto en España.

Digamos en seguida que cuando, recientemente, hemos discutido este fenómeno con unos amigos anarquistas, nos han replicado, llenos de euforia, que las ideas anarquistas han resucitado de sus cenizas, con la explosión de esos muchachos que, un poco por todas partes, protestan y meten ruido (sobre todo desde los hechos de mayo de 1968 en París), sin tener en cuenta que esos muchachos inquietos, a mi parecer, saben lo que no quieren, pero ignoran a lo que aspiran.

Ya hacía tiempo que en *El Arte de Imprimir* se cambiaban impresiones sobre la necesidad de agrupar las sociedades obreras en un organismo federativo que coordinara sus actividades. Y a tenor de este deseo se emprendió una campaña en este sentido, campaña que plasmó en realidad al constituirse, el 3 de agosto de 1907, el organismo titulado Solidaridad Obrera, que agrupaba a 59 sociedades de oficio. Fue primer secretario general Antonio Colomé, de la Sociedad de Carpinteros. Figuraban en el consejo directivo A. Badia Matamala, de la Dependencia Mercantil, Jaime Bisbe, de los pintores, Ramón Lostau, cerrajero, Avelino Sánchez, peluquero, Enrique Farré, de los carreteros, Martín Martí, del pescado. En diversas comisiones estaban José Palau, Pedro Sánchez, José Román, Arturo Gas, el maestro José Casasola...

El 19 de octubre del mismo año apareció el primer número del semanario *Solidaridad Obrera*, órgano de la entidad del mismo nombre. Formaban la redacción Jaime Bisbe, Anselmo Lorenzo, Tomás Herreros, Joaquín Bueso, José Negre, José Román y José Casasola. Fue éste el primer periódico obrero publicado en Cataluña como órgano oficial de una entidad. Antes y después se habían publicado muchos otros editados por grupos anarquistas o socialistas.

Un papel importante jugó siempre Tierra y Libertad, que comenzó a publicarse, si no recuerdo mal, en 1898 y llegó a ser diario, figurando en su redacción Juan Montseny (Federico Urales), Antonio Apolo, Julio Camba y Soledad Gustavo. También por aquella época salía La Revista Blanca, en la que también figuraban Urales y Soledad Gustavo.

A principios de siglo la organización sindical en Cataluña era casi embrionaria. Se había producido, años atrás, la ruptura entre marxistas y bakuninistas, llevándose éstos la parte del león, que por cierto, numéricamente, no era gran cosa. Existía, sí, una gran influencia de las sociedades obreras sobre los trabajadores, pero lo cierto es que éstos acudían a afiliarse en escaso número.

Las sociedades eran puramente de oficio, y fraccionadas hasta lo inverosímil. Lo que después fue Ramo de la Madera, a principios de siglo estaba dividida en las sociedades de Carpinteros, Carpinteros de armar, Ebanistas y barnizadores, la Sociedad de Carpinteros de Gracia, etc. Grupo aparte eran los Toneleros, que aprendían el oficio de padres a hijos, y no admitían, sino muy lentamente, a elementos nuevos en su sociedad.

Las artes gráficas estaban fraccionadas en las siguientes entidades: El Arte de Imprimir, que agrupaba exclusivamente a los cajistas o tipógrafos; la Gutenberg, de los maquinistas de imprenta; La Solidaria, de los litógrafos, y la Sociedad de Obreros Encuadernadores y Similares. Y por este estilo en todas las industrias, y lo mismo en el puerto y en el transporte en general. Este sistema producía casos chocantes, como ocurrió en artes gráficas, cuando los cajistas lograron conquistar, tras muchos trabajos, la jornada de nueve horas en bastantes talleres, y el resto trabajaba una hora más. Claro que esto duró poco tiempo, por ser el contraste muy evidente; ello obligó a las otras sociedades a reclamar, igualmente, la jornada de nueve horas.

Por aquellos tiempos de 1908 pasaba la ciudad por un período de terrorismo verdaderamente inexplicable. Muy frecuentemente estallaban bombas de gran potencia en plena calle, causando muertos y heridos inocentes, sin que se pudiera colegir qué fin perseguían tales criminales atentados. Estallaron varios artefactos en el casco antiguo de la ciudad, como en la calle de Fernando, Portaferrissa, la del Cali, las de San Pablo y Unión, etc. Algunos de ellos estallaban dentro de los portales de las casas de vecinos. La alarma era general y las protestas en la prensa eran continuas por la pasividad o la impotencia de la policía. Algunas bombas fueron encontradas antes de estallar y pudo comprobarse que todas eran de la misma procedencia. Una fuerte carga de dinamita, con un dispositivo de un ácido corrosivo que, al desgastar rápidamente un tubo de metal, producía la explosión al cabo de pocos segundos de ser colocada en posición vertical.

El ayuntamiento tuvo que hacer construir un carro blindado para recoger y trasladar las bombas que eran descubiertas antes de estallar.

Se dio orden de tener cerradas todas las puertas de las casas sin portería, por lo que los vecinos se vieron obligados a instalar cuerdas que subían por el hueco de la escalera, y cuando un vecino que no llevaba llave quería entrar, llamaba rudamente con los picaportes de la puerta de la escalera, y la familia, tirando de la cuerda, soltaba el pestillo para dejar libre la puerta, que era cerrada inmediatamente una vez franqueada.

Metódicamente, cada tres o cuatro días, estallaba una bomba o se descubría otra sin estallar. Había, naturalmente, comentarios para todos los gustos. Unos afirmaban que aquello era obra de los armadores del puerto de Marsella, que sufrían las competencias del puerto barcelonés, entonces con un tráfico inusitado. Otros decían que el poder central era el que, con aquella táctica, quería arruinar a Cataluña. Los había que achacaban las bombas a los patronos para provocar la detención de los elementos de las sociedades obreras. Y, por el contrario, muchos patronos aseguraban que todo era trabajo de los grupos anarquistas.

Las detenciones se sucedían sin cesar, pero unos tras otros los sospechosos tenían que ser puestos en libertad por no aparecer prueba alguna de culpabilidad contra ellos.

Ante la carencia de policía oficial, tuvo lugar una entrevista de las llamadas «fuerzas vivas» de la ciudad, esto es, las entidades patronales, la Cámara de Comercio, el Instituto Catalán de San Isidro, el ayuntamiento y la diputación. No se sabe a propuesta de quién se tomó el acuerdo de hacer llegar a Barcelona un detective particular, de nacionalidad británica, llamado Mr. Arrow, que, por lo visto, tenía mucha fama en su país. Naturalmente a este detective le pagaron las entidades particulares que le hicieron venir. Pero Mr. Arrow, después de estar unos meses en Barcelona, se marchó a Londres diciendo que Barcelona era una ciudad muy misteriosa, y que, además, no había encontrado ayuda alguna por parte de la policía oficial.

Fuera ya el detective inglés, un buen día la policía publicó una nota diciendo que, al parecer, se había dado con el autor de las bombas. Se trataba de un anarquista solitario llamado Rull, y, junto con él, fueron detenidos, también, su madre y su hermano.

Rull, que empezó negando, pronto hizo declaraciones contradictorias, procurando inmiscuir en el asunto a personalidades barcelonesas, cuyos nombres se murmuraban, pero no se dieron jamás oficialmente. Lo cierto es que las bombas dejaron de estallar, quedando como recuerdo de todo aquello las cuerdas en las escaleras de las casas de vecinos, que perduraron por muchos años.

Rull, efectivamente, era conocido en los medios anarquistas, pero hacía tiempo que no actuaba en grupo alguno. Fue puesto en cuarentena por sospecharse que tenía concomitancias con la policía. Y esto se comprobó después que era cierto, por cuanto en el curso del proceso salió a relucir que Rull se ofreció a encontrar a los autores de los atentados siempre que se le dieran los medios metálicos indispensables. Y aunque pueda parecer imposible, lo cierto es que estuvo cobrando mucho tiempo a cuenta de las bombas que él mismo colocaba o sabía que habían sido colocadas, puesto que

en diversas ocasiones avisó de atentados que pudieron ser evitados, recogiendo los artefactos con el carro blindado.

El proceso fue muy largo y nebuloso. Chocaba en gran manera que Rull adoptara, en la cárcel, una actitud más que de tranquilidad, de arrogancia, como si estuviera seguro de que no le iba a pasar nada grave. Cuando, por fin, fue condenado a muerte, escuchó la sentencia con tranquilidad pasmosa, afirmando a su defensor que su cabeza estaba muy firme sobre sus hombros. Pero, a pesar de todo, fue ejecutado el día 8 de agosto de 1908, a la imprevista, cuando nadie lo esperaba y cuando se atendía, desde Madrid, una resolución. Se dijo entonces que cuando Rull fue sacado de la celda para ponerle en capilla, su estupefacción fue tremenda, pero que después se tranquilizó, confiando, acaso, en su indulto de última hora, que no llegó.

Para cuantos vivimos aquella época, este asunto de Rull ha sido siempre un misterio, pues no se concibe que la policía, que pagó a Rull cantidades de dinero durante muchos meses para que descubriera al autor de las bombas, tardara tanto tiempo en detenerle a fin de comprobar si no era él mismo el autor, como tan fácilmente se comprobó después.

Toda la opinión pública se preguntaba entonces: «¿Quién está detrás de Rull?».

A pesar de los años transcurridos, el misterio no se ha podido aclarar. Acaso se encuentre una explicación plausible en el hecho de que, con el pretexto de las bombas, Maura, en el poder, presentó a las Cortes su proyecto de Ley contra el Terrorismo, que era un verdadero proyecto de atentado contra la libertad, como ya se ha dicho anteriormente.

Y llegamos, al fin, a la llamada Semana Trágica de Barcelona. Aquellos sucesos de julio de 1909 tuvieron resonancia universal por su propia importancia, pero sobre todo por haber sido el pretexto del fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia. Pretendidos historiadores de oídas, y otros mal informados, han escrito muchos errores sobre aquellos hechos. Quien esto escribe estaba allí, y ya llevaba un carnet en el bolsillo, por lo que supone que puede dar una versión aproximada de lo que vio.

En realidad de verdad, el origen de todo hay que buscarlo en las minas del Rif. Las españolas y las francesas. Las minas españolas estaban enclavadas en los terrenos de la cábila de Beni-Bulfrur, en el macizo montañoso del Uixan; las minas francesas, más al interior, en las cercanías del Zoco-el-Arba. Las dos compañías poseían ferrocarril propio para transportar el mineral al embarcadero de Melilla.

Por aquella época, el ejército español no ocupaba en aquella zona más que un limitado espacio fuera de la propia plaza de Melilla; por ello, la seguridad no era muy grande ni en las minas ni en las líneas de los ferrocarriles. El trabajo lo efectuaban mineros moros, de los cuales no se sabía nunca qué días querían trabajar y qué días no. Los técnicos franceses y españoles eran contratados con dificultad a causa del aislamiento de las minas. Por todo esto, a los explotadores mineros, les interesaba en gran medida que las tropas españolas ocuparan aquella parte del Rif, pero a pesar de la presión del gobierno francés y la del propio conde de Romanones, que se decía era el propietario casi absoluto de las minas españolas, el gobierno español no acababa de decidirse a dar un paso que suponía costoso dado el carácter bélico de los cabilenos.

Entonces se apeló al procedimiento clásico de la «agresión a los europeos». En la conservación de la vía del ferrocarril español trabajaban obreros españoles, de aquellos pobres andaluces del campo de Málaga que acudían periódicamente a Melilla a trabajar en lo que fuese, a fin de recoger unas pesetas para afrontar mejor el invierno. Un mal día aparecieron muertos en la vía algunos de aquellos obreros. Jamás se pudo saber quiénes fueron los autores de los asesinatos; acaso tuviera indicios el conde de Romanones, pero el viejo político nada indicó en sus memorias.

Tras el bárbaro y clásico atentado vino la clásica reacción. El gobernador de la plaza de Melilla salió al frente de sus tropas, pocas y mal entrenadas, a castigar los poblados cercanos al lugar del suceso, pues era natural (pensaba el militar) que habitantes de aquellos aduares tenían que ser los autores. Y sin encomendarse a Dios ni al diablo, efectuó una razzia en varios miserables poblados de las estribaciones del monte Gurugu. Aquella misma noche aparecieron grandes hogueras en los picachos del Gurugu, y al día siguiente miles de moros se encontraban ante Melilla, bloqueándola materialmente por

tierra. Las tropas españolas intentaron varias veces salir a dispersar a los moros, pero no consiguieron más que tener muchas bajas sin lograr despejar el campo, por lo que se llegó a temer seriamente el asalto a la ciudad.

Rápidamente llegaron tropas de refuerzo desde Málaga, al mando del general Pintos. Esas tropas, al llegar, sin descanso, mareadas, con hambre y sed, fueron mandadas desde los barcos al frente. Hicieron los moros como que se retiraban y, en el tristemente célebre barranco del Lobo, derrotaron a los españoles, causándoles centenares de bajas, entre ellas el propio general Pintos.

Ante la gravedad de la situación, al gobierno de Madrid no se le ocurrió otra cosa que ordenar una especie de movilización, llamando a filas a los reservistas de varias quintas, para enviarlos directamente a Melilla.

La medida fue inmediatamente impopular. Téngase en cuenta que entonces el servicio no era obligatorio, sino por sorteo, y existía aquella afrontosa discriminación en virtud de la cual los quintos se podían redimir en metálico, es decir, que los que disponían de dos mil pesetas no efectuaban el servicio militar y en su lugar tenían que incorporarse otros tantos impecuniosos. En aquella ocasión, el hecho significaba que sólo los pobres serían mandados a Melilla a pelear con los moros.

Entre los reservistas llamados a filas había muchos ya casados y con hijos, y después de las muy recientes sangrías de Cuba y Filipinas el pueblo no quería oír hablar de aventuras bélicas y menos para defender intereses mineros.

La prensa obrera y de izquierda emprendió una campaña contra lo que ya empezaba a llamarse guerra de Marruecos, y en varios lugares hubo manifestaciones hostiles, sobre todo de mujeres.

En Barcelona el ambiente estaba muy caldeado, e incluso en los alrededores algunas mujeres se habían tumbado sobre las vías del tren para impedir la marcha de los reservistas.

En estas circunstancias, los hombres responsables del organismo Solidaridad Obrera convocaron una reunión de representantes de las sociedades obreras de Barcelona y pueblos cercanos, asistiendo delegados de la capital y de

Badalona, Sabadell, Terrassa, Mantesa, Mataró, etc. Confiando en mi memoria diré que la reunión tuvo lugar en el local de la calle de la Merced y que allí estaban Tomás Herreros, José Negre, Ávila, Permanyer, Miranda, Joaquín Bueso, Badia Matamata, Jaime Bisbal, Colomé, Jaime Aragó, y un joven que por entonces empezaba a destacar, llamado Salvador Seguí. Además, como ya he dicho, muchos delegados de Barcelona y pueblos cercanos.

La reunión fue tumultuosa al enfrentarse quienes querían «hacer una jornada» y los que aducían que las fuerzas obreras organizadas eran harto débiles para hacer la revolución que propugnaban los más radicales. Ya de madrugada se llegó a un acuerdo de compromiso. Se declararía la huelga general sin especificar su carácter ni duración, y se solicitaría la colaboración de socialistas y republicanos.

Todo hacía suponer que si bien la huelga sería absoluta o poco menos, sería pacífica, por carecerse de elementos de combate, y, además, porque el ambiente no parecía bélico.

Dada la orden de huelga, el movimiento empezó en la madrugada del lunes 26 de julio. El paro fue casi unánime desde los primeros momentos; los obreros dejaron, muchos, de acudir al trabajo; otros lo dejaron a la primera indicación de los que formaban las comisiones que recorrían fábricas y talleres. Únicamente, a primera hora, hubo algunos tranvías con los cristales rotos, hecho incuestionable en todos los conflictos populares de Barcelona.

La mañana parecía discurrir tranquila, pero inopinadamente los acontecimientos tomaron otro cariz, y si hay que decir la verdad, no cambiaron a iniciativa de sindicalistas o anarquistas, promotores de la huelga, sino por la intervención inesperada de los obreros entusiastas del Partido Radical de Lerroux.

Recordemos que los líderes lerrouxistas y la prensa de ese partido llevaron siempre una campaña demagógica, revolucionaria y anticlerical; pues bien, al encontrarse ahora aquellos ingenuos obreros con una huelga general, no encontraron nada más natural que llevar a la práctica aquello que tanto les habían inculcado, y como medida primera levantaron barricadas y a renglón

seguido emprendieron la higiénica tarea de incendiar cuantos conventos e iglesias encontraron al paso.

El comité de huelga de Solidaridad Obrera, al darse cuenta del cariz que tomaba el paro, lejos de amilanarse, decidió hacer frente a la situación, y cerrando el local se trasladó a la calle, repartiéndose sus componentes por las diferentes barriadas. En honor de aquellos hombres modestos y sencillos se puede decir, porque es verdad, que ni uno de ellos rehuyó la responsabilidad y todos ocuparon el puesto designado.

Los obreros lerrouxistas actuaban al buen tuntún, pues sus dirigentes no aparecían por parte alguna, unos encerrados en casita y otros dejándose ver en los centros oficiales, preparando ya la coartada. Los obreros organizados seguían, más o menos, algunas consignas. La mayoría obraban por iniciativa propia, sin dirección ni control alguno.

Y a pesar de todo eso los rebeldes camparon por sus respetos durante tres días. En la noche del primero ya iluminaban el cielo más de veinte iglesias y conventos.

Pero los revoltosos no fueron tan malos como había recomendado el «emperador del Paralelo». Quemaron, en efecto, muchos conventos, pero en lugar de «alzar el velo a las novicias», solían acompañarlas solícitamente a casas particulares donde encontraban asilo. Con los frailes no hubo problema porque no encontraron ninguno en los conventos; sin duda habían sabido ponerse a salvo. Los registros de la propiedad quedaron incólumes, acaso porque los incendiarios ignoraban dónde se encontraban.

En su aspecto general fue aquel movimiento la última revolución romántica, con sus barricadas, sus fusiles de caza, sus revólveres niquelados, sus banderas rojas en lo alto de las barricadas, al lado de algunos carteles que afirmaban: «Pena de muerte al ladrón».

Para dar una idea de lo que fueron aquellos días, se me ocurre relatar lo que me explicó, en su tiempo, un entrañable amigo, que fue un poco protagonista. Me meto así en las once varas de la camisa de los atrevidos, y más todavía cuando para hacerlo pretendo nada menos que escudarme en una apreciación

de don Benito Pérez Galdós, cuando afirmaba, en sus Episodios nacionales, que «de asuntos privados, confundidos con los actos públicos, hablaré, para que resulte la verdadera historia, la cual nos aburriría si a ratos no la descalzáramos del coturno para ponerla zapatillas».

Mi amigo habitaba en 1909 en una barriada puramente obrera, pero céntrica; en el perímetro bordado por las Rondas de San Pablo y San Antonio, las Ramblas y Atarazanas, sin olvidar el Paralelo. Le nombraremos Alfredo, porque no quiero dar el nombre auténtico, no sea que «todavía» quieran pedirle responsabilidades. Cuando estalló la huelga hacía poco que había dejado los pantalones cortos y empezando a aprender un oficio. Era el sexto de los hijos de una familia numerosa.

Sus hermanos mayores, el primer día, salieron temprano de casa con proyectos bien definidos. Alfredo quedó en casa, por orden paterna, «porque era todavía un chico» para meterse en esos líos. A la madre le parecía excelente la medida, que lamentaba no alcanzase a los otros.

Como iba transcurriendo la mañana y no se notaba nada grave en la calle, el chico pidió permiso a los padres para bajar un rato a juntarse con sus amigos, a los que veía con envidia desde el balcón. Conseguido el permiso, voló escaleras abajo y se juntó con los otros mozarbetes. Pronto decidieron asomarse a la Ronda de San Antonio a ver qué se veía por allí. Una gran fila de tranvías parados y vacíos y todo el comercio cerrado. El mercado de San Antonio tenía las puertas abiertas y los guardias municipales aconsejaban a las mujeres que regresaran pronto a casa por lo que pudiera ocurrir.

De vez en cuando, la gente, presa de pánico, emprendía una carrera loca refugiándose en los portales, sin que se supiera el motivo. Los chicos, cada vez que aquello ocurría, se entraban corriendo por la calle de San Antonio, donde se consideraban en seguridad.

Así transcurrió la mañana. A la hora de comer, en casa de Alfredo faltaron los hermanos mayores. La madre estaba muy inquieta, y el padre se esforzaba en tranquilizar a todos, puesto que ya se veía que la huelga era tranquila.

Serían las dos de la tarde cuando la vecina de al lado llamó ruidosamente a la puerta y entró dando grandes gritos:

— ¡Ya los queman! ¡Ya los queman!

—¿Pero, qué queman? —preguntaron los de casa.

—Los conventos. Suban al terrado y verán el humo.

Como vivían en el último piso, en un momento estuvieron arriba.

Efectivamente, grandes columnas de humo se elevaban majestuosamente en el espacio. Unas hacia el paseo de San Juan, otras, sin duda, en Gracia. Una, que parecía un gigantesco cirio negro, en Poblé Sec. Más lejanas, se veían nubes de humo por Sants y Poblé Nou. Todos los vecinos se habían concentrado en el terrado.

Los comentarios no cesaban. Unos aprobatorios; otros de condena. Alfredo, cautelosamente, sin que le vieran, echó escaleras abajo. En la calle estaban ya todos los amigos, de los quince a dieciocho años. Todos sabían la novedad. Aquello era como una fiesta. Y surgió la idea como la cosa más natural del mundo.

No se pudo precisar quién la sugirió primero, pero fue como una consecuencia lógica del ambiente y el hecho de tener ante las narices el enorme convento de los Escolapios, ocupando una gran parte de la Ronda de San Pablo y dando la vuelta por la calle de San Antonio.

El pensamiento colectivo de los muchachos era bien claro.

Aquel convento «era cosa suya». No era cuestión de esperar a que llegaran otros a ejecutar el trabajo. Sin saber de dónde aparecieron unas barras de hierro y unas botellas de petróleo. El convento estaba cerrado por todas partes. La gran puerta central de la Ronda resistió firmemente a las barras de hierro e incluso a unos vigorosos golpes de pico. Sin duda estaban bien atrancadas y forradas de hierro. Los muchachos estaban rabiosos ante su impotencia. Todas las ventanas estaban enrejadas. De pronto, surgió una voz:

— ¡Vamos por la calle de San Antonio!

Y allá fueron.

Por aquella parte el convento conservaba su vieja construcción.

Al lado de la iglesia había un viejo balcón a unos tres metros del suelo. Como volando, un mozalbete apareció arriba armado de una barra de hierro. Al primer esfuerzo saltó la puerta de madera y quedó libre el paso. Subiendo unos sobre los hombros de los otros, después subiendo por una escalera de mano, que parecía haber llegado ella sola, en un santiamén, toda la chiquillería hizo irrupción en el convento. Unos se dirigieron hacia la gran puerta y la abrieron fácilmente descorriendo enormes cerrojos y levantando pesadas barras, dando entrada a buen número de muchachos que allí se habían agrupado. Otros recorrieron las celdas, los comedores, los lavaderos, la capilla. No encontraban a nadie. Todos los padres habían escapado. No todos, puesto que en el segundo piso, a la puerta de una celda, encontraron un hermano, viejísimo, casi ciego, que, los brazos en alto, hacía esfuerzos para gritar:

—¡No me matéis! Soy un pobre viejo que no ha hecho daño a nadie. ¡No me matéis!

El grupo de muchachos se quedó paralizado ante esta inesperada presencia. Formaron a su alrededor sin saber qué partido tomar. Por fin, uno de ellos, que había sido alumno de las Escuelas Pías, exclamó:

—Yo le conozco. Es el hermano Pascual. Es un buen hermano.

—¿Tú respondes de él?

—Ya lo creo.

—Pues te lo llevas a tu casa. ¿Quieres?

Y así se hizo. El chico cogió al viejo de la mano y se lo llevó. El pobre no perdía la cara de susto a pesar de las caras risueñas de los muchachos.

Entretanto, las botellas de petróleo se habían vaciado junto a las puertas y bajo los muebles, y pronto una densa humareda invadió el edificio. Uno de los mayores entre los incendiarios dio la orden de retirada.

—¡Fuera! —gritaba—. No es cosa de asarnos aquí dentro. ¡No llevarse nada! ¡A la calle!

Evacuaron el convento en llamas, el cual no tardó en convertirse en una inmensa hoguera. Es de notar que en la Ronda, cincuenta metros más abajo, había un cuartelillo de bomberos, pero las bombas no salieron a apagar el fuego.

Apenas habían salido a la calle, cuando surgió el grito:

—¡Al otro convento! ¡Al de las monjas!

Se referían al convento de monjas que había a la izquierda de la calle de San Antonio, donde ahora está la calle del Obispo Laguarda.

Cuenta Alfredo que él, en aquel momento, tenía más ganas de volver a casa que de ir al otro convento, pero ¿cómo abandonar a los amigos, él, que era el charlatán de la calle y revolucionario verbal de todos los días? Y, haciendo de tripas corazón, allá fue con los otros.

Pero allá el «trabajo» ya había comenzado, a cargo de otro grupo de chicos llegados de las calles de Roig, Carmen, Hospital, Botella, Cera y plaza del Padró. Parece ser que al forzar las puertas se encontraron un grupo de monjas arrodilladas en la capilla, y que algunos muchachos se permitieron bromas más o menos pesadas. Alfredo fue testigo de una escena digna de una novela de folletón, pero con final moderno. Ante un grupo de religiosas pálidas y asustadas, una monja de una gran estatura todavía joven, con los brazos en cruz, gritaba:

—¡Matadnos! ¡Matadnos! Pero no nos profanéis. Estamos dispuestas al sacrificio.

Los chicos, en realidad, no sabían qué hacer. La monja repetía su arenga:

—¡Matadnos! ¡Estamos dispuestas al martirio!

Abriéndose paso entre la muchachada avanzó la Teresona, una mujer bien conocida en el barrio como una de las vendedoras, en plena calle, de frutas y

hortalizas, sin pagar impuestos y escapando a los guardias. La Teresona, pues, se acercó a las monjas y les dijo:

—¡Qué martirio, ni qué puñetas! ¿No ven ustedes que estos chicos, los nuestros, no son capaces de matar una mosca? Apa, vengan conmigo y nada malo les pasará.

Y sin andarse con remilgos, cogió a la monja del martirio por un brazo y se puso en marcha hacia la puerta. Otras mujeres que presenciaban la escena se aproximaron al grupo y llenas de miramientos se llevaron a las otras monjas, sin la menor protesta de los chicos que tan mal seguían los consejos de don Alejandro.

Meter fuego a aquel caserón vetusto fue cosa de coser y cantar. Pero allí ocurrió algo que tuvo trágicas consecuencias. En el huerto de aquel convento encontraron los chicos un pequeño cementerio con unas docenas de tumbas cubiertas con lápidas de mármol. Sin duda influidos por la literatura de la época, los muchachos levantaron las lápidas para ver si allí encontraban la «monja enterrada en vida», título de una novela por entonces muy leída en los hogares modestos. En unas tumbas no encontraron más que huesos, pero en otras, hasta seis, hallaron cadáveres momificados, que bien inconscientemente se llevaron hasta la plaza del Padró y los colocaron derechos, junto a la fuente. Ante estas momias desfilaron todos los vecinos de la barriada con los naturales comentarios.

Y fue entonces cuando Clemente García, un muchacho de unos dieciséis años, mozo de una carbonería de la calle de Roig, tomó una de las momias en brazos y marcó unos pasos de baile con ella. Días más tarde, alguna alma caritativa denunció el sacrilegio a la policía y el carbonerillo fue detenido, encerrado en Montjuic, sometido a juicio sumarísimo y fusilado en los fosos del fatídico castillo, sin que sirvieran de nada las gestiones de las gentes de la barriada que aseguraban que el pobre chico era medio tonto y no podía calcular la gravedad de lo que hacía.

No hubo un cristiano que aconsejara clemencia ante un niño. Más tarde, quienes fueron testigos, aseguraron que el carbonerillo asistió como idiotizado al consejo de guerra, sin articular palabra, y que, como le sacaron del calabozo

para fusilarle con los ojos tapados y las manos atadas a la espalda, ni siquiera pudo darse cuenta de que iba a ser asesinado.

Aquel grupo de «terribles revolucionarios», cuando ya no tuvieron nada que hacer en el convento, volvieron a sus lares y deliberaron sobre lo que deberían hacer.

—Hay que buscar armas —dijo un pequeño de apenas doce años.

Aquella salida hizo reír, pero el chiquillo señalaba con el índice una armería instalada en el número 1 de la calle. Todos se volvieron a mirar en aquella dirección. La idea era tentadora. Se decía que en las Ramblas y en la calle de Fernando habían sido asaltadas todas las armerías. Pero es que aquí el caso no era el mismo. Todos conocían al señor Roca, el propietario de la armería, y ninguno tenía ganas de arruinarle, y menos de encararse con él.

Mientras tanto, el propio armero estaba buscando la manera de salir del apuro de la mejor forma, pues si no temía a aquel «terrible grupo» de su calle, que conocía uno por uno, no se veía libre de que llegaran gentes de fuera que pudieran llevarse todas las existencias. Y el hombre tomó una decisión; llamó a los muchachos y cuando los tuvo ante la tienda, les habló así:

—Nois, ya sabéis que yo soy uno como vosotros. Me gano la vida con las armas de caza y nada más. Con mis escopetas nada podríais hacer y en cambio, si os las lleváis, a mí me arruináis. Yo tengo aquí, en cambio, unos revólveres que no pienso vender nunca; os los lleváis y, en cambio, me ayudáis a esconder las escopetas.

La proposición fue aceptada de buenas a primeras, acaso porque todos se veían ya propietarios de un revólver. Y de esta manera el señor Roca salvó sus existencias, pues todos le ayudaron a subir las escopetas y las municiones a casa de un vecino, y también se pusieron de acuerdo para afirmar, si llegaban posibles salteadores, que otros ya se habían llevado todo. El señor Roca era un buen diplomático.

Cumpliendo su promesa, el armero sacó de debajo del mostrador hasta diez revólveres Smith, y una caja de municiones.

Las armas eran diez, los chicos veinte.

—¿No hay más? —preguntaron.

—No. Podéis buscar, si queréis.

—Bueno —dijo Alfredo—, serán para los mayores.

Y se adjudicó uno, que se metió en el bolsillo.

El reparto fue un tanto difícil porque todos querían tener muchos años, pero finalmente se procedió a repartir por estaturas. Y el pequeño que tuvo la idea de adquirir armas se quedó sin ninguna. El mundo está lleno de injusticias.

En realidad, aquellos revólveres no hicieron más que salvas, y la mayoría volvieron a manos del armero, entregados por las madres de los pequeños.

Bueno, el grupo ya estaba armado, y en seguida, por consecuencia natural, y por espíritu de imitado: puso levantar una barricada.

—¿Contra quién? —preguntó uno.

—Por ahora contra nadie, pero ya veréis cómo nos atacarán.

Aquello fue otro juego. Las calles de Barcelona, en aquella época, estaban pavimentadas de una manera que parecía a propósito para la construcción de barricadas, puesto que consistía en adoquines colocados sobre un lecho de arena, sin argamasa de ninguna clase, por lo que, sacando un adoquín, salían todos los demás sin el menor esfuerzo.

Los chicos, pues, levantaron con aquel magnífico material barricadas en las dos entradas de la calle, y otra en la calle de San Antonio, algo más atrás de la salida a la Ronda.

Mi amigo estaba asombrado de la manera estratégica como los chicos levantaban aquellas defensas. Altas de más de dos metros para cubrir las cabezas, con aspilleras para disparar, y de un espesor de tres o cuatro metros para, decían algunos, que no pudieran saltar los caballos. Pudo luego comprobar que aquel sistema tan perfecto de barricada era idéntico en todas partes. ¿De dónde habían sacado los revolucionarios aquellos conocimientos?

Como pasaba el tiempo y no ocurría nada y nadie llegaba a atacar aquella fortaleza, nuestro pequeño héroe decidió darse un paseo a ver lo que ocurría por la barriada. El revólver le molestaba bastante porque le pesaba en cualquier bolsillo que lo metiera. Por fin decidió ponérselo en la cintura y abrocharse la americana para que no se viera.

En la plaza del Padró la gente seguía desfilando ante las momias y haciendo comentarios para todos los gustos. Al llegar al pasaje de la calle del Hospital, conocido por «volteaa en Bemardino», vio que la entrada estaba cerrada por una potente barricada en lo alto de la cual había una bandera roja. Algunas cabezas asomaban al lado de la bandera. Alguien le reconoció y fue llamado a grandes gritos. Acercóse y vio caras conocidas de gentes de las sociedades obreras, por lo que supuso que allí estaban los anarquistas. Le hicieron pasar por un estrecho hueco entre la barricada y la pared. Al otro extremo del pasaje, en una taberna que hacía esquina a la calle de San Rafael, estaba el «Estado Mayor» anarquista. Vio primero a sus dos hermanos mayores, los cuales, contrariamente a lo que temía, nada le dijeron por haber quebrantado la orden del padre de no salir.

Dentro y fuera de la taberna vio a Negre, Ávila, Permanyer y varios más de los que hablaban en las asambleas. También vio, rodeado de un grupo de gente joven, a Salvador Seguí, sin nada en la cabeza, en mangas de camisa y con un hermoso fusil máuser colgado de un hombro. Otros varios también llevaban fusiles y escopetas de caza, pero, en cambio, su hermano mayor, lo mismo que Herreros (que también estaba) y los otros de El Arte de Imprimir, no parecían tener arma alguna. Le interrogaron sobre lo que ocurría en su calle, y el joven, lleno de suficiencia, explicó cómo habían quemado los dos conventos.

—Sois unos jabatos —dijo Negre.

—Eso lo veremos si nos atacan —contestó, porque la verdad era que no tenía gran confianza en su grupo... ni siquiera en sí mismo.

Allí la actividad era grande. Continuamente salían y llegaban hombres con noticias de todas partes. En Sants había habido muchos tiros con la guardia civil, con muertos y heridos por los dos lados, pero la barriada seguía invulnerable. En la Barceloneta los soldados del cuartel de cazadores y los

carabineros no habían salido de los cuarteles, y estos últimos parecían simpatizar con el pueblo. En Atarazanas no había medio de sacar la nariz por las calles del Cid o Mediodía, pues desde el cuartel disparaban hasta contra las sombras. También había muertos y heridos.

De Sant Andreu, Sant Martí y Poblé Nou no se sabía nada en concreto, pero se oían muchos disparos en aquella dirección.

De Gracia llegaron dos hombres.

—Allí —dijeron— somos los amos. Todas las entradas están cerradas por las barricadas. Los lerrouxistas se portan bien, pero no se ve un capitoste del partido.

Esto de la ausencia en la calle de los dirigentes republicanos fue la característica general. Emiliano Iglesias, el lugarteniente de Lerroux, no se movió del Ayuntamiento, presa de un pánico inmenso. El jefe, Alejandro Lerroux, volvía en barco de un viaje a la Argentina, y al enterarse en las Canarias de lo que ocurría, optó por quedarse allí, hasta que pasara la tormenta.

Por la noche se organizaron las guardias en todas las calles. Como no habían salido los faroleros, el alumbrado a gas no funcionó y la oscuridad era grande. Se cenó sobriamente pan y butifarra con cantidades modestas de vino. Algunos vegetarianos se desesperaban de no encontrar comida a su gusto, en medio de las chirigotas de sus amigos que les llamaban «tronchistas».

Cerca de la medianoche, un vecino de la casa en cuyos bajos estaba la taberna dijo que desde el terrado se podía contemplar una vista espléndida de los incendios. Subieron muchos a verlo. Efectivamente, era impresionante. En la oscuridad de la noche, y bajo un cielo estrellado, se veía el resplandor de los incendios en el centro y los cuatro puntos cardinales de la gran ciudad. Columnas de humo rojizo, más arriba negro, se elevaban lentamente en aquella noche sin viento. Se oían disparos lejanos.

La psicosis filosófica que siempre hemos padecido se manifestó por la necesidad que sintieron algunos de decir su frase:

- «Estamos haciendo historia».
- «El fuego lo purifica todo».
- «Aquellos polvos han traído estos lodos».

Alfredo estaba subido en el parapeto divisorio de dos terrados, absorto en el espectáculo. Le volvió a la realidad su hermano mayor que le gritó, riendo;

—Tú, rojo, deja de hacer de Nerón y vamos abajo.

Pasó la noche con relativa tranquilidad. Muchos durmieron en el santo suelo; otros descabezaron un sueño sentados; la mayoría permanecían espabilados y alerta por lo que pudiera ocurrir.

Con el día volvió la animación. En la fuente que había incrustada en el muro de una casa de la calle de Sadurní, se lavaron la cara la mayoría. Aparecieron unas vecinas con pastillas de jabón y toallas. De la manera más natural del mundo, como si aquello fuera cosa de todos los días.

En la taberna, el dueño preparó café con leche colectivo; algunos habían sido invitados por los vecinos. Parecía una fiesta. De pronto sonaron unos disparos por la parte de la calle de San Jerónimo. Todo bicho viviente se puso en pie y empuñaron las armas y salieron corriendo hacia el sitio de la alarma...

- Nada, no es nada —dijeron pronto algunos que ya regresaban.
- Ha sido una falsa alarma.

Con incidentes parecidos pasó todo el martes. Alfredo repartía el tiempo entre el «puesto de mando» y su calle. Le intrigaba la tranquilidad y pasividad de los dirigentes, que se limitaban a estar presentes, a encerrarse de vez en cuando en la trastienda de la taberna y volver a salir sin dar orden alguna. Él tenía la sensación de que el pueblo se había hecho el amo de la calle, pero que ahora no sabía qué hacer.

Así llegó la noche, tranquilamente, hasta cerca de las doce, que se armó «la gran guerra», como decía el tabernero. Sonaron disparos hacia la Ronda de San Pablo. Todo el mundo se puso en pie, requiriendo armas. Llegó un enlace y dijo muy agitado:

—Vamos, pronto; la guardia civil ataca la barricada de las escaleras de la cárcel de mujeres.

—¡Vamos todos! —gritaban por todas partes, y se abalanzaron en masa hacia donde se sentía el tiroteo.

—¡Alto! —vociferó Negre—. No hagáis el burro. Esto no puede quedar desguarnecido. Que vayan la mitad de los que tienen fusil y los demás que quieran. Los otros fusiles aquí. No ofrezcáis blanco inútilmente, pero no cedáis. Tirad poco, pero sobre seguro.

No se discutió ni se hizo selección. Unos quince hombres armados de fusiles salieron corriendo en auxilio de los atacados, seguidos de otros tantos con revólveres. Salvador Seguí iba con los primeros. El resto se concentró en las barricadas próximas en previsión de que fuera un ataque generalizado. En la taberna quedaron Miranda y el hermano mayor de Alfredo, sentados tranquilamente, como si hubieran entrado a tomar unas copas.

Nuestro hombrecito y aprendiz de revolucionario tuvo una gran lucha con su otro yo. Él quería ir a la barricada atacada, pero «el otro», el prudente, le decía que no, y para convencerle le hacía ver que con un mal revólver poca cosa podía hacer. —Pero me van a creer cobarde. —Nadie se fija en ti. —Sí, no, sí, no... Por fin pudo más el amor propio que el miedo, que es lo que tenía, y alcanzó el grupo.

En la barricada se batía el cobre de lo lindo. El fuego era nutrido por ambas partes. Al llegar Alfredo vio cómo un hombre entregaba el fusil a otro y con la cara llena de sangre se dirigía a la primera bocacalle, la de la Aurora. La vista de la sangre le puso la carne de gallina, pero como le parecía que todo el mundo le miraba, llegó hasta el pie de las escaleras, sacando fuerzas de flaqueza.

Se tiró al suelo y fue avanzando hasta el primer escalón de la escalera.

Vio que la barricada era todavía más fuerte que las que había visto. Tras ella unos hombres disparaban por las aspilleras con una aparente serenidad que le asombraba. Cargaban el fusil, se echaban el arma a la cara, esperaban un buen rato y después le daban gusto al dedo, como si estuvieran en un tiro al blanco.

Los que llegaron de refuerzo hicieron retirar a algunos que estaban en la brecha solamente armados de fusiles de caza. Uno de ellos se sentó en el suelo al lado de Alfredo.

—¿Qué haces aquí, pequeño? —le preguntó.

—Por si puedo hacer algo.

—No creo que haga falta. No se arriman. Han comprendido que es muy difícil saltar por encima de la barricada y disparan desde lejos, escondidos en los portales o detrás de los árboles.

Los que habían llegado armados de fusiles máuser se colocaron ante las aspilleras. ¿De dónde habían sacado aquellos fusiles? De pronto estalló un fuego nutridísimo, sin pausa. Las detonaciones secas de los máusers se distinguían claramente.

—¿Por qué tiran así, sin ton ni son?

—Eso está muy bien, pequeño —dijo el hombre de la escopeta de caza—; los civiles, que conocen el paño, se darán cuenta de que, de este lado, también estamos bien armados y lo pensarán mucho antes de atreverse a dar el asalto.

—¿Pero usted cree que asaltarán?

—No debieran hacerlo. Depende de lo bruto que sea el jefe.

—Bueno, pues yo me quedo aquí y al primer tricornio que asome le hago un agujero.

El hombre se echó a reír y dijo:

—Bueno, yo voy a ver si encuentro dónde echar un trago.

Y se alejó lentamente.

Alfredo se preguntaba por qué había dicho aquella fanfarronada, cuando en realidad de lo que tenía ganas era de marcharse lo antes posible. Pero ya no podía hacerlo. Sus propias palabras le ataban a la escalera. ¡Qué malo es hablar por hablar!

No pudo apreciar el muchacho el tiempo que pasó sentado en aquel peldaño de piedra, esperando que no apareciera el tricornio. Desde luego, el tiempo le pareció muy largo, mucho. El tiroteo se fue apagando hasta cesar por completo. Alguien le dijo:

—Ya no tiran. ¿Se habrán marchado?

—Será cosa de asegurarse.

El «Noi» hablaba en voz baja con otros.

Y entonces hubo como una especie de comedia infantil. Con una americana, una toalla y una gorra, confeccionaron una especie de muñeco atado al cañón de un fusil. Fingiendo gran precaución le fueron asomando por el alto de la barricada. Nada. Le hicieron más visible, nada. Hubo otro conciliáculo y dos muchachos frisando la veintena Saltaron al otro lado. Una voz les dijo:

—No vayáis lejos.

Y empezó a pasar el tiempo. La inquietud se reflejaba en muchas caras. A cada momento parecía que se iban a oír los disparos de los guardias. Pero seguía el absoluto silencio. ¡Qué minutos tan largos! Un hombre de pelo cano dijo:

—En cuanto vuelvan, le arreo dos hostias.

—¿A quién?

—A mi hijo. ¿Tú crees que hay derecho a estarse paseando mientras aquí nos consumimos?

El hombre se quería convencer de que su chico se paseaba.

Y otra vez el silencio. Todos pensaban lo mismo, pero nadie quería decirlo.

De pronto, voces alegres por fuera:

—¡Asomarse, gallinas! ¡Se han marchado!

Todos se precipitaron a lo alto de la barricada. Avanzando tranquilamente llegaban los dos muchachos, los brazos echados sobre los hombros y sin dejar de gritar:

—¡Se han marchado!

La mayoría de los hombres se apresuraron a saltar al otro lado y abrazaban a los dos valientes.

—No hay para tanto. No hemos visto a nadie. Yo he llegado hasta el Paralelo y nada. Ni siquiera me han visto los de la barricada de San Pablo.

—Yo —dijo el otro— he ido hasta la calle de San Antonio y he hablado con aquellos muchachos. Allí no han atacado.

Volvieron todos detrás de la barricada.

El viejo que quería pegar a su hijo, cuando le tuvo delante, se puso a llorar apretujándole entre sus brazos. La emoción era general. Sin previo acuerdo, como una necesidad para aplacar los nervios, primero como un murmullo, después subiendo el tono hasta vibrar a plena voz, las enérgicas notas de «La Marsellesa», con letra catalana de Clavé, se elevaron en la serenidad de aquella noche de julio de 1909: Abans morir que ésser esclausi. Todavía los obreros no sabían ni «La Internacional» ni «Los Hijos del Pueblo».

La mayoría de los que habían acudido como refuerzo se volvieron al «Estado Mayor», como decían riendo.

Alfredo se guardó su revólver virgen, y regresó también, ahora sin complicaciones de conciencia.

Como si le hubieran quitado una losa de encima. El yo prudente ya no tenía nada que decir al de la dignidad. Es decir, ya no tenía miedo.

En la taberna estaban sus dos hermanos mayores, Joaquín y Ramón. Y aunque querían fingir, no pudieron disimular su alegría al verle regresar sano y salvo.

—Bueno, rojo —dijo Joaquín—, has probado que eres un hombrecito y no hace falta más. Ahora Ramón te acompañará a casa.

—No quiero ir.

—No seas cabezota. Lo hago por la madre. Con ese tiroteo, que habrá oído también, figúrate qué angustia estará pasando con todos los hijos fuera de casa. Así que ahora vuelves, la tranquilizas, y mañana te escapas.

No había réplica. Aquello era la razón misma. Además el ascendiente de su hermano sobre él era grande. Tenía once años más y siempre le había conocido mayor.

Ramón y Alfredo salieron por la calle del Hospital y emprendieron el camino de su casa. Encontraron un par de patrullas revolucionarias que se limitaron a saludar fraternalmente:

—¡Salud, compañeros!

—¡Salud!

Y nada más. No había santo y seña ni nada parecido. A nadie se le hubiera ocurrido que, de las Rondas adentro, se encontraran enemigos.

Por el camino, Ramón explicó a Alfredo la «hazaña» cometida por el otro hermano, Roberto, en la mañana de aquel día. Al frente de una veintena de muchachos, casi todos de El Arte de Imprimir, asaltaron el cuartel del Batallón de Voluntarios de la Libertad, enclavado en una habitación de la Tenencia de Alcaldía del distrito V, sita en la calle de Sadurní. Allí se apoderaron fácilmente, puesto que no había nadie, de unos fusiles Remington, procedentes de la revolución de septiembre de 1868, y de unos cuantos sables que ni pinchaban ni cortaban. No encontraron municiones de ninguna clase, por lo que el trabajo fue inútil. Sin embargo, los asaltantes desfilaron muy marcialmente por las calles del distrito V, con aquellas «carabinas de Ambrosio y espadas de Bernardo», como les dijo, lleno de risa, el sastre anarquista Saavedra, cuando les encontró en la calle de la Unión.

Aquella chiquillada pudo haberle costado cara a Roberto, pues un corresponsal de prensa que recorría la ciudad tomó una foto de aquel desfile, y pasados los sucesos fue publicada en la revista ilustrada La Actualidad, y en ella estaba Roberto, con su pañuelo blanco al cuello, su fusil al hombro y un sable en la mano. Su suerte fue que, en el momento de sacar la foto, tenía la cabeza vuelta atrás, como para dar una orden a «sus tropas». No todos los asaltantes

tuvieron esa suerte y cerca de una docena «que estaban muy bien», fueron detenidos y pasaron bastante tiempo presos.

Ramón dejó a su hermano en la escalera y no se marchó hasta oír la voz de la madre que decía llorosa:

— ¡Por fin, hijo mío! ¿Y tus hermanos?

No quiso escuchar más y se volvió a la barricada.

Alfredo no pudo salir de casa hasta el sábado, ya todo acabado. El padre cerró la puerta con llave y se la guardó en el bolsillo, siendo él mismo quien abría la puerta cuando era preciso. Las hermanas se lo tomaron a broma, y cada vez que tenían que salir, para hacer las pocas compras que podían hacerse, le decían al padre:

—Señor carcelero, ábranos la puerta para un acto de servicio.

Porque una de las cosas curiosas de aquella semana fue que, desde el martes, la calma fue absoluta de cinco a nueve de la mañana, lo que permitía a las mujeres salir a proveerse de lo que había en las tiendas de la vecindad. No había, claro está, ni carne ni pescado, ni hortalizas, pero se encontraban otros alimentos, incluso pan, ya que muchos patronos panaderos trabajaron con una autorización del comité de huelga de la barriada, comité que nadie había nombrado.

Se ha dicho después que el entonces gobernador civil, señor Ossorio y Gallardo, había convencido al general Santiago de poner en práctica aquella tregua matinal para evitar posibles asaltos de establecimientos, y que, además, el mismo gobernador había comunicado esa medida al comité de huelga. Eso no se pudo comprobar.

El miércoles y el jueves las cosas siguieron igual: escaramuzas más o menos violentas ante las barricadas, pero la resistencia de los revolucionarios no fue vencida. Hubo bajas, claro está, pero no en el número que se decía.

El viernes todo se calmó. Llegaron trenes especiales procedentes de Madrid, de Valencia, de Zaragoza, llenos de tropas y guardia civil. Aquello descorazonó a los dirigentes de la revuelta, porque era indudable que aquella llegada de

tropas significaba que fuera de Cataluña el movimiento no había tenido repercusión. Limitada la protesta airada a Barcelona y varios pueblos, era evidente que no podían sostener mucho tiempo el empuje de tantas fuerzas armadas. Además, casi toda la prensa de España comenzó una campaña de calumnias, acusando a los revolucionarios de las más fantásticas crueles, y, sobre todo, de «separatistas», lo que producía la enemistad incluso de trabajadores del resto de la península.

Se dio, pues, la orden de retirada, en la debida forma, sin pánicos ni desbandada. Los hombres más conocidos procuraron cambiar de domicilio o salir de la capital. Otros volvieron imprudentemente a sus casas. La huelga continuó todo el sábado. El domingo comenzó el tránsito de tranvías, pero ya no hubo refriegas entre huelguistas y la fuerza pública. Únicamente se dio el caso esporádico de la parte baja del Paralelo, donde un capitán, sin duda aspirante al ascenso, se empeñó en ver que desde lo alto de unas casas cercanas al cuartel de Atarazanas se hacían disparos, y sin pensarlo mucho dio orden de tirar contra aquel supuesto enemigo, acribillando las fachadas de impactos de fusil. Como no se rendía nadie, porque los vecinos se habían refugiado en otras casas, el belicoso capitán hizo llegar un par de cañones, haciendo una docena de disparos que arrancaron un par de balcones y destruyeron el parapeto de unos terrados. Muchos años más tarde podían verse las señales de aquella heroica acción en las fachadas.

El lunes, bien temprano, las tropas recibieron la orden de atacar las barricadas. Con grandes precauciones se inició la maniobra. Los soldados, al mando de sargentos, se acercaban a las entradas de las calles, por las aceras, para no ofrecer mucho blanco, y daban grandes gritos:

— ¡Rendirse! ¡Rendirse!

Como no había nadie detrás, está claro que nadie contestaba. Ante el silencio, se decidían a asomar la cabeza; y nada, no se veía a nadie.

Entonces venía el «asalto», junto a las casas. Ya dentro, los soldados, con cara de asustados, y enfilando los fusiles a lo alto, iban avanzando pegados a las paredes. De vez en cuando sonaba un disparo que el miedo hacía disparar a los invasores. Pero nadie respondía al ataque. A las nueve de la mañana el general

Santiago podía telefonear a Madrid que «la insurrección había sido dominada».

Las tropas acamparon en todos los sitios estratégicos, con armas, bagajes e incluso cocinas de campaña. Se cacheaba a todos los transeúntes; como no lo hacían con las mujeres, fueron muchas las que se llevaron en los cestos de la compra revólveres, pistolas y municiones, abandonándolas a la primera ocasión. Los fusiles fueron escondidos meticulosamente. Para desmantelar las barricadas se adoptó un sistema vejatorio que produjo incidentes e incluso algunas detenciones. A cuantos hombres pasaban cerca de una barricada se les obligaba, bajo la amenaza de los fusiles, a quitar un par de adoquines, en medio de las risotadas de los soldados.

La ciudad fue tomando un aspecto normal, el comercio y los mercados abrieron y las fábricas y talleres recobraron su actividad.

Pero aquella tranquilidad, aquella normalidad, eran aparentes, porque entonces entraron en acción todos cuantos habían estado escondidos como ratas durante la revuelta. La policía secreta, que no había dado señales de vida durante los sucesos, comenzó a detener gente al buen tuntún. La guardia civil seguía idéntico camino. Y llegó el bochorno de las delaciones. Los elementos reaccionarios se desquitaban del terrible pánico que habían pasado, denunciando, sin prueba alguna, a cuantos presumían de revolucionarios. Se llegó a más. *La Veu de Catalunya*, cotidiano de la Lliga Regionalista, tuvo la villanía de publicar un editorial que era una ejecutoria de vileza. El editorial se titulaba «Delateu!».

Las cárceles, el castillo de Montjuic y unos cuantos barcos requisados se llenaron de hombres y mujeres, la mayoría de los cuales no habían tomado parte en nada. Y comenzaron los consejos de guerra. Ante uno de ellos comparecieron cuatro inculpados: José Miquel Baró, Antonio Malet, Eugenio del Hoyo, y Clemente García, el carbonerillo ya citado. No hubo testigos ni casi acta de acusación, y apenas tiempo para preparar la defensa. La sentencia ya estaba escrita antes de constituirse el consejo de guerra, y fue a muerte. Los cuatro fueron fusilados sin darles derecho de apelación. Se dijo por entonces que la sentencia y la ejecución se habían ocultado al propio gobierno de

Madrid. Después no hubo más ejecuciones, a pesar de ser centenares los procesados. Hubo, en cambio, muchas sentencias a cadena perpetua y muchos años de presidio.

Además de su propia importancia, la Semana Trágica tuvo resonancia mundial por la detención de Francisco Ferrer Guardia, el fundador de la Escuela Moderna de Barcelona. Al principio de estas notas ya se habló de cómo estuvo preso y procesado cuando Mateo Morral atentó contra los reyes, en Madrid, en mayo de 1906. Entonces Ferrer pudo librarse de la persecución gracias sobre todo a la gran campaña internacional que se hizo en su favor. Pero la reacción no olvida ni desarma jamás, y en 1909 aprovechó magníficamente la ocasión para volver a tener entre sus manos al hombre de la Escuela Moderna.

Remontando en mi memoria creo que los hechos debieron ocurrir, poco más o menos, de la siguiente manera:

A Ferrer, sin duda, le debieron sorprender los sucesos en Barcelona. Puramente teórico, ni siquiera se le debió ocurrir tomar parte directa en el combate. Sabiendo, no obstante, cómo le tenían calificado en tanto que director de la Escuela Moderna, y sin olvidar cuánto le había ocurrido después del atentado de Mateo Morral, era natural que procurara pasar desapercibido. Y a ser posible demostrar su ausencia de la capital. De ahí que cuando renació la calma tomase un tren y se apease en el pueblecito de Montgat, para dirigirse a pie al Mas Germinal, de su propiedad. Tuvo la desgracia de topar en la carretera con el alcalde de otro pueblo, Alella, quien en compañía del jefe de serenos, Francisco Bernadas, patrullaban por allí. Le detienen sin saber de quién se trata; le interrogan, y Ferrer tiene la ingenuidad de decir que regresa de una cita amorosa. A su edad aquello no era probable. Y el alcalde y el sereno, «por lo que pueda ser», se lo llevan detenido.

Cuando se comprueba su personalidad y se sabe que es nada menos que Francisco Ferrer, los reaccionarios cantan albricias. El hecho de escapar de Barcelona es considerado como una prueba irrefutable de culpabilidad. Y de ahí a colgarle el sambenito de jefe de la insurrección no hubo más que un paso. Con mayor motivo cuando no se había logrado detener a ningún elemento destacado; los obreros porque supieron ocultarse y los jefes

lerrouistas porque todos habían procurado, durante las huelgas, ser vistos fuera de la pelea.

Inmediatamente se clausuró lo que quedaba de la Escuela Moderna, sobre todo la editorial, y como no se encontraba culpabilidad contra sus colaboradores, todos seres honorables y pacíficos, se procedió a aplicarles los rigores del estado de guerra y fueron deportados a un pueblo de la provincia de Teruel: Soledad Villafranca, José Casasola, Cristóbal Litrán, Alfredo Messeguer, Anselmo Lorenzo y toda su familia, Mariano Batllori, José Villafranca y José Robles. En aquel pueblo pasaron los deportados días muy duros, pues ni siquiera encontraban casa donde alojarse y las gentes les consideraban poco más o menos que demonios. Poco a poco la solidaridad internacional fue dando pruebas de vida y los indígenas vieron que los deportados eran seres como ellos. Y se fue organizando la vida regularmente, aunque el objetivo principal de los enemigos de Ferrer se cumplía, esto es, tenerle incomunicado y apartado de quienes pudieran mejor preocuparse por su suerte.

Ferrer fue procesado por el fuero militar y encerrado primero en la cárcel celular, rigurosamente incomunicado, y más tarde llevado al castillo de Montjuic. Se inició una campaña en el extranjero en defensa de Ferrer, pero, no sé por qué, sin la energía necesaria ni la continuidad debida. Acaso nadie creyera que se pudiera llegar a la pena de muerte, dado lo débil de la acusación. Aquella lenidad contrastaba con la actividad del clero que quería hacer pagar a Ferrer la quema de los conventos. Y acaso también la actitud de Alfonso XIII, que seguía convencido de la complicidad de Ferrer en el atentado de Morral.

Toda la formidable campaña que la masonería supo desplegar en el primer proceso fueron ahora tibios escarceos apenas visibles. Sin embargo, a medida que se aproximaba la fecha prevista para el consejo de guerra, los amigos de Ferrer se alarmaron al saber las presiones que se ejercían para que Ferrer fuera ejecutado. Desde primeros de octubre se desencadena una violenta campaña pro Ferrer en toda la prensa izquierdista. Es demasiado tarde. En Madrid ya habían decidido acabar con el director de la Escuela Moderna.

El consejo de guerra tuvo lugar en el propio castillo de Montjuic. El tribunal estaba presidido por el teniente coronel de Infantería Eduardo Aguirre de la Calle, siendo consejeros los capitanes Sebastián Carreras, Pompeyo Martí, Marcelino Díaz, Manuel Llanos, Aniceto García y Julio López. Fue juez instructor Valeriano Raso Negrini. Actuó de fiscal el capitán del Regimiento de Vergara, Jesús Marín. Defendió a Ferrer el capitán Francisco Galcerán, que fue elegido de una lista presentada al procesado, porque éste dijo que ese capitán llevaba su mismo nombre, y que, por su apellido, acaso fuera catalán.

Hubo un detalle macabro pero elocuente. Mientras tenía lugar el consejo de guerra, dos hombres subían por la empinada carretera del castillo el negro féretro que tenía que servir para enterrar a Ferrer. De este hecho quedó testimonio por un grabado publicado por la revista ilustrada *La Actualidad*.

En el acta del consejo de guerra puede apreciarse lo débil de la acusación. Un solo testigo en contra, un teniente de la guardia civil, el cual dice que supo por «una confidencia», sin citar nombre, que Ferrer había tomado parte en la revuelta en los pueblos de Masnou y Premia de Mar, donde, en realidad, no hubo disturbios. El atestado policíaco se limita a dar cuenta de que en un registro efectuado en el Mas Germinal, donde habitaba Ferrer, se había encontrado una carta de Anselmo Lorenzo, sin especificar su contenido; otra carta escrita en francés, también sin explicar el texto, y tres hojas con signos convencionales, «todo ello comprometedor».

Con tan anodino bagaje procesal el consejo de guerra condenó a muerte a Ferrer y al día siguiente, 13 de octubre de 1909, de madrugada, fue fusilado en un foso del trágico castillo.

La noticia dejó estupefactos a cuantos no querían ver antes que ello fuera posible, y lo que no se hizo primero para evitarlo se efectuó después para reivindicar su memoria. El movimiento de protesta fue muy intenso en toda Europa.

En Roma hubo huelga general, seguida de paros y manifestaciones en Nápoles, Venecia, Bolonia, Milán y Génova. En Bélgica, manifestaciones y banderas a media asta en las Casas del Pueblo. Posteriormente en Bruselas se levantó un monumento a la memoria de Ferrer. En París, toda la prensa de izquierda

protestó contra el asesinato y tuvieron lugar mítines y manifestaciones. En Austria y en Rusia hubo huelgas y manifestaciones de protesta, y lo mismo ocurrió en Inglaterra. En toda la América latina hubo manifestaciones y mítines.

La prensa reaccionaria de España respondía a esa campaña calumniando a Ferrer y publicando supuestos detalles turbios de la vida del director de la Escuela Moderna. A esto se replicó, en París y en Bruselas, con ediciones de libros con la biografía de Francisco Ferrer, como respuesta a las calumnias de la prensa reaccionaria española.

Como ahora no es fácil encontrar esos libros, no estará de más hacer un extracto, lo más veraz posible, de la vida de Francisco Ferrer. Nació en Alella, provincia de Barcelona, en 1859. Era hijo de labradores acomodados. Fue educado católicamente, con miras a emprender una carrera. A los veinte años hizo oposiciones en ferrocarriles y obtuvo una plaza de inspector. Muy pronto se sintió republicano y conspiró en la sublevación del general Villacampa. Fracasada la intentona, marchó a París, donde fue secretario de Ruiz Zorrilla, el hombre que se pasó la vida conspirando inútilmente. Como la secretaría no le daba para vivir, se hizo corredor de vinos y otros recursos por el estilo. Aprovechándose de una amnistía, vuelve a Cataluña y estudia la carrera de maestro. Sin llegar a actuar, el ambiente hispano le ahoga, y vuelve a París, donde es nombrado profesor en el Cercle Populaire d'Enseignement Laique, entidad que tenía más letras en su título que francos en caja. Da lecciones particulares, que poco le ayudan. No hace más que una comida diaria y todavía, a veces, tiene que socorrer a compatriotas más miserables que él. Edita un libro titulado *Espagnol pratique*, que apenas se vende. Se casa con una francesa, y pronto tienen que separarse por incompatibilidad de caracteres, probablemente por la religiosidad de ella.

Mucho se ha dicho sobre la pequeña fortuna de Ferrer, que le permitió fundar la Escuela Moderna. Con toda objetividad, parece que esa fortuna le llegó de la siguiente manera: como ya se ha dicho, Ferrer daba lecciones particulares, y así conoció a una alumna, Mlle. Ernestine Meunier, una mística de las ideas. Sobre las relaciones personales de profesor y alumna nadie ha podido decir nada en concreto. Al morir Mlle. Meunier dejó a Ferrer una renta de 12.000

francos anuales (francos de la época), para que los dedicara a sostener una Escuela Moderna, y, además, una casa situada en el número 11 de la Rue des Petites-Écuries de París, que rentaba 36.000 francos al año. Estas legaciones no eran más que una pequeña parte de la fortuna de la difunta, quien dejó la mayoría de sus bienes a su administrador, el italiano Coppola, y otra parte a obras benéficas y premios musicales. Esto ocurría entre 1901 y 1906. En este año la casa de París ya aparece hipotecada, porque Ferrer, además de fundar la Escuela Moderna, ha ayudado eficazmente a sus hijas Trinidad y Paz. Luego viene lo que ya hemos relatado de su empleado Mateo Morral contra Alfonso XIII.

Primero clandestinamente, más tarde ya dentro de la legalidad, los sindicalistas emprendieron una campaña en favor de los presos. Un Comité Pro-Presos funcionaba muy eficazmente recaudando donativos con que auxiliar a los detenidos y sus familias.

La enorme campaña nacional y extranjera contra el gobierno Maura-La Cierva, después del fusilamiento de Ferrer, hizo mella en las altas esferas y aquel gobierno tuvo que dimitir dando paso a una situación más liberal. Se restablecieron las garantías constitucionales y pudieron funcionar de nuevo las sociedades obreras.

Gracias a la nueva situación, el Comité Pro-Presos intensificó la campaña para conseguir una amplia amnistía de los condenados por la Semana Trágica. Una serie de mítines tuvo lugar en toda la nación, actos a los que contribuyeron republicanos y socialistas.

En Barcelona hubo una manifestación pública, tan grande que no he vuelto jamás a ver otra que se le pareciera, ni siquiera en los tiempos de la República. La concentración se hizo en la plaza de Cataluña, por entonces sin jardines ni estatuas, y la inmensa plaza resultó pequeña para contener el gentío, extendiéndose la multitud por las Ramblas, calle de Pelayo, Puerta del Ángel y paseo de Gracia, hasta más arriba de la Gran Vía. Al frente de la manifestación se colocaron los miembros del Comité Pro-Presos (todos de las sociedades obreras), ostentando un estandarte blanco que, en letras negras, tenía la inscripción: «Amnistía — Comité Pro-Presos». No había ni banderas ni otras

pancartas. No hubo tampoco gritos ni vivas. Solamente, cada cinco minutos, se iniciaba un aplauso en la cabeza de la manifestación, aplauso que iba propagándose a lo largo hasta el final, como un trueno gigantesco. Aquello era, en verdad, impresionante. El itinerario forzoso, marcado por el gobernador civil, salía por la Ronda de San Pedro, y seguía por el paseo de San Juan, parque de la Ciudadela y paseo de Isabel II hasta el Gobierno Civil. Cuando la cabeza de la manifestación llegaba al vetusto edificio, todavía en la plaza de Cataluña había más de 20.000 manifestantes.

Toda aquella campaña tuvo un magnífico resultado, puesto que en noviembre de 1910, a los quince meses de la Semana Trágica, se decretaba una amnistía que ponía en libertad a todos los condenados por aquellos sucesos.

Ganada esa batalla, cuando las sociedades obreras pudieron volver a funcionar normalmente, se reavivó el deseo de bastantes militantes de dar a la organización obrera una forma más en consonancia con los tiempos modernos. Sonó la palabra «sindicato» en lugar de sociedad, y se abogaba también por la aglutinación de las fuerzas obreras en organismos de ramo. No se atrevieron todavía algunos jóvenes inquietos a propugnar los Sindicatos de Industria porque, como algunos bromeaban, si así lo hubieran hecho habrían caído bajo la fulminación de los hombres de «barba y bigote». Efectivamente, aunque esto pueda parecer una broma, lo cierto es que entonces los más refractarios a cambiar forma y fondo de la organización, ostentaban todos magníficas barbas o abundantes mostachos. En cambio, los de la generación que llegaba iban rasurados, como no lo hacían entonces más que los curas, los cómicos y los toreros.

El indiscutible éxito de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, que veía aumentar sus efectivos, hizo pensar en fundar un organismo de carácter nacional, puesto que en Aragón, Andalucía y Galicia existían muchas sociedades obreras de influencia anarquista que arrastraban una vida aislada. Se organizó la propaganda en *Solidaridad Obrera* y también en *Tierra y Libertad*.

Se creó una comisión organizadora de un Congreso Nacional, el cual empezó a recibir adhesiones. El congreso en que quedó constituida la Confederación

Nacional del Trabajo, tuvo lugar en lo que fue palacio de Bellas Artes de Barcelona, durante los días 30 y 31 de octubre, y 1 de noviembre de 1910. [\(2\)](#)

Los obreros de Cataluña que emprendieron la tarea de fundar un organismo obrero de carácter nacional, si no enfrente, al menos al margen de la ya existente Unión General de Trabajadores, parece evidente que estaban muy influidos por la organización obrera francesa, es decir, la Confederación General del Trabajo. Muchos de los iniciadores de la idea habían estado en el vecino país, y otros leían con avidez cuanta literatura obrerista pasaba la frontera.

Si se examinaran los dictámenes aprobados por el mencionado congreso, se vería que, generalmente, parecen casi calcados de los acuerdos y las tácticas de la Confederación francesa, y más todavía de la célebre Carta de Amiens [\(3\)](#) de 1906, que es considerada como el abecé del sindicalismo revolucionario.

Es de subrayar el hecho de que, a lo largo de las siete sesiones del Congreso de Bellas Artes, ni una sola vez se oyó una palabra dura contra nadie, ni siquiera contra la otra central obrera, con la cual, al fin y al cabo, se iba a competir.

Volviendo a los orígenes de transformar la organización regional Solidaridad Obrera en organización nacional, cabe también la posibilidad de que tuviera una influencia, además del Congreso de Amiens, el Congreso anarquista de Amsterdam de agosto de 1907, en el cual se recomienda a los militantes la entrada en las sociedades obreras y sindicatos a fin de inyectarles una nueva savia.

Repasando las actas del Congreso de Bellas Artes de Barcelona, se admira la sencillez de los dictámenes, claros, precisos, justos, sin fraseología vana. Se nota que allí no se fue a discursear, a lucir dotes oratorias; se fue a trabajar.

Como ejemplo de eficacia y brevedad, véase el dictamen de punto tan interesante como el que dice:

TEMA 3.^º —¿Es de necesidad o conveniencia para el sindicalismo que Solidaridad Obrera pase a ser una Confederación Nacional?

Dictamen: Que se constituya una Confederación General del Trabajo Española, integrándola, temporalmente, todas aquellas Sociedades no adheridas a la UGT, con la condición de que, una vez constituida la Confederación General del Trabajo Española, se procure llegar a un acuerdo entre las dos federaciones, a fin de unir toda la clase obrera en una sola organización.

Barcelona, 30 de octubre de 1910.

Firman: José Carreras, por Peluqueros de San Martín, Jerónimo Farré, por Artes de Elaborar Madera de Terrassa, Joaquín Zuferrí, por Federación Obrera de Zaragoza, José Belis, por Oficios Varios de Badalona, Juan Cuscó, por Carpinteros de Barcelona.

El nombre de Confederación Nacional del Trabajo fue, acaso, obra semiclandestina del Comité Nacional de la misma, pues se puede observar que en él resto de los dictámenes aprobados, unas veces se la denominaba Confederación General y otras Federación General, pero no Nacional. Lo cierto es que al llegar al Congreso de Sants, en 1918, la convocatoria se hizo en nombre de la Confederación Nacional del Trabajo, nombre que ya se adoptó en adelante.

Ha sido mi intención, al escribir todo lo anterior, deshacer errores y sacar consecuencias. Pero mi opinión será muy breve. Creo mejor que sean los lectores los que puedan sacar esas consecuencias y, acaso, aprender unas lecciones.

Me parece que he demostrado, a favor de los hechos, que la Semana Trágica tuvo su origen en acuerdos de carácter societario, tomados solamente por los dirigentes entonces de la organización obrera. Que, sin embargo, y por la fuerza de las cosas, contribuyeron a la revuelta muchos obreros republicanos ilusionados por las campañas demagógicas de sus jefes, los cuales brillaron por su ausencia en la calle.

Que los hombres que en aquellos años animaban la organización obrera tuvieron una visión clara del ambiente general de la población, premisa indispensable de todo movimiento de carácter popular.

Que, acaso por primera vez, los organismos obreros de Cataluña se lanzaban a un movimiento de envergadura por una razón que no era económica, sino humana, si no queremos llamarla política. No fue una huelga por un real más o una hora menos, fue contra una guerra injusta y un régimen reaccionario.

Que la batalla que parecía perdida en agosto de 1909 resultó triunfante en noviembre de 1910, con la promulgación de la amnistía, y, a renglón seguido, con la fundación de la Confederación Nacional del Trabajo de España.

Entre 1911 y 1914, el autor de estas líneas cumplió su servicio militar en África, por lo que no pudo intervenir en lo que ocurría en Barcelona. Supo, naturalmente, cómo seguía la agitación social en todo el país. Los ferroviarios se habían declarado en huelga, reclamando varias mejoras que les equipararan a los obreros de la industria. Ante la amplitud del movimiento, que paralizaba el tráfico, Canalejas, entonces presidente del Consejo de Ministros, a pesar de sus pujos democráticos, movilizó militarmente a los ferroviarios, encarcelando a muchos y desterrando a varios; logró acabar con la huelga sólo por el terror.

Aquel recurso de movilizar a los huelguistas era inédito en España. Canalejas lo copió del tránsfuga Arístides Briand, que también movilizó a los ferroviarios franceses en huelga un año antes. Ello produjo un malestar muy grande en las filas de los trabajadores.

El día 12 de noviembre del mismo año Canalejas caía muerto delante de una librería de la Puerta del Sol, víctima de los tiros de pistola disparados por un anarquista solitario, apellidado Pardiñas, el cual se suicidó inmediatamente. Hubo muchos detenidos, pero finalmente quedaron en libertad por no poderse probar nada contra nadie.

Por entonces también tuvo lugar un atentado contra el rey en Madrid. Cuando el monarca regresaba de un acto oficial, a caballo, en plena calle, se le aproximó un individuo con un revólver en la mano. Alfonso XIII, al ver llegar al

hombre, encabritó el caballo, que fue quien recibió los disparos. El fracasado regicida fue detenido inmediatamente, sin resistencia.

Se efectuaron, claro está, muchas detenciones de «elementos sospechosos», pero tuvieron que ser puestos en libertad por no encontrar, tampoco, pruebas acusatorias. Se trataba probablemente de otro solitario. Fue condenado a cadena perpetua, y, como era costumbre, no acabó de cumplir la condena.

Capítulo 2

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA HUELGA GENERAL DE AGOSTO DE 1917

Alfredo llegó a Barcelona un jueves, cumplido su servicio militar en África. Al lunes siguiente empezó a trabajar en los grandes talleres gráficos de Henrich y Compañía, más conocidos por Casa Ramírez. Su hermano mayor trabajaba en aquella empresa y había solicitado una plaza para su «hermanito pequeño».

Al domingo siguiente acudió a la sociedad El Arte de Imprimir para verificar su reingreso. Entre los militantes se habían operado altas y bajas. Por ejemplo, Ávila y Permanyer estaban en Francia desde 1909, Negre había dejado el oficio para asociarse con un hermano suyo, metalúrgico. Seguían actuando Herreros, los hermanos de Alfredo y otros menos conocidos. Encontró caras nuevas: Ángel Álvarez, procedente de Madrid, Evelio Boal, de Valladolid, los hermanos Segura y los hermanos Torres, andaluces, Rafael Vidiella, de Tortosa. La entidad en sí seguía teniendo un número escaso de afiliados en relación al total de los operarios del oficio, como también ocurría en todas las demás sociedades.

En una renovación de cargos de El Arte de Imprimir, Alfredo fue elegido vicesecretario de la junta. Su hermano mayor, Joaquín, había dejado de militar en el anarquismo, atraído por el socialismo, a consecuencia de las lecturas que le había proporcionado el doctor Pía i Armengol. Con motivo de esta evolución dejó de desempeñar cargos en los organismos superiores de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña. Afiliado ya al Partido Socialista, empezó a colaborar en el semanario Justicia Social de Reus, que dirigía entonces Fabra Ribas, el cual muy pronto se marcharía a París donde emprendió una brillante carrera en los medios socialistas internacionales, llegando a ser secretario de Albert Thomas, diputado socialista francés que fue ministro de Armamento durante la primera guerra mundial.

Por cierto que, por entonces, Joaquín sostuvo una polémica periodística desde Justicia Social con Tierra y Libertad a propósito del verdadero origen de la jornada obrera del 1.º de Mayo. El semanario anarquista había publicado un número extraordinario dedicado a aquella jornada obrera y, como de costumbre, atribuía la jornada a la conmemoración de los mártires de Chicago. Joaquín salió al paso de esa versión, afirmando que el 1.º de Mayo tenía por origen el acuerdo de un Congreso Socialista celebrado en París el año 1889 y que empezó a ponerse en práctica al año siguiente. Aquella polémica acabó a consecuencia de un artículo de Anselmo Lorenzo, publicado en Tierra y Libertad, titulado «Bueso tiene razón», pero añadiendo que, desde la época en que los sabios de Salamanca habían rechazado los proyectos de Colón, «los congresos iban cojeando por el mundo», a lo que Bueso replicó recordando a Lorenzo que, precisamente por aquellos días, se había celebrado un Congreso Anarquista Internacional, «no sabemos si cojo o no».

Aquella sincera y honrada declaración de Anselmo Lorenzo no sirvió para nada, puesto que todavía los anarquistas siguen conmemorando el 1.º de Mayo en memoria de los mártires de Chicago.

Como es sabido, la primera guerra mundial comenzó en los primeros días de agosto (concretamente, Alemania declaraba la guerra a Francia y sus aliados el día 3 de agosto). Como en todas las guerras, la gente estaba convencida de que las hostilidades serían de corta duración. Ante el avance fulminante de las tropas alemanas a través de Bélgica y Francia, la mayoría de los españoles creían en una paz próxima tras el inminente triunfo alemán. La batalla del Marne abrió una esperanza, y luego la guerra de trincheras hizo concebir mejores posibilidades a los amigos de los aliados.

En Cataluña la guerra produjo un movimiento de pánico financiero que se reflejó inmediatamente en una aguda crisis de trabajo. No había motivo para tal cosa, sino todo lo contrario (como se demostró más tarde), pero la gente de dinero quiso mostrarse prudente y fábricas y talleres empezaron a despedir personal unos, y otros a reducir las jornadas de trabajo, con el consiguiente perjuicio a las clases modestas.

Como es lógico, este estado de cosas producía un gran malestar en toda la clase laboral catalana. La Confederación Regional del Trabajo de Cataluña comenzó, por medio de su órgano de prensa *Solidaridad Obrera*, una campaña contra lo que calificaba de «crisis artificial» y hizo llamamientos a los trabajadores para que acudieran a los organismos obreros a fin de defenderse. La afluencia de obreros a las sociedades fue muy grande en pocas semanas. En Barcelona quedó constituido un Comité de Defensa compuesto de delegados de todas las sociedades obreras, fueran o no confederadas. Alfredo entró en ese comité representando a El Arte de Imprimir. Allí conoció a Ángel Pestaña, que había poco habido llegado a Barcelona y había adquirido una significación entre los metalúrgicos. Lo que sigue con los recuerdos que me contó mi amigo Alfredo.

Se discrepaba en aquel comité sobre la táctica a seguir para hacer frente a la situación. Los anarquistas querían hacer la revolución; el resto, los socialistas y societarios a secas, preferían hallar remedios menos peligrosos, aunque para ello tuvieran que entrevistarse con autoridades y patronos. Horas y horas, días y días se consumieron inútilmente controvertiendo sobre las ideas opuestas, sin adelantar nada ni encontrar soludón. Pestaña, sin aprobar a los «revolucionarios», optaba por «producir revueltas» que alarmaran a la opinión pública y obligaran a las autoridades a buscar remedio. Alfredo, sin verdadera preparación sindical, vacilaba entre las dos posiciones. A fin de orientarse, deddió acudir a ver a su hermano Joaquín. El consejo de éste fue concreto: primero había que constatar si los trabajadores responderían a los llamamientos de los organismos obreros; si resultaba positivo, se conseguirían dos objetivos: poder hablar alto ante burgueses y autoridades en nombre de los trabajadores y preparar posibles acciones en la calle con probabilidades de éxito. Con este consejo, Alfredo buscó a Pestaña y le expuso el plan. Discutieron largo rato porque Pestaña estaba encariñado con la «revuelta». Alfredo le propuso la celebración de un gran mitin, en el que se hablara alto y claro y se dejara entrever el peligro de acción en la calle.

—Es posible —decía a Pestaña— que de ese modo logremos el mismo efecto que con algaradas callejeras, que no sabemos si podremos conseguir y que, además, podrían dar lugar a la clausura de las sociedades.

Por fin llegaron a un acuerdo. Celebrar el mitin y, a la salida, improvisar una manifestación.

Reunido el Comité de Defensa, Alfredo y Pestaña hicieron su proposición. La ganaron por cansancio, discutiendo desde las nueve de la noche hasta las tres de la madrugada. El mitin tuvo lugar en el palacio de Bellas Artes ante una asistencia de más de cuatro mil obreros, a pesar de celebrarse de noche y en día laborable. Fue el primer acto público en que tomó parte Alfredo, y no quedó mal del todo, a pesar de las repeticiones y titubeos propios de todo principiante. La atmósfera del público era pasional y con ganas de jaleo. Por ello fue fácil organizar «improvisadamente» una manifestación a la salida. Más de mil personas enfilaron la calle de la Princesa, dirigiéndose evidentemente a las Ramblas. Cuando los primeros manifestantes llegaron a la entrada de la calle Jaime I, ya estaba allí la guardia de seguridad impidiendo el paso. Como los manifestantes seguían avanzando, sin hacer caso a los guardias, sonaron los tres toques de atención, por medio de un clarín, que en aquellos venturosos tiempos avisaban prudentemente que la fuerza pública se disponía a atacar. Ningún caso hicieron los manifestantes a los avisos de trompeta, por lo cual los guardias desenvainaron sus sables y empezaron a repartir sablazos. Si no hubiera sido porque por entonces estaban derribando las casas para abrir lo que más tarde fue la Vía Layetana, seguramente los guardias hubieran disuelto la manifestación, como otras tantas veces; pero allí, a mano, había un magnífico material de defensa compuesto por ladrillos, piedras y cascotes, que fue inmediatamente utilizado por los más decididos de los manifestantes, arrojándolos sobre los guardias, que pronto iniciaron la retirada. Entonces, el jefe que mandaba las fuerzas del orden sacó su revólver e hizo unos disparos al aire. Aquello fue más que suficiente para que allí mismo acabara la manifestación, huyendo los manifestantes por las calles estrechas del casco antiguo de la ciudad, por donde las fuerzas represivas no se atrevieron a entrar. No obstante, un grupo de unos doscientos logró llegar hasta la plaza de Cataluña, sin que nadie se lo impidiera, y con visibles muestras de aprobación y agrado de los ciudadanos que los miraban al pasar. Ya en aquella plaza, se pararon y hubo alguna discusión sobre lo que era más oportuno hacer, y, como no se ponían de acuerdo, cada cual tomó el camino de sus respectivos domicilios con toda tranquilidad. Alfredo y Pestaña, al oír los disparos,

enfilaron la calle del Cali hasta la plaza de la Constitución (hoy de San Jaime), donde otros guardias les obligaron a descender por la calle del Obispo hasta la plaza Nueva. Allí se juntaron con otros y salieron a las Ramblas por la calle Portaferrissa, siguiendo a alguna distancia a los manifestantes que subían hacia la plaza de Cataluña. Cuando todo hubo terminado, los dos amigos tomaron por la calle del Hospital, discutiendo lo ocurrido:

—Ya ves, amigo Ángel —decía Alfredo—, que el pueblo no está maduro para tus revueltas.

—Todo es empezar. Lo que hace falta es la creación de unos cuadros de gente de acción que sepan lo que tienen que hacer en cada ocasión.

—Atención con eso de los cuadros. Si creamos el «valiente profesional», nos puede salir el tiro por la culata.

Seguramente que aquella noche ni uno ni otro podían presumir que aquellas palabras eran proféticas.

Mitin, manifestación, salvas y sablazos fueron un buen éxito para los obreros. La prensa jaleó los hechos ampliamente, aunque, naturalmente, con criterios distintos. Los periódicos de derecha afirmaban que todo era obra de agentes provocadores; los de izquierda proclamaban que el pueblo empezaba a decir su palabra. Lo innegable fue que lo acaecido tuvo sus repercusiones. Dos días después, el gobernador civil convocó una reunión de las «fuerzas vivas» en su despacho, «a fin de hallar remedio a la crisis general». Las fuerzas vivas, tradicionalmente, eran, en Barcelona, el Fomento de Trabajo Nacional, la Cámara del Comercio y la Industria, la Federación Patronal, los diputados, el alcalde, el presidente de la Diputación, el presidente del Ateneo Barcelonés, el presidente del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro y otras entidades por el estilo. Pero esta vez estaban incluidos en la convocatoria el Comité de Defensa, organizador del mitin de Bellas Artes. La reunión de este comité, ante la convocatoria del gobernador civil, fue de las que hacen época. Por vez primera la asistencia fue completa e incluso asistieron algunos que no formaban parte de dicho comité y a quienes nadie había invitado. Se discutió ampliamente durante cuatro horas sin poderse llegar a un acuerdo. De un lado estaban los guardadores de los ideales puros: las «vestales», como los

apostrofó Alfredo; del otro, los partidarios de acudir a la convocatoria y ver qué pasaba, y en el centro, los pestañistas, que buscaban un término medio. Fue entonces cuando Alfredo oyó por primera vez una frase que luego hizo carrera: «Los anarquistas no pueden deshonrarse subiendo las escaleras de los centros oficiales». Fórmula ésta que no pasó jamás de ser una frase hecha, porque ¡cuántas y cuántas veces subieron, anarquistas y sindicalistas, las susodichas escaleras!

Por fin, y como no era cuestión de no dormir, convinieron los reunidos que el Comité de Defensa no acudiría a la reunión de las fuerzas vivas, pero que podrían hacerlo particularmente, y como meros observadores, los compañeros que lo desearan. Para quien no esté acostumbrado a las cosas del sindicalismo catalán, dicho acuerdo parecerá un absurdo, pero de incongruencias como ésta está repleta la historia del movimiento obrero. Manifestaron que acudirían a la reunión un delegado de la Sociedad de Litógrafos La Solidaria, un delegado de la Sociedad de Toneleros, y Alfredo y Pestaña con carácter puramente personal.

Al día siguiente, Alfredo, en la imprenta, habló con su hermano mayor para pedirle consejo sobre la actitud a seguir en la reunión en el Gobierno Civil, que tendría lugar aquella tarde a las siete. Joaquín le dijo que, como a las cuatro tenía que acudir a la consulta del doctor Púa i Armengol, le iba a llamar por teléfono para preguntarle si le parecía bien que fueran los dos y hablaran del asunto. El doctor accedió a la demanda y, previo permiso del regente de la imprenta, fueron a la casa del paseo de Gracia donde habitaba el médico socialista. Tuvieron que esperar media hora para que terminara un par de visitas que tenía pendientes. Púa i Armengol era un hombre muy cordial, aunque de palabras breves. De buenas a primeras abordaron el asunto y, poco más o menos, el doctor habló así:

—Padecemos una burguesía de lo más inepto del mundo. Si no fueran tan obtusos verían tan claro como la luz del día que la actual guerra, lejos de ser una calamidad para Cataluña, puede ser una fuente de prosperidad. No cabe duda que la guerra será larga y los franceses tendrán necesidad de aprovisionarse de muchas cosas de comer, vestir y de «tirar», o sea, municiones. ¿Y dónde adquirirlo mejor que en Cataluña, con su magnífica

frontera y su mar Mediterráneo con los formidables puertos de Barcelona, Marsella y Port-Vendres? Si nuestros fabricantes no se quitan la paja de los ojos, los norteamericanos serán los que se pondrán en nuestro lugar, así como los argentinos, a pesar de las enormes distancias.

—Pero —observó Alfredo—, ¿puedo ser yo quien les haga ver eso?

—¿Por qué no? La neutralidad de España puede ser una mina de oro. Y, mal por mal, puesto que no podemos impedir la guerra, sí podemos ayudar a los «menos malos», que son los aliados. Además, si llega una época de prosperidad industrial, la ocasión será magnífica para conseguir mejoras en los salarios y rebajar el horario de trabajo, que, de rechazo, aportarán un contingente crecido de trabajadores a las organizaciones obreras. Esta guerra puede ser el punto de partida de una evolución social importantísima, en la que no hubiéramos podido soñar hace solamente un año. Los industriales, al enriquecerse, nos pueden dar los medios preciosos de avanzar prodigiosamente en el camino de la emancipación.

Alfredo veía clarísimo el pensamiento del doctor, pero ¿cómo atreverse a propugnar ante sus compañeros unos proyectos que iban tan en contra de lo que era el abecé de sus ideas?

Durante un buen rato estuvieron discutiendo sobre el problema. Joaquín afirmaba que, si fuera él quien tuviera que acudir al Gobierno Civil, expondría el pensamiento del doctor sin rodeos, a sabiendas que tendría que afrontar la hostilidad de los compañeros, pues estaba convencido que más tarde los hechos le darían la razón.

Alfredo acabó por decir que obraría según viera cómo marchaban las cosas. Estaba lleno de dudas. Era un gran problema para él, que empezaba entonces a intervenir seriamente en los medios obreros.

Al despedirse del doctor, éste, ya en la puerta, le dijo:

—Escolta, not. Si de veras pretendes ser algo en las filas obreras, condúcete siempre conforme a tu conciencia. No te dejes influir por nadie. Hazte una personalidad y consérvala contra viento y marea.

Por la tarde, en la plaza de Palacio, se encontró Alfredo con los otros delegados del Comité de Defensa. convinieron que dejarían sentado, desde un principio, que no llevaban la representación del Comité, sino que acudían como meros particulares para «informar e informarse», según frase que indicó Pestaña.

Subieron, pues, las fatales escaleras del Gobierno Civil. En el vestíbulo ya había animación. Unos señores elegantemente vestidos charlaban animadamente en grupos de tres o cuatro. Alfredo no conocía casi a nadie, excepto a Lerroux y a Pich y Pon, los cuales parecían bromear con un señor que bien hubiera podido ser Alberto Rusiñol, el líder de la Lliga.

Un empleado muy melifluo, con un carnet de notas en la mano, vino a preguntar los nombres de todos los asistentes. Los delegados del Comité de Defensa dieron los suyos respectivos, añadiendo que eran obreros. Llegaron algunos señores más, a quienes el empleado del carnet de notas iba tomando los nombres. Por fin, abrieron una puerta al fondo y apareció un hombre que dijo:

—Caballeros, el señor gobernador civil les ruega que entren.

Así lo hicieron, lentamente, quedando los últimos los obreros. El despacho del gobernador era amplísimo, pero tremadamente viejo. En el fondo había una gran mesa de despacho, con una escribanía y un teléfono. Ni un solo papel. En las paredes, unos retratos antiguos de hombres con bigote y perilla, representando quién sabe qué tipos. Dos balcones que daban al paseo de la Aduana estaban ocultos por sendos cortinajes encarnados. Partiendo de la mesa, a ambos lados, un semicírculo de sillones isabelinos, tapizados en rojo, esperaban con los brazos abiertos las posaderas de los representantes de las fuerzas vivas.

En pie, detrás de su mesa, el gobernador esperaba, sonriente, a que terminaran de entrar los convocados. Una vez lo hubo hecho el último, el empleado del carnet cerró suavemente la puerta, entregó la lista de asistentes al gobernador y salió por una pequeña puerta lateral, sin hacer ruido.

El gobernador, después de pasarse un albo pañuelo por sus grises bigotes, dijo:

—Señores, tengan la bondad de sentarse.

Los señores tuvieron esa bondad y se sentaron, evidentemente autoclasificados por entidades. Los obreros lo hicieron en el fondo, de cara a la mesa. El gobernador volvió a limpiarse los mostachos y habló:

—Señores: Es para mí un inmerecido honor presidir esta reunión de las fuerzas vivas de la provincia de la que me honro en ser el representante del gobierno de la nación. Les he convocado, señores, para ver si, entre todos, podemos atisbar soluciones prácticas que pongan remedio a la delicada situación económica y social por la que atraviesa la provincia. La culpa de lo que ocurre es evidente que no atañe al gobierno que represento, sino que obedece a causas exteriores traídas por la guerra que padece Europa. La crisis, señores, es evidente, y es deber de todos buscar remedios, o cuando menos paliativos que conduzcan a mejorar la suerte del comercio y de la industria, lo cual significaría, evidentemente, el mejoramiento de la manera de vivir de los sufridos obreros catalanes. Teniendo en cuenta esta última necesidad, he creído útil y conveniente convocar a esta reunión a una representación obrera para que nos ilustre sobre lo que piensan sus compañeros y nos indique sus sugerencias. Espero, pues, que ustedes tomen la palabra con la plena confianza de que, entre todos, podemos hacer una labor fructífera.

Como puede apreciarse, el gobernador no se «embarcaba». Esperaba, sin duda, las luminosas ideas de los asistentes. Se sentó, pues, y esperó. Siguió un silencio algo prolongado y molesto. Ninguno se decidía a ser el primero. Por fin, un señor calvo, de cara rolliza, bien afeitado y luciendo unos lentes con montura de oro, levantó levemente la mano. El gobernador, con un gesto, le invitó a que hablara.

—Señores —dijo—: Hablo en nombre de la Cámara de Comercio de Barcelona, justamente alarmada por la crítica situación que estamos atravesando. Seré breve y concreto. Los negocios van mal, el comercio no vende y los impuestos son siempre los mismos. Nos parecería, pues, justo y equitativo que, tanto los representantes aquí presentes del gobierno, del ayuntamiento, como los de la diputación provincial, llevaran a sus organismos respectivos el deseo lógico del comercio, de ver aplicada una moratoria que nos permitiera afrontar las

circunstancias actuales. También sería de desear que los fabricantes, en aras del bien común, nos concedieran más amplios plazos de pago de las mercancías...

— ¡Señor Matons! —interrumpió otro señor—. No pida imposibles. Yo, en nombre de los fabricantes de tejidos, no puedo por menos que llamarle la atención. Conforme con lo de la moratoria gubernamental, pero las letras son las letras y hay que pagarlas. ¿Cómo, pues, si no las cobramos, vamos a pagar a los obreros, las materias primas, la fuerza, la luz, etc.? Hay que buscar soluciones por otro lado.

Intervino, entonces, el representante del Fomento del Trabajo Nacional, para afirmar que el problema era un asunto del gobierno y era indispensable que éste estudiase la manera de modificar el arancel y facilitar la exportación lo más pronto posible.

El alcalde dijo que el ayuntamiento, que tenía el Honor de presidir, estudiaría el caso con todo el interés necesario. Y lo mismo, casi palabra por palabra, dijo el presidente de la Diputación provincial.

Como nadie más pidiera la palabra, el gobernador solicitó la Opinión de la representación obrera, pues, dijo, «para algo se les había convocado».

Pestaña tomó la palabra y habló un buen rato, con aquella oratoria de palabras aspiradas tan habituales en él. Se manifestó desilusionado porque, en realidad, ninguno de los señores que habían tomado la palabra había afrontado el problema de cara a la realidad. «Yo —añadió— no puedo traer el criterio de los organismos obreros porque no estoy autorizado para ello, pero sí puedo afirmar que el criterio general de los obreros es que hay que encontrar inmediatamente, sin esperas, el modo de acabar con la crisis que amenaza con hacer caer en la miseria a la clase trabajadora. Si eso no se hace, ustedes cargarán con la responsabilidad.»

Estas palabras duras crearon un ambiente de molestia y embarazo. Volvió a reinar un enojoso silencio, hasta que el señor Lerroux se dirigió directamente a Alfredo y le dijo:

—Hace un rato que me parece que el compañero Alfredo tiene algo que decir, y, con el permiso del señor gobernador, le invito a que lo haga.

El gobernador manifestó que a él le parecía bien la sugerencia de don Alejandro, pues a todos los presentes se les había convocado para que dieran su opinión.

Alfredo, mientras hablaba el gobernador, se preguntaba por qué Lerroux sabía su nombre, pues jamás había tenido la menor relación con él, y, para que nadie pudiera suponer confabulación alguna, quiso salir al paso de la posible maniobra. Para ello tomó la palabra y dijo:

—Yo, señores, como mi amigo Pestaña, vengo aquí sin representación formal ninguna porque no me ha sido conferida. Aclarado esto, debo decir al señor Lerroux que «compañero» no es un título profesional ni representativo que lo puedan emplear quienes quieran. «Compañero» lo empleamos entre nosotros, los obreros, como muestra de fraternidad y solidaridad, «pero sólo entre nosotros». No pretendo, señor Lerroux, que me apele señor, porque no lo soy, pero tenemos una palabra justa: «ciudadano», que yo aceptaría gustoso.

El gobernador se cubrió la boca con su amplio pañuelo para disimular la risa que le retozaba en los ojos. El resto de la concurrencia se divertía. Lerroux, muy serio, dijo que no había querido ofenderle y que admitía la lección. Alfredo, sin contestarle, entró en materia. Dijo en seguida que la crisis era artificial y producto únicamente de un pánico financiero injustificado. Y a continuación les «colocó» todo lo que, pocas horas antes, le había enseñado el doctor Pla i Armengol.

Los reunidos, que al principio no le prestaban gran atención, fueron interesándose gradualmente a medida que Alfredo iba desarrollando sus argumentos, tan diferentes de todo cuanto se había dicho en aquella reunión. Acabó así:

—No hace falta, pues, que nadie pida protección a nadie. Lo que es necesario es saber afrontar la situación momentáneamente hasta que el mercado vuelva no sólo a su normal desarrollo, sino a un estado de actividad y prosperidad no

conocido hasta ahora. El hecho, si ustedes se espabilan, se producirá indudablemente. Pero lo primero, ahora, es afrontar la crisis, a fin de evitar una emigración de mano de obra que fatalmente se producirá si los obreros no pueden comer y más allá de nuestras fronteras les ofrecen trabajo. Todos los negocios tienen altas y bajas, y para afrontar los tiempos difíciles todo industrial o comerciante que se precie debe tener unos fondos de reserva; pues bien, ahora nos encontramos en uno de esos momentos. Sigan ustedes fabricando, reintegren a los despedidos, que la producción que hagan ahora les vendrá muy bien para un porvenir muy próximo. Es lamentable que tenga que ser un obrero quien así se exprese, porque acaso me esté jugando el prestigio; mas, si estamos aquí para buscar soluciones, yo creo haber expresado lo mejor que puede hacerse.

Nadie replicó. Nadie quiso comprometerse a nada.

Al gobernador no le cupo otra cosa que dar por terminado el acto con unas palabras neutras:

—Señores: Después de las distintas opiniones aquí expresadas, de las cuales he tomado buena nota, espero de todos ustedes que harán cuanto esté en su mano para paliar la actual situación. Yo, por mi parte, haré partícipe al gobierno de las opiniones de todos a fin de que, por la suya, el gobierno de la nación haga cuanto le sea posible. Si las circunstancias lo requirieran, nos volveríamos a reunir. Señores, muchas gracias.

Y, después de dar la mano a los reunidos, se retiró por el foro. Los asistentes se retiraron poco a poco, haciendo comentarios en voz baja. Lerroux pasó junto al «compañero» Alfredo y los otros ignorándoles completamente. Ya en la escalera, el señor que se parecía a Alberto Rusiñol (tal vez lo fuera) se acercó al grupo de obreros y dijo, dirigiéndose a Alfredo:

—Por esta vez estoy completamente de acuerdo con lo dicho por usted. Pero me temo que les patums, que somos los patronos, no sepamos ver las cosas con tanta claridad. De todas maneras, yo voy a hacer la propaganda.

Y se marchó, riendo.

Ya en la calle, Pestaña le dijo a Alfredo que seguramente tenía razón, pero que si argumentaba así en una reunión obrera le iban a echar a patadas. El litógrafo dijo que tal vez fuera así, pero que salieran otros con mejores proposiciones. El tonelero, riéndose, afirmó que quedaba el recurso supremo: hacer la gran revolución.

Oficialmente las cosas quedaron así. No volvió a reunirse el Comité de Defensa porque nadie se cuidó de convocarlo, y el gobernador tampoco debió considerar necesario volver a reunir las fuerzas vivas.

La crisis siguió haciendo daño durante unos meses, pero fue atenuándose poco a poco. No sabemos si fueron los fabricantes quienes hicieron gestiones cerca de Francia, o si fueron los franceses quienes se cuidaron de procurarse mercancías, pero lo cierto es que el pronóstico del doctor Pía i Armengol fue bien pronto una realidad. Las fábricas de tejidos empezaron a trabajar de firme, no sólo en Barcelona, sino en Terrassa, Sabadell, Manresa. Después fueron las fábricas textiles del litoral, Calella, Masnou, Mataró, y las del interior, como Manlleu. Luego vino la metalurgia, que empezó a fabricar material ferroviario para reparaciones, y piezas para automóviles, llegando, por fin, a los cascos de granada y obuses. Llegó después el turno al ramo de la piel, calzado, correajes... y la alimentación, con sémolas, fideos y conservas múltiples.

En honor a la verdad, hay que decir que hubo fabricantes desaprensivos que para lucrarse más fácilmente de las necesidades del país vecino en guerra, y sin importarles las consecuencias para los usuarios, fabricaron y sirvieron, a precio de buenas, mantas, capotes y botas militares de fibra de cartón, que, a la primera lluvia, se deshacían como mantequilla. Afortunadamente (pero no sin antes llegar a hacer sus pingües beneficios) muchos pedidos franceses fueron anulados e incluso devueltos por su mala calidad.

Y aquí empieza un período de la vida catalana realmente muy difícil. Como había previsto el doctor Pía i Armengol, la guerra, lejos de representar miseria para la industria catalana, fue el período de las vacas gordas. El dinero entraba a raudales y la fiebre de adquirirlo abarcó a una gran parte de la población. Ningún sector de la vida cotidiana se vio libre de tener en su seno a logreros y

especuladores. Unos en la industria, otros en el comercio, muchos en la prensa y los libros, y un buen número en los servicios de espionaje.

Al socaire de la neutralidad, florecieron por todas partes las flores del mal. Infinidad de aventureros de todo el mundo se instalaron en Cataluña (como ocurrió durante y después de la segunda guerra mundial), a sueldo de las embajadas. Pero, en honor a la verdad, hay que decir que también los hijos del país participaron en el maldito trabajo.

Toda la costa catalana, desde Vinaroz hasta Portbou, vio aparecer una serie de tipos sin trabajo aparente, que vivían bien, se hospedaban en hoteles y se paseaban a diario por las playas. Todos ellos tenían magníficas relaciones con los carabineros y con las autoridades, y éstas, aparentemente, no se preocupaban por saber qué hacían aquellos señores que vestían tan bien y tanto gastaban.

Se trataba, lisa y llanamente, de los espías alemanes y aliados (mejor dicho, al servicio de unos y de otros) que hacían cuanto podían, los unos por sorprender submarinos alemanes que era del dominio público que recibían todos sus suministros en las costas españolas, y los otros por saber cuántos y cuáles eran los barcos que cargaban y trasladaban a Francia sus aprovisionamientos. Todo este trabajo se efectuaba calladamente, casi elegantemente. No había nada de eso que describen las novelas de aventuras y espionaje. Si había consecuencias dramáticas debidas a los informes que pudieran adquirir y facilitar los espías, tenían lugar mar adentro y no perturbaban en lo más mínimo la tranquilidad de las playas. Todo lo más, alguna vez, una tormenta hacía llegar a la arena restos de algún naufragio, que, tras ser rigurosamente examinados por los espías, eran aprovechados por los pescadores. Las autoridades marítimas y terrestres ignoraban siempre estos casos. Había que ser neutrales en todo...

El material que usaban los agentes de los bandos contendientes era bien sencillo. Se trataba de disponer de un teléfono seguro y de unos prismáticos de buena calidad.

En el puerto de Barcelona nadie se podía fiar de nadie. Se decía entonces que no quedaba un hombre portuario que no estuviese comprado, y de varios se afirmaba que hacían el doble juego. La actividad en los muelles era

intensísima. Jamás se había visto tanto movimiento. Llegaban y salían barcos continuamente y de todas las matrículas del mundo, cargando y descargando las más variadas mercancías, aunque, a decir verdad, la inmensa mayoría del flete eran fardos muy bien hechos o cajas muy bien construidas, que impedían saber, a simple vista, lo que en realidad contenían.

Salían barcos despachados para Mallorca, Valencia, Vigo o Casablanca, que luego, en alta mar, tomaban rumbo diferente. Aparecieron navíos que, aun recién pintados, no podían ocultar su respetable ancianidad, lo cual no era obstáculo para que fueran cargados hasta la borda, y salían quién sabe hacia dónde.

Se improvisaron nuevas compañías navieras que adquirían todo lo que encontraban, con tal de que se mantuviera a flote. Ejemplo de estas improvisaciones fructíferas fueron los hermanos Tayá, que dispusieron en poco tiempo de una verdadera flota mercante, cuyos barcos se llamaban Tayá I, Tayá II, etc. Fue tal el negocio que hicieron estos Tayá, que adquirieron, pagando muy bien, el diario La Publicidad, a fin de incorporarlo a la parte de la prensa que hacía campaña por los aliados.

Los cafés, restaurantes, bares y tabernas de la Barceloneta, la plaza de Palacio y el paseo de la Aduana, estaban continuamente llenos de parroquianos, día y noche, y gastando sin contar. Un buen observador podía ver que, además de la gente de mar, había siempre por allí muchos tipos extraños, cuyas actividades nadie conocía.

Los servicios de espionaje era indudable que compraban de todo y a todos. En una ocasión llegó al puerto de Barcelona un submarino alemán con averías. Siguiendo las leyes internacionales, el submarino fue internado en el muelle de España y, además de ser desarmado, se le quitaron piezas esenciales que le impidieron la navegación. Los tripulantes tenían que residir en tierra a cargo del consulado alemán. Durante algún tiempo ese submarino fue objeto de la curiosidad general; luego ya nadie hizo el menor caso de él. Pues bien, una mañana los habituales del muelle de España quedaron sorprendidos al no ver el submarino. Era cosa bien sencilla: tranquilamente, se había marchado durante la noche, sin que nadie se diera cuenta. La prensa de los aliados puso

el grito en el cielo, acusando a las autoridades marítimas de estar al servicio de Alemania. La prensa germanófila calló prudentemente. El gobernador dijo que se abriría el oportuno expediente, pero lo cierto es que no se volvió a hablar más del asunto.

Varios barcos fueron hundidos misteriosamente, sin que se supiera dónde ni cuándo. Hubo que darlos por perdidos, porque jamás llegaron a su destino. Por dos veces, en los barcos de los Tayá hubo explosiones a bordo durante la travesía, debidas a bombas retardadas, colocadas en el puerto de Barcelona durante la carga. Ya terminada la guerra, se supo, por indiscreciones, que las tales bombas habían sido colocadas por elementos conocidos como obreristas. Alfredo tuvo referencias de que el caso había sido discutido en un grupo anarquista y que cínicamente los acusados confirmaron los hechos, pero aduciendo que lo habían hecho porque eran enemigos de la guerra.

Como ya hemos dicho, la prensa, en su casi totalidad, fue intervenida por las embajadas. *El Diluvio*, *El Liberal*, *El Progreso*, *La Publicidad*, por los aliados. *El Correo Catalán*, *El Diario de Barcelona*, *El Día Gráfico*, *La Tribuna*, *El Noticiero Universal*, por los alemanes. *Las Noticias* procuraba ser neutral. La Vanguardia, aunque en sus editoriales se mostraba, si bien con precauciones, proalemana, tomó fama por sus dos corresponsales de guerra: Armando Guerra, en Berlín, y Gaziél, en París. Este último fue director de La Vanguardia después de la guerra y hasta la rebelión militar.

Entre los militantes obreros también hubo sus bandos. Con los aliadófilos estaban *El Libertador* de Gijón, con Ricardo Mella y Eleuterio Quintilla, y *Cultura y Acción* y que dirigía Chueca, en Zaragoza. Como neutralistas aparecían *Tierra y Libertad*, dirigido por José Prat, y *Regeneración*, de Sabadell.

Dio mucho que hablar y discutir el «Manifiesto de los trece», a favor de los aliados; entre estos trece figuraban Federico Urales, Tarrida del Mármol y otros españoles. De Eusebio Carbó se dijo que cobraba de la embajada francesa, pero nadie pudo comprobarlo.

Como sucede en todas las épocas anormales, no sólo surgieron aventureros y chantajistas en el espionaje y los negocios, sino que también aparecieron en la prensa. Los «currinches» de la pluma que no encontraron acceso a la prensa

existente se dedicaron a crear nuevos periódicos, de poca monta, solicitando en seguida subvenciones de las embajadas o propinas de los negociantes de guerra.

Como botón de muestra, se puede citar el semanario *Los Miserables*, fundado por Ángel Samblancat y Fernando Pintado, que eran los amos, acompañados de otros sujetos, acaso de buena voluntad. Como Samblancat y Pintado se titulaban republicanos, claro es que *Los Miserables* se puso al lado de los aliados, la democracia y los derechos del hombre. Tema muy especial del tal periódico era fomentar el alistamiento de voluntarios para combatir el militarismo «boche». Y edición tras edición cantaban las excelencias de la lucha y las gestas que los soldados catalanes llevaban a cabo en los campos de batalla. Ocurrió, sin embargo, que periódicos del otro bando reprochaban a los redactores de *Los Miserables* que, siendo jóvenes y fornidos en su mayoría, no se les ocurriera alistarse como voluntarios, predicando con el ejemplo. A esto respondió Samblancat con un gesto espectacular, a que tanto nos tenía acostumbrados durante su vida. En efecto, en primera página y con grandes titulares publicó un artículo anunciando que él, Ángel Samblancat, había decidido marchar a la guerra como voluntario de los aliados.

Durante unas semanas su firma no apareció en su periódico, como tampoco se le vio por los cafés y las tertulias en que era habitual. Y cuando se creía que ya debería estar peleando como un jabato, he aquí que aparece un artículo en el citado semanario, en el cual Samblancat dice que está de vuelta porque, habiéndose presentado en París, en la embajada inglesa, a fin de alistarse como voluntario, no había sido admitido. Esto hizo reír mucho, porque a todo el mundo se le ocurrió que, ya en París, podía haber acudido a las oficinas de reclutamiento, en las cuales se acogía a cuantos se presentaban. Pero no; Samblancat quería luchar al lado de los ingleses, y si éstos no le querían, seguiría luchando «heroicamente» desde las columnas de *Los Miserables*.

Más adelante trataremos de este individuo, sobre todo durante la guerra civil. Es uno de tantos prestigios que es saludable desenmascarar.

En los medios obreros no había unanimidad, ni mucho menos. Nadie, es cierto, estaba al lado de los alemanes, pero las discrepancias se manifestaban entre

partidarios de los aliados y quienes propugnaban el pacifismo y atacaban a los dos bandos. La mayoría, por espíritu liberal, se inclinaba del lado de los aliados, por lo menos como enemigos del militarismo. Del lado de los pacifistas los había que hacían esa propaganda porque era la única posible, pero ocultaban así su germanismo, sincero en unos y en otros con su cuenta y razón.

No estaban libres de ser partidarios interesados algunos aliadófilos, como ocurrió con Federico Urales, quien desde *El Liberal* emprendió una campaña furiosamente antialemana, empleando todos los argumentos corrientes en la época, sin discriminar entre los militares alemanes y el pueblo.

Tan descarada era la campaña de Urales que llegó a inquietar a muchos responsables del obrerismo que se esforzaban en no comprometer las ideas. Por ello acordaron llamarle al orden; pero fue inútil. Entonces se trató de expulsarle de la organización; pero no pudo tomarse tal acuerdo porque resultó que Urales no estaba afiliado a organismo alguno.

Esta conducta de Urales le tuvo alejado mucho tiempo de los medios obreros, pero más tarde, al socaire del prodigioso crecimiento del obrerismo y la creación de los sindicatos llamados «únicos», logró introducirse de nuevo, sobre todo por esa apatía condescendiente que tanto ha abundado siempre en las filas anarcosindicalistas.

Con el auge de trabajo y grandes negocios coincidió, naturalmente, el aumento de afiliados a las organizaciones obreras y el aprovechamiento de tales circunstancias para alcanzar, en primer lugar, aumentos de salarios, que se consiguieron fácilmente en la mayoría de los ramos. Subidos los jornales, se produjo un alza en los precios de los artículos de primera necesidad, pero en verdad no de manera alarmante, lo que dio lugar a que en general los obreros pudieran vivir mejor. Tras el éxito del aumento de salarios, se empezó a agitar la idea de la reducción del horario de trabajo. El mito de las ocho horas comenzó a dejar de serlo y eran muchos los partidarios de presentar esa reivindicación. Había, sin embargo, quienes se oponían, aunque por diversas razones. Los había que creían que la guerra sería corta y la ganarían los alemanes, y temían que, al terminar la contienda, surgiera otra vez la crisis de

trabajo y la pérdida de todo lo conseguido, con el consiguiente derrumbamiento de la organización obrera. Otros aducían que, dado el inmenso trabajo que tenían fábricas y talleres, no sería prudente abocarlos a disminuir la producción, ya que provocaría una emigración de pedidos a otras regiones de la península.

Alfredo y un pequeño número de amigos hacían otra observación: «Si rebajamos las horas, los burgueses, para poder cumplir sus compromisos de fechas de entrega que no pueden tener demora por ser trabajo para la guerra, se verán obligados a importar mano de obra del resto de España. Esta mano de obra estará muy lejos de sentir las inquietudes y las ideas de los obreros catalanes, ya maduros en ellas, y serán un elemento dócil a las maniobras lerrouxistas, por un lado, y una reserva de la patronal para hacer frente a posibles conflictos».

Digamos en seguida que estas teorías no fueron comprobadas; primero porque la guerra fue larga, después porque la lucha por las ocho horas no se emprendió seriamente hasta 1918, precisamente al ocurrir que el final de la guerra no trajo crisis de trabajo, sino que continuó la prosperidad, a causa de que los países combatientes habían quedado muy debilitados por la lucha, y necesitaban, todavía, de las importaciones.

Alfredo había empezado a sufrir la influencia de su hermano mayor, el cual había ingresado en el Partido Socialista Obrero Español. Joaquín se había formado una pequeña biblioteca compuesta, casi en su totalidad, de libros de carácter social. Un día llevó a Alfredo a su casa y le dijo:

—Mira, aquí tienes donde leer a placer y ver si puedes orientarte, porque «ya sabes que no sabes» lo que quieras. A fin de que puedas digerir bien la lectura, te haré una selección para que empieces por el principio.

Alfredo se llevó a casa seis libros, sencillos, de introducción a las ideas. El más fuerte era el Manifiesto comunista de Marx y Engels. Empezó a leer con la afición del catecúmeno, pero sin fanatismo. Se le presentaban muchas dudas, que luego discutía con su hermano. Poco a poco le fue pareciendo que aquello era más sólido que lo que hasta entonces conocía de las ideas anarquistas.

Estas lecturas calaron hondo en su cerebro y ya no las pudo dejar en toda su vida, aunque, en su inquietud por saber verdades, hizo largas incursiones entre otros elementos. Su hermano mayor le animó a afiliarse a la Juventud Socialista, que por entonces iba tomando cuerpo en Barcelona. Así lo hizo Alfredo, entregándose desde el primer momento a todas las actividades. Formaban parte de aquella juventud por entonces, además de obreros, algunos estudiantes, como Morales Velloso, hijo de Morales Pareja, concejal lerrouxista; Miquel, hijo de un catedrático; Papaicónomos, hijo de un agente marítimo griego, y otros estudiantes. Entre los obreros había un puñado de muchachos muy bien preparados, que acababan de salir de una escuela particular dirigida por Torrubia, un hombre joven a quien tenía que encontrar más tarde Alfredo en sus andanzas por Francia.

La Agrupación Socialista de Barcelona tenía entonces su sede en un pequeño piso de la calle de Barbará, pero la mayor parte de sus actividades se desarrollaban en el centro que tenía en la calle de Menéndez y Pelayo (antes Torrent de l’Olla), de la barriada de Gracia. Tenían allí los socialistas un buen local que aprovechaban para dar conferencias, representaciones teatrales y bailes. Además, en la parte posterior había una cooperativa de consumo.

Dirigían entonces a los socialistas barceloneses Comaposada, ya bastante agotado y dejando hacer a los demás; Escofet, tipógrafo, joven y con ganas de trabajar; Palomas, de espíritu oficinal; Es-corsa, muy bien preparado, tapicero de oficio, que tuvo una controversia con Pestaña en el cine Montaña, de Sant Martí, sobre marxismo y anarquismo, acto que se celebró en medio de un civismo ejemplar, y en el cual, como ocurre siempre, cada uno se atribuyó la victoria.

El elemento esencial de los socialistas barceloneses era Joaquín, el hermano mayor de Alfredo.

En 1914 se había constituido un secretariado de la Confederación Nacional del Trabajo, más nominal que efectivo. El secretario general fue José Negre. El 30 de noviembre de este mismo año murió Anselmo Lorenzo. La prensa anarquista prestó alguna importancia al triste suceso, pero en general ese

fallecimiento pasó casi desapercibido, debido sin duda a que todo el mundo estaba pendiente de los avances arrolladores de los alemanes.

En la prosperidad que gracias a la guerra iba adquiriendo la industria catalana, las sociedades obreras fueron adquiriendo fuerza, como jamás habían tenido. Y fue entonces cuando se empezó a hacer propaganda para la creación de grandes sindicatos de ramo, titulados erróneamente «sindicatos únicos». Se trataba de agrupar en un solo sindicato la multitud de sociedades de oficio que tan difícil hacían todo trabajo activo. La idea fue muy bien acogida por los sindicalistas puros, pero no así por los grupos anarquistas, que temían ver disminuidas sus influencias en las sociedades. Sin embargo, poco a poco fueron tomando cuerpo los sindicatos de ramo, siendo los primeros en constituirse los de la madera, metalúrgicos y de la construcción.

En 1915 *Solidaridad Obrera*, semanario, se convirtió en diario, aunque llevando una vida muy crítica. Las sociedades obreras y los embrionarios sindicatos únicos iban conquistando aumentos de salarios y, a su favor, reclutando afiliados cada vez en mayor número.

Por su parte, los republicanos y los socialistas desarrollaban gran actividad ante las inmoralidades del régimen. En 1917, las Cortes fueron cerradas una vez más, por decreto gubernamental. Los parlamentarios acordaron reunirse por su cuenta, y se hizo una convocatoria para hacerlo en Barcelona. Es curioso resaltar el hecho de que, cuando republicanos y socialistas se deciden a apartarse de la legalidad, escojan, siempre, la Ciudad Condal para escenario de sus hazañas. Parece ser que si así se hizo fue por considerar que en Barcelona el ambiente popular era mucho más propicio que en Madrid.

La Asamblea de Parlamentarios se convocó públicamente y toda la prensa se ocupó de ello. La fecha fue fijada para el 19 de julio, pero sin especificar local ni hora. Sin que se proclamara huelga general alguna, lo cierto fue que una gran parte de los obreros dejaron el trabajo a media mañana y mucho comercio cerró sus puertas. Los parlamentarios en rebelión fueron llegando en diferentes trenes desde dos días antes y se hospedaban públicamente en los principales hoteles. Muchos lo hicieron en el hotel Oriente, en plena Rambla de los Estudios.

El gobernador civil había dicho a los periodistas que la tal Asamblea de Parlamentarios no tendría lugar, y para ello había tomado sus medidas. Y en el día señalado policías y diputados empezaron a jugar al escondite. Los diputados salían de sus hoteles, subían en automóviles que les esperaban y salían apresuradamente. La policía, en otros coches, arreaba detrás, y se trataba, naturalmente, de despistarlos. Como había más de cincuenta diputados y poca policía, la persecución era difícil, y además, todo hay que decirlo, la policía no desplegaba mucho celo en su tarea.

Y el acto se celebró. Tuvo lugar en el palacio llamado del Gobernador, del parque de la Ciudadela. Allí, prácticamente, no se tomó acuerdo trascendental alguno. Lo que importaba era demostrar la disconformidad con la monarquía y su gobierno.

Cuando ya hacía una hora y media que estaban reunidos los diputados, la policía se enteró, por fin (¿o ya lo sabía antes?), del lugar de la reunión. Informado el gobernador civil, fue en persona al parque, acompañado de un corto número de policías de uniforme. Llegado a la puerta del palacio, empezó una graciosa comedia. Llega el gobernador y avanza, solo, hacia la puerta, guardada por dos señores elegantemente vestidos, que le preguntan:

—¿Qué desea?

—Soy el gobernador civil y vengo a impedir que se falte a la ley.

—¿Y quiere entrar?

—Naturalmente.

—¿Tiene el santo y seña?

—Déjese de monsergas. Si no me dejan entrar, lo haré por la fuerza de las armas. —Y señaló a los guardias que esperaban, algo apartados.

—Si es así, es diferente. Nosotros tenemos orden de que no entre nadie, a no ser por la fuerza. Usted la emplea, allá usted.

El gobernador llamó a cuatro guardias e hizo su solemne entrada en la sala. Los diputados esperaban de pie, en medio de un gran silencio. El gobernador se

dirigió a la presidencia, que ocupaba un diputado de la Lliga Regionalista, y dijo:

—En nombre de la ley, declaro disuelto este acto por ilegal.

El presidente le contestó:

—Somos los representantes del pueblo y no disolveremos la asamblea como no sea por la fuerza.

—Pues así lo haré —respondió el gobernador.

Y, acercándose al presidente, le tocó en el hombro, y dijo:

—Con las fuerzas a mis órdenes, le ordeno dar por terminado este acto.

El presidente cogió el sombrero, se lo puso, y dijo:

—Que conste que se ha procedido violentamente contra los diputados de la nación.

Muchos diputados empezaron a silbar, otros a dar vivas a la República, pero, poco a poco, se fueron retirando.

Mientras tanto, no se supo por quién, había corrido el rumor de que la Asamblea de Parlamentarios tenía lugar aquella tarde en el hotel Oriente y allí empezó a congregarse tal muchedumbre, que a las cuatro de la tarde era casi imposible dar un paso por las Ramblas. El tráfico rodado estaba interrumpido, mientras todas las miradas se dirigían a los balcones del hotel, esperando seguramente que en ellos apareciera algún orador para dar cuenta de lo acordado en la Asamblea.

La compañía de guardias de seguridad, que había sido enviada urgentemente ante el hotel cuando empezó a congregarse el gentío, quedó completamente sumergida entre los manifestantes, y tuvo que limitarse a recomendar calma.

Pasaba el tiempo y en los balcones no aparecía nadie. La gente se impacientaba y empezaron a oírse gritos subversivos. Una prueba de fuerza ante aquella enorme multitud que ni siquiera se podía mover, de tan apretada que estaba, y con los guardias en medio, era punto menos que imposible.

Entonces parece ser que el mismo gobernador aconsejó que alguien saliera y hablara al pueblo que estaba esperando en la calle.

Así se hizo. A las cinco de la tarde aparecieron en los balcones del segundo piso del hotel una docena de diputados. La gente de la Rambla prorrumpió en vivas y aplausos. Cuando se logró el silencio, Aznati, diputado por Valencia, dijo, poco más o menos:

—Ciudadanos: A pesar de las persecuciones policíacas, los diputados defensores de la libertad se han reunido y han tomado acuerdos que, no lo dudéis, tomarán cuerpo de realidad muy en breve. El primer acto se ha cumplido y seguirán los otros. Guardad vuestras energías para los momentos decisivos que se aproximan. Y ahora, con la augusta serenidad del pueblo soberano, disolveos ordenadamente. ¡Viva la República!

El buen «pueblo soberano», algo decepcionado, se fue retirando poco a poco y no pasó más.

El gobierno se intranquilizó, pero no tenía motivos para ello. La Asamblea de Parlamentarios no fue más que una aparatoso comedia, como tantas otras a que nos tienen acostumbrados los políticos trepadores.

Más serio era lo que ocurría en los medios obreros. Socialistas y sindicalistas, por encima de sus diferencias, habían llegado a un acuerdo a fin de preparar un movimiento de huelga general, que, de triunfar, muy bien podría dar al traste con la monarquía. Se trabajó bastante en la preparación del movimiento, y mientras la policía se preocupaba de vigilar a los diputados díscolos, socialistas y sindicalistas se reunían continuamente, perfilando las características de lo que se preparaba.

Andrés Saborit, dirigente de las Juventudes Socialistas, servía de enlace entre Madrid y Barcelona. En esta ciudad le recibía siempre Alfredo, que se encargaba de ponerle en contacto con los sindicalistas de la CNT, nombrados como comité revolucionario. El trabajo fue muy laborioso, ya que era difícil poner de acuerdo a hombres de pensamientos tan dispares. Además, en la CNT, entonces en sus comienzos, influían mucho los elementos anarquistas «puros», que no veían con buenos ojos aquella colaboración con los políticos.

Mas, al fin, se llegó a un acuerdo. Para darle al movimiento un carácter verdaderamente nacional, se acordó que el Comité de Huelga residiera en Madrid, compuesto por elementos exclusivamente de la UGT. Los anarquistas puros se apuntaban, así, un tanto que iba a costar caro. En Barcelona, sin embargo, se constituyó un Comité de Huelga mixto, compuesto por hombres de la CNT y socialistas. Allí estaba Joaquín, el hermano de Alfredo.

A principios de agosto llegaron las consignas concretas del Comité de Huelga de Madrid: el movimiento empezaría con una huelga ferroviaria y se iría extendiendo a todas las ramas de los trabajadores de toda España. El santo y seña fue: «Cosas veredes», que aparecería, como título, en un editorial de *El Socialista*.

Cuando, a tenor de las entrevistas entre socialistas y sindicalistas, parecía que el movimiento todavía tardaría más de un mes en estallar, los de Barcelona quedaron sorprendidos al ver que, sin previo aviso, había empezado la huelga ferroviaria, por cierto no muy general. En Barcelona no se sabía qué hacer. La huelga perturbaba el correo y *El Socialista* no llegó durante dos días. Por fin, al tercer día (10 de agosto), llegó *El Socialista* con la consigna de huelga, al mismo tiempo que un par de telegramas cifrados declarando el movimiento. Inmediatamente se cursaron las órdenes de huelga general, que, la verdad sea dicha, no eran secundadas con gran entusiasmo. Pero, como había que parar, se paró. La Juventud Socialista, con Alfredo al frente, se lanzó a la calle y como primera medida empezó a parar tranvías, romper los cristales y pegar fuego a algunos. Luego se las tuvieron con el comercio, rompiendo las lunas de los escaparates y obligando a cerrar. Naturalmente, esto produjo pánico, y entonces los grupos de acción sindicalistas, recorriendo fábricas y talleres, consiguieron que la huelga fuera casi absoluta en las primeras horas de la tarde. El movimiento fue secundado en Badalona, Sabadell, Terrassa, Manresa, Mataró y algunos otros pueblos, pero en el resto de Cataluña sólo tuvo un carácter parcial y pacífico.

En Barcelona se levantaron barricadas en las barriadas extremas de Sants, Sant Andreu y Sant Martí, pero todas estaban casi sin defensores. Guardias de seguridad y la guardia civil patrullaban a pie y a caballo por la ciudad, dando lugar a varios encuentros con los huelguistas, con los consiguientes muertos y

heridos. A las cinco de la tarde salió la tropa a la calle y fue declarado el estado de guerra. Aquella noche ya no apareció la prensa vespertina. Alfredo movilizó a todos sus amigos de artes gráficas y con poco esfuerzo lograron que los operarios de los periódicos se retiraran de las imprentas. Tampoco salieron al día siguiente ni durante toda la semana. El martes la situación no varió. El miércoles, la gente estaba a la expectativa. Empezaron a salir algunos tranvías custodiados por guardias. La cosa era grave. Si se lograba restablecer el tráfico de los servicios públicos, la huelga fracasaba. En una casa de la barriada del Guinardó estaba establecido el Comité de Huelga. Alfredo a las siete de la mañana ya estaba allí, muy agitado por el peligro del fracaso. Se convino que había que hacer lo imposible por parar los tranvías. Pero ¿cómo? Como sea. Eso era no decir nada. Los grupos armados eran pocos y la ciudad muy grande. No obstante, allá fueron los muchachos a tirotear tranvías, que, afortunadamente, iban vacíos, si se exceptuaba la escolta.

Pero las autoridades sabían que, si lograban hacer circular tranvías y abrir una parte del comercio, podrían vencer el movimiento.

Así fue como, por la tarde, fueron mucho más numerosos los tranvías puestos en circulación, con algunos pasajeros, probablemente policías de paisano. También la fuerza pública y los soldados obligaban a abrir las tiendas. Las cosas se ponían mal. De fuera de Cataluña no se sabía nada. No llegaba prensa ni se repartió correspondencia.

El miércoles acabó con ambiente indeciso. La huelga era general, pero, como no se notaba entusiasmo ni decisión, se corría el peligro de que el jueves fracasara todo. En el Comité de Huelga había malhumor aquella noche. Sobre todo agobiaba el no saber nada de fuera. La poca prensa llegada de Madrid estaba censurada y sólo publicaba notas del gobierno dando por fracasado el movimiento, pero, como en esas notas se decía que en Barcelona la tranquilidad era absoluta y que se trabajaba en una proporción del 80 por ciento, claro es que podía presumirse que lo mismo se mentía oficialmente respecto al resto del país. Además, en *El Liberal*, de Madrid, se publicaba un telegrama, seguramente escapado a la censura, en el que se decía que «una columna militar se dirigía hacia Oviedo». Si esto era cierto, era claro que en

Asturias la cosa estaba grave para el gobierno. Era preciso, pues, se dijeron los del Comité de Huelga, hacer el máximo esfuerzo para proseguir el movimiento.

Se convino en que, de madrugada, hubiera tiroteos en todas las barriadas, para hacer cundir el pánico y la alarma y, además, intentar impedir toda clase de tráfico. Si aparecía algún periódico, había que quemar tantos ejemplares como fuera posible.

Inopinadamente se presentó un metalúrgico de la barriada de Poblé Nou que traía una nueva arma antitravniaria.

—Veréis —dijo—. Durante todo el día hemos trabajado en un taller particular y hemos hecho un montón de «tes» como ésta.

Era un trozo de hierro forjado, en forma de T, adaptable perfectamente a las medias cañas de los raíles de los tranvías.

—Ya lo veis; se encaja la T, se le dan dos martillazos y nadie puede sacarla. Los tranvías saltan de los raíles, y, no sólo no marchan, sino que impiden la marcha de los que van llegando.

Todos quedaron entusiasmados con la idea, y, sobre todo, de que no se hubiera limitado a tenerla, sino que, por su cuenta, se hubiera puesto a practicarla sobre la marcha.

Inmediatamente se acordó un plan de campaña. Se buscaría una camioneta que distribuiría las «tes», con sus correspondientes martillos, por todas las barriadas. Naturalmente, la camioneta llevaría una escolta armada. Los muchachos de las barriadas clavarían las «tes» en los lugares indicados. Se estudió el plano de la ciudad y se eligieron los puntos más estratégicos, todos ellos lejos de las cocheras de los tranvías, para que el efecto fuera mayor. Se indicaron, pues, la plaza de España, la plaza de la Universidad, la Diagonal, la carretera de Badalona, la entrada al Poblé Nou, la calle de Muntaner, la de Aribau...

Salieron todos los reunidos para avisar a las barriadas del programa a seguir. Como no había tráfico rodado y apenas luz en las calles, no era divertido cumplir la misión, teniendo en cuenta que patrullaban los guardias de

seguridad y la guardia civil a caballo. Sin embargo, por el resultado, se vio que todos habían cumplido el encargo.

Alfredo se encargó de bajar por Gracia y llegar hasta Hostafrancs. Aquello no le gustaba, pero había que hacer de las tripas corazón. En Gracia pudo llegar, sin dificultad, hasta la carpintería de Salas, un artesano socialista. Allí estaban reunidos los encargados de grupo. Alfredo les comunicó que, de madrugada, les llevarían el «nuevo material» y dio instrucciones para procurar asegurar la continuación de la huelga. Cuando dijo que el material llegaría en una camioneta, todos se pusieron a reír, creyendo que se trataba de una broma. Alfredo les dijo, muy serio, que ya sabía que aquel proyecto era una locura, porque una camioneta, de madrugada, llamaría excesivamente la atención, pero que así se lo habían dicho y él no hacía más que transmitir el recado.

Como dijo que se dirigía a Hostafrancs, su amigo Ferry se ofreció a acompañarle. Le dio las gracias, pero no aceptó el ofrecimiento. Un hombre solo es menos sospechoso. Salió, pues, solo. Por la calle de Córcega fue a desembocar a la Diagonal y paseo de Gracia. Allí había un fuerte retén de guardias de seguridad. Siguió andando como si tal cosa, pero pronto le llamaron la atención y se acercó a los guardias, que le preguntaron:

—¿A dónde va a estas horas?

—A mi casa —respondió Alfredo, dominando su nerviosismo.

—¿Dónde vive?

—En Sants. Vengo de ver a mi madre, que está enferma, y con las cosas que pasan no quiero que mi esposa pase ansiedad.

El capitán que mandaba la fuerza le miraba a los ojos con insistencia, pero Alfredo mantuvo la mirada impávidamente.

—A ver, cachearle —dijo el capitán.

Un guardia le palpó de arriba abajo, incluso entre las piernas.

—Nada, mi capitán.

—Bueno, márchese. Pero no ande por la calle a estas horas.

—Muchas gracias.

Siguió paseo de Gracia abajo hasta la calle Aragón. Iba contento porque había tenido la buena idea de no llevar arma alguna.

La calle Aragón no le gustaba con aquella zanja del tren que tenía en aquellos tiempos, con sus parapetos que podían ofrecer sorpresas. Por lo tanto, lo pensó mejor, y bajó a la calle Consejo de Ciento. No se veía un alma, ni siquiera los serenos o los vigilantes, que, por lo visto, también estaban en huelga. Al llegar al chaflán de la calle Rocafort, tuvo otro encuentro, peor que el anterior. Ahora se trataba de la guardia civil, que no pudo ver desde lejos porque estaba situada en el mismo ángulo de la acera de la derecha que él seguía. Se dio materialmente de bruces con dos guardias. A pocos metros, había varios más.

Por lo visto, los civiles tampoco le habían oído llegar, porque parecían muy sorprendidos ante la súbita aparición. Uno de ellos terció el fusil apuntándole al vientre.

—¿Dónde carajos va a estas horas?

—A mi casa. —Y volvió a explicar el cuento de la madre enferma y la esposa sola en casa.

Se acercó a ellos un sargento de grandes mostachos, preguntando:

—¿Eso no será un cuento?

—No, señor. Si quiere, puede hacerme acompañar y verá que digo la verdad.

—Vamos a ver si lleva armas.

Y el propio sargento le cacheó muy detenidamente, quedando, después, silencioso, sin duda sin saber qué hacer.

—¿Qué hacemos con él, sargento? —preguntó un guardia con bastante mala voluntad.

El sargento parecía perplejo. Se rascó el cogote, y, por fin, dijo:

— ¡Bah! Que se marche. Pero vaya usted por la Gran Vía. En la plaza de España encontrará otras fuerzas. Diga que nos ha visto.

Alfredo, sin hacerlo notar, respiró ancho y hondo. Sacó un paquete de tabaco e invitó a los guardias y al sargento, que aceptaron en seguida. Al encender el pitillo tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para que la cerilla no le temblara en las manos.

Siguió por la Gran Vía. En la plaza de España no había ni una rata. En el bar «La Pansa» se veía luz por debajo de las puertas cerradas y se oían voces. Acaso estaban allí los guardias. Pasó sin hacer ruido. La carretera de Hostafrancs estaba completamente a oscuras. Aquello no era nada agradable. Se arrimó a la pared y avanzó lentamente. Le pareció que sus propios pasos resonaban como si las suelas de sus zapatos fueran de metal. Al llegar al mercado de Hostafrancs, de pronto, sin haber visto ni oído nada ni nadie, se encontró flanqueado por dos hombres, pistola en mano. En voz baja, le interrogaron:

—¿Dónde va?

—A mi casa —respondió Alfredo mientras les observaba con una mirada rápida. ¿Serán amigos o enemigos? Miró las manos que empuñaban las pistolas y le parecieron manos de obreros, callosas.

—¿Dónde vive?

Parecían los guardias, con sus mismas preguntas, y decidió jugarse una carta.

—En la calle de Riego, con mi primo Roigé.

—¡Ah!, eres primo de Roigé. Ahora veremos si eso es cierto. Voy a buscarlo.

Y el hombre desapareció en la oscuridad, mientras el otro, que parecía mudo, no dejaba de apuntarle con su pistola.

Muy pronto apareció Roigé con el otro. Nada más ver a Alfredo, se puso a reír y le alargó la mano.

—¿Pero, adonde vas? ¿Tienes ganas de que te metan en la cárcel o que te peguen un tiro?

—No; pero tenía que venir. Traigo instrucciones.

Se dirigieron a la parte posterior del mercado. Subieron a un segundo piso de una casa de vecindad, en el número 10 de la calle de Hostafrancs, en la fachada un farol. Roigé golpeó la puerta tres veces, espaciadamente y de arriba abajo.

—¿Quién va? —preguntaron desde dentro.

—Si te he visto no me acuerdo —respondió Roigé.

Se abrió la puerta. Entraron, y después de atravesar un pasillo, se encontraron en una especie de comedor. Una mesa en el centro, con vasos y botellas y media docena de hombres y mujeres, sentados alrededor. Era el comité de barriada.

Cuando Alfredo explicó lo que se preparaba para la madrugada y lo de la camioneta, el efecto fue el mismo que en Gracia, ya que el proyecto les hacía reír.

—Bueno, reíros —dijo Alfredo—; yo no puedo decir más porque es todo lo que sé. De todas maneras, muy pronto saldremos de dudas, porque ya va siendo la hora.

Efectivamente, eran las tres de la madrugada. Como no era cuestión de volver a desafiar a las patrullas de guardias, Alfredo se quedó allí, en espera de los acontecimientos. Algunos de los del comité descabezaban un sueño, sentados en sus sillas, y otros charlaban. Ninguno osó plantear la cuestión del resultado del movimiento. Y ello porque todos sabían que ya no había nada que hacer, como no fuera salvar el honor, alargando la huelga hasta el fin de semana.

Poco a poco la luz del amanecer fue introduciéndose por los intersticios de los postigos del balcón. Apagaron la luz y abrieron el balcón. Casi al mismo tiempo, un ruido de motor de automóvil se dejó oír en el silencio absoluto de la calle.

—¡Hostias! ¡La camioneta! —dijo Alfredo.

—¿Pero es posible? —se preguntaban algunos.

Lo era. La que parecía la dueña del piso sacó la cabeza con precaución y confirmó el hecho.

—Sí; abajo hay una camioneta con una bandera blanca y una cruz azul.

Echaron escaleras abajo. En el portal estaban dos hombres, ya maduros, que habían dejado en el suelo una caja de madera.

—Salud, compañeros. Aquí está el material que os corresponde.

—Pero ¿habéis circulado bien?

—Como las propias rosas. Como veis, esta camioneta es del servicio de dispensarios municipales y nosotros somos empleados auténticos, con nuestras gorras y todo. Y a los guardias les hemos dicho que llevábamos material de cura a las casas de socorro.

—¡Magnífico! ¿Queréis beber algo? Arriba tenemos de qué.

—No, gracias. Ya hemos terminado, y ahora nos vamos, de verdad, al dispensario.

Como si supieran lo que estaba ocurriendo, muy pronto fueron llegando muchachos dispuestos a trabajar. Se buscaron martillos de peso, y se repartieron las «tes». Salieron en equipos de tres. Al cuarto de hora ya estaban de vuelta. El trabajo se había efectuado con toda tranquilidad en las entradas de Sants y la Bordeta.

No habían visto un solo guardia. Sin duda la fuerza pública se había concentrado en el centro de la ciudad, con el fin de poder acudir a los sitios más peligrosos. Lo que no previeron las autoridades es que el peligro se presentara, al mismo tiempo, en todas las barriadas, por las mismas causas y con los mismos efectos. Fue una verdadera sorpresa. A las siete de la mañana la tranquilidad era absoluta en toda la ciudad. La gente empezó a salir a la calle. Las porteras de las casas de lujo asomaban la cabeza, y al ver que los guardias civiles patrullaban tranquilamente, se arriesgaban a abrir una de las puertas del portal. Algunas tiendas de comestibles empezaron a abrir. Salieron algunos vendedores de periódicos (amarillos) voceando el *ABC* de Madrid.

Algunos autos particulares se arriesgaron a salir, circulando lentamente. En fin, todos los síntomas parecían indicar que la huelga terminaba.

A las siete y media empezaron a salir los tranvías de sus cocheras de la Ronda de San Pablo. En cada coche iba una pareja de guardias civiles o de seguridad, además de policías de paisano. El público no se fiaba y subía muy poca gente. Nada ocurrió mientras los tranvías circulaban por el centro, pero la cosa cambió al llegar a las entradas de las barriadas. Casi al mismo tiempo, en Sants, en la Barceloneta, en Poblé Nou, en Sant Andreu, en la línea de Horta, en Gracia, en Sant Gervasi, en la calle de Muntaner... los tranvías que, ya confiados, marchaban a buena velocidad, saltaron sobre los raíles y quedaron descarrilados. Empleados, guardias y parte del público, procuraban empujar los coches a fin de encarrilarlos. Trabajo largo, pero mientras tanto iban llegando nuevos tranvías que formaban largas colas. Se descubrió el motivo del descarrilamiento, y como todos los esfuerzos eran inútiles para sacar aquellas «tes» de las vías, la cola de tranvías se iba alargando. Cuando ya había una cola considerable de diez o quince tranvías, y empleados y guardias estaban todos «en el lugar del delito», viendo de poner remedio al mal, entonces, unos muchachos se metían tranquilamente en el último tranvía de la cola, y regando el piso con gasolina, le prendían fuego. El humo que salía del coche incendiado era la consigna para otros muchachos que, desde los terrados inmediatos, hacían «fuegos artificiales», disparando petardos de pólvora.

El fuego, los petardos que parecían tiros, los guardias corriendo, no sabiendo adonde, produjo un pánico tan general que pronto la ciudad vio vacías sus calles y plazas, mientras la guardia civil, los de seguridad y soldados, fusil en mano, buscaban unos revolucionarios que no aparecían por parte alguna.

La operación T fue un éxito rotundo. Los trabajadores que habían salido de sus domicilios «para ver si se trabajaba», volvieron prudentemente a sus casas, el comercio no abrió sus puertas, los mercados tampoco, no salieron periódicos y los bares y cafés siguieron cerrados. Barcelona parecía una ciudad muerta. Sólo en diferentes sitios de las líneas tranviarias unos pequeños equipos, custodiados por guardias, hacían pequeños esfuerzos para dejar expeditas las vías. Los esqueletos de más de veinte tranvías exhibían sus miserias al sol...

Cuando se acabó el ruido, cerca ya de mediodía, Alfredo se encaminó al centro de la ciudad. Para evitar la plaza de España, pasó la Gran Vía bastante más abajo y enfiló las estribaciones de Montjuic, entonces poco pobladas. Entró en la «Franca xica» y llegó hasta Poblé Sec. Parecía un domingo por la tarde. Las mujeres, y algunos hombres, formaban coros a las puertas de sus casas, discutiendo los acontecimientos. Las tiendas de comestibles y las panaderías tenían las puertas entreabiertas y no faltaba clientela. El problema, para Alfredo, era traspasar el Paralelo, donde seguramente habría fuerzas. Bajó por la calle Radas lentamente. Del Paralelo venían unas mujeres con pañuelos blancos en la mano. Las interrogó sobre la posibilidad de pasar. Le informaron que ellas lo habían hecho agitando los pañuelos, y que unos soldados que había cerca del cine Condal (hoy transformado) les habían hecho señas de pasar. Se acercaron al grupo tres mujeres que provenían de lo alto de la calle y al oír las explicaciones de las otras decidieron probar en sentido contrario. Alfredo decidió lo mismo, y procurando colocarse lo mejor posible para disimularse, bajó con ellas hasta el Paralelo. Iba pensando que las mujeres, fuera por más valor, por inconsciencia, o por confianza en el respeto al sexo, lo cierto era que siempre eran más decididas que los hombres. Sin pararse a pensarlo, las mujeres avanzaron a través de la amplia avenida, levantando los brazos y enseñando los pañuelos. Los soldados estaban allí, cerca, pero no hicieron el menor caso al pequeño grupo, que seguidamente se metió por la calle Parlamento hasta la Ronda de San Pablo. Las mujeres tomaron el camino de la Ronda de San Antonio. Alfredo pasó a la otra acera y se acercó a la calle de la Cera. Algunos transeúntes, pañuelo en mano, pasaban arriba y abajo. Había oído decir que de las Rondas adentro del distrito quinto no se podía pasar porque había barricadas en todas las calles; pero él no las veía por parte alguna. El inmenso edificio de los Padres Escolapios (reconstruido después de la quema de 1909) ofrecía un aspecto hermético, con todas las ventanas cerradas, así como también sus formidables puertas de hierro. Adosado tranquilamente a la pared, fumando un pitillo, en el ángulo del convento con la calle de la Cera, estaba un muchacho en mangas de camisa. Alfredo le preguntó:

—¿Se puede pasar por aquí?

—Según quién sea.

—Hombre; yo soy Alfredo, de El Arte de Imprimir, y me interesa pasar.

—Espera un poco; voy a ver.

El muchacho se adentró por la calle. Alfredo se quedó en la esquina y entonces se dio cuenta de que sí había barricada, pero que, a diferencia del año 1909, ahora la habían construido más adentro, a la altura de la calle Salvadors.

Volvió el joven, y le dijo:

—Bueno, pasa. Ya te entenderás con ellos.

Alfredo avanzó hacia la barricada. Estaba muy bien hecha, a base de adoquines del propio empedrado de la calle. Junto a la pared habían dejado un estrecho espacio, donde estaba un hombre con un fusil en la mano.

—Passa, noi —le dijo—. ¿A quién quieres ver?

—No sé quién hay por aquí. ¿Me conoces?

— ¡Pues, claro! ¿Crees que pasarías, si no?

Pasó. Una veintena de hombres, la mayoría con pistolas, estaban sentados en los bordillos de las aceras. Además del fusil del que guardaba la barricada, había dos fusiles más.

—¿De dónde habéis sacado esos fusiles?

—Secreto de estado. Ni hablar.

—Bueno. ¿Ha habido jaleo por aquí?

—Poco. Ayer la guardia civil hizo un intento de asalto por aquí, por las escaleras de la cárcel de mujeres y por la brecha de San Pablo. Todos fracasaron, dejando tres o cuatro guardias en el suelo. No han vuelto.

—Sois unos tíos —dijo Alfredo, riendo—. Bueno, ¿dónde están los jefes?

—En la calle de San Rafael encontrarás gente conocida.

—Pues a más ver.

—Salud.

Se adentró por la calle y llegó hasta la del Hospital y desde allí hasta las Voltes d'en Bernardino. Se iba diciendo que la historia se repetía, ya que todo parecía igual que en 1909. En la entrada del Pasaje, otra barricada. Allí no hubo que parlamentar y pasó tranquilamente, sin que nadie le dijera nada. En la misma taberna que en 1909, había una animación extraordinaria. Muchos conocidos. Salvador Seguí, Negre, Miranda, Félez, Pestaña, los hermanos Vidal, Ácrato Vidal, Caracena, Quemades... y tantos otros. Todos estaban muy tranquilos, como si estuvieran trabajando en el local social.

—¿Qué traes de fuera? —le preguntaron.

—Todo va bien. Lo de los tranvías ha sido formidable. Llegaremos al sábado.

—¿Y después, qué?

—Eso digo yo. ¿Qué opinas, Ángel?

Pestaña dijo:

—Pues ya hemos hecho lo que hemos podido, y si de fuera no se reciben noticias favorables, habrá que plegar veles.

Intervino Ácrato:

—Pues, si fuera por nosotros, podríamos resistir quince días.

—No te hagas ilusiones, noi —le arguyo Seguí—. Hay que pensar que las municiones son pocas, y, además, la gente de la barriada ya empieza a sentir hambre, y no es cosa de que se asalten las tiendas.

—¿Por qué no?

—Pues porque, al final, tendríamos también que capitular, y mejor será hacerlo elegantemente.

—De acuerdo —dijo Alfredo—. ¿Estáis en contacto con el comité?

—Sí, lo hacemos tranquilamente por teléfono.

—Pero eso es peligroso. Seguramente las líneas estarán intervenidas.

—Es posible —dijo el «Noi»—, pero si he de decir la verdad, me parece que las autoridades están en la higuera. Seguramente éste será el último movimiento llevado a cabo a la manera romántica. La próxima vez habrá que luchar más duro, por lo que será preciso apoderarnos de los puntos estratégicos, acaparar las comunicaciones y ocupar los edificios públicos. En fin, hacer las cosas con sentido común.

Pestaña se quedó mirando fijamente a Seguí, sonriendo un poco mefistofélicamente, según su costumbre, y, tras un breve silencio, dijo nuevamente:

—«Noi», preveo que los puristas te van a dar muchos disgustos.

Fácil profecía la de Pestaña, puesto que conocía tan bien el «paño».

Preguntó Alfredo si le sería fácil llegar hasta la Riera Alta, pues tenía su mujer y el chico en casa de la suegra, residente en aquella calle.

—Sí —le dijeron—. Tenemos todo cerrado en un perímetro que abarca desde la calle de San Antonio, por la Ronda, el Paralelo, el «barrio chino», y la parte de acá de las Ramblas hasta la calle del Hospital. Pero desde aquí no será difícil llegar hasta la Riera Alta, porque la fuerza pública se arriesga poco por el interior del distrito.

Salió, pues, Alfredo a la calle del Hospital y siguió por la Riera Baja. En la esquina con la calle del Carmen, el bar Petit París estaba medio abierto y había bastante concurrencia. La farmacia Casellas estaba abierta y lo mismo el estanco de enfrente. El tránsito de peatones había aumentado y todo estaba o parecía estar tranquilo. Paróse Alfredo en la puerta del bar a escuchar lo que decía la gente. En esto vio que bajaban por la calle del Carmen, fusil al brazo, tres guardias civiles, esto es, un sargento, un cabo y un número. Cuando el terceto llegó a la plazoleta formada por la encrucijada de las calles Riera Alta, Riera Baja y Carmen, en lo alto sonaron unos disparos. La desbandada fue general. Alfredo se metió en el estanco. El sargento y el número se echaron el fusil a la cara, apuntando a lo alto, en busca de un enemigo. El cabo, por el contrario, de un salto, se metió en el estanco, lívido y temblándole materialmente las piernas. Alfredo le miraba curiosamente y comprendió que

era cierto eso de temblar de miedo, pues que los amplios pantalones del cabo se agitaban como campanas al vuelo.

Como no sonaron más disparos, los guardias bajaron los fusiles y los curiosos empezaron a reaparecer en las puertas. El sargento llamó al cabo, le puso entre él y el guardia, y le dijo algunas palabras en voz baja. Alfredo no llegó a captarlas. Siguió el trío armado por la calle de la Riera Alta, camino de las Rondas. Alfredo les dejó tomar la delantera, por considerar peligrosa su compañía. Cuando los guardias civiles ya estaban cerca de la Ronda de San Antonio, Alfredo se dirigió, directamente, a casa de su suegra. Allí encontró a su esposa y al chico, un poco asustados por los recientes tiros. La suegra estaba de un humor de mil diablos contra «esos locos huelguistas, que no dejaban ganarse la vida a la gente de bien». No obstante, les sirvió una buena comida, pues a ella jamás le sorprendían de vacío los acontecimientos.

Cuando estaban terminando de comer, sintieron gran barullo por la escalera. Era que subían un sargento y cuatro soldados del ejército, que querían ver quién había en el terrado de la casa. Iban acompañados de la inquilina del primer piso, portadora de la llave del terrado. En la azotea no había nadie y tampoco era posible que nadie hubiera podido pasar de otras casas por la sencilla razón de que eran más bajas. El sargento, no obstante, miró minuciosamente por el suelo, mientras decía:

—Si encuentro un casquillo de bala, me llevo a todos los vecinos.

Afortunadamente, no encontró casquillo alguno. Cuando el sargento y los soldados volvieron a la calle, María, la propietaria de la tienda de somieres de la planta baja, que sabía manejar la aguja de marear, les invitó a una copa de coñac. Y se entabló conversación.

—Beban ustedes. Y no tengan cuidado. Por aquí todos somos gente pacífica.

—No; si a mí que los obreros se declaran en huelga me importa poco —dijo el sargento—. Pero al menos que no nos cacen como conejos. Y de esta parte, hace poco, han salido tiros.

Alfredo, como quien no quiere la cosa, dijo:

—¿No habrán salido de la torre de la iglesia?

— ¡Quién sabe! —dijo el sargento, mirando fijamente a Alfredo—. Pero allí no puedo ir a mirar.

Y, fusil en mano, él y los soldados se volvieron a su retén de las Rondas.

Acabó el jueves con bastante tranquilidad. Alfredo se fue a Gracia antes de que se hiciera de noche. El camino lo efectuó fácilmente con el truco del pañuelo en la mano.

Por la noche, en el comité de huelga, los ánimos estaban decaídos. Todos convenían en que el pueblo dejaba hacer, pero, en realidad, no se entusiasmaba por el movimiento. De lo que se sacaba la consecuencia que o no se habían hecho las cosas bien o —lo más probable— que el movimiento había sido prematuro.

Como el día siguiente era viernes, se esperaba que la gente no acudiría al trabajo, dando por perdida la semana. Si no se recibían noticias alentadoras, lo mejor sería dar la orden (secreta) de volver al trabajo.

El viernes, contra lo que se esperaba, no salieron los tranvías. En cambio apareció *El Correo Catalán*, que vendió en un día más ejemplares que la tirada de todo el año. A Alfredo no le sorprendió mucho la salida del periódico carlista, pues sabía que la mayoría del personal pertenecía a los centros tradicionalistas y muchos eran antiguos aprendices de la escuela de tipógrafos de los salesianos y los maristas.

El periódico daba por fracasado el movimiento en toda España, incluso en Asturias, donde, decía, «se está procediendo, por parte del ejército, a la limpieza de los focos rebeldes». Esto daba a entender que en Asturias se debía haber batido el cobre de una manera seria.

De Cataluña se sabía que en las poblaciones que habían secundado el movimiento la cosa había terminado y había muchas detenciones. Y lo mismo se decía de Madrid.

En Barcelona había tranquilidad completa, con sólo algunas alarmas pasajeras por causas que nadie conocía. Las tiendas de comestibles abrían poco a poco,

lo mismo que las lecherías y panaderías. La gente se decía: «Esto se acaba; el lunes, a trabajar».

A mediodía, Alfredo, como el día anterior, fue a casa de su suegra para ver a la mujer y al chico y de paso a comer. A las dos de la tarde llegó Serra, un amigo de Alfredo, del Fabril, que tenía muy buenas relaciones con los republicanos.

—Vengo a buscarte —dijo—. Todo el día que te busco. Por fin tus hermanas me han dicho que tal vez estuvieras aquí.

—Pues, ¿qué pasa?

—Verás. Junoy quiere ver a alguien que intervenga en la huelga. Ya sabes que es hombre que se trata con todo el mundo y supongo que tiene algo interesante que proponer. Yo le he dicho que te buscaría para que puedas ser un posible intermediario.

Don Emilio Junoy era un viejo republicano de los de buena fe, que había militado con Lerroux, pero que se había separado de él cuando se dio cuenta que los lerrouxitas eran un grupo de ladrones y enhufistas. Entonces se retiró de la política, pero conservaba relaciones con mucha gente. Simpatizaba con las organizaciones obreras; en bastantes ocasiones había intervenido en favor de detenidos y en otras había dado dinero para ayudar a los presos y a sus familiares.

Aceptó Alfredo la entrevista, pero no se comprometió a nada con Serra, pues, le dijo, ya sabía él lo difícil que era tratar de estas cosas con los anarquistas.

Fueron los dos amigos a casa de Junoy, en la plaza de la Universidad. Alfredo se encontró con un hombre pequeño, grueso, muy moreno, por lo que comprendió el apodo de «Negre de la Rambla» con que le motejaban los periódicos humorísticos. Era un hombre amable, cordial, llano, muy simpático. Les hizo pasar a un despacho y les invitó a fumar cigarros habanos. Él, dijo, no fumaba otra cosa, y por una vez ya podían los proletarios hacer una pequeña traición a los principios. Entró en materia sin más preámbulos.

—Veréis —dijo—. He hablado con el alcalde y con el capitán general. No les he dicho que tuviera la intención de ver al comité de huelga. De lo que me han

dicho, y rebajando un cincuenta por ciento, he sacado la conclusión de que todo ha fracasado. En Madrid han detenido al comité nacional de huelga, esto es, a Besteiro, Anguiano, Largo Caballero, Saborit y una mujer llamada Virginia González...

Aquí calló Junoy para ver el efecto. Y en verdad el efecto era grande. El hombre estaba enterado, pues Alfredo estaba convencido de que en Barcelona sólo él y el comité de huelga de Cataluña sabían los nombres del comité nacional de huelga, radicado en Madrid.

—Bueno —prosiguió Junoy—. Ya veis que estoy enterado, y el hecho de saber estos nombres demuestra que las detenciones son verídicas. Es verdad que en Asturias se han batido como héroes, pero ya no tienen nada que hacer. Han enviado allá nada menos que a un general, al frente de una división y fuerzas del tercio y regulares; el final no es dudoso, dolorosamente. En estas condiciones, he pensado que aquí se podía llegar a un acuerdo para limitar las víctimas y volver a la normalidad. Yo podría preparar una entrevista con todas las garantías entre las autoridades y el comité de huelga.

Alfredo había dejado apagar el cigarro, dado que le interesaban mucho las cosas que decía el viejo republicano. Cuando éste dejó de hablar, hubo un largo silencio.

Alfredo volvió a encender el cigarro y, lentamente, dijo:

—Señor Junoy. Le agradezco mucho lo que ha hecho y el interés que se ha tomado. Y tengo que decirle que mi amigo Serra ha estado acertado al venir a buscarme, porque esta entrevista hubiera sido, tal vez, muy difícil con otros elementos. Le hablaré sinceramente. No creo factible ni interesante la entrevista que propone. Seguramente que la mayoría del comité la rechazaría por principio. En estas condiciones, le hablaré con toda sinceridad. No habrá entrevista, pero usted puede hacer mucho para aminorar el número de víctimas. Ya habrá visto que esta vez no se han quemado conventos, que no se han asaltado tiendas, que no se ha atacado la sacrosanta propiedad. Es verdad que ha habido muertos, pero ha sido en lucha leal, cara a cara. Y ha habido bajas en los dos lados. Creo que sin entrevistas, sin compromisos, se puede hacer bastante para que las cosas se arreglen lo mejor posible. No voy a

pedirle que no haya detenciones y que se ponga en libertad a los ya detenidos, no; sería pedir peras al olmo. Pero hay una cosa que puede ser definitiva y no imposible: que no se fusile a nadie. Que haya procesos, que vayan los compañeros a presidio, es normal; hemos perdido y tenemos que pagar. Pero que no haya sentencias de muerte. Eso, que es sencillo, sería lo suficiente para crear un estado de espíritu que abriría muchas puertas. No le extrañe que no le dé importancia al hecho de que vayan hombres a presidio. Aquí en España, y en el actual proceso revolucionario, que lo hay, las penas de presidio no tienen gran importancia porque no se cumplirán totalmente.

Junoy estaba encariñado con la idea de la entrevista con las autoridades y no dejaba de insistir. Alfredo machacó insistentemente para demostrar al exdiputado que, dada la psicología de los anarquistas, la entrevista no era posible, y en cambio, si se hacía la propuesta por él, los ingenuos libertarios se harían la ilusión de haber ganado una partida y aceptarían el pacto sin saberlo.

Junoy acabó por aceptar el criterio de Alfredo aunque, dijo, no estaba seguro de conseguir gran cosa, porque, si los anarquistas tenían su psicología, no había que olvidar que los militares también tenían la suya.

No supo nada más Alfredo de las posibles gestiones de Junoy, pero lo cierto es que, en los múltiples procesos que se llevaron a efecto en Cataluña, no recayó una sola pena de muerte.

Alfredo, por su parte, no dijo una palabra al comité de la entrevista. Lo que sí hizo fue relatársela minuciosamente a su hermano Joaquín. Éste abrazó a Alfredo, lleno de cariño, y le dijo:

—Noi, si no te estropeas, serás un sucesor mío que superará al maestro.

En la reunión del comité fue cosa fácil convencer a los más intransigentes de que lo mejor que se podía hacer era publicar la orden de vuelta al trabajo, salvando lo mejor posible la dignidad. Se discutió mucho el contenido de la nota a publicar, pero se llegó a un acuerdo.

Alfredo remató la reunión a satisfacción de todos prometiendo que la nota del comité de huelga se publicaría en la prensa, bajo la amenaza de no dejar salir los periódicos. Haciendo esto sabía que se jugaba una carta difícil, pues él era

consciente de que por la fuerza eso no era posible. Pero se apresuró a hablar con Serra a fin de que fuera a ver a Junoy y le pidiera su influencia para que no hubiera obstáculo en la publicación de la nota. Ésta salió; un poco censurada, pero salió, encuadrada y todo en la mayoría de los periódicos.

Y los anarquistas tan contentos, «porque habían demostrado su fuerza».

El sábado y el domingo transcurrieron casi normales. Empezaron a aparecer los tranvías y toda la prensa apareció en los quioscos y vendedores ambulantes. El comercio abrió sus puertas casi en su mayoría. No así los bancos que, por lo visto, habían pasado miedo. El domingo ya abrieron algunos teatros y cinematógrafos. El lunes se reanudó totalmente la vida ciudadana.

Como ya se esperaba, la policía procedió a la caza del sindicalista. Los fichados y los más conocidos procuraron despistar a la «bofia», consiguiéndolo muchos de ellos. Esta vez no se dio la vergüenza de las delaciones, antes al contrario, parecía existir un tácito acuerdo entre las gentes para socorrerse y ayudarse. A pesar de todo esto, las detenciones en Cataluña pasaron de los dos millares, y las cárceles estaban llenas a rebosar. Empezaron a funcionar los tribunales militares, mas buena parte de los procesos pasaron a la jurisdicción civil por inhibición del juez militar. Se dijo por entonces que esta relativa bondad por parte de los jueces castrenses era debida a la presión de las Juntas Militares de Defensa, que funcionaban desde hacía algún tiempo. Naturalmente esto no se pudo probar, sencillamente porque las tales juntas actuaban clandestinamente, y mientras por un lado parecían tener un espíritu liberal, por el otro ofrecían particularidades reaccionarias. Lo más probable, sin duda, era que en el seno de tales juntas había una lucha de tendencias.

Paulatinamente fueron sabiéndose noticias de la huelga de fuera de Cataluña. Como había dicho Junoy, en Madrid fue detenido el Comité de Huelga, con gran aparato policial, y sus componentes conducidos a prisiones militares. La prensa de derecha hablaba de «castigo ejemplar» y se dejaba entender que habría fusilamientos. Donde las represalias patronales fueron más duras fue en los ferrocarriles. Se afirmó que habían sido despedidos más de 5.000 ferroviarios.

En Asturias, los mineros en los primeros días se hicieron los amos de la situación, no sólo en la zona minera sino en el propio Oviedo. Hubo batallas campales y operaciones verdaderamente guerreras, donde los mineros casi siempre ganaban batallas, pero perdían posiciones. Para que las fuerzas de represalia pudieran tomar Oviedo tuvieron que parlamentar con los huelguistas. Cuando los insurgentes se enteraron de que incluso en Cataluña había cesado la lucha, comprendieron que era inútil seguir la pelea; por ello se avinieron a parlamentar. Se convino la rendición en las mejores condiciones posibles, pero a la hora de cumplirlas no se respetó, por parte del gobierno, nada de lo convenido, y la represión fue terrible.

La tropa y la guardia civil establecieron un «cordón sanitario» que impedía entrar y salir de Asturias libremente. Los elementos más significados del sindicalismo anduvieron largos días fugitivos y escondidos, pero al fin casi todos fueron detenidos. Contraria mente que en Cataluña, los consejos de guerra dictaron sentencias de muerte y hubo fusilamientos. Todos los obreros conocidos por su devoción a las ideas fueron despedidos y muchos de ellos deportados a regiones lejanas. La miseria se enseñoreó de Asturias. La mayoría de estas dolorosas realidades sólo eran conocidas por la prensa extranjera, pues en España la censura no dejaba publicar casi nada. Como acto de magnífica solidaridad, se puede citar el caso de muchas ciudades en las cuales los obreros organizaron la adopción temporal, en el seno de sus familias, de los hijos de los mineros cuyos padres habían muerto o estaban detenidos.

Joaquín, el hermano de Alfredo, halló asilo en casa de un médico domiciliado en la Ronda de San Pablo. Era fácil comunicar con él por medio de mujeres no conocidas de la policía, que acudían a casa del doctor «para visitarse».

Alfredo se refugió en casa de un carpintero de Gracia. Desde el lunes siguiente a la terminación de la huelga acudió al trabajo, pues en casa no tenían ni una peseta. Tomó la precaución de entrar por la puerta trasera del taller donde prestaba sus servicios, esto es, por la Diagonal, puesto que casi nadie sabía de su existencia. Pero no estaba tranquilo. En aquella imprenta trabajaban cerca de trescientos obreros y no se podía tener confianza en todos. La policía se presentó en el taller preguntando por los dos hermanos y por Álvarez, el entonces presidente de la sociedad El Arte de Imprimir. El encargado dijo que

no se habían presentado al trabajo, lo que era cierto para los otros, pero no para Alfredo.

A mediados de la siguiente semana el encargado le dijo a Alfredo que don Manuel, el empresario, le quería hablar. Acudió a su despacho. El patrón le acogió bondadosamente y le dijo:

—Mire usted, Alfredo: yo no soy un burgués chupasangre, chapado a la antigua. Comprendo que luchan por unas mejoras y en este sentido no creo que el personal de mi taller tenga grandes quejas. Aclaro esto porque le voy a dar un consejo y no quisiera que lo interpretara mal. Ya sabe que la policía le anda buscando y que vigila el edificio. Hasta ahora no han pasado de la portería, pero si se empeñan en entrar le van a cazar como a un conejo. Y, además, nos comprometerán a todos. Yo creo que lo mejor será que se marche fuera de Barcelona una temporada o que se esconda bien, como su hermano. Por mi parte, le adelantaré dinero, que ya me devolverá cuando vuelva al trabajo.

Alfredo no tenía nada que objetar porque lo que le decía su patrono era la evidencia misma. Así pues, le agradeció su consejo y su ayuda y despidiéronse dándose la mano. El cajero le entregó el equivalente de un mes de salario. Ya en la carpintería, se puso a pensar qué haría para capear el temporal. El recuerdo de Valencia en 1909 no era bueno. Había que buscar otra cosa. Como tantas otras veces le había ocurrido y le ocurriría después, la solución le llegó como por ensalmo. Al día siguiente fue a verle su madre, muy tranquila al parecer. Le traía una carta de la hermana pequeña, Amparo, que, casada con un representante de comercio, vivía por entonces en Valladolid, donde su marido procedía a organizar la región montando sucursales y nombrando agentes de ventas de maquinaria agrícola. La hermana se interesaba por la suerte de los hermanos y ofrecía un buen refugio para uno de ellos que tuviera necesidad. Alfredo se puso a bailar entre los bancos carpinteriles. Aquello era la gran solución. Quedaron en que la madre escribiría a su hija anunciándole la próxima llegada de Alfredo. Por la noche, con todas las precauciones, fue a su casa y entregó a su esposa la casi totalidad del dinero que llevaba encima. De madrugada salió, después de besar al chiquitín que dormía plácidamente.

Dos días después tomó el tren en la estación de Sants, a fin de evitar la posible vigilancia en la estación Término o el apeadero del paseo de Gracia. El viaje fue pesadísimo. La locomotora resoplaba como un asmático, mal alimentada con tierra negra y madera verde. No había buen carbón porque el de Asturias se exportaba y además en aquellas minas se producía poco a consecuencia de la huelga y la subsiguiente represalia. Como hacía mucho calor y las ventanas de los vagones estaban abiertas, cada vez que el tren pasaba por un túnel verdaderas nubes de humo asfixiante lo invadían todo, ensuciándolo todo, principalmente las caras y las manos.

Durante su estancia en la capital castellana, que se prolongó hasta octubre, Alfredo tuvo una buena fuente de información en un obrero tipógrafo apellidado Rodrigo, que le explicó cómo marchaban las cosas obreras en Valladolid. Aparte los ferroviarios, el resto de los obreros no se preocupaban gran cosa por las cuestiones sociales. Había, sí, una Casa del Pueblo, pero la mayoría de las sociedades disponían de pocos afiliados, a excepción de los de artes gráficas, que casi en su totalidad pertenecían a la sociedad de El Arte de Imprimir, que dirigía, con cargos o sin ellos, Remigio Caftello, un hombre muy preparado y decidido. Había también, naturalmente, la Agrupación Socialista, con unos ciento cincuenta afiliados, pero constantes y abnegados. Los elementos destacados eran el profesor Landrove y el ex-capitán de Artillería Óscar Pérez Solís ([4](#)). A mediados de octubre le escribieron desde Barcelona notificándole que la tranquilidad había vuelto a la ciudad, que su hermano Joaquín ya estaba trabajando de nuevo en la imprenta y que, por lo tanto, podía volver cuando lo deseara.

Naturalmente, su regreso a Barcelona fue inmediato y a su llegada se puso de nuevo a trabajar como si nada hubiera ocurrido.

Seguía la guerra europea, y en Cataluña seguían también «trabajando» intensamente los elementos turbios al servicio de las embajadas.

Se habló mucho de los servicios a la embajada alemana del anarquista Jordán, un andaluz que había estado en presidio a consecuencia de una mala jugada que le hizo un agente provocador, escondiendo en su casa unos cartuchos de dinamita. Jordán salió maleado del presidio y en Barcelona no se sabía con

certeza de qué vivía. Más adelante, cuando apareció la flor maldita de los atentados, un día apareció muerto Jordán, con varias balas en el cuerpo. Nunca se supo quién disparó el arma por la sencilla razón de que nadie se preocupó de averiguarlo.

Por entonces dirigía *Solidaridad Obrera* Ángel Pestaña, el cual obtuvo un sonado triunfo periodístico denunciando al tristemente célebre policía Bravo Portillo, como agente al servicio de la embajada alemana. La denuncia era clara e irrebatible, puesto que el periódico reprodujo, fotográficamente, documentos bien comprometedores para el policía. El escándalo fue mayúsculo y las autoridades no tuvieron más remedio que procesar a Bravo Portillo y meterlo en la cárcel. Claro está que el tal individuo estaba en la Cárcel Modelo de Barcelona tan bien, o mejor, que en su propio domicilio. Lo alojaron en el departamento de políticos, que ocupaba él solo, y se sabía que a menudo entraba su querida en la celda, pasando por los locutorios de jueces. Antes de un mes ya estaba de nuevo en la calle.

El buen efecto que había causado en Alfredo la entrada de los Estados Unidos de América en la guerra «en defensa de la libertad y de la democracia» bajó considerablemente con la llegada a Barcelona de un anarquista español, fugitivo de Estados Unidos. Aquel hombre parecía todavía asustado por la persecución de que habían sido víctimas en el gran país norteamericano todos los no conformistas con la guerra. Alfredo habló con él largamente. Explicó que la guerra distaba mucho de ser popular en América y que la resistencia a ser incorporados a filas era muy grande entre los movilizados. Aseguraba que los mismos centros oficiales reconocían que los prófugos llegaban a 108.480, o sea, el equivalente a veinticinco divisiones.

Los «patrioteros», que allí abundaban, acusaban a la organización obrera IWW, de tendencia anarquista, de ser la principal promotora de las deserciones. Sin andarse en consideraciones, el attorney general Gregory procedió a detener al secretario general de la organización y a noventa destacados militantes más. El mismo presidente

Wilson dijo a Gregory que le parecía una buena cosa acabar con todos aquellos elementos peligrosos.

Ante el número cada día más creciente de deserciones, la policía decidió hacer una razzia en Chicago, en Boston, en Nueva York, Brooklyn, Jersey City y Newark. Como las fuerzas policíacas eran pocas, se obtuvo la ayuda del ejército y de la marina, así como de la APL, organización de voluntarios armados y con una placa acreditativa de su autoridad. Esta APL había empezado sus actividades en Chicago. El nombre inglés significa «Liga Americana de Protección», y se parecía mucho al Somatén de Cataluña.

En la razzia para capturar prófugos, los elementos de la APL se comportaron como verdaderos esbirros. Se pusieron verdaderas barreras en las encrucijadas, se penetró en los bares, cafés, teatros, cines, restaurantes, en los autobuses, en las estaciones del metro y del ferrocarril. En dos días se había detenido a más de cincuenta mil ciudadanos, que fueron trasladados a locales preparados de antemano, sin camas, ni retretes, ni cocinas. Quedaron incomunicados, sin poder avisar a sus familiares, sin encontrar medios de defensa. La mayoría no eran tales prófugos, sino simplemente que en el momento de su detención no llevaban sus documentos de identidad encima.

Alfredo escuchó la traducción que le hizo el fugitivo de un suelto publicado por un periódico neoyorquino, que había conservado.

Decía así:

Se les agrupaba por paquetes de cincuenta o de cien y un pretendido sargento daba la orden de formar. Se les decía que así); aprenderían a ser disciplinados.

A los detenidos en las estaciones del ferrocarril, no se les permitía que nadie les llevara las pesadas maletas. Un militar debe saber soportar el peso de su equipaje.

Cada columna era mandada por un pseudo-sargento, que no dejaba descansar a nadie, chillando: ¡Adelante! ¡Uno, dos, uno, dos!

Otro diario, también de Nueva York, había publicado que la razzia había sido un atentado monstruoso a los derechos del hombre y un vergonzoso abuso del poder.

En el Senado, un senador de California manifestó:

Cuarenta mil ciudadanos han sido humillados, empujados a punta de bayoneta, encarcelados y sometidos a la fuerza militar ciega e irresponsable, únicamente porque a la policía le parecían sospechosos. He aquí lo que jamás se había visto en la república.

De los 50.000 detenidos, solamente 1.500 eran susceptibles de ser incorporados. Tales procedimientos le parecían a Alfredo cosa inaudita en un país que se titulaba a sí mismo campeón de la democracia.

Mientras tanto, se procedía a organizar la campaña pro-amnistía a fin de liberar a los presos por la huelga de agosto. En Cartagena estaban presos Largo Caballero, Anguiano, Besteiro y Saborit, condenados a cadena perpetua. De Asturias se sabía que había miles de detenidos; del resto de España, algunos en Madrid y unos centenares en Cataluña.

Los Comités Pro-Presos estaban constituidos por elementos obreros de las dos centrales sindicales, por socialistas y por algunos republicanos. La campaña se intensificó al aproximarse las elecciones a diputados. Se acordó presentar a los cuatro socialistas del comité de huelga como candidatos. Si salían elegidos, era seguro que serían indultados y entonces la amnistía era cosa hecha. Por Barcelona se presentó Largo Caballero en candidatura mixta con los radicales. La propaganda se hacía a base de «amnistía».

Alfredo tomó parte en infinidad de mítines electorales, por toda Cataluña, siempre en nombre del Comité Pro-Presos, y no como socialistas ni sindicalistas.

Llegadas las elecciones, en febrero de 1918, ocurrió que el descrédito de Lerroux por immoral estuvo a punto de provocar que no saliera ningún candidato de la lista pro-amnistía. Además de la mala fama de don Alejandro,

perjudicó a la candidatura la abstención de los anarquistas, que, a pesar de tener muchos compañeros presos, no quisieron votar a un socialista. A pesar de todo, la candidatura obtuvo los dos puestos de minoría, que recayeron en Hermenegildo Giner de los Ríos y en Largo Caballero. Lerroux se quedó sin acta, cosa que no perdonó jamás a los socialistas, pues era público y notorio que éstos, previendo el fracaso, habían borrado de la candidatura el nombre del «emperador del Paralelo».

Además de Largo Caballero, también salieron diputados los otros miembros del comité de huelga. Como se había previsto, el gobierno no tardó en indultarlos y salieron triunfalmente del penal en el mes de mayo. Llegaron a Barcelona Largo Caballero y Saborit. Hubo un mitin en el salón de baile llamado «La Paloma», sito en la calle del Tigre, que fue un tanto accidentado por las intemperancias del delegado de la autoridad, que pretendía suspender el acto.

Al calor de la campaña pro-amnistía y del triunfo en las elecciones, la Juventud Socialista de Barcelona vio crecer sus efectivos, sobre todo con estudiantes, y conoció una temporada de euforia.

La revolución rusa causó una sensación enorme en todo el mundo, y, naturalmente, mucho mayor entre los elementos obreros. Era como una aurora que se levantaba en oriente y que esperanzaba a todos. No se sabía gran cosa de lo que ocurría en Rusia, porque, en general, la prensa informaba poco y mal. Además, la prensa aliado-fila condenaba acremente a los bolcheviques por el hecho de firmar la paz por separado con los alemanes, y ello desorientaba a cuantos, por espíritu liberal, deseaban el triunfo de los aliados. Puede decirse que hasta dos años más tarde no se empezó en España una campaña seria en sentido comunista.

Capítulo 3

EL AUGE DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO, LA HUELGA DE «LA CANADIENSE» Y LA AGITACIÓN SOCIAL

Del 28 de junio al 1 de julio de 1918 tuvo lugar un Congreso Regional de la CNT de Cataluña. Fue el que más tarde se llamó Congreso de Vallespir o Congreso de Sants, debido al nombre de la calle donde estaba radicado el local en que tuvo lugar. En este congreso fue donde, después de larguísimos debates, se acordó la reforma de la estructuración de los organismos obreros, con la creación de los sindicatos únicos, o de ramo. Asistieron 164 delegados, en representación de 70.000 afiliados.

El 11 de noviembre de 1918 corrió como reguero de pólvora la noticia de la firma del armisticio, esto es, la derrota completa de los alemanes y sus aliados. En muchos talleres y fábricas se abandonó el trabajo en prueba de alegría por la paz. En el local de los socialistas de Gracia se reunieron muchos afiliados, comentando alegremente el acontecimiento. Los jóvenes propusieron organizar una manifestación y la idea cundió rápidamente. Como por arte de magia, se pintó una pancarta, en tela blanca, que decía: «¡Viva la Paz!», que, sujetada a dos listones de madera, hacía muy buen efecto. Los muchachos salieron con ella; eran unos cincuenta, pero al entrar en el paseo de Gracia ya pasaban de doscientos, y al llegar a la plaza de Cataluña se acercaban al millar. Enfilaron las Ramblas, aplaudidos por la gente que se iba apartando a los lados, al paso de la manifestación. De pronto, de la calle de Portaferrissa salió un grupo de policías, capitaneados por el fatídico Bravo Portillo, que había sido repuesto en su cargo. Los policías, bastón en mano y armados con pistolas, formaron una barrera para impedir el paso a la manifestación. Fue en este momento que Alfredo salvó la vida (?) a Bravo Portillo... para evitar males mayores. Junto a Alfredo iba Gregorio Jover, «Gori», un muchacho al que había conocido en casa de su suegra, donde se hospedaba; la historia de Jover es larga y accidentada y la explicaremos más adelante. Por entonces formaba parte de la Juventud Socialista. El joven, al ver a Bravo Portillo haciendo el

valiente, sacó una pistola y se fue derecho a él. Alfredo, rápidamente, le arrancó el arma de la mano y le dijo:

—No seas bruto. ¿No comprendes que vendría una hecatombe?

—Che, a eixe tio hi ha que pelarlo!

—De acuerdo; pero en otra ocasión, sin que haya víctimas.

No tuvieron tiempo de hablar más. La cabeza de la manifestación se había parado, pero el resto continuaba avanzando, empujando a los primeros. Bravo Portillo alzaba el bastón, gritando:

—¡Atrás, cojones, a disolverse!

Pero la presión podía más que el temor, y, además, los que iban en cabeza no querían pasar por cobardes. Y ocurrió lo que siempre ocurre cuando la gente no se asusta y pierde el miedo. Los policías fueron arrollados primero y envueltos después por los manifestantes. Sonó un disparo y mucha gente echó a correr, mas los chicos de la Juventud Socialista se agruparon en torno a la pancarta y se pusieron a cantar «La Internacional». La reacción del público fue magnífica y bien pronto la manifestación, ahora verdaderamente grandiosa, siguió Ramblas abajo, subió después por la calle de Fernando, para ir a disolverse frente al Ayuntamiento. Bravo y sus satélites, aprovechando la confusión, desaparecieron como por encanto.

De vuelta al local de Gracia, con la pancarta arrollada bajo el brazo, iba calle de Claris arriba un grupo de jóvenes socialistas. El «Gori» le reprochaba a Alfredo:

—Che! M'has fet perdre una ocasió de primera; amb el lío que hi havia, ningú hagués sabut qui havia tirat, i s'ha acabat Bravo!

—Es posible; pero piensa en las víctimas que podía haber si los otros «bofias» se ponen a disparar, con el gentío que había. Toma la «pipa» y úsalala cuando valga la pena. Y por lo que hace a Bravo, ya se le arreglarán las cuentas.

La profecía fue cierta; antes de un año caía el venal policía acribillado a balazos.

En contra de lo que se esperaba, el final de la guerra europea no produjo crisis alguna de trabajo. Los vencedores habían quedado tan mal parados como los vencidos y seguían teniendo necesidad de muchas cosas. Por esta circunstancia el bienestar económico era relativamente bueno, pero el lujo insolente de los «nuevos ricos» hacía abrir los ojos a muchos obreros que querían también tener parte en la prosperidad. La afluencia a los sindicatos era casi arrolladora. A principios de 1919 se calculaban en medio millón los afiliados a la CNT. Por su parte, la UGT acrecentaba sus filas también muy considerablemente. La CNT tenía preponderancia en Cataluña, parte de Aragón, toda Andalucía y una buena minoría en Asturias y Galicia. La UGT dominaba en el resto de la península. Fue el año de la conquista de la jornada de las ocho horas diarias. En Barcelona, uno tras otro, todos los ramos obtuvieron ese horario tras breves huelgas. Como era natural, tras cada triunfo era mayor la afluencia y el prestigio de los sindicatos llamados «únicos». Puede afirmarse que, en una forma u otra, no quedaba obrero alguno sin pertenecer a un organismo sindical.

Uno de los últimos ramos en conquistar la jornada de ocho horas fue el de artes gráficas, y ello por la división que padecía. Ocurría que la mayoría de los obreros gráficos no habían creído prudente ingresar en el sindicato del ramo de artes gráficas, y seguían militando en las diversas sociedades de oficio, esto es, en El Arte de Imprimir, de los tipógrafos, La Gutenberg, de los maquinistas, la Sociedad de Encuadernadores y La Solidaria, de los litógrafos. Estas entidades habían formado una especie de pacto parecido a una federación, y convivían juntas en un local de la calle del Consejo de Ciento, entre Aribau y Muntaner. El Sindicato de Artes Gráficas, perteneciente a la CNT, fue fundado por elementos anarquistas, destacando entonces Evelio Boal, Ácrato Vidal y Pedro Álvarez, tipógrafos los tres, y algunos encuadernadores menos conocidos. Sus efectivos distaban mucho de ser mayoritarios. Tenían, sin embargo, un buen número de encuadernadores, hombres y mujeres, así como casi todo el personal de las cajas de cartón y el de las fábricas de papel.

En estas condiciones, y siguiendo la tónica general, empezó a sentirse la necesidad de reclamar la jornada de ocho horas. Los elementos de las sociedades de la calle del Consejo de Ciento se pusieron en contacto con la

patronal del ramo, a fin de estudiar unas mejoras que no se limitaran a la jornada sino que englobaran también a jornales y seguridades de trabajo, sanidad en los talleres y otras cosas de ese orden. El programa era vasto y por ello la patronal alargaba las negociaciones más de lo debido. Los dirigentes del Sindicato de Artes Gráficas vieron en estas dilaciones una buena ocasión para apuntarse un triunfo que al mismo tiempo acaso desplazara a la mayoría de los gráficos hacia el sindicato. Y ni cortos ni perezosos presentaron a la patronal la reclamación de las ocho horas, lisa y llanamente. Los patronos se negaron alegando las negociaciones que ya estaban en marcha. El sindicato entonces anunció la huelga general del ramo.

Los directivos de las sociedades vieron que, más que de conquistar las ocho horas, se trataba de matar sus entidades, y se aprestaron a la defensa. Una comisión fue a entrevistarse con los dirigentes del sindicato a fin de convencerles de aplazar la huelga y conseguir después todos juntos el amplio programa presentado. No hubo manera de ponerse de acuerdo.

Anunciada la huelga por el sindicato, las juntas de las sociedades acordaron celebrar una asamblea de conjunto el domingo anterior, a fin de percibirse del ánimo que reinaba entre los afiliados. Por su parte, el sindicato también convocó su asamblea. Los locales sociales estaban llenos de trabajadores tanto en una como en otra organización.

Alfredo no pudo dormir la noche anterior. Hacía tiempo que le preocupaba aquella división de los obreros gráficos. Sabía muy bien que la manera de ser de sus compañeros de las imprentas era muy diferente de la de los otros oficios y comprendía que estuvieran encariñados con sus sociedades. Pero, por otra parte, también veía que la inmensa mayoría de los obreros de Cataluña acudían a la CNT, y pensaba que acaso fuera mejor estar con la mayoría y hacer, desde dentro, un buen trabajo de capacitación. Cuando por la mañana se dirigía a la asamblea de las sociedades, que tenía lugar en el local social de la calle del Consejo de Ciento, iba casi decidido a defender una proposición encaminada a secundar la huelga que propugnaba el sindicato y dejar para más adelante el resto del programa. Todo le parecía preferible a pasar por la amargura de que, al día siguiente, se demostrase la rivalidad entre la clase obrera. Además de que tal cosa serviría para dar argumentos a la patronal.

Y sin embargo...

Sin embargo, cuando habló en la asamblea^{1^} fue para defender la libertad de opinión de los gráficos y condenar lo que llegó a calificar de «jugada de mala fe» por parte de los dirigentes del sindicato. Y fue así porque, al llegar ante el local, se encontró con grandes grupos que discutían acaloradamente. Allí se habían congregado bastantes afiliados al sindicato que, por todo argumento, esgrimían el insulto y la mofa. La mayoría eran forasteros, peones de las fábricas de papel, que no sabían absolutamente nada de artes gráficas, pero que gritaban como energúmenos:

—¡Traidores, esquiroles, amarillos!

Entre ellos destacaba un muchacho alto, de buena planta, llamado Carlos Gamón, tipógrafo, el cual decía, con manifiesto acento valenciano:

—Os sacaremos de los talleres a tiros, collons! [\(5\)](#)

Aquella actitud provocadora de los militantes de la CNT produjo una gran indignación entre los obreros gráficos que iban llegando para asistir a la asamblea. Los proyectos de Alfredo de llamar a la concordia y a la acción conjunta no podían ser expuestos ante unos hombres que acababan de ser calumniados e insultados. Y, tras corta deliberación, los reunidos acordaron seguir las negociaciones con la patronal y al día siguiente entrar en los talleres. Alfredo estaba de un humor de mil diablos. La perspectiva del día siguiente, unos en huelga y otros no, le era muy penosa. En realidad no sabía qué partido tomar.

El lunes, a las cinco y media de la madrugada ya estaba en la calle. Por entonces, a consecuencia de la exportación del carbón de Asturias y el aumento de la industrialización en Cataluña, la energía eléctrica andaba escasa, y los talleres y fábricas hacían horarios en consonancia con las horas que las fábricas de electricidad facilitaban por sectores. (Este fenómeno se vivió de nuevo, por espacio de cuatro años, después de la guerra civil; fueron las llamadas «restricciones eléctricas».) Por este motivo en la imprenta en que trabajaba Alfredo empezaba el trabajo a las seis de la mañana.

Al llegar a la puerta del taller se encontró con un grupo del sindicato que parlamentaba con los obreros que estaban dispuestos a entrar a trabajar. Como era la empresa más importante del ramo, los del sindicato consideraban con buena lógica que si allí no se trabajaba el éxito de la huelga podía darse por descontado. Por ello acudieron a aconsejar la huelga los elementos más destacados del sindicato, tales como Ácrato Vidal, Álvarez, Vidal «el pequeño» (para distinguirlo del otro), Doménech y otros menos conocidos, como Justo y Sallant.

Se discutía serenamente y nada hacía presagiar lo que tenía que ocurrir poco después. Alfredo se acercó al grupo en que estaban Vidal y Sallant y procuró razonar la actitud de las sociedades, condenando la actitud de los grupos del día anterior. Vidal, fríamente, argumentaba en favor de la huelga. En esto, Sallant, hombre de temperamento álgido, interrumpió, y dijo:

—Si no lo queréis por las buenas, lo haréis por péndolas.

—¡Una mierda haréis! —replicó Ortigosa, un muchacho llegado recientemente de Madrid.

—¡Calla, mocoso! —gritó Sallant.

La respuesta, absolutamente inesperada, fueron dos disparos. El madrileño había disparado un viejo revólver y Sallant caía pesadamente al suelo.

La dispersión fue general. Los empleados de la imprenta entraron atropelladamente puertas adentro. Muchos del sindicato huyeron a la carrera. Vidal y otros recogieron al herido y se lo llevaron rápidamente a la Casa de Socorro más próxima. Alfredo se encontró solo en la calle, atontado, sin saber qué partido tomar. Finalmente, entró en los talleres y junto a la escalera encontró a Ortigosa, todavía con el revólver en la mano.

—Buena la has hecho, idiota —le dijo—. ¿Y ahora qué piensas hacer?

—La verdad, no lo sé.

—¿Por qué has tirado? No había motivo.

—Ese tipo hizo el gesto de sacar una pistola —mintió el homicida.

—Bueno; ven conmigo. Lo mejor es que desaparezcas.

Salieron a la calle desierta. Alfredo le quitó el revólver de la mano y lo arrojó por una boca de alcantarillado. Pasaron la Diagonal, sin hablar. En la calle de Claris, Alfredo empujó al otro dentro de un bar que acababa de abrir sus puertas. Pidieron un café con leche y se sentaron a una mesa en un rincón, lejos de la entrada.

Ortigosa, en voz baja, se esforzaba en justificarse. Alfredo le hizo callar con un gesto; necesitaba resolver el problema de la mejor manera posible. Pensó que la primera providencia era mandar al agresor fuera de la ciudad a fin de evitar una lucha fratricida entre los gráficos. Además, le repugnaba que^a policía interviniere en las rivalidades de los obreros. Sí, lo mejor sería mandarle fuera. Pero ¿adonde? Por lo demás, él no llevaba dinero encima. Decidió volver a la imprenta y hablar con su hermano, si estaba allí.

Antes de salir del bar, le dijo al otro:

—Mira; vas a esperarme aquí hasta que vuelva. No te muevas ni te hagas visible. Yo voy a ver qué pasa y a preparar tu marcha.

—Pero volverás, ¿verdad? —suplicó Ortigosa, con cara de pánico.

—No lo mereces, porque has hecho lo peor que se podía hacer; pero hay que mirar de encontrar una solución.

Pagó los cafés y salió. Fue a la imprenta. Allí no se trabajaba; todo eran discusiones, pero no llegaban a ponerse de acuerdo. Le rodeaban y le preguntaban sobre la conducta a seguir. Él les decía que, como ellos, no sabía qué partido tomar. Encontró a su hermano verdaderamente consternado. Le explicó cómo se había llevado a Ortigosa y que le esperaba en un bar. Discutieron brevemente. Estuvieron de acuerdo en enviarle fuera de Barcelona. Joaquín indicó a su hermano que en Sitges sus amigos socialistas podían acoger al muchacho y enviarlo después a Madrid. La solución era buena. Le dio el nombre y dirección de un amigo de Sitges y unas letras de presentación, acompañadas de cincuenta pesetas. Resuelto esto, se preocuparon de la situación del conflicto. ¿Qué hacer? ¿Secundar la huelga o cumplir los acuerdos de la asamblea en la mañana anterior? La gente estaba

verdaderamente desorientada y lo que se decidiera en la casa Ramírez sería, indudablemente, la norma que seguirían los demás.

En esto llegó un obrero y dijo que Sallant había muerto en la Casa de Socorro. Esto acababa de complicar las cosas. Como en la misma imprenta trabajaban varios componentes de las juntas de las sociedades, se reunieron para ver qué se hacía. Entonces Alfredo fue claro y preciso. En pocas palabras les dijo su estado de ánimo de la mañana anterior y por qué no se atrevió a defender la huelga. Pero ahora, con la muerte de Sallant, las cosas habían cambiado y antes que matarse entre ellos los obreros deberían ponerse de acuerdo y obrar conjuntamente. No hubo discusión. Unos por convicción y otros por temor a la lucha fratricida, todos optaron por no empezar a trabajar. Los miembros de las juntas de las sociedades telefonearon a los otros componentes a fin de reunirse aquella misma mañana.

Alfredo volvió al bar. Ortigosa estaba allí, pálido, desencajado, con el temor de que Alfredo no volviera.

—Hala, rápido. Vamos al apeadero.

Salieron a la calle y bajaron hacia Aragón, hasta el apeadero del paseo de Gracia. Alfredo sacó un billete para Sitges y se lo entregó a Ortigosa.

—Toma —le dijo—. Vas a Sitges en el primer tren que pase. Aquí tienes estas señas y esta nota. Y no vuelvas jamás por Barcelona.

Y se marchó sin ni siquiera mirarle.

Tres días estuvo Ortigosa en Sitges y después fue remitido a Madrid. El joven había llegado a Barcelona en compañía de su madre, la cual había abandonado al marido en la Villa y Corte y se vino a Barcelona con su amante, empleado del estado. Sin duda fue este empleado quien intervino para que el chico entrara a trabajar en la imprenta. Más tarde, cuando tuvo lugar la lucha con los sindicatos libres fundados por Martínez Anido, y se intentó hacer lo mismo en Madrid, Ortigosa formó parte de los pistoleros a sueldo. Como en Madrid falló la maniobra, Ortigosa tuvo que dejar el oficio y hacerse carcelero.

Reunidas las juntas de las Sociedades Obreras de las Artes del Libro, acordaron entrevistarse con la junta del Sindicato de Artes Gráficas, a fin de secundar la huelga. El acuerdo fue completo y al día siguiente, martes, se celebró un mitin en la Casa del Pueblo de los radicales, en la calle de Aragón. Allí tomaron parte como oradores hombres de los dos sectores y se proclamó solemnemente la huelga general del ramo. Al día siguiente, la patronal firmaba la concesión de la jornada de ocho horas.

Del resto del programa de reivindicaciones que habían presentado las sociedades no se habló una sola palabra. Confidencialmente, Dalmau, un patrono que había sido obrero y elemento activo en el sindicalismo, le dijo a Alfredo:

—Noi, ese madrileño, matando al pobre Sallant, nos ha ganado la partida a los burgueses. Las ocho horas eran inevitables, pero todo el resto que pedíais vosotros tenía mucha más importancia.

Hasta 1931, en los albores de la República, no les fue posible a Alfredo y sus amigos empezar a estructurar un programa de mejoras parecido al que en 1919 ya había sido presentado a la patronal.

La muerte de Sallant no sólo benefició a la patronal sino al Sindicato de Artes Gráficas, que en poco tiempo absorbió a la mayoría de los obreros del ramo. Los encuadernadores se pasaron en masa, con armas y bagajes, y lo mismo hicieron los litógrafos de La Solidaria, por cierto los más conservadores hasta entonces. Subsistió El Arte de Imprimir, adherido ya a la Federación Gráfica de la UGT. En El Arte de Imprimir encontraron acogida los escasos elementos no cajistas, que no quisieron ingresar en el sindicato.

El crecimiento de los sindicatos únicos fue en aumento en relación con la conquista de las mejoras obtenidas. Pudo afirmarse que llegó un momento en que no había un obrero sin su correspondiente carnet sindical. Por entonces aparecieron los delegados de taller o de fábrica, nombrados por los sindicatos como sus representantes directos ante el patrono o la empresa. Contra toda lógica, se elegía para cargo tan delicado no al más capacitado sino al más valiente. Como es natural, tal procedimiento produjo una serie de conflictos absurdos por el hecho de que los delegados llegaron a creerse dotados de un

poder absoluto y resolvían, o pretendían resolver, tantos conflictos como se les presentaran, según su criterio o capricho personal. Infinitas veces ocurrió que por una pequeña diferencia entre un obrero y un encargado el delegado decretaba una huelga de todo el personal, y una vez la gente en la calle acudía petulante al sindicato:

—He sacado a la gente a la calle, porque el encargado es un mal hermano.

Y los dirigentes del sindicato se encontraban ante un conflicto sin pies ni cabeza y que tenían que arreglar de la mejor manera posible, y no siempre con verdadero espíritu de justicia. El humo libertario se les había subido a la cabeza a muchos sindicalistas, y embriagados por él todo el trabajo era negativo. Creían ellos que se iba a la total emancipación del proletariado y por ello prestaban poca importancia a las «cuestiones de poca monta».

Lo peor era que los mejor preparados y clarividentes, que tenían la obligación de orientar la organización por el sendero del sentido común, se dejaban arrastrar por la corriente facilona o se quedaban prudentemente al margen. No veían que tal cúmulo de errores era como sembrar vientos que, fatalmente, tenían que acarrear tempestades.

En febrero de 1919 se declararon en huelga los obreros y empleados de las empresas de electricidad de Cataluña. Fue la gigantesca huelga conocida después como huelga de La Canadiense. El número de huelguistas era muy elevado y la capacidad económica de los sindicatos era nula. A pesar de ello, el espíritu de resistencia de los obreros no decayó. Las reivindicaciones eran modestas: unos ligeros aumentos de salario, ciertas mejoras de carácter más moral que material, pero sobre todo el reconocimiento del sindicato. Y a eso era precisamente a lo que se negaban rotundamente los empresarios.

Se hicieron todos los esfuerzos imaginables para recaudar fondos en favor de los huelguistas, pero lo recaudado era como una gota de agua en el océano, y más si se tiene en cuenta que, por decretos de juntas, cada día se declaraban en huelga obreros de los servicios públicos. Así se llegó a la saturación y los elementos partidarios del criterio catastrófico lograron imponerse y hacer que se declarase la «huelga general por solidaridad», en todo Barcelona. El movimiento no fue absoluto. Faltaba en la ciudad ese ambiente misterioso,

inxlicable, que llevaba a las masas a prestarse a todas las violencias o extravagancias que germinaban en los cerebros enfermos de muchos dirigentes sindicalistas. Hubo, pues, paro en el ramo de la madera, en los metalúrgicos, en el puerto, en las fábricas textiles, pero no era total, sino limitado a las empresas más importantes. La prensa no dejó de aparecer, los tranvías circulaban, aunque custodiados por policías. El comercio tenía abiertas sus puertas.

No se veía salida para el conflicto. Y las autoridades no eran las menos preocupadas. No se ha sabido nunca quién aconsejó al gobierno de Madrid, pero lo cierto es que, de una manera imprevista, llegó a Barcelona como gobernador civil don Luis Morote, hombre liberal y miembro de aquella pléyade de magníficos periodistas españoles, espejo de honradez y ciencia periodística, de los cuales tendrían que haber aprendido los currinches de la pluma que después y hasta ahora han deshonrado la profesión.

Al llegar a Barcelona, Morote tuvo inmediatamente una entrevista privada con Salvador Seguí. Ambos convinieron en que la situación era catastrófica, y que era necesario hallar una solución a toda costa. La ceguera de las empresas de la electricidad era inaudita y los elementos de la patronal creían poder aprovechar la ocasión para dar un golpe de muerte a los sindicatos. Hay que tener en cuenta que Morote llegó a la Ciudad Condal «acompañado» del jefe de la guardia civil, Gerardo Doval, tristemente célebre por su actuación durante la terrible represión de Asturias después de la huelga general de 1917. ¿Por qué estas contradicciones? ¿Era el método del pan y el palo?

La prensa de Madrid llevaba a cabo una campaña de mentiras que llegaba al ridículo. Se llegó a publicar que en Cataluña se estaba organizando el «ejército rojo». El periodista Adolfo Marsillach, corresponsal en Barcelona, afirmó que en la capital catalana los militares, para andar por las calles vistiendo el uniforme, tenían que hacerlo pistola en mano...

Fracasó Luis Morote y se mandó a Barcelona a Carlos Montañés, ingeniero, hombre de buena voluntad, pero juguete de los que le rodeaban.

Por su parte, las juntas de los sindicatos se veían desbordadas por la demagogia insensata de los grupos anarquistas que llegaron a creer que había

arribado la hora de la gran revolución. Seguí llegó a sugerir a Montañés que se pusiera en libertad a la mayoría de los obreros detenidos, los cuales ya no cabían en la cárcel ni en el castillo de Montjuic. Con esa medida esperaba quitar un arma a los intransigentes y abrir camino a las negociaciones. Montañés aceptó, pero con la lógica condición de que previamente la organización obrera se comprometiera a dar por terminada la huelga general y quedara reducido el conflicto a su origen, es decir, a la huelga de La Canadiense. Seguí aceptó hacer las gestiones necesarias para obtener la conformidad de los dirigentes sindicales. Se reunieron los comités de la Federación Local de Barcelona y el de la Regional Catalana. La reunión fue harto accidentada y laboriosa. Se enfrentaron dos criterios: el de los amigos de Seguí, que defendían el cese de la huelga, y el de los intransigentes que, lejos de aceptar la idea, propugnaban la extensión del conflicto a toda Cataluña. Por fin prevaleció el criterio de los sensatos, pero a condición de que «el pueblo dijera su palabra». A tal fin se acordó celebrar un mitin o asamblea en la plaza de toros de Las Arenas. Los «duros» confiaban en que la multitud, como tantas otras veces, se dejaría arrastrar por la demagogia y se empezaría la revolución. Se ha dicho muchas veces que entonces, como en otras ocasiones, había agentes provocadores que no tenían otra misión que abocar la organización a la catástrofe, de tal manera que ya no pudiera levantar cabeza.

Intentar hacer la revolución social en aquella época no podía ser otra cosa que obra de locos o de malvados. El pueblo estaba absolutamente falto de preparación para ello. No había ni asomo de cuadros dirigentes para enfocar la nueva vida. Además, fuera de Cataluña la organización de la CNT era embrionaria. Por su parte, no se podía ignorar que la UGT no compartía el criterio de la revolución social por considerarlo catastrófico. Y aquella central sindical tenía prioridad en muchos lugares de España.

A pesar de todo ello, inmediatamente que se supo la celebración del mitin comenzó una inaudita campaña en pro de la extensión de la huelga a toda Cataluña, «como preludio a la revolución social», según aseguraban unas hojas profusamente repartidas, incluso en la misma entrada de la plaza de toros.

En medio de este ambiente, tuvo lugar el mitin del 19 de marzo de 1919. El coso taurino estaba lleno a rebosar, incluyendo el ruedo. Se calculó que habría unas 35.000 personas.

Conforme a lo acordado, los representantes de la Federación Local y de la Regional empezaron a dar cuenta del criterio de los comités: Simón Piera, por el Sindicato de la Construcción; Paulino Díaz, por la Federación Local, y Francisco Miranda, por los presos recién liberados. No pudieron terminar sus discursos. El criterio era infernal. Los insultos surgían, imponentes, de todos lados: «¡Reformistas! ¡Traidores! ¡Muera! ¡Fuera!».

Alfredo estaba cerca de la tribuna y podía ver y oír lo que en ella ocurría. El pánico era general. Nadie creía que se pudiera llegar a un acuerdo en medio de aquella algarabía. Entre todos aquellos hombres que se veían desbordados por la incomprendición de la masa, sabiamente estimulados por individuos bien repartidos por toda la plaza, Alfredo vio a dos que le llamaron la atención. Uno era bajo, regordete, de cara cetrina y gestos nerviosos. Estaba agitadísimo, los ojos le brillaban y no podía estarse quieto en la silla; llegó un momento en que no pudo más y dijo en voz alta:

—¿Aixó és un poblé? ¡Una merda!

—¿Quién es ése? —preguntó Alfredo a su amigo Sagrera, de artes gráficas, que estaba a su lado.

—¿Pero no le conoces? Es Peiró, del Vidrio.

—¡Ah! ¿Ése es Peiró? Pues mira, no, no lo conocía.

El otro que remarcó Alfredo era Seguí, al que ya conocía. Al revés de todos los demás, estaba tranquilo, como si en la plaza no ocurriera nada anormal. Fumaba, como siempre, su cigarrillo, y miraba casi con simpatía a aquella multitud desbocada. Muy cerca de la tribuna había un hombre melenudo, con un cartapacio bajo el brazo, que se distinguía por sus gritos y apostrofes:

—¡Vendidos! ¡Granujas! ¡Apagafuegos!

Tanto gritaba que Peiró, en un impulso, se fue hacia él decididamente y le propinó un par de sonoras bofetadas. Naturalmente, se produjo un tumulto

pero nadie salió en defensa del alborotador. Peiró volvió a su silla muy nervioso.

—¿Qué hacemos? —preguntó el que hacía de presidente—. ¿Suspendemos el acto?

La mayoría opinaba que no había otra cosa que hacer. Entonces Seguí se levantó reposadamente de su silla y dijo:

—Aixó no sera res. Deixeum-me'ls per mi.

Tiró el cigarrillo al suelo, se secó los labios y se adelantó en la tribuna, como si se dispusiera a hablar en una conferencia.

Parecía imposible que nadie pudiera hablar y hacerse oír en medio de aquel formidable escándalo, si tenemos en cuenta que por entonces no había altavoces y que, para hacerse oír en aquel recinto tan amplio, era necesario tener una voz de trueno y hacerlo en medio del silencio. Y, sin embargo, Salvador Seguí logró hablar, hacerse oír y convencer. Sin duda alguna, aquella fue la prueba más dura de la vida del Noi del Sucre, pero supo superarla de una manera magistral. Poco a poco, elevando gradualmente su sonora voz, fue haciendo callar a los revoltosos y, al cabo de pocos minutos, la plaza entera escuchaba fervorosamente. Argumentando, seduciendo con su oratoria inigualable, fue haciendo cambiar el furor de la multitud en reflexión lógica, y cuando dio por terminado su discurso, todo el mundo, por aclamación, acordó el cese de la huelga general.

En realidad, desde el punto de vista de la huelga en sí, nada se consiguió, porque el gobernador no pudo cumplir su palabra de poner en libertad a los presos, tal como se había convenido, porque lo prohibieron desde Madrid, adonde habían acudido los hombres de la patronal, cada día más encegados. Esta falta de cumplimiento del acuerdo tuvo como consecuencia que, reunidas de nuevo las juntas de los sindicatos, se volviera a proclamar la huelga general, que de una manera más o menos amplia duró del 24 de marzo hasta el 7 de abril. La huelga, no obstante, se limitó a Barcelona-ciudad y ya no se hablaba de revolución social. Por el momento, Seguí había salvado la Confederación.

Durante los días de esta segunda fase de la huelga general, el gobernador civil hizo publicar en la prensa una nota en la cual aseguraba que la huelga no tenía razón de ser porque no había más presos que los sujetos a proceso. La falsedad de tal aseveración fue puesta de manifiesto en la misma prensa por una nota de la Federación Local de Barcelona. Como algunos directores de diarios se resistían a publicar la nota de los sindicatos, el Sindicato de Artes Gráficas amenazó con no dejar publicar ninguna nota oficial. El remedio fue eficaz.

Por fin, lentamente, fueron saliendo los presos y se llegó a un acuerdo entre La Canadiense y el comité de huelga, cuyos puntos esenciales fueron:

- No habrá represalias, y todos los huelguistas volverán a ocupar sus puestos de trabajo.
- Aumento de salarios en la siguiente forma: hasta cien pesetas por mes, 60 por ciento; hasta doscientas pesetas por mes, 30 por ciento; hasta trescientas pesetas, 20 por ciento; hasta cuatrocientas pesetas, 15 por ciento; hasta quinientas pesetas por mes, 10 por ciento.

A los obreros a jornal se les reconocían las tarifas corrientes, aceptadas por los sindicatos.

Hay que notar lo justo del aumento, que favorecía más a los que ganaban menos, contra el injusto tanto por ciento general.

Por esta época Alfredo decidió actuar, de hecho, en la Confederación. Hasta entonces se había mantenido entre dos aguas por no gustarle la actuación de los anarquistas. Además, pesaba sobre él su intervención en el asunto de la muerte de Sallant, durante la huelga por las ocho horas en las artes gráficas, «facturando» al homicida fuera de Barcelona. Quienes conocían a Alfredo sabían bien los motivos que le impulsaron a ello, pero había muchos que le consideraban tan culpable como al que disparó el arma, e incluso se llegó a decir que Alfredo había sido el inductor del crimen. Tanto es así que se llegó a organizar un atentado para eliminarlo del mundo de los vivos. Una mañana, a las cinco y media, salió Alfredo de su domicilio en la calle de la Luna, para dirigirse al trabajo. Llovía y llevaba abierto el paraguas. Al pasar por la calle del

Peu de la Creu, frente al viejo edificio donde se imprimía El Liberal, vio a un hombre que pasaba de una acera a la otra y desaparecía en el portal de una casa. Allí, en aquel portal, seguramente había otro hombre, pues oyó perfectamente un apagado rumor de voces. Siguió adelante, no muy tranquilo, y al llegar a la esquina de la calle de los Ángeles sonó un disparo, probablemente hecho desde donde había visto a aquel hombre. Rápidamente dobló la esquina, para guarecerse de otros posibles disparos. Como no iba armado, no pensó en otra cosa que en escapar de allí lo más rápidamente posible. De la comisaría de policía, establecida entonces en la misma calle de los Ángeles, salieron dos guardias corriendo. Se enfrentaron con Alfredo, gritando:

— ¡Manos arriba!

Alfredo se puso a reír y dijo:

—Bueno, pero déjenme cerrar el paraguas.

Así lo hizo y se dejó cachear tranquilamente. Uno de los guardias le preguntó:

—¿Quién ha disparado?

—Y yo qué sé.

—Lo han hecho contra usted.

—No lo creo. Yo no tengo enemigos.

El otro guardia, más práctico, ordenó:

—Venga a la comisaría.

Y allá fueron. Le hicieron esperar a que bajara del piso principal el policía de guardia, que, sin duda, estaba durmiendo. No tardó mucho en aparecer, con cara de sueño. Los guardias le explicaron lo del disparo y que como no habían visto a nadie más, se habían traído a aquel único transeúnte.

El policía de guardia, tras informarse del nombre y domicilio, le preguntó adonde iba tan temprano. Alfredo le explicó que iba a trabajar y que lo hacía a aquella hora porque entraba al taller a las seis.

Como el guardia, el policía le preguntó si sabía a qué obedecía el disparo. Le respondió, como al otro, que no sabía nada. Entonces el policía decidió que lo mejor sería esperar a que llegara el comisario y él tomaría sus medidas.

—¿Y a qué hora llega el comisario? —preguntó Alfredo.

—Hacia las diez.

—Pues mire usted, me va a perjudicar, porque perderé la mañana en el trabajo. Creo que usted podría telefonear a la imprenta donde presto mis servicios y preguntar si me conocen y si es cierto que se entra a las seis.

—¿No me irá usted a enseñar mi obligación? Usted se espera y basta. ¿Ya le han cacheado? —preguntó a los guardias.

—Sí; no lleva más que el almuerzo.

—Bueno, me voy arriba. Que se espere aquí a que llegue el comisario.

—¿Le meto en el calabozo? —preguntó uno de los guardias.

—Hombre, no; pero no le dejen salir de aquí.

Hasta las diez y media no llegó el comisario. Del piso principal bajó un ordenanza y dijo que subiera el «detenido». Alfredo estaba de un humor de todos los diablos. Aquella absurda y prolongada espera le había puesto fuera de sí. Sin embargo, mientras subía la escalera se dijo que era preciso dominarse y salir de aquello lo mejor posible.

Le introdujeron en el despacho del comisario, una habitación oscura y bastante mal amueblada. Detrás de una mesa polvorienta estaba sentado el comisario, un hombre de edad indefinida, mal afeitado y con lentes de los llamados de «bicicleta». Un cigarrillo mal liado le pendía de los labios. Tomó la palabra en tono de rutina:

—Siéntese. Bueno, ¿qué le ha pasado?

—¿A mí? Nada. Supongo que sus guardias y el policía de guardia le habrán presentado un voluminoso informe.

—Mire, joven; no intente tomarme el pelo, porque lo sentiría. Sí; los guardias me han informado, pero espero que usted me aclare lo ocurrido.

—Pero, señor, ¿qué puedo aclarar yo? Iba tranquilamente a mi trabajo, oigo un disparo, me refugio detrás de la esquina, por instinto de conservación, llegan los guardias, y, al verme, ya no buscan más. Me cachean, me traen aquí, el policía de guardia me interroga y no quiere telefonear a la imprenta donde trabajo para comprobar mis palabras. Me espero cerca de cuatro horas, pierdo medio jornal y ahora me pregunta usted qué me ha pasado.

—Los guardias han cumplido con su obligación. El policía de guardia es un burro, de acuerdo. Yo ya he telefoneado al taller donde usted trabaja y es cierto lo dicho por usted. Pero hay un disparo a su paso; eso parece un atentado y por su bien debería decirme lo que piensa.

—No puedo pensar nada. Yo no tengo enemigos y estoy seguro que el disparo no tiene nada que ver con mi paso por allí.

Discutieron más de media hora. El hombre quería saber cosas, por si aquel hecho podía ser un «buen servicio». Alfredo, que sospechaba de un atentado frustrado, no tenía ningún deseo de dar carne a la fiera policíaca.

Por fin le dejó marchar, advirtiéndole que no dejase de acudir si era llamado a declarar hechos. Pero no le volvieron a molestar por este asunto.

Años más tarde, en Valencia, su amigo Massip, en plan de confidencia, se lo explicó todo. Unos jóvenes amigos de Sallant decidieron vengar su muerte, y como el asesino había desaparecido, les pareció lógico «cargarse» al supuesto salvador o inductor. Para ello se pusieron de acuerdo el «Sabes, sabes» (llamado así por su vicio en repetir esas palabras), Gamón, Valls y el propio Massip. Caracena era del grupo, pero se desdijo pronto. Vigilaron las horas de entrada y salida de su casa y el camino que seguía. Aquel rincón de la calle del Peu de la Creu les pareció magnífico. Pidieron prestadas unas pistolas, ya que ninguno de ellos poseía arma. El día del hecho, Valls esperó a que Alfredo saliera de su domicilio y le siguió a distancia. Massip era el hombre que estaba al acecho, esperando la llegada de Alfredo. Cuando éste embocó la calle del Peu de la Creu, por la esquina de la calle de Poniente (hoy llamada de

Joaquín Costa), Valls encendió una cerilla a fin de confirmar que el que avanzaba era la víctima. Los otros estaban, pistola en mano, en el portal de una casa. Entró Massip y dijo:

—Ahí está.

Alfredo avanzaba a buen paso por el centro de la calle, bajó el paraguas. Pasó frente al portal. Se alejó y... nada. Ninguno se vio con ánimos de disparar y esperaban que fueran los otros los «justicieros».

El disparo fue casual; se produjo al querer Massip sacar la bala de la recámara de la pistola. Sin este incidente, nadie se hubiera enterado, ni la probable víctima.

Alfredo, pues, decidió volver a actuar con sus antiguos amigos la mayoría de los cuales estaban ahora en el Sindicato de Artes. Gráficas. Desde luego lo efectuó tomando sus precauciones, a fin de no fracasar. Primero expresó su deseo a algunos amigos; muchos de ellos manifestaron su conformidad y algunos le aconsejaron que si lo hacía fuera precavido y no metiera ruido al principio. Procuró, pues, enterarse de la opinión de los miembros de la junta. La mayoría lo aceptaban. Efectuó otro tanteo: por entonces, la Confederación había «comprado» una página del diario España Nueva, periódico que editaba en Madrid el republicano Rodriga Soriano, hombre de moralidad muy dudosa. La cuarta página de España Nueva era dedicada, diariamente, a la Confederación Nacional del Trabajo, que pagaba por ello sus buenos dineros. A España Nueva, pues, y para aquella cuarta página, envió Alfredo unas cuartillas tituladas: «Puesto que la montaña no viene a nosotros...». En ellas decía que, siendo indudable que la mayoría de los obreros catalanes estaban en la CNT, el sentido común aconsejaba el ingreso de todos en dicho organismo, procurando cada cual defender sus puntos de vista en el seno de la misma.

A los pocos días apareció en el mismo periódico una réplica del secretario de la Federación Local de Barcelona, quien afirmaba que la organización no tenía necesidad de «oportunistas» como el autor del artículo aparecido anteriormente. Esta réplica no preocupó gran cosa a Alfredo, pues lo malo hubiera sido que hubiera replicado la junta del Sindicato de Artes Gráficas; pero ésta nada dijo.

Así, pues, se decidió y pidió por carta su ingreso en el sindicato. No pudo llegar la aceptación oficial por la sencilla razón de que, pocos días después de entregada la carta, el gobierno de Madrid se lió la manta a la cabeza y declaró el estado de guerra en todo el país clausurando los sindicatos y estableciendo la previa censura de prensa. Tales medidas arbitrarias fueron decididas porque la agitación social era manifiesta, no ya sólo en Cataluña sino en todo el resto de la nación. Ya no era sólo la CNT la que metía ruido, sino también la UGT. La guerra había removido muchas ideas; la revolución rusa era como una luz esperanzadora que venía de oriente. Las clases pudientes se alarmaron y presionaron al gobierno para que pusiera un dique a tanto peligro... para ellos. Un peligro más imaginario que real, pues en España faltaban muchas circunstancias que pudieran favorecer un cambio radical en su estructura política.

Se declaró, pues, el estado de guerra y se instauró la censura en la prensa. Esta censura se efectuaba de una manera harto peregrina y primitiva. En las imprentas se sacaban pruebas dobles de todo lo que salía de las linotipias, y tales pruebas eran enviadas, por medio de un hombre en bicicleta, a las oficinas de censura establecidas en el Gobierno Civil. Allí había una colección de pobres hombres, ya maduros, desplazados de otras oficinas estatales que se encargaban de censurar las galeradas. Seguramente tenían instrucciones de lo que podía o no podía publicarse, pero ellos, por si acaso, censuraban a troche y moche, esgrimiendo el lápiz rojo como si fuera un hacha de combate. Toda noticia o todo comentario que tuviera a su pobre criterio una intención de disconformidad con el gobierno era implacablemente tachado de rojo y debía ser suprimido del texto. La prensa catalana sufría mucho más que la castellana los rigores de la censura, porque los censores, al ser todos ellos no catalanes y por tanto desconocedores del idioma, tachaban invariablemente todas aquellas palabras que no comprendían, aunque fueran tan inocentes como xavalla (calderilla), quelcom (algo) o calaixera (cómoda). La censura se hacía siguiendo la interpretación personal de cada censor; por ello ocurría que lo que no se publicaba en un diario aparecía impreso en otro, con las consiguientes protestas de los perjudicados. Los periódicos aparecían con abundantes blancos de una línea, de una palabra, varias líneas o artículos completos. En otros faltaba solamente el título. Para quienes tenían tiempo,

era un deporte mental entretenerte en averiguar lo que faltaba en las partes censuradas.

La censura agudizó el espíritu de los españoles, escritores y lectores; a veces se publicaban noticias anodinas que, bien leídas, eran diatribas contra el régimen. Abundaban los acrósticos y en fotografías y dibujos el público buscaba siempre el «truco» no conformista. Se dio el caso de que el ABC de Madrid publicó un anuncio de una determinada marca de chocolate, orlado todo él pero con orla tan afiligranada y «trucada», que podían leerse claramente las frases: «Muera el Rey» y «Viva la República». Ello trajo como consecuencia la obligación de llevar también los anuncios a la censura. Entonces los bromistas se valieron de las esquelas mortuorias. Se enviaba a la prensa el original de una esquela dando cuenta del fallecimiento de una persona, siempre de familia conocida, y en el texto se intercalaban frases mortificantes para el gobierno. Lo gracioso era que muchas personas, que sólo leían el nombre y domicilio mortuorio y la hora del «entierro», acudían a éste con la consiguiente indignación del «difunto» y su familia. A fin de poner remedio a estas bromas se dispuso que las esquelas tenían que ser intervenidas por las empresas de pompas fúnebres, las cuales no ponían el sello hasta después de haber visto al difunto.

Años después, durante la dictadura de Primo de Rivera, al implantarse también la censura, se prohibió la aparición de blancos en las columnas censuradas. Para acatar esta orden, en la mayoría de la prensa de oposición, se disponía de una pequeña serie de noticias —siempre las mismas— que eran generalmente alabanzas superabundantes del dictador. Los lectores comprendían inmediatamente. Si lo censurado era una sola palabra, se sustituía por un vocablo en «camelo», por ejemplo: Zumalacatugui, que nada tenía que ver con el resto del artículo.

Cuando en mayo de 1919 se implantó la censura, esta medida fue acompañada de una serie de notas oficiales que enviaban a la prensa los servicios gubernamentales, notas falsas en su mayoría y que perjudicaban el espíritu liberal del pueblo. Entonces se dio en Barcelona un hecho de suma importancia. Aunque los sindicatos estaban clausurados, lo cierto era que la organización actuaba clandestinamente y bien. Por ello, en una reunión de la sección de prensa del Sindicato de Artes Gráficas se adoptó la revolucionaria

idea de implantar en los periódicos la «censura roja» como réplica a la censura gubernativa. Fue autor de tal proposición Salvador Caracena, tipógrafo, que más tarde derivó sus actividades hacia el arte pictórico (falleció en Toulouse en 1961).

El acuerdo se cumplió a rajatabla. Los linotipistas, cuando llegaba a sus manos un original con una nota oficial que olía a falsedad, se acercaban al delegado de taller y consultaban el caso. Si el delegado se pronunciaba en contra, el linotipista respetaba el título pero componía a la máquina un texto tratando, por ejemplo, del precio de las patatas, o de la salud del Papa. Lo bueno del caso es que las autoridades tardaron más de quince días en darse cuenta de la censura roja. Como los títulos de las notas oficiales aparecían intactos, por lo visto nadie se molestaba en leer el texto, ni siquiera en las oficinas de la censura.

Cuando, por fin, se descubrió cosa tan nefanda, la policía acudió a efectuar gestiones conducentes al descubrimiento de los culpables. Fue tarea vana. Los directores de los periódicos afirmaban que ellos habían mandado las notas oficiales a los talleres. Los encargados juraban que dichas notas habían pasado a manos de los encargados de las linotipias, éstos explicaban que habían entregado el original a las máquinas a medida que iba faltando material, sin poder decir a quiénes habían correspondido las dichosas notas. Los linotipistas, muy serios, decían que ellos no habían hecho otra cosa que «picar» lo que se leía en las cuartillas. Los correctores, por fin, afirmaban que sí, que a ellos les había parecido extraño el texto de aquellas notas, pero como no era subversivo ni mucho menos, y las galeradas concordaban con el original, nada habían dicho. Al final todos tuvieron que coincidir en que era difícil encontrar al culpable, puesto que no aparecían los originales, y que, a fin de cuentas, la culpa era de los censores, que no habían leído las pruebas con el sello de la censura. Fuera por lo que fuere, lo cierto es que desde entonces la censura se suavizó mucho.

Un día, el que actuaba de delegado del sindicato en la clandestinidad, en la imprenta donde trabajaba Alfredo, se acercó a éste diciendo que el comité (en la clandestinidad no había juntas, sino comités) le había encargado decirle que, recordando su demanda de alta, le invitaba a una reunión que tendría lugar el

domingo siguiente. Si quería acudir, tenía que estar a las nueve de la mañana en la plaza de España, donde encontraría algún conocido.

Alfredo acudió puntual a la cita, pero a las diez no había logrado ver a nadie conocido del oficio. Entonces decidió darse una vuelta por la montaña de Montjuíc, subiendo por la calle de Lérida, y observando curiosamente las obras de la futura Exposición de Industrias Eléctricas, obras que habían comenzado antes de la guerra y que no llevaban trazas de terminarse nunca. Cuando estaba ya bastante arriba de la calle, por los desmontes que tenían que ser la avenida central del certamen, vio venir a tres conocidos del oficio, Massip, Garriga y Virgili. Le saludaron y siguieron adeknte. Alfredo supuso que acudían a la reunión convocada, pero no quiso preguntar nada. Cuando el trío estaba ya a más de doscientos metros de distancia, vio que Massip retrocedía hacia él, con aquel paso pausado a que le obligaban sus noventa kilos de peso. Se le acercó, sonriendo, y le dijo:

—Bueno; ahora me dicen esos que se te había convocado y que después se habían vuelto atrás por la oposición de los «puros». Como eso es una burrada, creemos que puedes esperarte por aquí; yo propondré que se te admita en la reunión, y si lo aceptan vendré a buscarte.

—Como quieras. Yo he venido porque se me ha invitado, pero no quiero que por mí se comprometa nadie.

—No hay compromiso. Yo lo propongo, y en paz.

—Bien; aguardaré por aquí. Si tardas, será que no me quieren y listos.

Massip se unió a los otros y se internaron por el laberinto de huertos que todavía por entonces abundaban en aquella montaña. Alfredo se sentó en una piedra y se puso a leer el periódico, dándose a sí mismo un plazo de media hora de espera. Ésta no llegó a los quince minutos. El gordo Massip volvió, muy contento, y le dijo:

—Apa, noi; puedes venir. Nadie ha puesto obstáculo. ¿Y sabes por qué? Pues sencillamente porque los «grandes revolucionarios», que tanto chillaban en épocas normales, ahora, en las difíciles, no aparecen por parte alguna.

Llegaron a un huerto, cerrado por una encañizada, al fondo del cual había una gran barraca de latas y maderas viejas. Allí dentro había una treintena de hombres, casi todos jóvenes. Actuaba de presidente, sentado en una caja de naranjas vacía, Ácrato Vidal, con su figura quijotesca y su media sonrisa mefistofélica. Al entrar Alfredo, Vidal dijo:

—Bueno; ya está aquí Alfredo. Es el momento de decir algo si alguien tiene algo que decir en contra de su presencia aquí. Después no vengáis con historias.

Nadie se opuso. De hecho, Alfredo quedaba incorporado al Sindicato de Artes Gráficas, y de tal manera que, cuando se trató de reforzar los miembros del comité, a fin de atender debidamente al trabajo, que cada día era mayor, Alfredo fue nombrado uno más por unanimidad.

Pero esta consagración no apagó, ni mucho menos, el resollo de odio que absurdamente le profesaban algunos anarquistas. A lo largo de toda su actuación, hasta su vejez, surgía de vez en cuando una ofensiva anti-Alfredo. A todas hizo frente y de todas salió airoso. Porque él no era un santo, ni cosa parecida, pero en materia sindical, en la lucha contra el capital, no admitía que nadie pudiera superarle en honradez ni decisión.

El día 19 de julio de 1919 tuvo lugar el primer atentado contra un obrero llamado P. Sabater, «Tero», del Sindicato Textil. Fue asesinado a tiros de pistola cuando volvía a su casa, de regreso del trabajo. Jamás se supo quiénes fueron los autores. La policía no se preocupó lo más mínimo. Fue el principio de una larga serie de atentados, unos contra obreros, otros contra patronos, pues los obreros, al ver la apatía o la complicidad de las autoridades, decidieron defenderse por el mismo procedimiento. Fue un error gravísimo por ambas partes, pues dio lugar a la aparición de pistoleros profesionales, que no mataban por idealismo, sino por dinero, pasando a veces a prestar sus servicios de un lado a otro, y, cuando no, se dedicaban al atraco a mano armada en provecho propio.

Ya existía el precedente de la muerte del fabricante Barret, en cuya fábrica se hacían cascos de balas de cañón para los franceses. Todo el mundo dijo entonces que el atentado era obra de los agentes alemanes, pero sin

personalizar a los autores. La policía no se preocupó entonces, y entre los sindicalistas hubo quienes se quisieron apuntar el hecho como un gesto revolucionario.

Sólo muchos años más tarde, después de la segunda guerra mundial, cuando entró la fiebre de escribir memorias, en uno de aquellos libros, el del gran espía internacional Canaris, se dijo que desde el principio de la primera guerra mundial había actuado en Cataluña el barón von Storher, secretario de la embajada alemana. Este espía organizó el sabotaje de las industrias que trabajaban para los aliados y también de los barcos que les transportaban suministros. Se sospechó que fue este alemán quien inició el terrorismo haciendo asesinar a Barret. Ya como cosa segura, dice el autor que fue Storher quien organizó el atentado frustrado contra el conde de Romanones, entonces presidente del Consejo de Ministros, uno de los pocos que en Madrid era aliadófilo y que además controlaba la casi totalidad de la fundición de plomo de España. El barón von Storher volvió a Madrid, como embajador de Hitler, en 1940.

Como las reclamaciones de los sindicatos no cesaban y la CNT tomaba cada día más cuerpo, la patronal se lió la manta a la cabeza y declaró el lock-out en toda Cataluña. No fue completo porque los patronos necesitaban de muchas cosas que de otra manera no hubieran tenido, pero gran número de fábricas cerraron sus puertas, quedando en la calle millares de obreros. La aspiración declarada de los patronos era la supresión de los delegados de taller y la implantación oficial de tribunales mixtos para dirimir las contiendas. Tras esa careta se ocultaba el designio de que los obreros apelaran a la violencia para justificar así una represión implacable que diera al traste con los sindicatos. No lo consiguieron porque el buen criterio se impuso contra el de los «catastróficos», y los obreros soportaron estoicamente las siete semanas que duró el lock-out. Hubo, naturalmente, muchos incidentes, pero ninguno dramático. Las cooperativas hicieron un esfuerzo máximo abriendo créditos a socios y no socios. Las familias se ayudaban entre sí; unos vecinos ayudaban a otros; más necesitados...

Alfredo pudo resistir el golpe bastante bien. Su esposa trabajaba; el chico pasó a vivir en casa de los abuelos; decidió no pagar el alquiler del piso ni el consumo de la electricidad.

Un día fue protagonista de un episodio que se repitió mucho por aquellos días aciagos: se encontró en la Ronda de San Antonio con dos amigos de artes gráficas que, solteros y solos, andaban a salto de mata. Le confesaron que hacía cerca de veinticuatro horas que no habían probado bocado. Alfredo les dijo que no tenía dinero, pero que les invitaba a comer en un restaurante donde tenía crédito. Y allá se los llevó, un restaurante en el que no había entrado jamás, situado en la misma Ronda de San Antonio. Cuando llegó el camarero, Alfredo le saludó como si fuera un antiguo cliente. Comieron opíparamente e incluso tomaron café. Entonces dijo a sus amigos que ya podían marcharse porque él esperaba allí a una mujer y no le parecía prudente su presencia. Los otros marcharon encantados. Alfredo se levantó y fue derechamente al mostrador, encarándose con el dueño, diciéndole:

—Mis dos amigos y yo hacía dos días que no comíamos. Ahora lo hemos hecho y bien, pero no tengo dinero. Puede llamar a la policía; yo no intentaré escapar, pero eso no le resarcirá de la pérdida. Y si mis amigos se enteran de que he sido detenido, seguramente que no será una buena propaganda la que harán de este establecimiento.

El dueño se puso pálido, mojándose los labios con la lengua. Cambiaba vasos y copas de lugar sin motivo alguno. Por fin, dijo:

—El golpe no está mal. Casi lo comprendo con esto del lock-out. Váyase y espero que, si alguna vez puede, vendrá a pagar.

—Muchas gracias y no lo olvidaré.

Dicho esto salió tranquilamente del restaurante. El camarero, un hombretón de más de cien kilos, estaba en la puerta y, contra lo que Alfredo esperaba, le dijo:

—Así se hace —y le largó un cigarro puro.

En vista de que no se producía la revuelta esperada, y de que muchos pequeños empresarios se quejaban de la falta de ingresos, la patronal decidió dar por terminado el lock-out, aunque, claro está, procurando salvar el honor. Para ello hicieron que el gobernador civil les llamara a su despacho y les exhortara a abrir fábricas y talleres, a fin de que la «población neutral» no sufriera más las consecuencias del conflicto. Hizo, patéticamente, una llamada al buen sentido y al patriotismo de los reunidos y acabó expresando su esperanza de que los obreros entrarían por las vías de la razón. Ante tan «convictas razones» (por otra parte ya esperadas), los señores de la patronal se dieron por convencidos y acordaron abrir inmediatamente sus fábricas y talleres.

Por su parte, los hombres de los sindicatos estaban al corriente de lo que se tramaba y discutían largamente la conducta a seguir. Fatalmente salieron aquellos esgarriacries, que propugnaban la huelga general, por el hecho de que los patronos aflojaban. Otros aducían que sería un fracaso, porque seguramente los obreros, después de cinco semanas sin jornal, no sabrían aguantarse y entrarían al trabajo.

El gobernador civil llamó a una entrevista a los responsables obreros, pero esta vez no se consiguió llegar a un acuerdo y se le contestó oficialmente que no podían aceptar dicha entrevista. Ésta no tuvo, pues, lugar, oficialmente, en el caserón del Gobierno Civil, pero lo cierto es que en el Ateneo Barcelonés se juntaron, como por casualidad, Junoy, Corominas, Miró y Trepot y otros elementos que se llamaban «amigos de los obreros», y Seguí, Pestaña, Arín y algún otro sindicalista. Como todos eran socios del Ateneo, la cosa era natural. Y allí se acordó, sin acordarse pero dando garantías, que los patronos entregarían a los obreros en el mismo día de su vuelta al trabajo cantidades de dinero para hacer frente a las primeras necesidades; naturalmente, en calidad de préstamos, que tendrían que ser devueltos paulatinamente.

La misma noche (era viernes), se reunieron los elementos del comité de la Regional Catalana de la CNT para tomar acuerdos en vista de la decisión de la patronal. Se discutió hasta hacerse de día. Alfredo veía el espectáculo y rabiaba por hablar claro, pues la oposición irreductible a volver al trabajo era obra exclusiva de ciertos individuos que nada tenían que hacer allí, ya que no

representaban a sindicato alguno, sino sólo y exclusivamente a los «grupos de orientación», los cuales estaban acostumbrados a imponer su criterio y su voluntad. Algunos delegados, cansados de discutir inútilmente, se levantaron para marcharse. Fue el momento que aprovechó Alfredo para intervenir:

—No os marchéis; no os deis por vencidos. Nos jugamos mucho para abandonamos. Quienes tienen que marcharse son éhos, que aquí no pintan nada. Los acuerdos deben tomarlos, con toda tranquilidad y responsabilidad, los delegados de los sindicatos; los demás, que se vayan a teorizar a sus grupos. Propongo que no se vuelva a dar la palabra a quienes no tienen representación sindical.

Inmediatamente se produjo un gran tumulto. Los aludidos gritaban y pataleaban, profiriendo insultos contra Alfredo. La mayoría de los delegados también gritaban dándole la razón. El que actuaba de presidente dio un gran puñetazo sobre la mesa y voceó:

—¿Se aprueba la proposición de artes gráficas?

Todos los delegados gritaron «¡Sí!» al unísono. Entonces el presidente dijo, tajantemente:

—Queda aprobada la proposición de la delegación de artes gráficas. Compañeros que no sois delegados, ya lo veis, retiraos y dad muestra de cultura y razón.

La media docena de energúmenos que se decían representantes de los «grupos de orientación» se levantaron, y mientras desfilaban no dejaban de gritar insultos y amenazas contra los «vendidos», «bomberos», «traidores» y «ya lo pagaréis», etc.

Ya en calma, Ácrato Vidal, de artes gráficas, que desde hacía algún tiempo venía modificando su primitiva posición intransigente, tomó la palabra y dijo:

—Contra lo que se pueda creer, hemos ganado la batalla. El propósito de la patronal era acabar con la organización y yá veis que no lo ha conseguido. La iniciativa de abrir las fábricas y talleres, os lo puedo asegurar, viene de la propia patronal, y ello porque han fracasado en sus intentos. El fracaso de

ellos es nuestra victoria. No seamos torpes y no hagamos el juego a quienes quieren vernos vencidos, de allá y de acá. Sabemos de buena tinta que los burgueses entregarán cantidades de dinero a la entrada al trabajo; esto lo harán como iniciativa particular de cada uno, pero si nosotros extendemos el rumor desde hoy mismo, y luego el lunes es una realidad, nuestros compañeros comprenderán que no hay tal particularidad, sino que es un triunfo más de la organización. De esta manera podremos seguir actuando y salvar la CNT, que ha corrido mucho peligro y, creedme, este peligro no ha pasado.

Todavía hicieron uso de la palabra algunos delegados, pero bien pronto el criterio de Vidal fue aprobado por unanimidad. El lunes siguiente todo volvió a la normalidad. La mayoría de los patronos adelantaron dinero a sus obreros y muchos de ellos no lo reclamaron jamás. *Solidaridad Obrera* se esforzó, día tras día, en demostrar la victoria obrera, e incluso se dirigía a la patronal invitándola a ser tolerante y comprensiva.

El lock-out y su final tuvo la virtud de aumentar el espíritu sindical entre los obreros de Cataluña y de buena parte de España. Los efectivos aumentaban de día en día, y eran frecuentes las mejoras conseguidas. Este florecimiento sindical, verdadero sarampión infantil, se les subió a la cabeza a la mayoría de los dirigentes de la CNT, hábilmente explotados por los fanáticos anarquistas, y esta calamidad dio lugar a las enormes anomalías del Congreso de la CNT, celebrado en Madrid del 10 al 18 de diciembre de 1919, más conocido por «Congreso de la Comedia», tomado del nombre del teatro en que tuvo lugar. Alfredo decía, más tarde, que las palabras estaban invertidas, y que debería decirse «la comedia del Congreso».

Entre el final del lock-out y el Congreso de la Comedia, el 5 de septiembre de 1919 ocurrió un suceso que conmovió a toda Barcelona. Alfredo fue espectador, en parte, de lo ocurrido. Trabajaba él entonces en los talleres de Enrich y Cía., antigua casa Ramírez, enclavados en la calle de Córcega, entre Claris (hoy Vía Layetana) y Lauria. Bravo Portillo, según se decía, tenía una querida que habitaba en la misma calle, cerca de la del Bruch, y cada día, hacia las tres de la tarde, regresaba de casa de ella, dirigiéndose hacia el paseo de

Gracia. Esto lo habían observado bastante bien los obreros de la imprenta, quienes comentaban:

—Ahí va Bravo. ¡Qué lástima de tiro!

Aquel día Alfredo, como de costumbre, había descendido del tranvía en la esquina de la Diagonal, y dirigía sus pasos hacia el trabajo, cuando oyó varios disparos. Creyendo que se trataba de un atentado contra algún compañero del taller, por ser la hora de entrada al trabajo, echó a correr, lamentando no estar armado. Cuando llegó a la calle Córcega, vio que no había transeúntes, ya que éstos se habían refugiado en los portales de las casas. En la esquina de la calle de Santa Tecla, acurrucado detrás de un automóvil, había un hombre que se esforzaba por levantarse; en la calzada, dos jóvenes disparaban por debajo del coche. El hombre cayó al suelo definitivamente; los agresores salieron corriendo, sin mucha prisa, calle arriba. Todo esto lo vio Alfredo mientras se acercaba corriendo. Al verle llegar, uno de los agresores le gritó:

—No te preocupes, es Bravo Portillo —y emprendió la carrera.

Alfredo dio la vuelta al coche y comprobó que era verdad: el hombre caído, el tristemente célebre Bravo Portillo, estaba echado de lado, el rostro verde, más que pálido, e inmóvil. Por la boca le salía un hilillo de sangre. Cuando los disparos hubieron cesado, la gente empezó a asomar la cabeza por puertas y balcones y de la imprenta empezaron a salir trabajadores. Alfredo fue hacia ellos y les dijo:

—¿Sabéis quién es el muerto? Bravo Portillo.

La noticia corrió rápidamente. La alegría era general. Frente a los talleres había un estanco y en un santiamén quedaron agotadas las existencias de cigarros puros. A todo esto llegó una ambulancia y unos guardias se llevaron al ejecutado recogiendo antes una gorra que había quedado abandonada en el suelo, en medio de la calle, y que no pertenecía a Bravo Portillo.

Como una buena nueva, la noticia se corrió por toda la ciudad como reguero de pólvora.

—Han matado a Bravo Portillo —decía la gente, y se abrazaban unos a otros llenos de alegría. Los diarios de la noche agotaron todo el papel en pocos minutos.

Como era de esperar, la policía procedió a detener a troche y moche, pero sin resultado alguno. Como el hecho ocurrió a la hora de entrada al trabajo, todos los detenidos podían demostrar que estaban en sus lugares de trabajo a la hora del atentado. La gorra encontrada en la calle era la única pieza de convicción, pero resultó ser una gorra universal, porque le venía bien a todo el mundo. Fuera por lo que fuera, la policía dejó muy pronto de hacer pesquisas, soltó a los detenidos y el asunto quedó muerto al poco tiempo.

Años más tarde, uno de los agresores, en Valencia, le explicaba a Alfredo cómo habían pasado las cosas. Él y su amigo (el otro agresor) se enteraron del paso casi diario de Bravo por la calle de Córcega, y de que iba solo, luciendo su cigarro puro y su bastón. Decidieron acabar con él y durante dos días acudieron a comprobar el camino que seguía. Al tercer día se sentaron en la mesa de un restaurante situado en la esquina con la calle de Santa Tecla. Le vieron venir y le dejaron adelantar unos pasos, luego le alcanzaron, rebasándole, y de cara, para que se diera cuenta, le dispararon a quemarropa. Ya herido, el polizonte se escondió detrás del automóvil parado, haciendo esfuerzos para sacar su pistola del bolsillo- revolverá del pantalón. Fue entonces cuando los agresores le remataron por debajo del vehículo. Los dos ejecutores habían obrado por cuenta propia, sin notificarlo a nadie, ni hablar después de ello. Manera segura de que los confidentes no supieran absolutamente nada. Por una vez la prudencia se impuso.

Llegó la celebración del Congreso de la CNT en Madrid, en el teatro de la Comedia, del 10 al 18 de diciembre de 1919. En medio de un ambiente de entusiasmo inconsciente que llegaba al paroxismo, se hablaba de hacer la revolución como de la cosa más natural del mundo.

Acudieron a Madrid 450 delegados, representando a 700.000 trabajadores afiliados... teóricamente, pues cada sindicato había redactado las cifras a su gusto y capricho. La mayoría de los delegados era la primera vez que se veían en tales trances y tenían una idea muy vaga de lo que era un congreso. Incluso

muchos, que se tenían por líderes, demostraron en el curso de los debates que no sabían por dónde navegaban. El procedimiento de discusión era siempre el mismo: primero se discutía un proyecto hasta el agotamiento, sin ton ni son, diciéndose las mayores enormidades con la más perfecta ingenuidad. Cuando el presidente se cansaba de oír disparates, proponía que se nombrara una ponencia para que redactara un dictamen. La ponencia era nombrada a base de los cuatro o cinco nombres que «sonaban». Ésta se retiraba a deliberar y se entraba en otro punto del orden del día, para el que se seguía el mismo procedimiento. Cuando volvían a la sala los miembros de una ponencia, con su dictamen, se suspendía la discusión y se leía la «ponencia» presentada (así lo decían en lugar de llamarla dictamen), que generalmente era aprobada por unanimidad o poco menos. Por este peregrino procedimiento (muy parecido al que se usó años más tarde en las Cortes españolas, después de la guerra civil), resultaba que se aprobaron dictámenes absolutamente contradictorios unos de otros, como, por ejemplo, proclamar como finalidad de la organización la implantación del comunismo anárquico y después acordar adherirse a la Tercera Internacional, creada por los comunistas, partidarios como es sabido del comunismo de estado y de la dictadura del proletariado (en realidad, dictadura del Partido).

La proposición que proclamaba como finalidad el comunismo anárquico iba firmado, entre otros, por Simón Piera, Ángel Pestaña, Eusebio Carbó y Paulino Diez. Como táctica, se aprobó la acción directa «inteligente».

Hubo una proposición de unidad de acción con la UGT que fue rechazada, aprobándose otra en virtud de la cual se invitaba a la UGT a ingresar en la CNT. Si en corto plazo esto no se producía, la CNT declararía «amarilla» a la UGT, y se procedería a la absorción de sus efectivos. Naturalmente, tan descabellado acuerdo no tuvo repercusión alguna y la UGT siguió viviendo su vida y el acuerdo de absorción ni siquiera fue intentado.

El acuerdo de ingresar en la Tercera Internacional era aún más pintoresco. El dictamen que se aprobó especificaba que «el acuerdo de ingreso era provisional, hasta que la propia CNT convocara un congreso obrero universal, el cual determinaría las bases por las que debería regirse la verdadera

Internacional de los Trabajadores». Este acuerdo, como el anterior, quedó en agua de borrajas.

En sesión secreta se nombró una comisión para que se trasladara a Rusia, a fin de estudiar la revolución. Fueron nombrados Eusebio Carbó, Salvador Quemades y Ángel Pestaña. De los tres, sólo Pestaña logró llegar al país de los soviets.

El 5 de enero de 1920 tuvo lugar en la Vía Layetana de Barcelona, entre la plaza Urquinaona y el puerto, un atentado contra Graupera, presidente de la patronal de Cataluña. Graupera salió indemne, pero murió uno de los policías que le acompañaban en el coche. Al día siguiente eran clausurados todos los sindicatos y se llevaron a cabo muchas detenciones. Este atentado, como tantos otros, fue obra de los incontrolados «grupos de orientación», que afirmaban que así hacían ellos la revolución, pero que, en realidad, no hacían más que entorpecer la marcha de la CNT.

En febrero del mismo año se constituyeron los llamados «sindicatos libres» pagados por la patronal. Empezaba con ello una de las etapas más trágicas de la vida sindical de Cataluña. Tales sindicatos estaban en manos de criminales profesionales, buscados entre la peor gente maleante. Como cabezas visibles figuraban Ramón Sales y Juan Laguía Literas.

La reunión preliminar para fundar los sindicatos libres tuvo lugar en el Ateneo Obrero Legitimista, sito en la calle de la Tapinería. Este ateneo era un apéndice del Centro Tradicionalista, que agrupaba a los carlistas.

Ramón Sales había pertenecido una buena temporada al Sindicato Mercantil, con el propósito de conocer la táctica sindical y conocer asimismo personalmente a los sindicalistas notorios. A sus órdenes tenía verdaderas bandas de asesinos que, pistola en mano, obligaban a sindicarse a los trabajadores. Lograron así, en poco tiempo, hacer cotizar a un centenar de miles de trabajadores. Los hombres de la CNT reaccionaron armando sus propias bandas de pistoleros, entrando así en un largo período de atentados. Un día caía un patrono o un policía, al día siguiente tres sindicalistas. La lista, de tenerla, sería muy extensa. La lucha era desigual, ya que los pistoleros del «libre» contaban con la impunidad. La táctica era siempre igual: la víctima

señalada era cacheada por la policía cuando iba o volvía del trabajo; si llevaba un arma, se le recogía pero se le dejaba seguir su camino y a los pocos pasos los pistoleros le abatían impunemente y se marchaban con la mayor tranquilidad.

Lo peor era que, cuando se producía un atentado, de momento no se sabía a qué bando pertenecían los pistoleros.

Una noche, Alfredo se encontró ante esta alternativa. Estuvo hasta cerca de las once en casa de una familia amiga que habitaba en la calle del Pino. Apenas había salido a la calle oyó una serie de disparos hacia la calle de Portaferrissa. Se refugió en la escalera que había dejado. Como medida de precaución, o por miedo, sacó la pistola que por entonces no dejaba nunca, aunque seguía virgen. Pocos momentos después escuchó pasos precipitados y percibió perfectamente el paso de dos tipos frente al portal, los cuales llevaban sendas pistolas en la mano y corrían sin grandes prisas. Alfredo podía, en aquel momento, disparar impunemente sobre los fugitivos, amparado en la oscuridad del portal, sin embargo, como ignoraba qué clase de pistoleros eran, se abstuvo prudentemente de hacerlo.

Guardó el arma y se encaminó a la calle de donde habían provenido los disparos, y allí, cerca de las Ramblas, estaba la víctima en el suelo, acribillada a balazos. Le reconoció en seguida; era Pey, un dirigente del Sindicato de la Madera, que seguramente había sido seguido desde su salida del local, situado en la calle de San Pablo, donde estaba dicho sindicato. Alfredo pensó que había perdido una buena ocasión de acabar con unos pistoleros, pero, en realidad, no podía hacer otra cosa que lo que había hecho.

El 17 de marzo de 1920 moría, agotado, el hermano mayor de Alfredo, Joaquín. Por la mañana, al llegar a la imprenta donde trabajaba, García, otro cajista que vivía en la barriada de Gracia, le dio la mala noticia. La hija de Joaquín, Angelita, le había pasado el recado. Esta muerte fue para Alfredo un golpe muy rudo. Como se llevaban once años de diferencia, siempre le había conocido mayor y le tenía un cariño respetuoso, como a un padre. Además había sido su verdadero maestro en las luchas sociales, y a quien acudía a consultar en los momentos difíciles y de prueba. A pesar de la época difícil,

ocasionada por el terrorismo y la persecución, el entierro de Joaquín fue una verdadera manifestación que la policía siguió de lejos, sin intervenir. Joaquín fue uno de los más activos y abnegados luchadores y organizadores de los obreros en los tiempos heroicos de 1898 a 1910. Su enfermedad primero, su muerte después, privaría al sindicalismo de un hombre que podía haber sido uno de los más preclaros líderes sindicalistas.

Como a pesar del terrorismo no se podía acabar con los sindicalistas, el gobierno tomó la medida, clásica en España, de nombrar dos generales, Martínez Anido y Arlegui, uno como gobernador civil y el otro como jefe superior de policía.

Parece ser que el gobierno obedeció órdenes más altas. En Barcelona se habían reunido los elementos patronales, que acordaron enviar un ultimátum al gobierno, apoyado el acuerdo por varios elementos militares y eclesiásticos.

El entonces gobernador de Barcelona, señor Bas, llamó a su despacho a algunos notables de la CNT, y les comunicó su destitución, así como los nombramientos de Anido y Arlegui, expresando sus temores de lo que ocurriría en adelante.

En realidad fue un golpe serio, pero no un aplastamiento. Los susodichos generales tomaron el mando de Barcelona el 8 de noviembre de 1920. Inmediatamente los atentados contra los sindicalistas se multiplicaron. Además, en los calabozos de la jefatura superior de policía se martirizaba hasta la muerte a quienes tenían la desgracia de caer en sus manos. De esta manera fueron asesinados Ramón Archs (?) y Vandellós, dos elementos de acción de los sindicatos. Fueron encontrados en la calle, verdaderamente desfigurados por los martirios recibidos.

Anido hizo más. El 24 del mismo mes de su llegada al Gobierno Civil, sacó de la cárcel de Barcelona hasta 54 sindicalistas conocidos, entre ellos Seguí, Vidal, Caracena, y, junto con Lluís Companys, los embarcó, días más tarde, en un navío de guerra. Companys fue agregado al grupo por ser, junto con Layret, uno de los abogados de los sindicalistas y, además, amigo de Seguí. Los embarcados iban verdaderamente preocupados por su suerte, pues ignoraban las órdenes que se habían dado acerca de ellos. El capitán del barco,

interrogado, manifestó que tenía en su poder un sobre cerrado que no podía abrir hasta llegar a alta mar. Puede calcularse el estado de ánimo de todos. Navegaron todo el día y toda la noche, encerrados en las bodegas, sin saber qué rumbo llevaban. Los más pesimistas creían que serían lanzados al mar; otros opinaban que eran conducidos a algún presidio de la costa africana. Se produjo un alivio en la mañana del segundo día. Los detenidos comían lo mismo que la tripulación, es decir, el clásico rancho, que no era malo. Acompañaban la expedición diez guardias civiles al mando de un sargento. Ese segundo día el sargento se acercó al capitán del navio para manifestarle que sus hombres habían agotado las raciones de etapa que les habían entregado en Barcelona y no les quedaba nada que comer. El capitán les contestó, de mala gana, que él no tenía orden más que de alimentar a los presos y que, por lo tanto, se arreglaran los guardias civiles como pudieran. Fue un regocijo para todos el tomarse un buen café con leche, mojando pan, mientras los guardias civiles echaban pestes, sin dejar de fumar, para matar el hambre. No padecieron mucho porque a mediodía vislumbraron la fortaleza de Mahón, que era el destino de los presos.

Simultáneamente, y seguramente combinado con la deportación, se cometió uno de los crímenes más repugnantes de la época Anido-Arlegui. De casa de Companys telefonearon a Layret que su amigo había sido sacado de la cama por la policía y no sabían adonde lo habían conducido. Layret se aprestó a acudir a jefatura para enterarse del paradero de los detenidos. Como era inválido de las dos piernas y andaba con muletas, hizo venir un coche a su casa para obrar más rápidamente. Cuando salía de su domicilio de la calle Balmes, y antes de subir al coche, fue asesinado cobardemente por irnos pistoleros que esperaban su salida. La tremenda noticia causó una impresión enorme en toda la ciudad, pues Layret era muy querido por todo el mundo, por su acrisolada honradez y su espíritu de sacrificio... A los dos días tuvo lugar el entierro, al que acudieron más de 5.000 personas. Hubo cargas de la policía a caballo porque los manifestantes querían que el coche fúnebre pasara por las Ramblas, y las autoridades habían ordenado que el cortejo fúnebre subiera por la calle de Balmes, hasta la calle de Aragón y desde allí se dirigiese al cementerio del Sudoeste, bajando por la calle de Tarragona, es decir, por los sitios menos concurridos. En la calle de Pelayo había dos escuadrones de

guardias a caballo y en la plaza de Cataluña mucha guardia civil, unos y otros para impedir el paso por las Ramblas. Entonces un obrero se subió al pescante del coche fúnebre (eran coches tirados por caballos), y condujo, por su propia mano, el carroje por la Gran Vía adelante. Ante este gesto, hecho con la mayor naturalidad, el gentío se agrupó en derredor del coche y la comitiva siguió por la Gran Vía, sin que los guardias a caballo pudieran hacer nada para impedirlo.

Si Anido contaba con este doble golpe de efecto para acabar con los sindicalistas, su cálculo resultó falso. Siguieron los atentados por las dos partes y la ciudad siguió viviendo en un estado de angustia muy agudo. Los obreros, por la fuerza de las pistolas, cotizaban en los sindicatos libres, pero al mismo tiempo lo hacían clandestinamente en los sindicatos únicos.

En la imprenta donde trabajaba Alfredo él fue el único que se negó a que le endosaran el carnet del «libre». Pero un mal día, el que por la fuerza era delegado de la sección de máquinas del «libre» se acercó a Alfredo y le dijo que su conciencia no le dejaba callar; que el día anterior, al ir a hacer entrega de la cotización al local de los «libreños», allí le dijeron al delegado de las cajas que manifestara a Alfredo que, si en el plazo de dos días no adquiría el carnet, le entregarían uno de plomo. Alfredo dio las gracias al amigo y fue en busca del delegado del «libre» en su sección, un tal Tous, católico. Le encontró en seguida y, acercándose a él y alargándole la pistola cogida por el cañón, le dijo:

—Toma, para que me extiendas el carnet de plomo.

El hombre se puso lívido y, balbuceando, le dijo:

—Yo no tengo la culpa de nada. Ya sabes que soy delegado a la fuerza, y que nunca te he dicho nada. Pero te aconsejo que tomes el carnet. Eres el único de la casa que no lo tiene y ellos dicen que estás dando el mal ejemplo. Y, no te quepa duda, te harán daño.

—Bueno, mira; ya sé que al final llevo las de perder; por lo tanto, prefiero dejar el trabajo que claudicar. Pero necesito dos semanas para preparar mis asuntos; por ello seguiré aquí durante ese tiempo y... tu vida responde de la mía, ¿comprendes?

Y, sin esperar respuesta, se volvió a su puesto de trabajo. No supo qué determinación tomó el delegado, pero en las dos semanas nadie le molestó para nada. Sin embargo decidió marcharse de la casa, porque sabía que un día u otro le tumbarían impunemente.

Así empezó una pequeña odisea, trabajando a temporadas en varios talleres e incluso en otras actividades, como cuando fue empleado por Gasa, el organizador de combates de boxeo, donde actuaba como ayudante del propio manager, lo que le permitió conocer las sucias combinaciones de dicho empresario y los trucos en los combates, ninguno de los cuales era sincero; de antemano se había convenido quién sería el ganador e incluso en qué momento debería producirse el K.O. o el abandono. Él no lo pasaba mal, pues viajaba, se distraía y podía entregar un jornal en casa.

Por entonces volvió Ángel Pestaña de su viaje a Rusia. Y volvía bien desengañado, pues allí no encontró nada de lo que afirmaba la propaganda comunista. A su paso por Italia, en el viaje de regreso, fue encarcelado durante una temporada, conviviendo en la cárcel con muchos antifascistas. Apenas llegado a Barcelona, la policía le sacó de casa y lo llevaron a la cárcel, en carácter de preso gubernativo. Este descanso forzoso le sirvió para escribir su célebre libro Setenta días en Rusia. Lo que yo vi, en el cual sacaba a relucir las lacras del totalitarismo soviético.

El año 1921 vio agudizarse el sistema criminal llamado «Ley de fugas», que ya había sido ensayado durante el mando del gobernador Maestre Laborde, conde de Salvatierra. El procedimiento es sabido, pero lo vamos a especificar aquí para conocimiento de las nuevas generaciones que tienen la suerte de no haber vivido aquellos tiempos. Los guardias llevan conducidos a varios presos, a pie y de noche, de la cárcel al palacio de Justicia, o viceversa; cuando no hay posibles testigos, los guardias, qué previamente han dejado adelantar a los presos, absortos en sus pensamientos, disparan a distancia sobre los conducidos, les matan y luego dan parte a sus superiores, alegando que las víctimas intentaban fugarse. De uno de estos asesinatos se salvó un muchacho de Castellón, llamado Parra, que, herido, se hizo el muerto, y cuando en el depósito de cadáveres del Hospital Clínico se consideró fuera de peligro, dio señales de vida y fue conducido a una sala y curado de varias heridas no

vitales. Después fue mandado, de nuevo, a la cárcel. Allí explicó cómo se había efectuado el crimen. Eran cinco sindicalistas que estaban detenidos en la jefatura de policía, sin saber por qué. A medianoche fueron sacados de los calabozos y entregados, bajo recibo, a dos parejas de la guardia civil para ser llevados a la cárcel, cuando lo usual era que fueran llevados en el furgón celular. Los guardias ataron a los presos de dos en dos y uno solo detrás, pero las cuerdas iban atadas unas con otras; imposible que uno de los detenidos intentara escapar solo. Subieron por la Vía Layetana, calle Claris y torcieron por la de Aragón. Los condenados iban flanqueados por dos guardias a ambos lados y dos detrás. Hubiera sido absurdo intentar la fuga. Al llegar a la calle de Vilamarí les hicieron tomar calle arriba, como si fueran hacia la cárcel. Por aquella época aquel sector de la ciudad estaba sin edificar y casi sin luz. De pronto los guardias de los lados se quedaron rezagados e inmediatamente sonaron los disparos de máuser, por dos veces. Los cinco conducidos cayeron al suelo sin siquiera gritar. Uno de los guardias fue al Hospital Clínico y ordenó que fueran a recoger los muertos. Tras mucho discutir, y después de haber telefoneado a la jefatura, los empleados del hospital acabaron por utilizar un carro que tenían para hacer las compras, y en ese vehículo fueron llevados, amontonados, los cinco muertos, que no eran más que cuatro. Parra oyó los disparos y se sintió herido en la espalda y en las piernas, pero no perdió el conocimiento ni un instante y, comprendiendo de lo que se trataba, tuvo la serenidad de fingirse muerto, estirado boca abajo en el suelo, y con un brazo estirado fuertemente por el de otro compañero muerto. Se sentía desangrar lentamente, pero comprendió que, si callaba, tenía una débil posibilidad de salir con vida de aquel atentado vergonzoso. Así estuvo más de media hora. Infinidad de ideas se agrupaban en su cerebro, su familia, su prometida, su pueblo... pero sobre todas el instinto de conservación. ¡Vivir! Había que vivir, y para ello, no moverse, callar, sufrir. Los guardias debían haberse retirado a alguna distancia, porque, aunque oía cómo hablaban, no lograba entender lo que decían. De pronto le acón- gojó la idea de que fueran a darle el tiro de gracia. Todas las ideas se marcharon de su cerebro como pájaros asustados. Su atención agudísima no tenía más razón de ser que escuchar, escuchar con el temor inmenso de oír los pasos fatídicos de un guardia que pudiera acercarse con el fusil preparado para acabar con él.

El tiempo transcurrió lentamente. Se esforzaba en pensar que, forzosamente, los cadáveres tenían que ser sacados de allí; pero se asustaba pensando en que no lo harían hasta el nuevo día. Y faltaban horas. ¿Cuántas? ¿Qué hora era? Y mientras tanto la sangre salía por sus heridas y se sentía desfallecer. Por fin le pareció oír, lejos, como el rodar de un vehículo. Su terrible esperanza le dijo que sí, que venían a recoger a los muertos. Y era verdad; poco a poco se distinguía más claramente el rodar del carrojaje sobre el pavimento. Llegó el carro, hablaron guardias y enfermeros, y, por su proximidad, entendió, entonces, lo que decían:

—Bueno; ya pueden cargarlos.

Se acercaron los enfermeros al grupo trágico. Parra se sintió elevar del suelo y después le volvieron a dejar caer, sintiendo profundos dolores en sus heridas.

—Si no los desatan, no podremos cargarlos en el carro.

—Pues es verdad, cojones —dijo uno de los guardias—. Vamos a ver.

Rechinaron los muelles de una navaja albaceteña.

—Aguántame el fusil, Rodríguez.

El guardia fue cortando las cuerdas junto a las muñecas de los caídos. Parra contuvo desesperadamente la respiración hasta que la navaja liberó su mano de la del compañero muerto...

Se sintió levantado de nuevo por cuatro manos que le cogieron por debajo de los brazos y por las piernas. Le balancearon un poco y le lanzaron dentro del carro. Era el primero; sobre él cayeron los otros cuatro cuerpos de sus compañeros. Afortunadamente el trayecto era corto. Tendido en el carro, boca abajo y sintiendo los cuerpos de los muertos sobre el suyo, aguantando los baqueteos y sintiendo su propia sangre sin dejar de fluir. Aquello era superior a un castigo dantesco. Una sola idea martilleaba su cerebro: «No llegaré a tiempo, no llegaré a tiempo».

Se paró el carro. Se oyó el chirriar de una puerta metálica que funcionaba. Otra vez el carro en marcha. Voces:

—¿A qué sala?

—¿Sala? Al depósito. No hay nada que hacer.

Vuelve a pararse el carro. Siente ÁSmo, uno tras otro, son levantados sus compañeros. Después le toca el turno a él. Ya está casi desangrado, pero su voluntad se impone. Si acaba de perder el conocimiento está perdido del todo, pues terminaría de desangrarse en el depósito. Pero sigue haciendo el muerto, por si acaso están allí todavía los guardias civiles. Se siente depositado sobre algo duro: «Es el mármol», piensa. Ha llegado el momento de resucitar; si no lo hace ahora mismo, los enfermeros se marcharán y quedará allí en calidad de cadáver, de «fiambre», se le ocurre pensar humorísticamente. ¡Qué absurdo! Bromear sobre su propia muerte. ¿Estarán los guardias? No importa ya; aunque estén, ya no puedo esperar más, piensa. Abre los ojos y ve una lámpara muy débil pendiente del techo, vuelve la cabeza: hombres, batas blancas y azules. No, no hay tricornios, ni fusiles. Y habla:

—Oigan; no estoy muerto.

Y no le hacen caso. ¿Por qué? Cree ahora gritar:

— ¡Que no estoy muerto! ¡Que no estoy muerto!

Nada. Los hombres siguen hablando entre sí sin oírle. «¿Estaré muerto? ¿Será esto la muerte? No seas idiota. Es que no te deben oír. Acaso no tienes voz.» Entonces, haciendo un tremendo esfuerzo, levanta un brazo y lo deja caer pesadamente. Al ruido, los hombres vuelven la cabeza. «Ahora —piensa Parra—, se asustarán y echarán a correr.» No, al contrario, vienen hacia él.

—Éste vive. Pronto, una camilla. Deprisa, acaso pueda salvarse.

Uno de los enfermeros se arrima y dice a Parra:

—No te desesperes. Vamos a curarte. ¿Qué os ha ocurrido?

Parra ya no puede hablar, ni apenas pensar. Cuando, suavemente, le depositan en una camilla, se desvanece de verdad...

Percibía como unos murmullos; luego como unos pasos quedos y silencio otra vez. Murmullos, pasos... Ahora, más claro, oye voces femeninas, pero tenues,

como un bisbiseo. Luego más claras. Le pesan los párpados, pero hay que abrir los ojos, porque ¿qué pasa? Sí; logra abrir los ojos, pero no ve claro, todo es como una niebla, a través de la cual se mueven sombras blancas. Ahora se acercan... Siente una mano sobre su frente. Hablan, pero no comprende bien. Poco a poco la niebla se disipa. Una monja, ¿joven, vieja? No lo sabe.

—No se mueva. Estése quieto; todo pasará.

Él empieza a pensar. ¿Por qué estarse quieto? ¿Qué es lo que tiene que pasar? Pero, es raro, no tiene ganas de preguntar nada. Tiene sueño y vuelve a cerrar los ojos...

Otra vez las palabras quedan, incomprensibles. Abre los ojos

y ahora ve claro, bien claro; sin duda está en una sala del hospital. Tiene sed, ve un vaso con agua sobre la mesilla de noche. Intenta alargar el brazo. ¡Qué dolor! No, no puede. Y menos incorporarse. «Bueno, ya vendrán. ¿Qué me pasa?» No puede coordinar ideas... «Estoy herido, ya lo comprendo; pero, ¿por qué? ¿Qué hospital es éste? Sed, tengo sed, tengo sed.» Estas últimas palabras acaba por pronunciarlas claramente, casi en alta voz. De la cama de al lado se levanta un hombre y se le acerca, preguntándole:

—¿Quieres agua?

—Sí.

—Toma, bebe —y le acerca el vaso a los labios, mientras le sostiene la cabeza.

—Gracias.

—Para servirte. No te muevas mucho. Te has escapado de buena. Ahora, reposadamente, ve haciendo memoria de lo que te ha ocurrido. Es muy interesante que el mundo lo sepa... Si ves un guardia, no hagas caso, es una cosa corriente en esta sala. Reposa y haz memoria.

Poco a poco, por fragmentos, fue haciendo memoria y volvió la luz a su cerebro, reconstituyendo toda la horrible verdad.

Mes y medio estuvo en el hospital. Tenía seis heridas de bala: cuatro en las piernas y dos en la espalda, interesándose el pulmón una de ellas, pero los

médicos le aseguraron que saldría bien. La policía vino a interrogarle, pero se negó en absoluto. Se quejó a los médicos, y no volvieron a importunarle con interrogatorios. Siempre había un guardia en la puerta de la sala, por él, claro. ¡Como si fuera posible una fuga! ¿Una fuga? ¿Y por qué no? A falta de cosa mejor en que pensar, empezó a complacerse en un procedimiento de fuga. Sin esperanza de poder llevarlo a cabo, solamente estudiaba el asunto como una cosa deportiva. Como para ser aplicada a otro. Porque en seguida se dio cuenta de que, sin la ayuda exterior, no se podía intentar nada. Y él no recibía visitas de fuera. Sospechaba que le podrían intervenir la correspondencia y no quería comprometer a nadie. Su propio caso le hacía temer por la seguridad de sus amigos. A callar, pues, y a esperar.

Sin estar completamente curado, le mandaron a la cárcel. El médico de la sala, al despedirle, le dijo:

—Muchacho: he hecho lo imposible por retenerte, y no he conseguido gran cosa; pero ya estás fuera de peligro. Sin embargo, puedo asegurarte que esta vez irás en coche y no te pasará nada.

Y así fue. Vinieron unos guardias y, casi, consideradamente, le llevaron hasta el coche celular. Fue por su propio pie, puesto que ya hacía días que andaba por la sala, pero todavía tenía dos heridas en las piernas que no acababan de cicatrizarse.

En el coche iba casi contento. Suponía que en la cárcel encontraría amigos y compañeros y la vida sería más agradable. Solamente, se decía, con tiempo, hubiera acabado por escaparme del hospital. Es fácil. ¡Qué lástima!

Martínez Anido y Arlegui, además de asesinar en los calabozos de Jefatura y fomentar los atentados de los «libreños», empleaban la «Ley de fugas» en gran escala. ¿Cuántos hombres murieron así? No se sabe. Nadie se ha preocupado nunca de llevar una estadística, de contar los propios muertos. Además, se empleó el terrible sistema de las deportaciones por carretera. Cuarenta o cincuenta hombres, atados por parejas, eran sacados de la cárcel una madrugada y puestos en la carretera; iban a pie, escoltados por varias parejas de la guardia civil a caballo. Y carretera adelante, kilómetros y kilómetros. Las noches las pasaban en las cárceles de las cabezas de partido,

siempre insuficientes para tantos presos. Las parejas de la guardia civil se iban renovando por el camino. Después de quince o veinte días, estos deportados eran dejados en poblados míseros de las provincias de Teruel, de Cuenca o de Guadalajara; sin dinero, sin trabajo, sin ninguna perspectiva, y teniendo que presentarse, a diario, en el cuartel de la guardia civil.

La clausura de los sindicatos, la actuación de los llamados sindicatos libres, los asesinatos de obreros por pistoleros y por la policía, la aplicación de la fatídica «Ley de fugas», llevaron a muchos sindicalistas y anarquistas al paroxismo. Y fue entonces cuando se pensó en «hacer la gorda». Se pensó en matar a Eduardo Dato, jefe de Gobierno. Se discutió mucho sobre el asunto, porque había que reconocer que Dato había promulgado las solas leyes de carácter social vigentes en España, pero tenía en su contra el consentir la masacre que se llevaba a cabo en Barcelona. Martínez Anido y Arlegui actuaban con el consentimiento de Dato, y eso no se podía pasar por alto. Y como se trataba de llamar poderosamente la atención, Dato fue sentenciado.

No fue éste un atentado debido a la iniciativa personal de un solitario, como Pardiñas, matando a Canalejas, o Sancho Alegre, intentando matar al rey, o un magnicidio llevado a cabo por acuerdo de un grupo, como el que costó la vida a Cánovas del Castillo. No.

El atentado contra Dato fue acordado, si no oficialmente por la organización, sí con el consentimiento de buena parte de sus dirigentes, y el dinero para el acto salió de las cajas sindicales, aunque, seguramente, algunos tesoreros ignoraran el verdadero destino del dinero que se les pedía «para asuntos de la organización».

Encontrar a los realizadores del atentado no fue cosa fácil. Tenían que ser hombres bien decididos, pero absolutamente anónimos, que no hubieran estado nunca fichados por la policía y ni siquiera conocidos en los medios sindicales y ello porque era preciso que en Madrid pasaran desapercibidos de la policía. Tras una laboriosa selección fueron designados cuatro hombres: Mateu, Casanellas, Nicolau, y un cuarto, que no figuró en el proceso porque la policía ni siquiera le buscó por estar convencida de que sólo fueron tres los

autores del atentado. Este cuarto hombre pudo escapar y su nombre no ha sido jamás pronunciado por nadie. Y no será aquí donde lo hagamos.

La preparación técnica del atentado corrió a cargo del Comité de Defensa de la CNT, y dentro de él fue Archs quien tuvo contacto con quienes debían efectuar el atentado. Archs hizo un viaje a Madrid para entrevistarse con los compañeros de confianza de la Villa y Corte. Tuvo entrevistas, principalmente con Bajatierra, quien le hizo grandes promesas de proceder a todos los preparativos necesarios para el éxito del atentado y la posible retirada de los ejecutores. En realidad, los madrileños no hicieron más que encontrar trabajo para Casanellas en Talavera de la Reina. Esto estaba bien, porque permitía a Casanellas mantener contacto con los compañeros madrileños sin llamar la atención. Pero Casanellas, que fue siempre un tarambana, se preocupaba más, cuando bajaba a Madrid, de ir al cine, al teatro o a La Bombilla, que de planear seriamente el atentado. Por su parte, los sindicalistas madrileños no tomaron en serio el proyecto y no dieron un paso firme para su ejecución.

Como pasaba el tiempo y no se adelantaba nada, Mateu fue a ver a Archs y le propuso ir él mismo a Madrid a ver qué pasaba. En la capital se convenció Mateu de que nadie se había tomado la cosa seriamente. Contrariamente al compromiso adquirido, no se habían comprado las pistolas; nadie había estudiado las idas y venidas de Dato, y, para colmo, ni siquiera sabían dónde estaba el domicilio particular del presidente del Consejo. Mateu volvió a Barcelona y puso a Archs al corriente de la situación. Acordaron que Mateu volviera a Madrid e hiciera, personalmente, los preparativos. Así lo hizo y comprobó que ello era súmamente sencillo, puesto que Dato hacía una vida normal y era fácil saber sus desplazamientos, casi día por día y hora por hora. Incluso supo que el anciano presidente tenía una querida a la que visitaba de vez en cuando, siempre por las tardes, y también le dijeron que la querida se consolaba de la decrepitud de Dato con un matador de toros de segunda categoría. Esto bien pudiera ser chismorrería de barrio.

Regresó Mateu a Barcelona y entonces se concluyeron los preparativos. Se adquirió la motocicleta con sidecar, se buscaron las pistolas del nueve largo, y a Madrid. Nicolau viajó en tren, acompañado de su amiga, la que más tarde fue famosa «rubia».

Los otros emprendieron el camino en la moto, conducida por Casanellas. En la capital se hospedaron en pensiones modestas. Nicolau y la rubia en una, Casanellas y Mateu en otra y el «anónimo» en casa de un sargento. Allí también quedó la moto. Ocho días después de la llegada a Madrid de los cuatro terroristas, todavía no habían logrado de los compañeros madrileños un refugio más o menos seguro para esconderse una vez cometido el atentado. A pesar de ello, decidieron jugarse el todo por el todo y matar al presidente del Consejo. Después se dispersarían y allá cada cual que se las arreglara como pudiera.

Y llegó el día fatal (8 de marzo de 1921). El anónimo se situó en la calle de Alcalá, fingiendo leer un periódico y, por lo tanto, andando muy lentamente. La moto, con los otros tres, estaba parada junto a la acera. Cuando apareció el coche donde iba Dato, el anónimo comprobó que aquél era el coche a atacar. Dentro iba el presidente del Consejo con dos policías, uno junto al chófer y el otro al lado de Dato. El anónimo sacó el pañuelo y se sonó las narices. La moto, siempre guiada por Casanellas, se colocó detrás del coche de la manera más natural y a los pocos metros sonaron los disparos salidos de las dos pistolas de Mateu y Nicolau. Dato cayó de bruces sobre el asiento delantero, el policía que iba a su lado fue gravemente herido. Cuando el policía que iba al lado del chófer quiso reaccionar, la moto ya había salido disparada calle de Alcalá arriba.

Puede suponerse la enorme impresión que produjo en Madrid el hecho. La policía empezó, inmediatamente, a efectuar detenciones a todo evento, es decir, entre anarquistas y socialistas de Madrid. Pero tuvieron que ponerles en libertad ya que todos podían demostrar fácilmente el empleo de su tiempo a la hora del atentado.

Había por entonces en Madrid un policía apellidado Luna, que acaso fuera el único en la Villa y Corte que tuviera verdadera madera de sabueso. Empezó por buscar la moto y la encontró abandonada en un solar de Cuatro Caminos. En la moto encontró una placa de una casa de motos y bicicletas de la calle Trafalgar, en Barcelona; descuido imperdonable de los conjurados. La deducción era clara: posiblemente los autores del atentado habían llegado de la Ciudad Condal. La policía se puso a cribar todos los hoteles y pensiones de la

capital y posiblemente encontraron la pista, pero los pájaros habían volado. Queda por aclarar cómo supieron los nombres auténticos, dado que ellos, naturalmente, habían dado nombres falsos.

Se estableció la debida vigilancia en estaciones, trenes y carreteras, pero sin resultado. Sin embargo, parece ser que Luna no desesperaba y tomó todas las disposiciones usuales en tales casos, entre ellas la clásica «ratonera», es decir, montar una vigilancia en las casas que habían habitado los terroristas. Y, aunque parezca mentira, en una de esas ratoneras cayó Mateu.

Cuando dejaron la moto, Casanellas, Mateu y Nicolau, puestos de acuerdo, cada cual echó por su lado. El anónimo ya se había esfumado tranquilamente en los primeros momentos. Mateu acudió a ver a tres o cuatro compañeros de la capital. A todos los encontró muy asustados, con verdadero pánico. Ya sabemos que no habían tomado el atentado en serio, y ahora, ante la evidencia, estaban espantados y no tenían más pensamiento que zafarse de la mejor manera posible. Mateu se dio cuenta y renunció a encontrar refugio en casa de ningún compañero. Pero no sabía adónde ir. Pasó tres días paseando por Madrid, durmiendo en el cine y volviendo a pasear de día y de noche. Comía pan y queso, sentado en un banco, pues no se atrevía a entrar en un restaurante. Le animaba algo el hecho de que la prensa no citara detención alguna. Pasó varias veces por delante de la casa donde se había hospedado y, como no vio nada sospechoso, el deseo irresistible de dormir le empujó a subir a la pensión. Esto parece absurdo, pero es rigurosamente histórico. Mateu subió la escalera y con la llave que llevaba encima abrió la puerta del piso y, sin encontrar a nadie, se dirigió a su habitación. Allí todo estaba normal. No se notaba que algo hubiera sido registrado. Como no se había lavado en todos aquellos días, se quitó la americana y se dirigió a la cocina donde había un lavabo. Ya llevaba preparada la explicación pertinente para la patrona o la criada que necesariamente encontraría... A quien encontró en la cocina fue a la policía. Dos agentes, pistola en ráano, que le comminaron a entregarse. En un rápido movimiento saltó al pasillo, cerró la puerta de la cocina tras sí y corrió hacia la puerta del piso... para caer en manos de otros dos policías que allí le esperaban. Pudo haber sacado su pistola y acabar con alguno de aquellos policías, pero ¿para qué? De todas maneras ya no podía escapar. Además, él

no era un criminal ni mucho menos. Cuantos le conocieron antes y después del atentado no acababan de explicarse cómo había podido tomar parte en él. Toda su vida fue un hombre pacífico, dulce, sin arrebatos, fraternal, profundamente bueno. Muchos años después, en Francia, explicaba que si había atentado contra Dato fue por considerarlo «una fatalidad humanitaria». En Barcelona, Martínez Anido y Arlegui hacían asesinar todos los días a hombres de la organización. Los generales no se ponían a tiro; era preciso, pues, tirar a la cabeza que los sostenía. Y además, añadía, aquel hecho dio crédito muy grande a la CNT en toda la región del centro.

Casanellas tuvo más suerte. Cayó en buenas manos, que no le dejaron salir a la calle en muchos días. Finalmente, un día le condujeron a las afueras; allí le entregaron un burro cargado de botellas y botijos finos. Es decir, uno de aquellos burros conducidos por un hombre de tipo campesino, generalmente extremeño, de los que atravesaban toda España vendiendo su mercancía, botellas y botijos de barro rojo cocido, que tenían fama de conservar el agua muy fresca. A uno de tales vendedores le habían comprado toda la mercancía, el burro e incluso el ancho sombrero quemado por el sol. Y, aunque parezca inverosímil, con aquel burro y la carga, Casanellas llegó a pie hasta Bilbao sin encontrar obstáculos. En aquella ciudad vasca encontró cobijo en casa de un hombre templado y de confianza, que lo primero que hizo fue vender las botellas y los botijos a cualquier precio y el burro casi regalado. Después, como entre los anarquistas no encontraba iniciativas, se entrevistó con los comunistas. Estos, mejor organizados, y sobre todo con buenas relaciones en Francia, resolvieron el problema. Casanellas fue embarcado en un vaporcito de pesca y dejado en una playa francesa, cerca de Biarritz, donde fue recogido por unos comunistas franceses, que inmediatamente lo remitieron a París. En la capital francesa sólo estuvo el tiempo preciso para asegurarse el viaje a Rusia sin tropiezos. En la URSS Casanellas fue bien tratado, instruido, catequizado e incluido en el Partido. Después le hicieron aviador.

Nicolau y la rubia tomaron el tren el mismo día del atentado. Viajaron como una pareja de recién casados, sin dejar de acariciarse y mirándose, como atontados. Llegaron a Barcelona sin novedad. En la Ciudad Condal, los sindicalistas, que estaban en el secreto, se las vieron y desearon para

ocultarlos. En la primera noche durmieron en un piso de la calle del Carmen, donde había una clínica particular. Al día siguiente Nicolau fue llevado en un coche a Cerdanyola, a casa de un viejo compañero, el cual pasó muchos malos ratos, lo mismo que su esposa, por la inconsciencia de Nicolau, que se asomaba a la ventana e incluso se marchaba a pasear por el pueblo, donde todo el mundo se conocía y podía llamar la atención la presencia de un forastero. La rubia pasó a vivir en casa de la madre de Ramón Archs, y allí faltó un pelo para que no fuera detenida. Se presentó la policía pero, como se había teñido el pelo, la tomaron por una amiga, como explicaron las mujeres de la casa. Ante tal alarma, la rubia fue trasladada sobre la marcha a otra casa de la misma barriada, con el tiempo justo, ya que la policía volvió otra vez a aquel piso, pero ya no la encontraron. La madre y la hermana de Archs fueron conducidas a Jefatura, pero nada pudieron sacar de ellas, y las dejaron en libertad.

Como el peligro era evidente, se recurrió a un remedio que era seguro. Teniendo en cuenta que estaba embarazada, los amigos y amigas se presentaron en casa de una comadrona que admitía pupilas. Explicaron que se trataba de una muchacha seducida por un «señor», el cual pagaría la estancia y el parto. Allí quedó la rubia, pero dando disgustos a las mujeres que, de vez en cuando, llegaban a verla y pagar a la comadrona. Cada vez la rubia se mostraba más exigente, pidiendo dinero y tonterías para arreglarse. Por fin llegó el parto, felizmente. El niño fue llevado a un pueblo, a una nodriza. No se ha sabido nunca de qué pueblo se trataba, como tampoco lo que fue del pequeño.

El compañero que había dado asilo a Nicolau en Cerdanyola tomó la resolución de mirar por todos los medios de encontrar un refugio más seguro para aquel huésped tan molesto e imprudente. Tras muchas gestiones, entre unos y otros acabaron por encontrar a un payés de buena fe, simpatizante, que se comprometió a tener en su masía a Nicolau, haciéndole pasar por un estudiante delicado de salud, que su padre había enviado allí para reponerse. Según referencias, la masía estaba cerca de Gironella.

Allí fue, pues, el homicida. Pero, lo mismo que en Cerdanyola, no dejaba de cometer imprudencias, paseando por el pueblo e incluso entrando en el café

para jugar a las cartas, todo ello con gran disgusto del payés, que se quejaba 4 menudo a sus amigos los sindicalistas.

Por fin, ya «lista» la rubia, se organizó la marcha de la pareja a Francia. Parece ser que embarcaron en una barca a vela en una playa de la Costa Brava y llegaron a Banyuls tras una travesía algo movida. De allí fueron a París, a cargo de los comunistas, que les prepararon el viaje a Berlín, camino de la URSS. En Berlín les esperaba Andreu Nin, el que más tarde fue dirigente del Partido Obrero de Unificación Marxista, y asesinado por los agentes de Stalin después de los trágicos sucesos de Barcelona, en los primeros días de mayo de 1937, en plena guerra civil.

Pero Nicolau era un hombre versátil y que no sabía callar. En París había charlado demasiado, sin reparar en quién le escuchaba, con el resultado catastrófico de que, al llegar a Berlín, en la misma estación del ferrocarril, fueron detenidos por la policía alemana, junto con Nin, que no se había apercibido de la presencia de ésta. De Madrid solicitaron la extradición, que fue concedida inmediatamente, encontrándose Nicolau y la rubia bien pronto en las cárceles madrileñas. Nin pudo salvarse porque los rusos hicieron constar que era súbdito de la URSS.

Como ya se sabía que Casanellas estaba en Rusia, y nadie sabía nada del «cuarto hombre», se celebró el juicio, en Madrid, contra Nicolau, la rubia, Mateu, y Casanellas en rebeldía. Los hombres fueron condenados a muerte y la rubia a unos años de presidio. Pero la viuda y las hijas de Dato fueron a ver a la reina solicitando el indulto de los sentenciados, en nombre de sus ideas religiosas. Y fueron indultados, pasando a presidio, Mateu a San Miguel de los Reyes, en Valencia, y Nicolau al Dueso, en Santoña.

Mateu, en San Miguel, se dedicó desde el primer día a cultivar el espíritu, leyendo todo lo que podía y trabajando para matar mejor el tiempo y mejorar, en lo posible, su situación. Cuantos le trajeron por entonces convinieron en que era un «santo laico».

Nicolau fue otra cosa. No soportaba bien el encierro. Además, la rubia dejó de escribirle en seguida y después supo que bien pronto había salido en libertad y no hizo nada por saber de él. Con los demás compañeros de presidio no podía

entenderse. Allí estaba también el dibujante conocido por «El Poeta» y «Shum», como firmaba sus dibujos y caricaturas, que purgaba una condena perpetua por manipulación de explosivos. Este dibujante era un soñador empedernido, lejos siempre de la realidad. No pudieron entenderse, pero lo mismo le pasó con la mayoría de los presos más o menos sociales que allí había. Acaso por encontrarse aislado o por otra causa desconocida, lo cierto es que envió dos artículos a La Protesta, el periódico órgano de los sindicatos libres. Los artículos no decían nada grave, pero el hecho de colaborar en tal periódico, órgano de los peores enemigos de los verdaderos sindicalistas, le descalificó definitivamente.

Al proclamarse la segunda República ya es sabido que una amnistía sacó a la calle a todos los presos por causas políticas y sociales. Mateu volvió a Barcelona, poniéndose a trabajar inmediatamente, sin explotar su pasado, dedicando su tiempo a fomentar los ateneos libertarios, sobre todo el de la barriada de Gracia, que era su barrio. En la guerra civil cumplió ampliamente con su deber. Entró en Francia con todos los demás refugiados, pasando las peripecias de todos y, finalmente, se estableció (por fuerza) en Cordes, la ciudad medieval del Lot y Garona, donde hacía una vida tranquila, de trabajo y de estudio.

Casanellas, al proclamarse la Segunda República, fue enviado a Cataluña por los comunistas, en plan de propaganda, pero el hombre no cumplió muy bien, fuera por falta de condiciones o de convencimiento. A los pocos meses de estar en Barcelona se rompió la crisma subiendo en motocicleta la cuesta de los Brucs, en la montaña de Montserrat.

Nicolau, al salir de presidio, se presentó en los sindicatos barceloneses, pero en todas partes le hacían el vacío, recordando su colaboración en La Protesta. Entonces se retiró a Gironella donde, bien que mal, le soportaban. Cuando estalló la guerra civil y la revolución, contribuyó a crear la colectividad del pueblo, llegando, de hecho, a dirigirla. Al llegar la catástrofe, los más comprometidos del pueblo comprendieron que no había más remedio que pasar a Francia. Nicolau opinaba lo contrario, afirmando que nada les pasaría con la llegada de los fascistas, puesto que en el pueblo no había ocurrido nada grave. Como, a pesar de todos sus argumentos, prevaleciera el criterio de

escapar, Nicolau salió del pueblo con los demás, pero se asegura que, en repetidas ocasiones, insistió en que volvieran atrás y que incluso declaró que él no pasaría la frontera. A partir de ese momento, nadie puede afirmar lo que ocurrió. Lo único que puede decirse es que, ya en Francia, no se vio a Nicolau en ningún campo ni refugio, ni nada se supo de él. El rumor más insistente fue que lo mataron los compañeros de Gironella cuando intentaba escapar hacia el interior.

El misterioso «cuarto hombre» sigue tan misterioso como siempre y el cronista no sabe nada. Quién sabe si con el tiempo...

Después de escrito todo lo que antecede sobre la muerte violenta de don Eduardo Dato, el cronista ha tenido una larga conversación con un sindicalista de Gironella, el pueblo donde se refugió Nicolau después del atentado, y adonde volvió, al salir en libertad, al proclamarse la Segunda República.

De lo explicado por este amigo, resulta lo siguiente:

Nicolau sale del penal de Dueso al promulgarse la amnistía en abril del año 1931. Va directamente a Barcelona, donde ya hemos dicho que no es bien recibido a consecuencia de su equívoca actitud en el penal, y, sobre todo, por aquello de haber colaborado con un par de artículos en el semanario de los sindicatos libres La Protesta.

Al no encontrar ambiente en la Ciudad Condal, decide volver a Gironella, teniendo allí más suerte. Los elementos anarquistas del pueblo deciden darle una oportunidad de rehabilitarse y le buscan un empleo en la cooperativa de consumo, donde parece que se portó bien. Como no tenía domicilio, propusieron a otro compañero, llamado Grixé, que le alojara en su casa. Éste acepta el encargo y allí fue a vivir Nicolau. Es de notar que en Gironella Nicolau adoptó el falso nombre de Sampere, como lo había hecho durante su estancia en Madrid, antes y después del atentado. La vida de Nicolau durante aquellos años de la República fue sin relieve alguno, a no ser el rumor de que «entendíase» con la mujer de Grixé, la cual era bastante más joven que su marido.

Cuando estalló la sublevación, Nicolau quiso incorporarse al Comité Revolucionario del pueblo, pero no le admitieron. Sin embargo hacía frecuentes viajes a Barcelona, sin justificación alguna.

Ya en el año 1938, se presentó un día en el comité abogando por un individuo que estaba escondido desde julio de 1936, y que, siendo un hombre sin ninguna responsabilidad fascista, él, Nicolau, creía que se le podía dar autorización para volver a la vida normal. Después de varias averiguaciones, se aceptó la demanda de Nicolau, haciéndole constar que él respondería de la conducta del liberado, el cual volvió a su casa, sin que en su conducta hubiera nada sospechoso.

Cuando llegó el momento de escapar, porque los nacionales ya estaban cerca, Nicolau aconsejó que nadie se marchara porque, como en Gironella no había habido crímenes, nada les podía pasar. Claro que no le hicieron caso y todos los responsables salieron para la frontera.

Pero antes había ocurrido un incidente muy relacionado con Nicolau. Fue el caso que un día, en una reunión del comité, tras una amarga discusión, no sabemos por qué motivo, sonó un disparo y cayó muerto Grixé, el sindicalista en cuyo domicilio vivía Nicolau. La versión oficial fue que Grixé se había herido mortalmente examinando una pistola. Y se decía en el pueblo que, desde aquella desgracia, Nicolau y la viuda ya no disimulaban sus relaciones.

Cuando los responsables del pueblo marcharon hacia la frontera, Nicolau se juntó con aquel individuo que había hecho salir de su escondite y, con tres o cuatro más, se escondieron no lejos del poblado, esperando la llegada de los nacionales. Vieron llegar una columna militar, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, levantaron las manos, mientras salían de su escondite, y daban vivas a Franco... Pero los que llegaban eran unos elementos de la división que mandaba Líster, el jefe militar comunista, que iban en franca retirada, los cuales, naturalmente, ante la equivocada actitud de aquellos hombres, les cogieron prisioneros y muy pronto dieron cuenta de ellos, fusilándolos y abandonando los cadáveres en la carretera, donde fueron encontrados al día siguiente por las gentes del pueblo.

Y asegura el sindicalista de Gironella que sabe de buena tinta que cuando iban a enterrar a Nicolau, la viuda de Grixé se presentó en el cementerio reclamando un buen número de billetes de banco, «de los buenos», que Nicolau llevaba sujetos a una pierna, pero que no se los dieron.

Ésta es la última versión del fin de Nicolau. Lo que sí es absolutamente cierto es que nadie le ha visto ni en Francia ni en América desde la retirada.

Por aquella época, 1921, Alfredo entró en los llamados «medios anarquistas». Él sabía los puntos que calzaban, a simple vista, los anarquistas que actuaban en los sindicatos, pero rabiaba por saber de verdad lo que ocurría en el interior de los grupos específicos. Porque en el anarquismo hispano había una pléyade de hombres sanos, instruidos, de una buena fe rayana en la inocencia, que lo sacrificaban todo a su postulado; éstos jamás figuraban a la cabeza de organización alguna; su trabajo era la pluma y sus artículos aparecían frecuentemente en la prensa libertaria. Venían después quienes creían que era preciso acercarse a las masas e instruirlas, y para ello actuar en los sindicatos. Entre los primeros estaban Anselmo Lorenzo, Tarrida del Mármol, Maeztu (durante una temporada), Prat, Villaverde, Quintanilla, Saavedra y otros. Con los segundos estaban Negre, Miranda, Suñer, Vidal, Pestaña, Peiró y otros tantos. Y aparte, lejos, «jps de los grupos», hombres que se llamaban de acción, que se reunían por grupos que ellos llamaban «de afinidad», compuestos de media docena de hombres y mujeres, animados muchos de ellos por un espíritu de protesta ante las injusticias sociales, pero la mayoría sin cultura alguna, sin estudios serios del problema, todo lo más, mal alimentados espiritualmente por media docena de folletos y la lectura, a trompicones, del inevitable libro *La conquista del pan*.

Y pululando entre estos anarquistas de indudable buena fe, una fauna de tipos bohemios, sucios, harapientos, famélicos voluntarios, naturistas, que no trabajaban jamás, «porque su dignidad de hombres libres no les permitía dejarse explotar», pero que esa misma dignidad no les impedía «sablear» continuamente a los desgraciados que acudían diariamente al taller, al campo o a la fábrica. Y en ese mundillo pintoresco y picaresco entró Alfredo.

Empezó cuando el Sindicato Mercantil organizó una serie de «charlas contradictorias» que tenían lugar los domingos por la tarde en el local social. Una de esas charlas tuvo por tema «La emancipación de la mujer». Alfredo pensó en seguida en tomar parte en aquella discusión. Para prepararse, acudió a casa de la viuda de su hermano y buscó en la biblioteca algo que pudiera orientarle. Encontró un libro precioso: *La mujer*, de Bebel. Lo leyó ávidamente y tomó muchas notas. El resumen era claro: la mujer, de lo primero que tenía que emanciparse era del hombre; no depender del hombre, saber vivir por cuenta propia, conquistar un medio económico que le permitiera no depender del marido o del compañero, único medio de que las uniones fueran leales. Y para ello, la mujer pobre no tenía otra salida que el trabajo, tener un oficio o una profesión que le permitiera vivir su vida...

El local del Sindicato Mercantil estaba lleno; era una sala larga y estrecha en un viejo piso de la calle Baja de San Pedro. Las paredes sucias, desconchadas, cubiertas en parte por carteles anunciando libros y por litografías del siglo xix, con alegorías de las luchas sociales. Había un pequeño estrado con una mesa; en la pared del testero dos retratos: Ferrer y Bakunin.

En las desvencijadas sillas, con asiento de paja, el público estaba compuesto, en gran parte, por gente joven de todos los oficios; aquella juventud, ávida de saber, pero que bien poco aprendía en sus ateneos libertarios. En el fondo había también unas docenas de veteranos escépticos e irónicos, que habían acudido, bien para pasar el rato, bien por la curiosidad de ver cómo se orientaba la juventud.

Presidía Pedro Foix, «Delaville», uno de los pocos cerebros equilibrados del sindicalismo barcelonés. Tras un corto preámbulo indicando el motivo del acto, cedió la palabra a un ponente. Estuvo lamentable; diez o quince minutos de oratoria monótona para decir que la mujer se emanciparía cuando llegara la hora de la emancipación de todos, y que, mientras tanto, sólo podía aspirar a disponer de su cuerpo con toda libertad.

Intervinieron también tres muchachos que combatieron la esclavitud de la mujer en las fábricas y talleres, pero sin encontrar remedio, como no fuera

haciendo la revolución. Alfredo pidió la palabra y para hacer uso de ella subió al estrado, sintiéndose el verdadero ponente. Empezó así:

—«El compañero ponente nos ha dicho que la mujer, por el momento, no puede emanciparse más que en lo que respecta a disponer de su cuerpo. Esto es falso. La inmensa mayoría de las mujeres no disponen de su cuerpo, sino que lo venden. No sólo se vende un cuerpo por dinero percibido tras el acto sexual, sino también por depender del marido aunque no le guste ya, o que no haya reciprocidad de amor y de deseo. Ciento es que la mujer es explotada inhumanamente en fábricas y talleres, pero, ¿os habéis preguntado cómo la mayoría de los hombres explotan en casa a sus mujeres, a sus madres, a sus hermanas?»

Y partiendo de ahí, estuvo disertando durante hora y media, vertiendo todo lo que había sacado del libro de Bebel, sin cuidarse, poco ni mucho, de citar la procedencia. Argumentaba como si todo lo que decía fueran ideas propias, porque a lo que aspiraba en aquellos momentos no era precisamente a enseñar a la juventud equivocada, sino a deslumbrar a la amada, apareciendo a sus ojos como el mejor de todos los hombres allí presentes.

Intervinieron seis o siete jóvenes más, los cuales intentaron controvertir lo dicho por Alfredo, pero con mala fortuna. Uno de ellos llegó a decir que no se podía hacer gran caso de lo expresado por el orador, puesto que era un político.

Finalmente tomó la palabra el viejo Saavedra, hombre sesudo y reposado, tenido como una especie de apóstol de las ideas, tanto por su hablar, un tanto campanudo, como por su venerable cabeza que le adornaba: blanca y larga cabellera y bien peinada, luenga barba, mostachos casi hasta las orejas, ojos llenos de juventud, de intenso azul, tras unas gafas aparatosas... Cuando pidió la palabra se produjo un silencio casi religioso. La mayoría de los contradictores de Alfredo esperaban que el viejo anarquista aplastaría inexorablemente al orador. Pepe mismo acercó la boca al oído de Matilde para decirle:

—Ahora verás.

Y Saavedra habló para decir:

—«Alfredo tiene razón. Suscribo lo que ha dicho porque es la verdad misma y no hay vuelta de hoja. Y a quienes reprochan que estemos de acuerdo con un político, les diré que si un día viniera aquí Antonio Maura y dijera unas cuantas verdades, yo tendría que decir que lo eran, a pesar de discrepar profundamente de las ideas generales de él. Y eso me pasa ahora con Alfredo.»

Y así terminó el acto, o sea por el sencillo procedimiento de levantarse todos y ponerse a discutir unos con otros.

Muchos concurrentes se acercaron a Alfredo para felicitarle, predominando las mujeres, que se sentían interpretadas magistralmente. La Bibiana Pino, arrogante y provocativa, pretendía acapararle, hablando sin cesar, mientras le arreglaba la corbata y le sacudía las solapas de un polvo imaginario. Matilde, casi agresiva, intervino:

—Chicha, Bibiana, déjale respirar.

—¿Te sabe mal, guapa?

—¿A mí? Ni fu, ni fa. Pero tu compañero no puede opinar lo mismo.

—¿Y qué dice el tuyo, preciosa?

Alfredo cortó radicalmente el animoso diálogo, cogiendo a Matilde por un brazo y conduciéndola junto a Pepe, que dialogaba, precisamente, con González, el compañero de Bibiana.

Pausadamente fueron saliendo y bajando las raídas escaleras. En la calle había pequeños grupos que discutían. Las hermanas Bernal, las hermanas Redondo, Libertad Bádenas, entonces casi adolescente... Alfredo y Pepe, junto con González, echaron calle abajo flanqueados por Matilde y Bibiana. Alfredo, en el centro, casi no hablaba, divertido al observar las miradas asesinas que se dirigían las mujeres.

Y ahora otro incidente. La mayor de las hermanas Redondo, Áurea, se introdujo entre Soler y Alfredo, se colgó de sus brazos, y dijo:

—Dejadme meter baza. Me interesa mucho todo lo que ha dicho éste.

—Pero —arguyo Pepe—, ya somos cinco y la calle no da para tanto.

—Pues me quedo con el conferenciente —dijo la Redondo.

Y para no exagerar se adelantó con Alfredo y González, cogida a sus brazos, mientras Pepe quedaba rezagado con Bibiana y Matilde.

Alfredo sintió el brazo de Áurea apretado fuertemente al suyo, así como un leve rozar de su seno, que, por amplio, se apoyaba en él. Y se preguntaba si el otro brazo y el otro seno harían el mismo juego con González. Se daba perfecta cuenta de su falsa posición y se imaginaba lo que estaría pensando Matilde, pero lejos de querer poner remedio, acentuaba sus atenciones con la Redondo, sin dejar intervenir a González en la conversación.

Cuando llegaron a la Rambla, ya de noche, se pararon para despedirse. El momento era crítico. Matilde y Bibiana tenían cada una sus compañeros al lado y era lógico que las parejas se fueran juntas. ¿Qué hacer, pues, con Áurea? ¿La acompañaría, prescindiendo de Matilde y Pepe? ¿No iría demasiado lejos si hacía esto?

González y Bibiana se despidieron los primeros. Bibiana sacudió enérgicamente la mano de Alfredo, mientras sus grandes ojos le prometían quién sabe qué delicias.

—A ver si vienes un día por casa. Ya sabes que serás siempre bien recibido.

—Ya veremos. Estoy muy ocupado —respondió Alfredo.

—Ya lo sé, pero los pobres tenemos derecho a algo —rió la ladina, mientras miraba agresivamente a Matilde.

Se fue la pareja. Había llegado el momento difícil, que Áurea resolvió a su manera:

—Bueno, ahora éstos se irán a su casita y aquí quedamos los solitarios. ¿Me acompañas hasta el tranvía? Digo, si no vas con ellos...

—Para qué —dijo secamente Matilde—. Vivimos aquí cerca y no nos vamos a perder.

Y sin esperar réplica, dio media vuelta y echó adelante, seguida de Pepe, que hacía gestos con los brazos.

Áurea y Alfredo subieron Ramblas arriba.

—¿Dónde tomas el tranvía?

—Ahí, en la plaza de Cataluña, pues vivo en Sants.

Pero al llegar a la plaza mencionada, tomaron por la calle de Pelayo y siguieron hasta la plaza de la Universidad. Alfredo tenía ganas de indicarle que allí también podía tomar el tranvía, pero ella hablaba, hablaba...

Entraron en la Gran Vía. La circulación era menos intensa y la luz más tamizada. Siguieron adelante. A la altura de la calle de Rocafort, ella se paró y le dijo:

—Sé sincero. ¿Por qué se ha enfadado Matilde?

— ¡Ah! ¿Pero, se ha enfadado?

—No hagas el idiota. Tú lo has visto lo mismo que yo.

—Sí; he visto que se ha marchado bruscamente, pero ¿qué sé yo por qué?

—Pues yo me lo figuro.

—¿Ah, sí?

—Mira, monín, yo no me chupo el dedo, a pesar de este tipo de panfila que tengo. Tú y Matilde os entendéis. Y por eso no puede soportar que otra mujer vaya a tu lado.

—Créeme que...

—Mira, cuentos, no. Os entendéis y ya es del dominio público. Por eso me ha dado la gana de darle celos. Este mundillo nuestro es una porquería. En cuanto una mujer se cree guapa ya se permite acaparar los hombres como una Mesalina. Matilde es casada, y por la Iglesia, y sin embargo tú no eres el

primero, ni siquiera el segundo amante. Pregúntales a las Bernal, que te podrán dar un programa. Lo mismo que la Bibiana que se te tragaba con los ojos. Sin duda le faltas en la colección. Por su cama han pasado a docenas los compañeros distinguidos, y ahora prevé que estarás de moda y ya te ha puesto los puntos. Y si fueran ellas solas...; pero son muchas más las compañeras que confunden el amor libre con el libertinaje del amor. Cambian de amantes como de camisa y casi siempre tienen un par o tres al mismo tiempo. Y vosotros, los hombres, sois unos gansos, que os prestáis cínicamente a tanta porquería. Y no creas que hablo por despecho. Podría tener lo que quisiera. No estoy mal, ¿verdad? Pues sin ser santa, ni virgen, me siento a cien codos sobre todas esas sabihondas, que presumen de intelectuales y de conocer profundamente las ideas...

Paró bruscamente de hablar. Estaban detenidos en el chaflán de la calle Vilamarí. Ella le tenía cogido del brazo y lo apretaba con fuerza. En sus ojos titilaban unas lágrimas que pugnaban por sostenerse.

—Bueno —dijo, tras un silencio—. Soy absolutamente idiota. No sé por qué te he dicho todo esto. Pero ya sabes tú que es la pura verdad. Y me repugna. Yo vine a los grupos llena de ilusiones y ahora estoy asqueada. Mira; porque te aprecio como a un amigo, sigue mi consejo. No te adentres en la vida de los grupos. No sé lo que será la política, pero, por mala que sea, siempre será más limpia que esta cloaca. ¡Y pensar que tantos hombres han dado la vida por las ideas para llegar a este resultado!

—Cálmate, chiquita. Tal vez hayas tenido desgracia y no has caído en un buen medio, pero seguramente habrá muchos compañeros y compañeras que no sean tan malos como los que tu conoces. Yo quiero tener la conciencia tranquila y voy a ver si los descubro. Quiero penetrar hasta el fondo de ese medio que no conozco bien. Te soy franco: Matilde, que empieza a desilusionarme, me servirá de medio de contacto. Tú podrías ser algo parecido, pero, claro, por pura amistad.

—Así será, si lo hago. No te ofendas, pero no serías mi tipo. No por el físico, sino por la moral. Me pareces caprichoso y poco formal. Incapaz de atarte a una mujer. Y yo soy tan idiota que sueño con un hombre así.

¿Por qué no replicó Alfredo a aquellas palabras? No se lo sabía explicar. ¿Sería ello tan cierto que no podía encontrar réplica?

Salió del paso, atusando los cabellos de la bella, suavemente, y besándola en la frente. Sin soltar aquella cabecita, la miró a los ojos, que estaban cerrados y no los abrió hasta que las manos del hombre se apartaron. Luego miró al suelo. Siguieron sin hablar hasta la plaza de España. Ella se detuvo, le tomó las manos, y mirándole ahora con una mirada limpia, pura, le dijo, casi en un murmullo:

—Despidámonos aquí. He pasado una hora feliz, créeme. De dolor, pero también de alivio, completamente nuevo para mí: sentir al hombre sin temor al macho. ¿Hermanos?

—Mejor: amigos.

Apretadas las manos, risueñas las bocas, elocuentes los ojos...

Giró ella sobre sus talones y echó a andar garbosamente. Se volvió a mirarle con la seguridad de verle parado. Se saludaron con la mano. Un tranvía llegaba, a paso moderado, en dirección a la plaza de la Universidad. Alfredo lo tomó en marcha, con el corazón y la cabeza llenos de confusión.

Alfredo entró en el grupo «Redención». Los grupos se daban nombres como «Ni Dios, ni amo», «Emancipación», «Bandera negra», «Los iguales», «Fuerza y conciencia»...

El grupo «Redención» lo formaban Cueto, Pernal, Jordán, Pepe y Matilde, Ansúrez y su compañera, y después Alfredo. Por entonces se reunían todos los miércoles en casa de Ansúrez, que era sastre y vivía en la calle Valldonzella. También solían verse algunos domingos por la mañana paseando por la montaña de Montjuic. En estas reuniones, pasaban la mayor parte del tiempo chismorreando a propósito de la vida íntima de otros compañeros y compañeras, que, por lo que Alfredo oía, era verdaderamente disoluta. Después solía entrarse en la faena de criticar a los líderes sindicalistas y anarquistas, los cuales quedaban como trapos sucios. Unánimemente se convenía que, cuando llegara la revolución social, los primeros a fusilar serían los tales líderes. Cuando Alfredo intentaba plantear algún tema sobre ideas,

resultaba que ya era demasiado tarde y se dejaba para otro día, que no llegaba nunca.

Sin embargo, un domingo por la mañana se habló en serio, o al menos así lo anunció Cueto cuando se sentaron al pie de un pino en las alturas de Montjuic. Las mujeres no habían venido y cuando Alfredo preguntó el motivo de esa ausencia, le respondieron que era mejor así, porque se tenían que tomar resoluciones graves.

¡Y tan graves!

De buenas a primeras, Jordán dijo que sabía que, dentro de muy pocos días, los grupos de toda España acometerían la magna tarea de hacer la revolución anarquista, y que, simultáneamente a la re-vuelta, se nombrarían comités de responsabilidad en todas las provincias, a fin de orientar a las masas y dirigir la economía. Alfredo creía estar viendo visiones, y se preguntaba si Jordán estaría bebido. Pero no; los otros estaban totalmente de acuerdo. Pero entonces vino lo mejor. Ansúrez dijo que, por lo que respectaba a Barcelona, era preciso no dejar que el movimiento de rebeldía cayera en manos de los débiles o de los traidores, y para evitarlo propuso ni más ni menos que fuera el grupo «Redención» quien asumiera la responsabilidad, apoderándose desde el primer momento del mando. A todos les parecía la cosa más natural del mundo y, no andándose por las ramas, procedieron, con toda seriedad, a repartirse las carteras. Bernal, que había sido cabo en África, se encargaría de la de Guerra; Jordán, por el hecho de haber estado en presidio, tendría a su cargo la de Justicia; Pepe, como ex-marino, la de Marina; Cueto, sin motivo que alegar, obtuvo la de Gobernación; Ansúrez, que era sastre, la de Hacienda; a Alfredo, que no había hablado, le adjudicaron Prensa y Propaganda.

—Bien entendido —le dijo Bernal— que no habrá más prensa que la nuestra.

Finalmente se acordó que en el momento preciso se comunicaría a Matilde y Petra (la compañera de Ansúrez), que quedaban encargadas de Sanidad y Beneficencia, respectivamente.

Jordán dijo, muy serio, que se encargaba de estar en contacto con los otros grupos «sanos», y que en la reunión del domingo siguiente se elaboraría el

programa a seguir para apoderarse de los edificios públicos, tomar el poder y eliminar a los traidores.

Cuando Alfredo se quedó solo y se dirigió a su casa, se iba preguntando si soñaba o si aquellos anarquistas estaban locos de atar. Durante toda la semana procuró explorar el ánimo de otros anarquistas pertenecientes a otros grupos. El resultado fue que sí, que se hablaba de hacer la revolución, pero que nadie sabía nada en concreto. En la reunión del miércoles por la noche, en casa de Ansúrez, no se dijo una palabra de ello, y en la del domingo siguiente, ya con la asistencia de las mujeres, tampoco. Al descender de la montaña, Alfredo se quedó rezagado con Jordán, y le preguntó qué había de la revolución. Jordán le respondió que se había suspendido de momento el trabajo, porque había habido chivatazo y la policía «nos vigila a todos estrechamente», pero que pronto se empezaría de nuevo.

Alfredo no se había sentido vigilado en lo más mínimo, y acabó por creer que todo aquello no había sido más que un leve sueño irrealizable de unos cuantos exaltados. Sin duda fue así, porque en todo el tiempo que Alfredo siguió en el grupo no se volvió a hablar de tal revolución.

(Puede el lector creer que todo esto es absolutamente cierto, por muy inverosímil que parezca.)

Pero años más tarde Alfredo pudo constatar que esa manía revolucionaria, aun sin posibilidad alguna de éxito, contra toda la lógica, sin contar con ningún elemento factible, solamente con pistolas, bombas y escopetas de caza, esa manía suicida podía intentarse, como en realidad lo intentaron por dos veces los grupos de la FAI durante la República, llevando a la muerte o a presidio a muchos trabajadores de buena fe. Y lo más absurdo fue que durante la guerra civil y la revolución (ahora de verdad), varios de aquellos paranoicos que se lanzaron a la calle un 8 de diciembre y un 8 de enero ocuparon cargos de responsabilidad, e incluso ministerios, en el gobierno de la República; tal fue el caso de Juan García Oliver, que fue nada menos que ministro de Justicia.

Una tarde acudió Alfredo a casa de Ansúrez para devolverle un libro que le había prestado. En la escalera se encontró a Jordán, quien se sorprendió de su presencia. En seguida le dijo que Ansúrez no estaba en casa. Alfredo le

respondió que entregaría el libro a su compañera, y siguió escaleras arriba. Jordán descendió muy lentamente, como por fuerza. Alfredo llamó y oyó a Petra que decía:

—Voy corriendo.

Se abrió la puerta y apareció Petra, que no llevaba encima más que una camisita y una toalla en la mano. Mientras abría, pijo:

—¿Qué te has olvidado, cariño?

Alfredo entró y cerró la puerta.

—Yo, nada —respondió—. Habrá sido Jordán.

—¿Le has encontrado?

—En la escalera.

Siguió un silencio. Los dos se hallaban violentos. Ella seguía con la toalla en la mano y ni siquiera intentaba taparse un poco con ella. Un tirante de la camisa había resbalado, dejando al descubierto un seno amplio y rosado. Las piernas se mostraban casi por completo porque la camisa no pasaba un centímetro de la entrepierna. Por una puerta abierta se veía la alcoba, con la cama deshecha, y, en el suelo, una palangana con agua y una esponja.

Alfredo volvió a hablar:

—Bueno, por mí, puedes taparte. Ya veo que estás bien.

—A lo mejor piensas mal porque has encontrado a Jordán.

—Ni mal ni bien, pero las apariencias son aquí evidentes. No digas nada. Aquí dejo este libro. Y otra vez asegúrate bien de quién llama.

—Pues bueno, sí ¿y qué? Jordán vive solo y necesita una mujer como cada quisque. Y por eso me doy a él, por humanidad. Lo mismo haría contigo si se diera el caso.

—Tienes una humanidad muy generosa. Y Ansúrez, ¿sabe de este altruismo?

—No hablamos nunca de esto, pero casi podría asegurar que lo aprobaría.

- Bienaventurados los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos.
- ¡Qué lejos estás de ser un buen libertario! Estás lleno de prejuicios. Claro que, hasta cierto punto nada más, pues con Matilde no tienes escrúpulos y Pepe lo sabe, como todo el mundo.
- Vamos a dejarlo, ¿quieres? Aquí te dejo este libro. Por mí no te preocupes, soy una tapia. Y vistete; no sea caso que llegue otro amigo y piense algo de nosotros.

Petra se puso una bata, mientras decía:

- Mira; yo no sé si tengo razón o no. Pero cada cual tiene su temperamento.
- Tal vez, pero estaría bien seleccionar, y Jordán es una piltrafa. Estoy seguro de que se lo dirá a todo el mundo.
- Chico, a falta de pan...

—Me voy, porque esto se complica —dijo Alfredo, ya francamente riendo—. No sé por qué me meto en camisas de once varas.

Le acompañó hasta la puerta y le dio la mano:

- ¿Amigos?
- Como siempre.

Lo que era una manera de no mentir, porque jamás habían sido amigos.

Y Alfredo iba pensando que Petra tenía razón. Estaba muy lejos de ser un libertario de aquella escuela. Y, por no serlo, poco a poco fue apartándose de aquel mundillo.

Aunque en Barcelona era imposible que la vida sindical se normalizase, en otras poblaciones catalanas había más tolerancia. Todo dependía del carácter del gobernador civil, el cual tenía atribuciones para obrar por su cuenta. En Lérida los sindicatos estaban abiertos, y por ello se acordó celebrar en esa ciudad un pleno de carácter regional. Como la mayoría de los militantes conocidos vivían fuera de Cataluña, los comunistas aprovecharon la ocasión para invadir materialmente dicho pleno con delegados comunistas y

simpatizantes. No fue, pues, nada extraño que se acordara enviar una delegación a Rusia para estudiar lo que allí pasaba. Los proponentes tuvieron buen cuidado de no hacer el panegírico de la revolución rusa; antes al contrario, censuraron muchas cosas, pero adujeron que lo mejor era ver de cerca cómo se conducía la revolución y después informar con toda imparcialidad. Fueron nombrados para hacer el viaje Andreu Nin, Víctor Colomer, Joaquín Maurín, Hilario Arlandis, Desiderio Trillas, José Jover y Jesús Ibáñez. Sin que nadie lo nombrara, se agregó al grupo de delegados Grau Jassans, chófer de oficio.

Esta delegación tardó mucho en ir a la URSS porque, como no cabía pensar en pasaportes, todos ellos fueron pasando la frontera como pudieron. Ya reunidos todos en París, los comunistas franceses encargados de ponerlos en camino no acababan nunca de tenerlo todo preparado. Por otra parte, Trillas y Jover, que no tenían siquiera ninguna simpatía por los rusos, se negaban a llenar los larguísimos cuestionarios en los cuales había que hacer constar toda la historia del firmante desde su nacimiento, a qué escuelas había asistido, qué oficios había desempeñado, a qué sindicatos había pertenecido, qué opinaba del socialismo socialdemócrata; y no sólo esto, sino también infinidad de detalles sobre sus padres, esposa, hermanos y amigos. Resultaba una verdadera ficha policial, muy superior a cuanto hacía la policía española.

Por fin, por influencia de Arlandis, el más fanático comunista de todos ellos, se logró que se arreglaran los papeles mediante el truco, ideado por Maurín, de llenar él los formularios de Trillas y Jover, los más recalcitrantes. Fueron, pues, todos a Rusia y allí permanecieron durante bastantes meses. Unos volvieron casi convencidos, otros escépticos, otros dudando. Pero todos, a su regreso, fueron a parar a la cárcel donde estuvieron una larga temporada como presos gubernativos, y después, ya bien fichados, eran sistemáticamente detenidos por cualquier circunstancia o alarma. A todos ellos les conoció Alfredo en la Cárcel Modelo de Barcelona durante la dictadura de Primo de Rivera.

Pocos días después del pleno de Lérida, tuvo lugar el asesinato de Boal y Feliu, Boal había sido hasta su encarcelamiento secretario general de la CNT. Feliu había sido tesorero. Los dos estaban en la cárcel en calidad de presos gubernativos. Aquel día, a las dos de la tarde, se cometió un atentado contra el

alcalde de Barcelona, señor Martínez Domingo. Fue uno de tantos atentados sin pies ni cabeza. Martínez Domingo era monárquico, y en calidad de tal había sido nombrado alcalde de la Ciudad Condal por real orden. Era un hombre apagado, sin personalidad, que no se tomó el cargo en serio y que casi siempre pasaba los poderes al primer teniente de alcalde. Nadie podía suponer que tuviera la menor influencia ni participación en las luchas sociales. Cuando salía del Ayuntamiento y se disponía a subir al coche, sonaron unos disparos, que no le alcanzaron, aunque sí a un par de empleados que le acompañaban, los cuales resultaron con heridas leves. Los autores escaparon en un automóvil por la calle Jaime I. La represalia inmediata fue el asesinato de Boal y Feliu. Ambos fueron sacados de la cárcel a medianoche y llevados a Jefatura, con el fin de firmar la libertad, trámite que se seguía con todos los presos gubernativos. Por eso Boal y Feliu no se preocuparon. En Jefatura no les retuvieron más de diez minutos. Ya en la calle, se adentraron por las estrechas calles que conducen a la plaza de Santa María. Allí Boal se despidió de Feliu. A los pocos pasos cayó acribillado a balazos. Feliu pudo escapar. No cabe duda de que todo había sido preparado de antemano. Feliu cayó también, a los dos días, en el momento de salir de su domicilio.

Este atentado no causó mucha emoción en los medios sindicalistas. Boal no era popular ni muy conocido. Era un hombre pequeño, cetrino, reservado, de pocas palabras. Había llegado a Barcelona procedente de Valladolid, donde parece que tuvo diferencias con los elementos de la UGT, allí dominantes. Afiliado primeramente a El Arte de Imprimir, de Barcelona, fue de los primeros en pasarse al Sindicato de Artes Gráficas. La carencia de hombres de valía hizo que Boal fuera enviado a los comités superiores y, paso a paso, llegó a la secretaría general.

El entierro de Boal tuvo lugar tres días después del atentado. El patio del Hospital Clínico estaba ocupado por muchos guardias de seguridad a caballo. Había, también, mucha policía secreta. El acompañamiento pudo meterse en dos coches de punto. Sólo acudieron unos paisanos del difunto y Alfredo por la organización. Cuando sacaron el féretro para meterlo en el coche fúnebre, se oyeron los gritos histéricos de una mujer:

— ¡Ya has vuelto, Evelio, ya has vuelto!

Entre otras dos mujeres metieron a la autora de aquellos gritos en un coche y el entierro se puso en marcha escoltado por la policía a caballo.

Por el camino, los paisanos de Boal le explicaron a Alfredo lo de los gritos. Era su esposa. Hacía tiempo que estaban separados y, por lo visto, ella consideraba que el ser llevado al cementerio era como volver a casa.

Al llegar al cementerio del Sudoeste la mujer ya no estaba. Debió desviarse por el camino. No pudieron enterrarle porque, dijeron, era ya muy tarde y el cadáver quedó en el depósito. No hubo discursos ni despedida del duelo. De vuelta, dejaron los coches en las Ramblas. Alfredo se encargó de pagar a los cocheros. El grupo de paisanos de Boal se dirigió a una taberna de la calle del Notariado, donde era fama que servían, al copeo, muy buen vino de Valdepeñas. Como a Alfredo no le gustaba este género de duelo, se despidió de ellos en la puerta de la taberna.

Los atentados seguían produciéndose a diario en Barcelona. Un aventurero alemán había llegado a la capital y había formado una banda de pistoleros al servicio de la patronal. Este individuo era conocido por el nombre de barón de Koenig, aunque su verdadero nombre era Fritz Stellmann, nacido en Potsdam en 1879. Se dijo entonces que el descubridor de ese tipo había sido el poderoso contratista de obras Miró y Trepot, que se hacía pasar por republicano. Para mayor impunidad en sus atentados, a los pistoleros de aquella banda se les facilitaron carnets del Somatén. [\(6\)](#)

Personas enteradas, y libros de historia sobre la segunda guerra mundial, aclaran que el tal barón de Koenig había formado parte, durante la guerra de 1914-1918, de los servicios de espionaje del almirante Canaris, también espía en los tiempos de Hitler, pero enemigo de Himmler y la Gestapo, por lo que acabó asesinado.

En aquella banda formada por el llamado barón de Koenig habían entrado algunos pistoleros que antes habían «trabajado» con los sindicalistas. Por esta circunstancia eran los preferidos para atentar contra figuras conocidas de los sindicatos. Entre la banda de Koenig y la primitiva de Ramón Sales y Laguía Literas, se estableció una competencia que llegó a discutirse a tiros. Unos primero, otros más tarde, los últimos en julio de 1936, todos los pistoleros de

la patronal encontraron su cuenta. Todos menos el pretendido barón, que desapareció de Barcelona tan misteriosamente como había llegado.

Capítulo 4

LA EDICIÓN DE «SOLIDARIDAD OBRERA» EN VALENCIA

En mayo de 1922, Pedro Foix y Viadiu se entrevistaron con Alfredo. Como en Barcelona no era posible publicar Solidaridad Obrera, se había pensado editar el periódico fuera y, en este sentido, se hicieron gestiones en Valencia, ya que habían dicho que el gobernador, un señor llamado Pérez Moso, había sido socialista y por lo visto estaba resentido, pues había dado su conformidad á que apareciera la Soli en la ciudad levantina. El problema consistía ahora en encontrar un equipo de tipógrafos. En efecto, la organización valenciana había encontrado una imprenta, pero sin operarios, pues allí la inmensa mayoría de los gráficos pertenecían a la UGT y no querían saber nada. El encargo era de cuidado. Había que encontrar diez o doce cajistas buenos y largos en el trabajo, pues el periódico se tenía que componer a mano, como se hacía años atrás. Tuvieron que gastar toneladas de saliva y argumentos para lograr sacar de sus talleres a los diez hombres que se pudieran alistar. Excepto Alfredo, eran todos solteros, pues los casados no querían embarcarse en aquella aventura que no ofrecía ninguna perspectiva de seguridad económica. Así, pues, un buen día salieron todos en el tren correo para Valencia. Desde la estación se dirigieron al local de los ferroviarios, en la barriada de Ruzafa. Allí les acogió cordialmente el compañero Miró, que tenía que ser el administrador. Les indicó el restaurante donde podrían comer desde entonces y les dio las señas de dos casas para poder dormir. Para Alfredo no había problema, pues por entonces su hermana menor vivía provisionalmente en la Ciudad del Turia (como lo hizo en Valladolid en 1917), en una casa de huéspedes, por la circunstancia de que su marido, viajante de comercio, trabajaba por toda la región y prefería tener a su esposa cerca. En aquella casa de huéspedes su hermana le había conseguido una habitación.

Al día siguiente hubo reunión preparatoria en la imprenta. Allí estaban Felipe Aláiz, Viadiu, Quílez, Calleja, Abella, Amador, y otros, que formaban la redacción. Desde la cárcel enviaría artículos Eusebio Carbó, preso y procesado

por el atentado contra el conde de Salvatierra. Estaban con él en la cárcel José Margelí y Rafael Vidiella.

Aláiz fue nombrado director, y ello era justo, pues era el único escritor y conocía el oficio y la gramática. Todos los demás no pasaban de ser aficionados muy atrevidos. Del equipo de tipógrafos se encargó Bernal, un hombre muy capacitado para el oficio y una verdadera biblioteca ambulante; sabía de todo y bien. Se conocía a los clásicos al dedillo, y cuando estaba sereno podía citar de memoria párrafos enteros de los mejores autores de la literatura española. Lo malo era que no estaba sereno casi nunca, pues en cuanto tenía una peseta en el bolsillo, se la gastaba en vino y pillaba unas borracheras monumentales. Cuando estaba «lleno», como él decía, casi siempre le daba por cantar «las verdades del barquero», que para él consistía en insultar a todo el mundo de la manera más soez. Ello dio lugar a muchos incidentes lamentables, y no pocos días su estado le impedía ponerse al trabajo. Finalmente, una vez que estaba borracho perdido, le metieron en el tren y le remitieron a Barcelona. Allí murió, un mal día, atropellado por un autobús.

Aquella época de la Sol: editada en Valencia fue un tiempo memorable y pintoresco, digno de contarse, porque no todo tiene que ser dramático en la vida. El periódico, en 1922, se confeccionaba así: por la mañana, a partir de las diez, empezaban a llegar los redactores. La hora convenida era las nueve, pero el primero que llegaba lo hacía a las diez. Éste solía ser Quílez, cuya misión era recortar las noticias de prensa del día anterior. Por ello le llamaban el redactor-tijera. Después iban llegando el resto por este orden: Viadiu, Calleja, Abella, Amador y finalmente, el último, Aláiz. Se repasaban y corregían los artículos de colaboración. Aláiz escribía el editorial y los demás comentaban, a su manera, las noticias del día. Muchas veces, por la tarde, ocurría que faltaba original y ya no había allí redactor alguno. Entonces, de la manera más natural, un cajista, «sacándoselo de la manga», componía un artículo sin original a la vista. En esta especialidad destacaban Santiago Fernández, Carlos Gamón, Elíseo Massip, Progreso Alfarache, José Virgili y el propio Alfredo.

Los cajistas se presentaban a las diez de la mañana y procedían a distribuir los textos de la edición anterior, llenando de letra las cajas. Después se

marchaban a comer. Volvían por la tarde, hacia las dos y media, y empezaba el febril trabajo de componer, a mano, las cuatro grandes páginas de la Solí. Como era gente experta, el periódico solía «cerrarse» a las siete o siete y media de la tarde. Por la noche se imprimía en una máquina plana, hoja por hoja. Se comprenderá fácilmente que todo lo que las agencias daban a la prensa a partir de las ocho de la noche y cuanto ocurría durante la misma no podía aparecer en la Solí. Eran muchas las noticias de importancia que aparecían con 24 horas de retraso sobre el resto de la prensa. El récord se batió el día 24 de agosto: toda la prensa publicaba la noticia del atentado cometido en Manresa contra Ángel Pestaña, mientras el órgano de la CNT no sólo no publicaba la noticia sino que incluía un artículo del propio Pestaña en primera plana.

Y si en el orden técnico el diario era una calamidad, en el económico era una catástrofe. La venta rendía muy poco y los sindicatos valencianos eran muy pobres. En Cataluña era muy difícil recoger fondos y los gastos, aunque muy alambicados, eran superiores a los ingresos. Había que pagar la imprenta, el papel, la contribución, los redactores y los equipos de confección y cierre. Miró, el administrador, estaba medio loco a fuerza de buscar dinero. No había ninguna regularidad en el pago de los salarios. Cuando se tenían unas pesetas, después de pagar imprenta y papel, se repartía a prorr泄eo entre todos, redactores, administradores y cajistas.

Menos mal que el problema alimenticio estaba resuelto gracias al hombre más bueno y altruista que ha parido madre. En una travesía de la calle de Colón tenía un restaurante económico Rafael, a quien los de la Solí acabaron por apelar «San Rafael». Allí había crédito para todo el equipo de la Solí: llegaba, comía y marchaba, y nadie se preocupaba de nada más. Y lo más chocante era que el bueno de Rafael jamás anotó la deuda que cada uno iba aumentando día a día.

—Como todos sois compañeros —decía Rafael—, estoy seguro de que, cuando podáis, me pagaréis hasta el último céntimo.

¡Cómo se engañaba! Porque, a trancas y barrancas, Miró acabó por pagar a todo el mundo cuando se terminó de editar Solidaridad Obrera en Valencia;

pero fueron varios los redactores y cajistas que volvieron a ¡Barcelona sin acordarse de Rafael. Y no es que no lo mereciera. El buen hombre tenía esposa y cuatro hijos que mantener, y, por si fuera poco, tenía además en su casa un chico austriaco recogido cuando el hambre de la primera guerra mundial. No sólo daba de comer a redactores y cajistas, sino que cada día enviaba a una de sus hijas a la cárcel a llevar la comida a Carbó, Vidiella y Margelí. La cárcel estaba lejos y había que tomar dos tranvías. Cuando los presos salieron a la calle, Carbó y Vidiella siguieron comiendo durante una buena temporada en casa de Rafael... y luego se volvieron a Barcelona sin pagarle. Es triste decirlo, pero rigurosamente histórico.

La cuestión del alojamiento fue más complicada. Algunos encontraron refugio en casa de compañeros. Massip, tipógrafo, logró una pequeña habitación en la misma casa de huéspedes que Alfredo. Pero la mayoría fue a parar a un piso destortalado de una callejuela del barrio viejo, acaso la calle de Baldoví. En aquel piso había varias camas, sin sábanas, con sólo alguna manta vieja. Era preciso pagar por semanas anticipadas. El propietario era un tipo indigno, borracho, pendenciero, antiguo «macarrón», a quien no se veía más que los lunes para cobrar los alquileres. Nadie barría ni limpiaba. Las pulgas y las chinches imperaban. En las camas dormían uno, dos y hasta tres hombres, según la concurrencia. Ocurría que, sin avisar, se presentaban allí tipos que se decían perseguidos, y que unas veces lo eran y otras no. También llegaban maleantes, diciéndose compañeros. Como la puerta estaba siempre abierta, más de una vez ocurrió que un inquilino encontraba su cama ocupada por un desconocido, cuando no eran dos. Con harta frecuencia la policía hacía incursiones en el piso, llevándose detenidos a varios individuos. Generalmente este pintoresco piso era conocido por «El camino de presidio».

El primero de los detenidos (en seguida puesto en libertad) por la muerte del conde de Salvatierra fue Margelí, más conocido como «Joselito», el cual se incorporó a la imprenta, pero estuvo poco tiempo, y marchó luego a Barcelona. Después salió Vidiella, que fue a vivir a casa de Carbó «con todos los derechos», como decía él cínicamente, dando a entender que allí tenía garantizado «el comer y el folgar». En todo caso, Vidiella y Margarita, la compañera de Carbó, iban juntos a todas partes.

Alfredo visitó a su tío Salvador, que tan bien se había portado con él en 1909, cuando llegó a Valencia, después de la Semana Trágica. Claro que el tío había envejecido y los chicos eran ya mayores. Fue muy bien acogido y algunos domingos acudía a comer en familia, junto con su hermana.

El atentado contra Pestaña en Manresa fue causa del primer proceso judicial que padeció Alfredo. Se enteraron en la Soli del atentado por la prensa valenciana de la mañana. Alfredo, indignado, escribió un corto artículo titulado «¿Hasta cuándo?», en el que ponía en causa a las autoridades de Barcelona. Aláiz lo hizo insertar como editorial. El periódico fue denunciado por el juez, y el director llamado a declarar y procesado. Alfredo no quiso aprovecharse de esta facilidad y se presentó al juez declarándose autor del artículo. El juez reformó los autos y procesó a Alfredo, dejándole en libertad provisional. Por cierto que el juicio oral de este proceso fue muy curioso. Alfredo había vuelto a Barcelona, y como procesado en libertad provisional tenía que presentarse en un juzgado de la capital catalana cada ocho días. Así lo hizo puntualmente. Pasaron seis meses, hasta que un día recibió una citación de la Audiencia de Valencia, para que compareciera cierto día y hora en determinada sala, a fin de responder del delito de insulto a la autoridad. Alfredo fue a ver a su amigo Virgili, del Comité Pro-Presos, y le expuso el caso. Virgili le entregó en el acto unas pesetas para el viaje, encargándole que si las cosas se presentaban mal le escribiera en seguida. Las cosas no se presentaron mal, pues ya desde Valencia le habían escrito que el fiscal pedía una pena de seis meses de reclusión menor, lo cual, si recaía sentencia efectiva, podía incluirse en la modalidad de libertad condicional. Llegó Alfredo a la Ciudad del Turia, y desde la estación fue a casa de don Pedro Vargas, su abogado defensor, como le habían indicado por carta sus amigos.

Este don Pedro Vargas era un hombre abnegado, bueno, cordial y uno de los mejores abogados de la península. Se ganaba bien la vida en asuntos civiles, pero ello no era obstáculo para que fuera el defensor desinteresado de todos los procesos contra obreros. Con Barriobero, Layret y Companys formaba el cuarteto de abogados que más hicieron por la defensa de los sindicalistas. Layret, Barriobero y Companys fueron asesinados en diferentes circunstancias;

Vargas murió en la emigración. Es doloroso tener que reconocer que los historiadores, es un decir, han olvidado a este hombre tan superior a otros.

Don Pedro Vargas, pues, acogió cordialmente a Alfredo y le invitó a desayunar. Luego se fueron hacia la Audiencia, emplazada en un edificio muy viejo. Cuando llegaron ante la sala en que tenía que verse el juicio, se acercó al abogado un joven vistiendo la toga y le dijo;

—Buenos días, maestro. Si usted pudiera hacerme un gran favor...

—¿Qué le pasa, amigo?

—Pues que tengo dos juicios casi a la misma hora y no sé cómo arreglarlo. Si usted fuese tan amable de cederme el tumo, yo entraría ahora y así podría acudir al otro.

—Hombre, si no ha de ser largo...

—Nada, cinco minutos. Muchas gracias, don Pedro.

¡Cinco minutos! ¡Hora y media estuvo el hombre perorando en la defensa de un ladronzuelo!

Don Pedro se lo tomó con calma. Ya vestido con la toga, se paseó al lado de su patrocinado por aquellos pasillos, comentando la lata que el otro estaba dando al tribunal.

—Mire —le dijo a Alfredo—; creo que nos está haciendo un favor. A éste le van a condenar por pesado; a nosotros nos van a absolver por breves. Seremos nosotros los de los cinco minutos.

Y así fue.

Llamaron a don Pedro al tribunal y se adentró en la sala. Después, un alguacil con sombrero de dos picos y un espadín llamó:

— ¡Alfredo Bosch! ¡Alfredo Bosch!

—Aquí estoy.

—¿Es usted el procesado?

—Sí, señor.

—Bueno. Ahora entraremos y usted se sentará en el banquillo.

Así lo hicieron. Y para que no cupiera duda, el del sombrero de dos picos dijo:

—Señor. El procesado.

Y el juicio fue así:

PRESIDENTE: —Levántese el procesado.

El procesado se puso en pie.

PRESIDENTE: —Diga su nombre y apellidos.

El procesado los dijo claramente.

PRESIDENTE: —Está usted acusado de ser autor de un artículo publicado en Solidaridad Obrera, en el cual el juez ha encontrado conceptos injuriosos para las autoridades de Barcelona. ¿Se hace responsable de tal artículo?

PROCESADO: —Del artículo, sí, señor; de los conceptos injuriosos, no, señor, porque yo no me refería, en el escrito, a las autoridades, sino a unos pistoleros.

PRESIDENTE: —El señor fiscal puede informar.

FISCAL: —Teniendo en cuenta lo manifestado por el procesado, modiflico mis conclusiones provisionales. Y con arreglo al artículo X del código solicito que se imponga al procesado la pena de un mes y un día de prisión menor.

PRESIDENTE: —El abogado defensor puede informar.

ABOGADO: —De acuerdo con la declaración de mi patrocinado, pido la absolución del procesado.

PRESIDENTE: —¿Tiene el procesado algo que manifestar?

PROCESADO: —No, señor presidente.

El presidente, agitando una campanilla:

— ¡Visto para sentencia! ¡Despejen la sala!

Y como en la sala no había nadie, no hubo despeje.

Aquella misma noche Alfredo tomó el tren para Barcelona. A los ocho días recibió una carta del abogado, que decía escuetamente:

«Querido amigo: Como le predije, hemos sido absueltos por brevedad. Felicitaciones. Pedro Vargas.»

En pleno verano llegaron a Valencia Salvador Seguí y Salvador Caracena, procedentes de Mahón, donde estuvieron presos más de veinte meses, en compañía de otros sindicalistas y de Lluís Companys. Caracena se incorporó al equipo de tipógrafos de la Solí. El «Noi» dio una serie de actos públicos por la región levantina. En Valencia tuvo lugar un mitin en la plaza de toros, que fue un éxito inmenso. Por cierto, que se produjo un episodio cómico. Salvador Seguí llevaba unos pantalones blancos, bastante usados, que tuvieron la mala ocurrencia de rasgarse por la parte posterior cuando su propietario se disponía a sentarse. No había otro remedio que buscar otros pantalones, pero como entre los amigos que ofrecían los suyos, no había ninguno que llegara a la talla del «Noi», éste se fue con unos amigos a una tienda de ropavejero situada en la calle de la Sangre, donde solían proveerse los «solidarios». Salvador Seguí eligió unos pantalones de tejido a rayas y se los puso en el acto. Eran cortos, pero, según decía el tendero, entonces era moda el pantalón corto. Desde la tienda se fueron todos a la plaza de toros para tomar parte en el mitin anunciado. Hacía un calor de 40 grados. El «Noi» pronunció un discurso fogosísimo y cuando terminó estaba sudando a mares. Al descender de la tribuna todos pudimos ver que el pantalón de Seguí, con el sudor, se había encogido de tal manera que apenas le pasaba un palmo de las rodillas. Las risas eran generales, pero el afectado no lo estaba en lo más mínimo y aquella tarde se paseaba tranquilamente por la playa del Cabañal luciendo sus rollizas pantorrillas.

En Valencia no se salvó Seguí de la enemistad de los «puros». Por la Ciudad del Turia deambulaban unos cuantos elementos escapados, huyendo del terrorismo, que nadie sabía de qué vivían. Estos elementos, junto con otros autóctonos, promovieron una reunión de militantes para acusar al «Noi». Lo

inexplicable es que éste aceptara comparecer ante aquellos sujetos, pero lo hizo. La reunión tuvo lugar en el local de los ferroviarios. Alfredo también acudió, y en el transcurso de la discusión pudo comprobar que todo parecía una reproducción exacta de otro par de sesiones presenciadas en Barcelona. Los acusadores inculparon a Seguí de ser un reformista, un político, de estar en contacto con los políticos republicanos y monárquicos, de ser masón y otras muchas majaderías por el estilo. Allí, en Valencia, fueron hasta siete los «puros» que actuaron como acusadores. El «Noi», lo mismo que en Barcelona, les dejó hablar, sin decir una sola palabra ni hacer un solo gesto. Les escuchaba tranquilamente, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Cuando los otros callaron, Seguí tomó la palabra para hablar durante una hora y reducir a la nada cuanto aquéllos habían dicho; terminó manifestando que si se había defendido no era para dar beligerancia a los acusadores sino en atención a los demás compañeros que ignoraban los hechos. Y así terminó la reunión sin que los acusones se atrevieran a replicar.

Alfredo había sido nombrado secretario del Sindicato de Artes Gráficas de Valencia, y en calidad de tal tuvo que hacer gestiones en diversos conflictos. Ese sindicato tenía pocos gráficos; la mayoría de afiliados eran encuadernadores, cartoneros y trabajadores de las fábricas de papel. En este último ramo hubo un conflicto de envergadura a propósito de una demanda de aumento de salarios. La mayoría de patronos se mostraban conciliadores y, si no en todo lo que se pedía, accedieron a subir los jornales. Pero había uno, de una importante fábrica, que se negaba en absoluto, alegando simplemente que él era mólt cabut y que no aumentaba nada. Naturalmente, los demás fabricantes se escudaban en la negativa del cabut para no aumentar, alegando que si lo hacían quedaban en inferioridad.

Se declaró la huelga, que se prolongó cuatro semanas sin resultado alguno. Entonces la junta del sindicato, en reunión secreta, acordó llevar a cabo un atentado contra el acérrimo fabricante, causa principal de la prolongación del conflicto. Alfredo se opuso a ello, pero se quedó solo. Y así llegó el momento de actuar. Alfredo, lleno de una dignidad absurda, aceptó formar parte del grupo agresor, para que no se pudiera suponer que, al combatir aquel proyecto de atentado, lo había hecho por miedo.

La organización del plan corrió a cargo de un papelero que presumía de saber bien las idas y venidas por Valencia del patrono cabut. Un día, por fin, Alfredo se vio con una pistola en el bolsillo, al lado de otros cuatro obreros, camino del río, al otro lado del puente de Cuarte. Por allí tenía que pasar la víctima hacia las diez de la noche en un viejo automóvil que él mismo conducía. El grupo se apostó en la cuneta de la carretera y el jefe se situó cerca del puente para avisar la llegada del coche y hacerle parar. En aquel momento se dispararía a mansalva.

Alfredo estaba violentísimo porque comprendía que aquello era una barbaridad. Incluso presumiendo que todo saliera bien y pudieran escapar, era indudable que la policía tomaría represalias con la junta del sindicato. Además, pensaba, introducir el sistema del atentado en Valencia era pagar muy mal la tolerancia del gobernador civil. Pero se había embarcado y no veía manera de salir del atolladero. Cada vez que se oía un motor de automóvil a Alfredo le aumentaba el ritmo del pulso y sentía como un vacío en el estómago; vamos, que tenía un respetable miedo. Pero iban pasando coche tras coche y ninguno era el esperado. Ninguno de los apostados en la cuneta decía una sola palabra y Alfredo se preguntaba si aquellos muchachos no estarían pensando lo mismo que él. Al cabo de media hora no pudo aguantar más, y considerando que ya había demostrado que no era un cobarde, les dijo a los demás:

—Bueno, compañeros; el tío ese debe haber cambiado de camino. ¿No os parece que podemos marcharnos y organizar mejor las cosas?

Todos estuvieron de acuerdo, manifestándolo a toda prisa. Incluso hubo uno que dijo:

—*Me pareix, me pareix, que el Tonet no ha volgut vore el cabut, perqué me pareix, me pareix, que Vauto ha passat ja fa un ratet.* [\(7\)](#)

Llamaron al Tonet, el cual dijo que sí, que era probable que el patrono hubiera cambiado de ruta. Los demás rieron y Alfredo tuvo el convencimiento de que ninguno de los pistoleros había tenido grandes ganas de disparar.

En el sindicato no se volvió a hablar de semejante asunto. Por suerte, a los tres días, los patronos se opusieron al intransigente y se llegó a un acuerdo

bastante distinto de lo planteado, pero que permitió salvar la cara y volver al trabajo. Además, y cosa muy principal, se consiguió el reconocimiento del sindicato, hecho completamente nuevo en Valencia. Y, para coronar el triunfo, los patronos convinieron en pagar una parte de las jornadas perdidas.

El secreto no podía ser más sencillo. Se aproximaba la campaña de la exportación de la naranja y los cosecheros pedían urgentemente el papel de seda impreso para envolver el sabroso fruto. Cuestión, pues, de oportunidad al plantear el conflicto.

La segunda vez que a Alfredo le pusieron una pistola en la mano fue cuando se dijo que habían llegado a Valencia unos pistoleros del «libre», con la misión de acabar con la Soli, por el práctico procedimiento de eliminar al personal. La noticia parecía fidedigna, e incluso algunos afirmaban que habían visto a varios pistoleros profesionales.

En la redacción e imprenta el nerviosismo era grande. Se trabajaba con la pistola al alcance de la mano y se había colocado un portero para controlar a cuantos llegaban. Para acabar de una vez, se acordó pasar de la defensiva a la ofensiva, y una noche salieron hasta diez compañeros, con pistolas «Star» y «Alfa», con bala en la recámara, en busca de los pistoleros del «libre». Alfredo formaba parte del grupo, por el qué dirán, pero de muy mala gana.

Recorrieron bares, cafés, tabernas, casas de prostitución... Cada vez que entraban en uno de estos sitios, Alfredo se decía: «¡Que no estén! ». Porque la cosa era seria; si llegaba el encuentro, él sabía muy bien que los asesinos del «libre» no se dejarían abatir como unos conejos.

Más de dos horas duró la batida, sin resultado alguno. Alfredo se fue a dormir muy contento de que todo hubiera acabado así, porque se decía a sí mismo: «¡Hay que ver qué canguelo tenía! ».

Un caso grotesco de aquella temporada fue la actitud de Liberto Callejas. Este individuo se presentó en Valencia sin que nadie le llamara y se autonombró redactor de Soli. En realidad no servía para nada, porque no tenía ni los más rudimentarios conocimientos del periodismo, ni siquiera de ortografía; ello no impedía que en los medios libertarios se le considerara como un literato.

Jamás en su vida se le había visto trabajar de una manera normal. Con su frescura, incluso llegó a ser director de la Solí en Barcelona durante un breve período. Eran cosas raras pero harto frecuentes, como aquel otro caso de un tipo llamado Osés, que logró entrar en la Soít como redactor, pero que no era otra cosa que militante lerrouxista y seguramente confidente policial.

Fue precisamente al producirse el atentado contra Ángel Pestaña en Manresa cuando empezaron los rumores de la llegada de pistoleros a Valencia. Callejas se indignó mucho por el atentado, y Heno de «heroico valor» se despidió de la redacción para ir, dijo, a Barcelona, «a hacer una cosa gorda». Pasaron días y días y de Barcelona no llegaban noticias de lo que pudiera haber hecho Callejas. Por fin se supo que el hombrecillo había equivocado la línea del ferrocarril y estaba en Zaragoza, viviendo, como siempre, del sablazo y de expedientes nada claros.

A finales de septiembre, Alfredo tuvo una carta de su madre, indicándole que su esposa estaba muy adelantada en su embarazo y, por lo tanto, estaría bien que él regresara a la Ciudad Condal para hacer frente a la situación, sobre todo económica.

Como con la llegada de Caracena y otro cajista a la imprenta casi sobraba personal, Alfredo se puso de acuerdo con el administrador y volvió a Barcelona, teniendo la suerte de encontrar trabajo inmediatamente, aunque no en la capital, sino en Premia de Mar, en una pequeña imprenta particular que tenía un médico para editar libros de medicina. Alfredo pasaba toda la semana en el pueblo y sólo estaba en Barcelona los sábados por la tarde y los domingos. De esa manera pasaba bastante desapercibido de la policía y de los pistoleros que todavía actuaban.

En el mes de octubre de 1922, la mujer de Alfredo dio a luz una niña. Tuvo que ser asistida en la Maternidad porque no había recogido el suficiente dinero para hacer frente a los gastos que suponía hacerlo en casa.

El día 23 del mismo mes se produjo el atentado contra Martínez Anido. Poco faltó para que Alfredo se encontrara complicado en él sin comerlo ni beberlo.

Un domingo por la mañana, mientras Alfredo estaba revolviendo entre los libros de los puestos de lance del Paralelo, le tocaron por la espalda. Era Gregorio Jover, «Gori», que iba en compañía de un chico joven que Alfredo había conocido en Valencia, y que al parecer se llamaba Bermejo; en la capital levantina se ganaba la vida robando lo que podía, pero él decía que, en el fondo, era anarquista. En sus fechorías había tenido suerte y nunca estuvo detenido ni, por lo tanto, fichado por la policía. «Gori» quería llevarse a Alfredo a comer a un restaurante próximo, en la calle de Aldana. Alfredo no quiso aceptar porque, dijo, como no estaba en Barcelona más que los fines de semana, era natural que los pasara con la familia. Entonces «Gori» le dijo que al menos aceptara un vermut. Alfredo aceptó. Fueron al restaurante aludido. Allí le fueron presentados dos jóvenes bien vestidos.

—Dos compañeros —dijo «Gori».

Se entabló conversación. Una conversación llena de reticencias y sobreentendidos. Alfredo sacó la impresión de que aquel grupo preparaba algo, probablemente un atraco, y respiró a gusto cuando salió del restaurante.

Cuatro días después, en Premia, leyó en la prensa los detalles del atentado contra Martínez Anido. Decía la prensa que al gobernador le esperaban dos grupos, uno en la Rambla de Santa Mónica y otro en la calle Nueva de San Francisco, para disparar sobre el coche en un lugar u otro cuando se dirigía al teatro del Liceo. Seguía la información diciendo que la policía, sabedora del proyecto, había acudido a detener a los anarquistas en la calle Nueva de San Francisco, donde tuvo lugar un tiroteo entre anarquistas y policías, muriendo uno de cada lado: el policía Conejero y un individuo desconocido y sin documentación. Los otros habían logrado escapar. Al día siguiente La Vanguardia publicaba las fotografías de los dos muertos: Alfredo reconoció fácilmente a Bermejo y al policía, que era uno de los que tomaron vermut con él en el restaurante de la calle de Aldana. No hacía falta ser muy listo para comprenderlo todo. Si la propia policía presentaba a Conejero como uno de los suyos, «muerto en el cumplimiento del deber», no cabía duda de que había actuado como agente provocador. Por ello Alfredo no estaba tranquilo, por si el tal Conejero hubiera dado su nombre como amigo de los autores del fracasado atentado, aunque no recordaba que allí se dijera nombre alguno.

Para dormir tranquilo, el sábado no bajó a Barcelona; lo hizo el domingo temprano y fue directamente a casa de su suegra para saber si la policía había acudido a su casa. Como no había alarma alguna, se fue a ver a la familia. Después, siguiendo su costumbre, fue a bucear por los puestos de libros. La sorpresa fue mayúscula al ver a «Gori», tranquilamente, rebuscando libros también. Sin hablarse, se hicieron una seña y Alfredo pasó al otro lado del Paralelo; subió por la calle de Rosal y, volviendo la cabeza, vio venir a «Gori»; observó cuidadosamente si alguien le seguía. Nadie.

Subieron calle arriba. Alfredo le reprochó su inconsciencia al pasearse tranquilamente por el Paralelo, sabiendo que la policía le buscaba activamente. «Gori» contestó que la policía era idiota y le buscaría en todas partes donde no podían encontrarle. Le explicó que había pasado dos días en el pequeño taller de somieres de la Riera Alta donde anteriormente había trabajado y donde se había entendido con la mujer del patrono, la cual ahora convenció al marido para que dejara que «Gori» se escondiera. Ya lo tenía todo preparado para ausentarse de Barcelona de manera segura. No le dijo cómo, ni Alfredo se lo preguntó, porque tenía por norma no saber secretos a fin de que, si se descubría, no se pudiera sospechar de él.

Después «Gori» le explicó cómo habían ocurrido los hechos en el atentado. Bermejo, Conejero y «Gori» formaban el grupo que esperaba en la calle Nueva de San Francisco. Llevaban pistola y bombas de mano. Como el tráfico, de noche, era casi nulo, contaban con no equivocarse de automóvil. Vieron venir un coche y sacaron las pistolas; casi inmediatamente, de un portal, salieron tres hombres, también pistola en mano y gritando «¡Manos arriba! ». Conejero se unió a los aparecidos. La cosa estaba clara. Sonaron tiros. «Gori» se echó al suelo y enfiló a Conejero que recibió varios balazos. Bermejo no pudo disparar porque se le encasquilló la pistola. Entonces sacó una bomba de mano que no tuvo tiempo de arrojar porque, a su vez, fue alcanzado por las balas de los policías. «Gori», como un relámpago, cargó de nuevo la pistola y, dando un salto prodigioso, se puso en pie y emprendió la fuga disparando por encima del hombro. Los tres policías le seguían sin dejar de disparar, pero no le alcanzaron. «Gori» era un hombre invulnerable a las balas. Se había pasado la

vida pegando tiros y afrontando pistolas y jamás le tocaron ni en la ropa. Lo mismo le pasó durante toda la guerra civil.

«Gori» salió a la calle de Escudillers y se adentró por la plaza Real y calle del Vidrio. Vio un portal abierto y subió por la escalera hasta el terrado. Allí estuvo, sentado en el suelo, más de una hora. Después bajó y, con todas las precauciones, salió a la calle. Nadie. Para evitar la Rambla, se fue por la Vía Layetana y las Rondas hasta la Riera Alta, donde se refugió en el taller de fabricación de somieres.

Como Bermejo no estaba fichado y no le encontraron encima documento alguno, no hubo más remedio que enterrarlo como desconocido, a pesar de haber estado expuesto durante varios días en el depósito de cadáveres situado en el recinto del que fue Hospital de la Santa Cruz, en la calle del Carmen.

Ya cerca de la montaña, se despidieron «Gori» y Alfredo; tardaron mucho tiempo en volverse a ver.

Como trabajar en Premia de Mar y vivir en Barcelona reportaba un gasto considerable, Alfredo acabó por buscar trabajo en la capital. Empezó a trabajar en los talleres de Seix y Barral, situados en la calle Provenza, pero dos veces le dijo el encargado que la policía se había presentado preguntando por él y cómo se portaba. Como medida de precaución, pidió trabajo al encargado de la imprenta La Académica, al final de la Ronda de la Universidad. Convinieron que en la nómina figuraría con otro nombre, porque, al parecer, figuraba en una lista negra de la patronal.

Don Rafael Sánchez Guerra había subido al poder y ordenado a los generales mandones de Barcelona más moderación; mas como los tales no le hicieron el menor caso y continuaban con sus expeditivos procedimientos, un buen día les destituyó telefónicamente. Además puso en vigor las garantías constitucionales, suspendidas hacía tiempo. Acaso de aquellas decisiones varoniles del señor Sánchez Guerra arrancase la rivalidad entre él y el rey, rivalidad que duró hasta el destronamiento de Alfonso XIII, sin que ello quiera decir que fue solamente esa rivalidad la que trajo la Segunda República, pero fue ciertamente uno de los factores.

Y se emprendió una vez más la ingente tarea de reorganizar los sindicatos. El de Artes Gráficas se instaló en un viejo centro republicano de la calle del Olmo, en pleno barrio de Atarazanas. Allí estaba también el Sindicato de la Construcción.

Todas las tardes, al terminar el trabajo, los locales de los sindicatos parecían hormigueros; tales eran las entradas y salidas de los obreros que acudían en busca de su carnet confederal. Alfredo era por entonces secretario de la sección de imprenta del Sindicato de Artes Gráficas y no faltaba al local ningún día.

Al caer la tarde del día 10 de marzo de 1923, estando en la secretaría del sindicato, llegó la noticia del asesinato de Salvador Seguí, el «Noi del Sucre», y su amigo Francisco Peronas. Fue como un ramalazo que electrizó a cuantos estaban allí. Todo el mundo chillaba al mismo tiempo: «¿Dónde ha sido? ¿Cómo?». Nadie sabía nada en concreto. Muchos salieron a la calle, pistola en mano. Encontraron a unas mujeres que venían llorando.

—¡Ahí, en la calle de la Cadena le han matado! —dijeron.

Acudieron al lugar del crimen, en la calle de la Cadena cruce con la de San Rafael. Ya se habían llevado a Seguí muerto y Peronas agonizando. En medio de la calle una gran mancha de sangre mostraba dónde habían caído. Mucha gente, con gesto doloroso, miraba la sangre y apretaba los puños. A todo esto llegaron dos mujeres jóvenes y depositaron un ramo de claveles rojos sobre la sangre. Una hora después era una pirámide de flores la que cubría el empedrado. Aquella noche acudió gran número de guardias y se las llevaron. Era igual; el pueblo le había tributado su homenaje.

Peronas murió a los dos días en el hospital. Los sindicatos declararon la huelga general para acudir al entierro, pero a Seguí le enterraron clandestinamente, sin ni siquiera avisar a sus parientes y amigos. El entierro de Peronas, en el cementerio de Sants, fue una inmensa manifestación.

Corrieron muchos nombres de los supuestos asesinos. Pero lo mismo daba; la mano no tenía importancia. Lo esencial era la cabeza organizadora y ésa no era

otra que la patronal. Se afirmó que el diputado Miró y Trepot y el fabricante de vidrio Lletget (?) habían dado el dinero.

La muerte de Seguí fue el golpe más rudo que jamás ha recibido la organización obrera catalana. Ni antes ni después ha habido una figura que se le pudiera tan sólo aproximar. Era un verdadero gigante de la organización. El período revolucionario que ya se gestaba en España hubiera sido para Seguí la ocasión de demostrar sus formidables dotes. El barco confederal quedó sin capitán, y desde entonces ya no pudo tener un rumbo seguro, a pesar de la buena voluntad y el heroico espíritu de sacrificio de sus sucesores. Como a todos los grandes hombres que no llegaron a cristalizar por muerte prematura, a Seguí se le han querido atribuir propósitos e ideas que él jamás defendió. Era un hombre de una pieza, que no admitía imposiciones ni dogmas. Seguramente sabía lo que deseaba y adonde iba, pero no tuvo tiempo de llevarlo a cabo. Que nadie se apropie la personalidad del «Noi». Era él, y nada más y nada menos que él.

Los sindicatos siguieron reorganizándose y la Solí volvía a publicarse en Barcelona. Como había ocurrido tantas veces, los impacientes no supieron esperar a sentar la organización sobre bases firmes y en mayo, concretamente el día 21, principió la huelga de transportes, que empezó en el puerto y fue extendiéndose hasta abarcar todo el transporte de Barcelona. Como siempre, lo más difícil fueron los tranvías y autobuses que había que volcar cada día. La patronal se mostraba intransigente porque esperaba que si fracasaba la huelga se debilitaría la CNT. La organización hacía lo imposible por el mismo motivo. Se llegó a suprimir el servicio de limpieza pública, dando lugar a que se acumularan en las calles y plazas grandes montones de basura, muy malolientes y con evidente peligro de que se declarara una epidemia. Ante esta eventualidad, intervinieron el ayuntamiento, la diputación, la Academia de Medicina y muchas personalidades, a fin de hallar una salida al conflicto. Por fin se encontró una solución que no contentaba a nadie, pero que suponía la vuelta al trabajo. Los carreteros del puerto obtuvieron unas pequeñas mejoras, y al resto del transporte, como fueron al paro por solidaridad, nada les impedía dar por terminada la huelga. Los sindicatos no podían, en realidad,

hacer otra cosa, porque después de cincuenta días de huelga los obreros en paro estaban hartos, sobre todo porque no recibían auxilio alguno.

Al volver a Barcelona, no se reincorporó Alfredo a los grupos anarquistas. Cuando encontraba a alguno de ellos y le requerían para volver, solía alegar su mucho trabajo en el sindicato. Cuando se convencieron de que no volvería, emprendieron una campaña contra él, desacreditándole por todos los medios.

Un día, Ácrato Vidal, que era por entonces presidente del Sindicato de Artes Gráficas, le informó de que varios afiliados le habían sugerido que se prescindiera de Alfredo y no le ocultó que la campaña tomaba grandes proporciones, enfocándola sobre todo hasta el punto de considerarle responsable de la muerte de Sallant, acaecida con motivo de la huelga por las ocho horas, en 1919. Alfredo planteó el caso en la sección de imprenta, de la que era secretario, y después ante la junta en pleno del sindicato, exigiendo la celebración de una asamblea extraordinaria para ser juzgado. En la sección de imprenta la opinión unánime era de total adhesión a Alfredo y, por lo tanto, opinaban que no había lugar a asamblea alguna. En la junta del sindicato no ocurría lo mismo. Alfredo quedó un tanto desconcertado al ver que más de la mitad de los componentes de aquella junta le eran contrarios y abogaron por la celebración de la asamblea; incluso lo hacían con evidentes muestras de satisfacción. El peligro era serio, pero no quiso rehuirlo en modo alguno.

Se celebró, por tanto, la asamblea en el local del Centro Republicano de la calle de Radas. Como siempre que se trata de casos particulares en los que hay posibilidad de hundir a un compañero, el local estaba lleno, como no ocurría jamás cuando las asambleas eran para asuntos sindicales, aunque fueran importantes.

Alfredo se sentó en un palco, bien a la vista de todos, acompañado de tres amigos fieles: Sagrera, Virgili y Massip. El acto fue presidido por Pijoan, quien recordó el orden del día, y dijo que cuantos tuvieran que hacer acusaciones contra Alfredo Bosch podían pedir la palabra. Nadie rechistó. Pasaron unos minutos de silencio enojoso. Ácrato Vidal se levantó para decir que «era vergonzoso que quienes día tras día se habían presentado en el sindicato para acusar a Alfredo, ahora no tuvieran el civismo de hacerlo públicamente,

puesto que estaban presentes». Entonces pidió la palabra Calomarde, un tipo que si comía era gracias a Alfredo, pero que además tenía cuentas pendientes con el sindicato a causa de que en la clandestinidad no había presentado las cuentas claras. Con grandes gritos y aspavientos acusó a Alfredo de ser el principal responsable de la muerte de Sallant y de haber protegido al asesino. Tras Calomarde hablaron, en el mismo sentido, tres individuos más, todos papeleros, uno de ellos recién llegado de Murcia. Después tomó la palabra Forns, un cajista que siempre le había sido contrario y que lo fue mucho más cuando fracasó en sus pretensiones cerca de Matilde. Este tipo cambió el disco y le acusó de ser un hombre inmoral, de costumbres depravadas, y «además —dijo— sería cuestión de informarse de la conducta de Alfredo en Valencia».

Massip, del equipo que fue a Valencia a confeccionar la Solí, pidió la palabra y afirmó que Forns era un calumniador, pues nada podía decir de Valencia. En cambio él y todos los que habían estado confeccionando allí la Solí podían responder de la conducta de Alfredo, que fue además quien formó el equipo que se trasladó a la Ciudad del Turia, haciendo posible la aparición del diario. Acabó diciendo, muy irónicamente, que aquel cuento de la moralidad acaso no fuera más que el derecho al pataleo de un rival desgraciado. Muchos de los asistentes se echaron a reír. Esto le gustó a Alfredo, pues cambiaba la atmósfera de la asamblea desviándola hacia lo pintoresco. También estaba satisfecho porque, contra la costumbre, no había acudido policía alguno como delegado de la autoridad, lo que permitía hablar con toda claridad y libertad. Y en esto se equivocaba.

Cuando ya después de Massip nadie pidió la palabra, el que presidía invitó a Alfredo a defenderse. Se levantó consciente de lo que se jugaba. Seiscientas miradas estaban fijas en él. Seiscientos hombres iban a escucharle, y después a votar a favor o en contra. De allí tenía que salir rehabilitado o hundido para siempre.

No fue largo, apenas treinta minutos. Empezó en tono reposado dando las gracias a Massip por su intervención y, encarándose con Forns, le dijo que cuidara mucho de su complejo de inferioridad amorosa, pues podía llegar a ocasionarle serios disgustos.

—Si las mujeres no te quieren —dijo—, ten paciencia y no te metas con los que tienen más suerte.

Las risas fueron casi generales. A continuación hizo remarcar que ninguno de sus acusadores eran verdaderamente gráficos ni veteranos en la organización, por lo que poco podían saber de él, resaltando el caso del murciano que acababa de llegar de su pueblo. Nuevas risas.

Entrando de lleno en su defensa, afirmó que, en realidad, no había más que la acusación sobre la muerte de Sallant. Y que esto ya estaba saldado desde el momento en que le habían extendido el carnet del sindicato. Pero como no quería que su conducta de siempre estuviera a merced de cualquiera, se justificaría ante la asamblea. Recordó los hechos, y cómo seguramente nada hubiera ocurrido sin la presencia en la puerta del local en que se celebraba la asamblea de las entidades gráficas, opuestas a la huelga inmediata, del compañero Gamón capitaneando un grupo de gente joven que vociferaba que llegarían, por la huelga, hasta la muerte.

—¿Es cierto eso, compañero Gamón? —preguntó Alfredo, apuntando tanto con el dedo al interpelado.

—Lo es —contestó Gamón—, pero harto lo he lamentado después.

Alfredo siguió explicando cómo aquella amenaza había influido en el homicida, un joven anormal, asustado por el ambiente de pistolerismo en Barcelona. Cuando los comisionados se presentaron a la puerta de la imprenta para invitar a la huelga, justo es reconocer que lo hicieron correctamente, como corresponde a compañeros que todos se conocían. Pero, con todos los respetos a su memoria, no es menos cierto que Sallant, inopinadamente, se puso a proferir amenazas. Y fue en aquel momento cuando sonaron los disparos y cayó Sallant. Recordó que mientras sus amigos recogían al herido, él, Alfredo, desarmó al homicida y le metió dentro del taller. Después lo llevó al apeadero del paseo de Gracia y lo remitió a Madrid, de donde había llegado poco tiempo antes. Su conducta, afirmó Alfredo, obedecía a dos razones: primero, evitar una lucha fratricida entre los gráficos, que querían vengar a Sallant, y los que querían defender a Ortigosa, el homicida. Después, el convencimiento de no aportar a la justicia histórica las rivalidades sindicales.

—Si tenía que haber un procesado —dijo—, ése era yo, que estaba en mejores condiciones de explicarme ante jueces y tribunales que el anormal autor de la muerte de Sallant.

Y acabó:

—Mi conciencia me dictó aquella conducta y obré con arreglo a ella. Si cien veces se repitiera el caso, otras tantas haría lo mismo. Y ahora vosotros tenéis la decisión en las manos.

Siguió un prolongado silencio. El presidente de la asamblea, en pie, dijo:

—¿Hay algún otro compañero que quiera intervenir en pro o en contra?

Silencio.

—Entonces —prosiguió el presidente— procederemos a votar. Los compañeros que consideren que se debe sancionar al compañero i Alfredo, es decir, más claro, quienes estén en contra de Alfredo, que levanten el brazo.

Muy lentamente se fueron levantando algunos brazos. Total quince.

El presidente prosiguió de nuevo:

—Los que estén en favor del compañero Alfredo, que levanten el brazo.

Un bosque de brazos se levantó rápidamente.

—Creo —dijo Pijoan— que no hay necesidad de contar. El compañero Alfredo es digno de seguir entre nosotros y esperamos que estas cosas no se repitan. Se levanta la sesión.

Mientras se dirigía a la salida, en compañía de Sagrera, Massip y Virgili, fueron muchos los que acudieron a darle la mano. Pero la sorpresa, y no pequeña, fue en la misma puerta.

Se acercó un policía de paisano, le enseñó la placa, y le dijo:

—Alfredo, lo siento, pero me tendrá que acompañar.

—¿Por qué?

—Ha hecho usted unas declaraciones muy graves y no tengo más remedio que informar de ello a mis superiores.

—Pues hágalo y déjeme en paz. Además, ¿por qué no estaba usted en la mesa de la presidencia, como hacen todos los delegados?

—Pues, sencillamente, para dejarle que se expresara crudamente.

— ¡Qué pillín! Y si no quiero acompañarle, ¿qué pasará?

—No sea niño. No se trata más que de un trámite, aquí cerca, en la comisaría de la calle de Rocafort. Después podrá marcharse a su casa.

Intervino Massip, que se había quitado la americana:

—¿Le damos una lección, Alfredo?

El policía se puso pálido. En torno a ellos se había formado un cerco de más de cincuenta personas, todos con caras serias. El hombre comprendió en seguida que había obrado a la ligera, pretendiendo llevarse a Alfredo sin solicitar refuerzos. Así, perdió la arrogancia y en tono conciliador dijo:

—Bueno. No vamos a dramatizar. Si usted me da la palabra de venir a la comisaría esta tarde, yo me marcho solo.

—No doy palabra de nada, porque todo es anormal —respondió Alfredo—. Lo pensaré. Y si no voy a la comisaría, ya vendrán a buscarme.

El policía se mordió los labios, calló y se abrió paso entre los que le cercaban. Tuvo que oír palabras poco agradables.

De paso hacia su domicilio, Alfredo tuvo un cambio de impresiones con Vidal, Massip y Virgili. Como el asunto no parecía grave, la opinión general fue que aquella tarde se presentara en la comisaría, pero que, por lo que pudiera ocurrir, le acompañaría Massip. En su casa no quiso decir nada a fin de no alarma a la familia, acaso sin necesidad. Massip comió en casa de Alfredo. Salieron después los dos amigos y fueron al café Español. Quisieron esperar al final de la tarde, a fin de evitar esperas enojosas en la comisaría, pues seguramente el comisario estaría en los toros. A las seis fueron a la comisaría. A Massip no le dejaron entrar y se quedó en la calle. Hicieron subir a Alfredo al

primer piso, donde inmediatamente fue puesto en presencia del comisario. Éste le dijo que le felicitaba porque había tenido palabra. Añadió que por él no lo detendría, pero que como había figura de delito no tenía más remedio que enviarle al juzgado y allí resolverían. Como ya lo tenían todo arreglado, podían salir inmediatamente para el Palacio de Justicia. Muy amable, el comisario se ofreció a pasar aviso a casa de Alfredo. Éste le explicó que le esperaba un amigo y que éste se encargaría de dar la mala noticia. Le bajaron a la planta baja y entregaron los papeles a una pareja de guardias, con la orden de conducción al juzgado. Los guardias preguntaron a Alfredo si quería que llamaran un taxi. Pero Alfredo no quiso permitirse ese lujo y prefirió ir a pie; así pasearía y tardarían más tiempo en encerrarlo. Los guardias sacaron entonces unos cordeles del bolsillo y le maniataron. (Todavía, por entonces, no se había generalizado el uso de las esposas.) Al salir a la calle entre los guardias, Massip quedó muy sorprendido. En pocas palabras quedaron de acuerdo. Su amigo avisaría a la familia y al Comité Pro-Presos.

El camino hasta el Palacio de Justicia lo hicieron por las calles de Manso, San Antonio, Hospital... Al pasar por la Rambla los guardias pasaron al mismo lado, como si no le llevaran preso. Esto, sin duda, por la gran aglomeración de gente. Después siguieron por la calle de la Soquería, Cali, plaza de San Jaime, Bajada de la Cárcel, Carders, Corders hasta salir al Salón de San Juan. Entraron en el gran edificio por la pequeña puerta lateral izquierda, que da entrada al juzgado. Allí le desataron las manos y le entregaron a otros guardias, que les dieron un papelito; sin duda, el acuse de recibo de la «mercancía».

Sin otro trámite le encerraron en un calabozo en el que había ya otros dos detenidos. El calabozo era amplio, de techo alto, con una gran ventana enrejada. En cambio estaba bastante sucio, lleno de colillas, escupitajos y papeles grasientos por el suelo. Apenas cerrada la puerta, los otros dos detenidos se apresuraron a preguntarle por qué le habían detenido. Alfredo les dijo que era sindicalista. Entonces los otros dejaron de tutearle y se mostraron diferentes, sin preguntarle más por la causa de la detención. En cambio le explicaron la de ellos.

El primero que se explicó era un hombre de unos cuarenta años, moreno, con un magnífico bigote negro, muy redicho y expresándose con cierta corrección.

—Esta vez —dijo— no me he comido nada, pero como no encuentran al autor han echado mano de mí para quedar bien. Se trata de un robo de alhajas, que es mi especialidad, y como la «bofia» nos tiene catalogados, según la calidad y la cantidad de lo robado, buscan a los especialistas. Además, yo tengo un hermano policía, que se apellida Frías, como yo; y el tal hermanito no pierde ocasión de encerrarme para ver, dice, si me arrepiento. Tengo para pocos días, pues si mi amiga encuentra dinero, mi abogado me pondrá en libertad provisional.

—¿Y cree usted que encontrará ese dinero? —preguntó Alfredo.

—Pues, sí. Yo soy un buen negocio para los «peristas» y estando en chirona no ganamos nada ni yo ni ellos, y le prestarán el dinero, que están seguros de cobrar.

—Bueno ¿pero qué es eso de los peristas?

—¿Usted es nuevo, verdad? Pues los peristas son señores «honrados», con negocio legal, que nos compran a cualquier precio el producto de nuestro trabajo. Ya sé que nos explotan miserablemente, pero no tenemos más remedio que acudir a ellos. En el Monte de Piedad y en las casas de empeños no nos quieren ni ver y nos piden documentación. De todos modos, los peristas a veces tienen también sus pérdidas; si a la policía le interesa que aparezcan unos géneros robados, los van a buscar donde indudablemente se encuentran y se los llevan sin más. El nombre del perista no aparece jamás en la prensa ni en los autos judiciales. Es un convenio que tenemos las tres partes: ladrones, peristas y policía.

—Es curioso.

—Mucho. Y no crea que le miento. ¿Recuerda usted el robo del maletín de alhajas del ministro catalán Ventosa y Calvell? Es un típico ejemplo de eso que le digo. Verá: El ministro llegó de Madrid con su esposa y, como tenía cerrada su casa de Barcelona, se hospedó en el hotel Ritz por dos días que tenía que permanecer en Barcelona. La señora se trajo unas alhajas de gran valor porque sin duda tenía que asistir a una fiesta mundana. Pues al bajar del coche ante el Ritz, se adentraron en el hotel y dejaron el maletín de las alhajas en el coche.

Mientras el chófer metía las otras maletas en el ascensor, pasaron por allí dos «trinchas» de pequeña categoría, dos aprendices, vaya, descuidados y bolsillistas. Vieron el maletín y arrearon con él sin sospechar lo que llevaban. Naturalmente, cuando el ministro y su esposa se dieron cuenta de la desaparición del maletín, pusieron a la policía en movimiento. Al «bofia» que llevaba de escolta el ministro le valió el hecho una repulsa muy grande, aunque el hombre alegaba que él velaba por la seguridad del ministro y no se quedó en el coche, sino que le acompañó por el hotel, como era su obligación. La prensa se enteró y aquella misma noche publicó los detalles del robo, no saliendo muy bien parada la policía. Nos detuvieron a todos los especialistas, pero pronto se convencieron de que no sabíamos una palabra. Así pasaron dos días. En los establecimientos de los peristas no estaban tampoco las alhajas. El ministro ponía el grito en el cielo y la prensa se mofaba. Ocurrió, pues, que los autores del robo, cuando abrieron el maletín y vieron sortijas, pendientes, medallones, y que todo parecía de oro y diamantes, se asustaron y no sabían qué hacer con todo ello. No se atrevían a acudir a casa de ningún perista porque sospechaban que ni siquiera podrían entrar, ya que la «bofia» estaría a la que salta. Al tercer día me vinieron a ver y me explicaron el hecho. Yo les entregué unos duros y me quedé con el maletín. Bien pensado, yo sabía que aquello no era un buen negocio, porque ya era tarde para sacar provecho. Hice mi plan. Me fui a casa de mi hermano, el policía, y le dije lo que en realidad había sucedido con el maletín, y que yo sabía dónde estaba. Pero que la «comisión» valía cien duros. Mi hermanito me insultó, como de costumbre, pero acabó por avenirse, porque en el negocio veía un buen servicio que anotar en su hoja profesional. Aquella tarde vino a mi casa con los cien duros, que seguramente se los había sacado a la Rosa, la querida del general..., bueno, de un general, no quiero colarme. Quedamos en que el maletín sería depositado aquella misma noche en casa de la Tripona, como llamamos a una perista muy conocida. Así lo hice. Yo pensaba sacarle a la Tripona otros cien duros por lo menos, pero ella me dijo que ya había dado su cuenta a mi hermano, y como aquellas alhajas no le producirían nada, nada me entregaría. Amenacé con llevarme el maletín, y me dio cincuenta pesetas. No sé qué combinación haría mi hermanito con sus superiores, pero el resultado ya lo recordará usted por lo que publicó toda la prensa. Un verdadero cuento,

explicado así: «La policía, tras activas gestiones, se había puesto sobre la pista de un conocido ladrón internacional, el cual, seguramente, con su sangre fría habitual, había sustraído el maletín del automóvil del ministro y después se había escondido prudentemente. Un bien montado servicio de policía había dado el resultado apetecido, y en el expreso Barcelona-Madrid, en un departamento de primera clase, se encontró el maletín robado, momentos antes de salir el tren. Pudo comprobarse que ninguno de los viajeros que iban en el departamento tenía nada que ver con el robo. Se supone que el ladrón, al verse cercado y a punto de ser detenido, logró escapar, saltando por el lado opuesto al andén. Las alhajas estaban intactas y no faltaba ninguna». Y ya ve usted, amigo, cómo se escribe la historia.

Para Alfredo, nuevo en el ambiente de calabozos, policía y maleantes, la facundia del ratero era un buen medio de matar el tiempo y distraerle de sus cavilaciones, que en verdad no eran muchas, pues tenía la esperanza de que su detención no sería larga, dado el tiempo transcurrido desde la muerte de Sallant, y además porque el delincuente no estaba detenido ni nadie sabía dónde paraba.

El otro detenido, por no ser menos, quiso explicar su caso. Era carterista y había tenido un tropiezo muy raro en la profesión. Empezó el hombre explicando la buena técnica de apoderarse de una cartera. Generalmente operan dos socios. Ellos solían actuar cerca de las casas de banca, estaciones de ferrocarril u oficinas públicas, donde acude gente a cobrar. Es una cosa sabida que las personas que acaban de cobrar unos billetes y los meten en la cartera de bolsillo, al salir a la calle, tientan, instintivamente, el exterior del bolsillo donde han guardado el dinero. El observador sabe, entonces, que la cartera lleva billetes y también en qué bolsillo ha sido guardada. Se trata, entonces, de sacarla del bolsillo sin que se aperciba la víctima. Existe el truco del encontronazo, el de aprovechar aglomeraciones..., pero, sobre todo, el tranvía cuando va lleno de pasajeros; y las víctimas, un 80 por ciento de las veces, toman el tranvía. Tras él suben los dos socios. El «operador» se arrima al dueño de la cartera, leyendo un periódico, que extiende para tapar la mano que se acerca a la chaqueta. Sacar la cartera es cosa de coser y cantar. El operador no guarda jamás la cartera, sino que se la pasa inmediatamente a su

socio que se tira del tranvía [\(8\)](#) en marcha o baja en la primera parada. La lealtad es proverbial entre los socios para repartirse el producto del trabajo. Suele ocurrir que el robado se aperciba de la operación y dé la voz de alarma e incluso que agarre al autor del robo. Se produce un barullo, y entonces el operador propone que se registre a todo el mundo, empezando por él. Eso no se lleva a efecto casi nunca, pero el caco, muy indignado, se vacía los bolsillos para demostrar su inocencia.

—Pues esta mañana —dijo el segundo detenido— me ha ocurrido un fracaso con el que jamás habría soñado. Operábamos mi «consorte» y yo en un tranvía de la línea de Gracia. El «cateto» tenía una cara de tonto que daba gusto. Le tapo la vista, «juego los dos» y cartera en mano. Pero el «tonto» se dio cuenta y me agarra del cuello, mientras se pone a gritar: «¡Eres un ladrón! ¡Pare, tranviario!». Yo, claro, hice el indignado, y jugué mi papel. El «consorte» juzgó prudente no aparecerse, por el momento. El tipo siguió gritando; paró el tranvía ante una pareja y me hicieron bajar del coche, en compañía del reclamante, y todos fuimos a la comisaría. Eso es malo, porque yo soy conocido, pero podía protestar porque no llevaba la cartera. Me registran, y al poner sobre la mesa del comisario mi cartera, el tipo dice, gritando:

— ¡Ahí está, ésa es mi cartera!

—Naturalmente, protesté con todas mis fuerzas. «¡Esta cartera es mía, y nada más que mía!»

El comisario le preguntó al tipo:

—¿Qué llevaba usted en la cartera?

—Nada más que billetes; ochocientas pesetas. Los papeles los llevo aquí, en otro bolsillo.

—Me quedé de piedra, amigo. Porque yo llevaba, precisamente, ochocientas pesetas y ningún papel, como es natural entre nosotros. Protesté por la forma, pero ya sabía que no había nada que hacer. Yo, fichado, y el otro, un honrado ciudadano que mostraba toda su documentación. Pues que se llevó lindamente mi cartera y a mí me trajeron aquí. No voy a poder dormir, porque no acabo de comprender cómo aquel tipo sabía lo que yo llevaba en la cartera

y, además, la «cara» que tuvo. Ahora sólo falta que la suya, su cartera, no contenga más que papeles.

Los otros dos rieron de buena gana. Aquello era la réplica a lo del «alguacil alguacilado».

Ya de noche, fueron a ver a Alfredo sus amigos Massip y Virgili, éste en nombre del Comité Pro-Presos. Le dijeron que, al día siguiente, irían a ver a Del Val, el abogado, y que la detención no sería larga. En seguida le trajeron la cena del restaurante que ya tenían apalabrada para los detenidos. Massip le dijo que ya había avisado a las hermanas y a la esposa y que las había convencido de que no visitaran el palacio de Justicia, para que no se impresionaran, y de que, además, al día siguiente ya estaría en casa.

Le dejaron un paquete de tabaco y cincuenta pesetas.

Al poco rato llegó un camarero llevando una cesta con la cena para Alfredo y la de los otros dos. Un guisado de carne con patatas, muy limitado, y un pedazo de pan por barba. Esto era lo que pagaba el juzgado para los detenidos. Aparte traían lo que había encargado Virgili para Alfredo: sopa en una marmita, un buen bistec, patatas fritas, un par de naranjas y media botella de vino.

A pesar de no ser grave la cosa, al fin y al cabo era la primera vez que Alfredo se veía en aquel trance, no tenía apetito. Comió unas cuantas patatas, la mitad de la carne y una naranja. El resto lo entregó a los otros dos, que no dejaron ni una migaja. El vino se lo repartieron equitativamente. Después se presentó un empleado del palacio, que vivía allí mismo, preguntando si alguien quería alquilar un catre para dormir. Eran dos pesetas. Alfredo le preguntó si había animalitos en esos catres de alquiler. El empleado le contestó, muy serio, que él era un hombre muy formal y que era incapaz de tal cosa. Alfredo alquiló un catre de tijera, de los clásicos, acompañado de un jergón de borra y una manta. Todo, era verdad, estaba limpio. Los otros dos dijeron que no tenían más remedio que dormir en el santo suelo porque no llevaban encima un solo céntimo. Alfredo se ofreció para prestarles unas pesetas, pero ellos se negaron formalmente, alegando:

—Nosotros ya estamos acostumbrados, y dormiremos bien. También acabará por acostumbrarse —dijo el carterista.

— ¡Hombre! Qué malos pronósticos.

—Es fatal, amigo. Si pasa usted mañana a la cárcel, allí le ficharán totalmente, y, si no va a la cárcel, la «bofia» vendrá y no le soltará hasta haberle tomado la efigie y hacerle «tocar el piano». Y, una vez fichado, ya está: por menos de un comino, a la calle de Entenza.

Tras fumar un par de cigarrillos y escuchar otras aventuras de los rateros, los tres acabaron por acostarse. El carterista envolvió la bombilla con papel, para tamizar la luz. Muy pronto los otros dormían plácidamente. Alfredo creyó que no dormiría en toda la noche, dándole vueltas en la cabeza a lo que le ocurría y pensando en las consecuencias que podrían producirse, sobre todo en el trabajo.

Sin embargo, quedó muy sorprendido cuando despertó, al ver que eran las siete de la mañana.

Los «veteranos» le felicitaron por haber dormido tan bien. Después golpearon la puerta para que viniera un guardia. Vino el requerido y salieron, uno a uno, hacia los excusados. Además pudieron lavarse y peinarse en el mismo lavabo que tenían los guardias. Cuando Alfredo volvió al calabozo, la cama había desaparecido y los otros habían barrido un poco.

Llegó después el camarero del restaurante que servía a los presos. Se trataba de un restaurante instalado en la calle Vilanova, cerca de la estación del Norte. Preguntó a Alfredo qué quería para desayunar. Encargó café con leche y un panecillo. Preguntó si los otros tenían derecho al desayuno. El camarero respondió que no; que el palacio no pagaba más que las comidas. Alfredo le encargó que trajera, por su cuenta, café con leche para sus compañeros de calabozo. Los otros protestaron, pero fríamente.

A las diez vino un guardia e indicó a Alfredo que le siguiera para comparecer ante el señor juez. Salieron del calabozo y pasaron por los amplios pasillos del edificio y después ante la puerta principal. Como no iba maniatado ni el guardia llevaba arma alguna, Alfredo pensó lo fácil que sería dar un salto y salir

escapado, pero, claro, no valía la pena. Llegaron ante la puerta del despacho del juez. Un ujier preguntó el nombre del detenido y entró en el despacho. Pronto salió e introdujo a Alfredo. El despacho era una habitación grande, fría, con una gran ventana al lado derecho. En el fondo, un alto estrado, y todavía más alto un sillón; sentado en él, un señor vestido con toga que le miraba atentamente tras unas gafas antiguas. El juez hacía como que leía unos papeles, y al cabo de unos instantes, se dirigió a Alfredo y le preguntó su nombre y apellidos. Después volvió a la comedia de fingir estar leyendo. Por fin, dijo:

—Créame que lo siento, pero de momento no tengo otro remedio que enviarle a la cárcel. El atestado políaco está bien claro, y dice que usted mismo se ha declarado cómplice de un homicidio. En estas condiciones yo no tengo facultad para dejarle en libertad provisional. ¿Está de acuerdo?

—Señor juez —respondió Alfredo—. Si no hay otro remedio, me parece que mi opinión no puede servir de gran cosa. Pero, si no es abusar, quisiera poner en claro que yo no he declarado eso que dice la policía. No me han tomado declaración y nada puede haber firmado por mí.

—No; no hay declaración firmada, pero el atestado habla de unas declaraciones de usted en el curso de una reunión sindical, de las cuales se deduce su responsabilidad.

—Señor juez; en esa reunión no había delegado de la autoridad, como dispone la ley. Al salir del local me detuvo un policía que dijo haber estado sentado entre la concurrencia. Esto no me parece serio. Además, yo me expliqué en catalán, y es más que posible que ese policía no haya interpretado bien mis palabras.

El juez sonrió y acabó:

—Bueno; todo eso es posible. Su abogado seguramente usará de los derechos que la ley le concede. Pero, de momento, no tengo otro remedio que mandarle a la cárcel. Creo que será por poco tiempo. Puede retirarse.

Tocó una campanilla y entró el ujier.

Salieron los dos y el guardia se hizo cargo nuevamente del detenido. Volvió al calabozo y allí explicó a los otros detenidos la entrevista con el juez.

—Todo es una rutina —dijo el carterista—. Ese juez es el de guardia, que ya nos tenía que haber interrogado ayer, pero seguramente no estaba en el palacio, porque era domingo. A nosotros ni siquiera nos llamará, y antes de mediodía saldremos los tres para la Modelo.

Así fue. A las once y media se presentaron dos guardias, acompañando al de servicio en el juzgado. Les llamaron por sus nombres. Salieron y se dirigieron a la puerta lateral, ante la cual esperaba el coche celular al servicio del juzgado. Era un vehículo viejísimo, tirado por dos caballos famélicos. En el interior, dos bancos a los lados y una reja en lo alto. Subieron los tres y un guardia que se sentó junto a la puerta, que costó trabajo cerrar, por desvencijada. En el pescante se sentó otro guardia junto al cochero. Los guardias no llevaban más armas que un revólver Smith bien enfundado. De nuevo pensó Alfredo lo fácil que sería escapar de aquel carromato.

El guardia y los otros dos detenidos charlaban como viejos amigos, de cosas indiferentes, sin referirse para nada a la causa de las detenciones. Alfredo optó por fumar y callar. Luego intentó averiguar el camino que seguían, a juzgar por lo que se veía de las casas a través de la reja del techo, pero no lo consiguió; ni siquiera en el Ensanche pudo saber si pasaban por calles verticales u horizontales.

Llegaron a la Cárcel Modelo. El coche entró en el gran patio, que Alfredo ya conocía por haber ido varias veces a visitar a amigos detenidos.

Abierta la puerta del coche, descendieron y fueron conducidos a una oficina situada a la izquierda. Allí les volvieron a tomar los nombres y apellidos y seguidamente les introdujeron a través de las dos cancelas, entregando el carcelero un papelito a los guardianes de los detenidos. Llegaron al «centro», una especie de jaula de cristales desde la que se dominaban las seis galerías, que en forma de abanico convergen al mismo. Allí les hicieron depositar el dinero que llevaban encima y las navajas de bolsillo. Les cachearon sin gran convencimiento. Le chocaba a Alfredo que no le preguntaran ahora cómo se

llamaba y demás datos. Un viejo empleado, que llenaba las casillas de un gran libro, se volvió de pronto y le preguntó:

—¿Es usted hijo del sombrerero José?

—Sí, señor.

—Pero, hombre, ¿a quién ha matado?

—Yo no he matado a nadie.

—Pues aquí dice: «Acusado de homicidio».

—Pues hay error.

—Yo soy amigo de su padre. Seguramente le veré esta noche en el café. Así, ¿no hay muerto?

—Hubo muerto hace años, pero lo que ahora hay es una coladura de la policía.

—Es fácil. En fin, le mandaremos a la segunda, pues allí es fácil que encuentre amigos. En la primera, que es la que le corresponde, no encontraría más que ladrones y criminales. No es reglamentario, pero algo hay que hacer por los amigos.

—Pues, muchas gracias. Y tranquilice usted a mi padre, si le ve. Creo que tendré para pocos días.

Y le remitieron a la segunda galería, que, como la quinta, son más cortas que las otras cuatro. Allí fue cacheado de nuevo por el oficial de prisiones y le llevó a la celda que le habían destinado, la 125, en el segundo piso. Alfredo inauguraba su vida de preso con más curiosidad que amargura. La celda estaba limpia. La cama, adosada a la pared, tenía un jergón de paja de maíz y una manta. También sujetada a la pared, una mesita. Un metro por encima de la mesa, una tabla sobre unas palomillas. Para sentarse, un banquillo de tres patas, con un anillo de hierro en un lado, que, en una época pretérita, servía para sujetar una cadena que encadenaba el banquillo a la mesa. También había un pequeño lavabo de hierro con un grifo y un depósito de agua. En el ángulo derecho a la entrada había el excusado, con tapa, con pretensiones de wáter-closed.

Apenas había pasado revista a «su cuarto», abrieron la puerta. Era un ordenanza, es decir, un preso que ayudaba al oficial, quien le saludó y le dijo que, si era «social», le diera su nombre para comunicarlo a los otros compañeros. Alfredo se lo dio y el ordenanza salió, dejando la puerta entornada. Al poco rato volvió, acompañado de Batlle, que ya tenía cadena perpetua a su cuenta y esperaba un par de procesos más. Batlle le dijo que estaba de suerte al haber caído en la segunda galería; que ya sabía lo ocurrido, porque lo habían leído en la prensa; que le pasarían comida, porque el rancho no era comestible y, además, ya lo habían repartido; que también le pasarían otra manta pues las de la cárcel no eran recomendables; que la celda estaba bien limpia porque acababa de dejarla un estafador muy bien recomendado a quien no le faltaba nada, y, finalmente, que ya hablarían a la hora del paseo.

Se fue Batlle y el ordenanza cerró la puerta. Alfredo se encontró de pronto sin saber qué hacer. Empezó a pasear a lo largo de la celda, pero en seguida se acordó de los animales de la colección zoológica en el parque de la Ciudadela, y se sentó. Después bajó la cama, la volvió a subir, probó si había agua en el grifo... Se aburría. ¿Cómo no se le había ocurrido pedir algo para leer a Batlle? Bueno; lo haría en el paseo.

Volvió a abrirse la puerta. Era otra vez el ordenanza que traía una cesta.

—Aquí tiene su bulto. Está de suerte, porque ya se habían repartido. Debe haber alguien que le conoce, pues este bulto lo han entrado solo.

Alfredo se lo agradeció y, de pasada, le preguntó si sería posible que Batlle le mandara algo para leer. El ordenanza salió sin cerrar la puerta.

Alfredo se puso a sacar lo que había en la cesta. Comida, pasteles y tabaco. Y una nota de su hermana Esperanza en la que le decía que se verían al día siguiente, y que no se preocupara, porque el abogado había dicho que todo aquello no tenía importancia alguna.

Volvió el ordenanza, acompañado de Batlle. Éste le entregó la *Soli* y *El Diluvio*, además de unas revistas ilustradas. Le dijo que por la tarde pasaría a su celda y elegiría los libros que quisiera. Alfredo le hizo ver que había recibido un bulto,

y por lo tanto no hacía falta que le pasaran comida, aunque le quedaba reconocido igualmente.

Como ya era cerca de la una de la tarde y las emociones no le habían quitado el apetito, comió tranquilamente, mientras repasaba la prensa.

Su «caso» no ocupaba más de diez líneas en *El Diluvio*; en la *Soli* no se hacía mención de él.

Otra vez abren la puerta. El ordenanza le trae café caliente en un bote de leche condensada.

—De parte de los compañeros —dijo.

Le sorprendía a Alfredo el tono con que el ordenanza pronunciaba la palabra compañeros. Algo así como si se tratara de un título nobiliario. Y se preguntó si pertenecería a la organización.

—No; yo no soy «de la idea», porque me torcí de muy pequeño, pero, en el fondo, estoy con vosotros, aunque sea «de la vida».

Así comprendió Alfredo que había una clasificación de presos: los de la idea y los de la vida.

—Bueno —se decía—. Esto no se presenta mal del todo. Celda limpia, buena comida, prensa, tabaco y café. Si no fuera por la familia...

Sonó una corneta e inmediatamente un gran ruido de cerrojos se extendió por toda la cárcel. Como las otras, la puerta de su celda se abrió, mejor dicho, fue descorrido el cerrojo y abierta la cerradura. Como vio que nadie la abría, él la entreabrió y vio que todos los presos estaban a la puerta de su celda. Naturalmente, hizo lo mismo. Desde abajo, el oficial miraba atentamente toda la galería. Después dio dos palmadas. Los presos, sin apresurarse, empezaron a desfilar en fila india y bajaron las escaleras, pero siguiendo la dirección única, es decir, los de la celda de la derecha debían dar toda la vuelta para salir por la izquierda. Salieron al patio por una pequeña puerta en cuyo dintel estaba el oficial.

El patio era amplio y limpio. En un ángulo había unas tapias que cerraban los «galápagos», es decir, los minúsculos patios en forma de embudo, individuales, que tiempos atrás servían para que se pasearan los presos solos, vigilados desde arriba por un empleado. Ahora tal costumbre había desaparecido, y los presos se paseaban, jugaban o se sentaban a lo largo y ancho del gran patio. Cada galería tenía su propio patio.

En seguida le rodearon los «sociales» de la galería y tuvo que explicar todo lo ocurrido. Allí estaba García Oliver, entonces muy joven, y Aracil, y Acher, el dibujante, condenado a muerte, pero que, como tenía su causa en el Tribunal Supremo, seguía en régimen ordinario. Este Acher, que firmaba sus dibujos con el pseudónimo de «Shum», era más conocido por el sobrenombre de «El Poeta», a causa de su melena, su chalina y su chambergo. Tenía las manos medio inútiles, llenas de cicatrices, porque le había estallado una bomba en ellas cuando la estaba fabricando. El artefacto le había herido tan gravemente que nadie creía que pudiera salvarse; ni él mismo, por lo que se declaró como único culpable de la fabricación de explosivos. Contra toda ley, un consejo de guerra le había condenado a muerte, pero era tan evidente el atropello que el propio capitán general se negó a firmar la sentencia y la causa fue mandada al Consejo Supremo de Guerra y Marina. Se esperaba que allí la sentencia no fuera tan grave.

Todos los que rodeaban a Alfredo tuvieron el buen gusto de manifestarse de acuerdo con lo que había hecho en el asunto de la muerte de Sallant. Esto le tranquilizó bastante, porque tenía el temor de encontrarse ante algunos intransigentes, con los que hubiera tenido que discutir.

Un ordenanza, con un papel en la mano, empezó a vocear su nombre. Alfredo acudió inmediatamente.

—A jueces —le dijo el ordenanza.

Alfredo supuso que sería el juez que venía a tomarle declaración. No era así; se trataba de Del Val, el abogado. Pero en la cárcel decían siempre «a jueces», para designar los locutorios de jueces y abogados.

Salieron al centro y se encaminaron por la nave de la entrada hasta una pequeña puerta que daba a una escalera. Arriba estaban los locutorios de jueces y abogados. Entre los abogados o jueces y los presos no hay más que una reja y una especie de pequeña mesa que da a los dos lados.

Del Val en seguida le invitó a fumar, y le dijo que la cosa era sencilla y que saldría en libertad antes de ocho días. Le preguntó qué había declarado al juez de guardia. Alfredo le explicó: que el policía no estaba en la mesa de presidencia de la asamblea, y también que, habiéndose expresado en catalán, el «bofia» no debía haber comprendido bien. Al abogado le pareció muy bien esta declaración. Después se pusieron de acuerdo sobre la declaración a hacer al juez que se encargaría de la causa. Se expresaría así: Él no había dicho que había protegido la huida del homicida, sino que, si se hubiera visto precisado, lo habría hecho, de acuerdo con su manera de pensar, pero que no hubo lugar a ello, ya que el autor de la muerte de Sallant salió corriendo y nadie le había vuelto a ver. Insistiría en el hecho de que el policía no estaba en su sitio y que no entendía el catalán. El abogado le dijo que, para dar más verosimilitud a la declaración, él vería a Virgili y le encargaría que en el sindicato redactaran de nuevo el acta de la asamblea en el sentido de la declaración, por si se diera el caso de que el juez la reclamara.

Con esto se dio por terminada la entrevista. Al bajar la escalera, Alfredo se encontró al ordenanza que le estaba esperando, para decirle que tenía que llevarle a la «ficha». Era allí mismo, a cuatro pasos. Entró en el gabinete antropométrico. Un empleado con blusa blanca le preguntó si ya estaba fichado. A pesar de la negativa, el hombre consultó los ficheros cuidadosamente. Le fotografiaron de frente y de los dos perfiles; después le tomaron las huellas dactilares de los diez dedos por separado y después del conjunto de cada mano. Le hicieron desnudar y miraron si tenía alguna cicatriz o deformación física. Vestido de nuevo, tuvo que contestar a un largo cuestionario para llenar unas hojas, con detalles minuciosos, desde su nacimiento hasta la fecha.

Cuando salió de allí ya se había terminado el tiempo de paseo, y fue directamente a su celda. Se sorprendió al ver la cama hecha y a Batlle y «Shum» que le esperaban sentados en el suelo. Le dijeron que del fondo

comunal de la galería (Sección Sociales) se pagaba al ordenanza para que hiciera de criada. Y que, cuando el oficial de guardia era comprensivo, se podían hacer reuniones de amigos dentro de las celdas. Le habían traído unos libros. Estuvieron charlando hasta la hora del rancho de la tarde. Entonces era indispensable estar presente cada uno en su celda, aunque no se tomase la bazofia. El rancho lo repartían unas monjas, acompañadas de un carcelero. La comida, si así se podía llamar aquel potaje, la traían en un caldero de cinc, colocado sobre un carrillo que arrastraba un ordenanza. Delante iba otro ordenanza abriendo las puertas. Años atrás el rancho se daba a través de unas ventanillas que hay a media puerta, para no abrir éstas, pero hacía tiempo que esta costumbre había caído en desuso.

Terminado el reparto, se volvieron a reunir los «sociales» por grupos de tres o cuatro por celda, procediendo a comer juntos, obsequiándose unos a otros con lo que cada cual tenía, procedente de los bultos que venían del exterior. Los que carecían de familia eran servidos por el restaurante que había frente a la cárcel. Poco tiempo después el establecimiento carcelario montó su propio restaurante.

A las siete de la tarde cada cual se fue a su celda porque era la hora del recuento. Esto se hacía, como todo lo demás, a toque de cometa. Cuando ésta sonaba, los ordenanzas abrían las puertas y los presos tenían que colocarse en el dintel. Pasaba el oficial y tras él el ordenanza cerraba las puertas, esta vez definitivamente hasta la mañana siguiente. El cerrar «a fondo» significaba hacerlo con la cerradura, con el cerrojo y con la «condena», que es otro cerrojo especial que permite, si es necesario, tener la puerta entreabierta dos dedos, pero sin que el preso pueda acabar de abrirla.

Cuando se hizo de noche, Alfredo se metió en el camastro y colocó sobre el banquillo una bujía que le habían entregado los amigos. Leyó poco, porque, aunque a él mismo le parecía raro, se le cerraban los ojos. Le despertó la trompeta tocando diana. Se espabiló, sin sorpresa por encontrarse en la cárcel. Se lavó, se peinó y se puso a leer. Al poco rato tocaron al primer recuento y abrieron la puerta. Pasó el oficial y cerraron de nuevo. Más tarde volvieron a abrir y le entregaron el «chusco» reglamentario, consistente en unos

quinientos gramos de pan bastante comestible. Esta vez el ordenanza no cerró y le trajo un bote lleno de café con leche.

—Servicio especial —dijo, sonriendo.

A las diez sonó el toque de paseo matinal y todos al patio.

Unos jugaban al fútbol, con una pelota hecha de trapos; otros paseaban incansablemente; parejas muy serias entablaban partidas de ajedrez o de damas; algunos leían; la mayoría formaban grupos y se enfrascaban en interminables discusiones sobre los temas más peregrinos.

A eso de las diez y media, un ordenanza, con una lista en la mano, se puso a gritar:

— ¡Oído a la comunicación!

Se hizo el silencio y la mayoría se agruparon cerca del portador de la lista. Algunos ni siquiera levantaron la cabeza. Eran los que sabían que nadie vendría a verles.

El ordenanza comenzó a vocear nombres. A medida que los nombraba los detenidos iban colocándose en fila junto a la pared. Alfredo se oyó llamar e hizo lo mismo. Cuando acabó la lista, el oficial contó los nombres y comprobó que estaban todos. Salieron a la galería, después pasaron por el centro y el gran pasillo de entrada, hasta otro más estrecho que daba a los locutorios. En éstos ya había gran escándalo. La comunicación se establecía a través de dos rejas con un espacio en medio. Cada preso tenía un espacio entre dos paredes. Si todos los presos y los visitantes hubieran hablado en voz baja, sin gritar como lo estaban haciendo, se habrían entendido perfectamente, pero la critería era general y era muy difícil comprenderse. A Alfredo le vinieron a ver su esposa y sus hermanas. No estaban alarmadas ni manifestaban gran disgusto, porque ya sabían que la cosa no era grave. Le preguntaban constantemente qué le hacía falta. Él les explicaba que, como pronto saldría, no valía la pena de que le llevaran muchas cosas, porque además allí dentro los compañeros le dejaban de todo. Les dijo que lo mejor sería que no volvieran hasta la semana siguiente, si todavía estaba allí. A los veinte minutos

terminó la comunicación. Volvieron de nuevo al patio hasta la hora de la comida.

Por la tarde volvieron a llamarle «a jueces». Esta vez era el secretario del juzgado que instruía su causa. Llevaba una máquina de escribir portátil. Escribió escrupulosamente la declaración de Alfredo, dándosela a leer, rogándole que la firmara. Le aconsejó que tramitara la demanda de libertad provisional, puesto que ya estaba procesado. Le leyó un documento comunicándole su procesamiento como encubridor en causa por homicidio. Tuvo que firmarlo.

Cuando se despedía del secretario del juzgado, llegó su abogado. Éste se enteró de cómo estaba el asunto y redactó inmediatamente la demanda de libertad provisional, aprovechando la propia máquina de escribir del juzgado, pues el secretario todavía no se había marchado. Alfredo firmó la demanda y se la llevó el secretario. El abogado le comunicó que saldría antes de terminar la semana. Y así fue. El viernes, a eso de las nueve de la mañana, se presentó en su celda el empleado amigo de su padre. Le dijo que había llegado la orden de libertad provisional, por lo que debía prepararse para salir antes de una hora, en cuanto llegara a la oficina el jefe de servicios. Alfredo le agradeció la noticia, y se despidieron afectuosamente. Recogió las pocas cosas que tenía y las metió en el cesto en que le traían la comida. Después llamó al ordenanza y le pidió le dejara ver a los amigos, para despedirse. Todos se manifestaron satisfechos y contentos, y algunos le dieron encargos a cumplir cerca <de sus familiares. Con ellos empezó a esperar, disimulando la impaciencia. Pero llegó la hora del paseo y no le vinieron a buscar. Salió al patio bastante disgustado. Los amigos le gastaban bromas a propósito de la libertad. Él las toleraba, pero, a medida que pasaba el tiempo, su humor era más negro. Hasta las once no llegó un ordenanza con la orden. Tuvo que pasar por el centro, luego por el gabinete antropométrico, donde estampó la huella dactilar del pulgar de la mano derecha en la ficha de salida. Después, en la administración, le entregaron su cartera y el poco dinero que llevaba al caer preso. Le dieron también un aviso del juzgado para que se personara en el mismo al día siguiente. ¡Qué fácil era todo en aquella bonita época!

Con el cesto en la mano se dirigió a casa de su madre que, naturalmente, tuvo una gran alegría, lo mismo que las hermanas. Después fue a su propio domicilio. Al día siguiente se personó en el juzgado. El juez, muy amable, le dijo que quedaba en libertad provisional y que ya sería avisado si había necesidad de hacer nuevos trámites. Ni siquiera se le requirió a que compareciera por allí periódicamente.

Y nunca más se supo nada de aquel proceso. Acaso todavía estén los papeles esperando que alguien los desempolve.

Capítulo 5

LA CAMPAÑA DE MARRUECOS Y LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

Poco después de la salida de la cárcel, tenía lugar el golpe de estado del general Primo de Rivera.

Las quejas de los cabilenos abundaban, pero nadie les hacía el menor caso. Y en Madrid, menos que en sitio alguno.

Empleado en la Comandancia estaba entonces Ab del-Krim, moro notable de la cabila de Alhucemas, hombre que había estudiado en Madrid la carrera de Derecho con muy buenas notas y que se había hecho la ilusión de la posible convivencia entre moros y españoles. Hasta él llegaron, naturalmente, las quejas de sus compatriotas a causa de los atropellos de los oficiales españoles. Para ver de poner remedio se presentó al general Silvestre reclamando que impusiera prudencia a sus subordinados. Nunca lo hubiera hecho. El general le contestó groseramente, le insultó, y como el moro protestara, acabó abofeteándole. Abd el-Krim enarbóló su bastón, pero no pudo apalearle porque se le echaron encima unos oficiales, que le expulsaron de la habitación a patadas.

Así empezó la catástrofe.

Abd el-Krim no volvió a la Comandancia. Se retiró a su aduar, cerca de Alhucemas, y se dedicó pacientemente a recorrer el Rif. Estudió detenidamente el sistema de posiciones de las tropas de ocupación, dándose cuenta de lo vulnerables que serían en caso de ataque. La mayoría de estas posiciones eran destacamentos de unos cien hombres, encerrados en un cuadrilátero, un parapeto de piedra y una alambrada de espino, pero sin comunicación directa con las otras posiciones. Había también otras posiciones de más importancia, como Ras Medua, Monte Arruit, El Zaio y Annual, pero el aislamiento era el mismo. Por la noche, cuando se cerraban las alambradas, quedaban perfectamente libres los caminos y barrancos. Además, casi en

ninguna de estas posiciones había agua potable, que era preciso ir a buscar, a veces a varios kilómetros, y transportarla a lomo de mulos.

Abd el-Krim sabía bien qué ocurría en tales posiciones. La mayoría de la oficialidad solía estar en Melilla y los que quedaban se pasaban la noche bebiendo y jugando. Como es natural, el ejemplo era seguido por sargentos, cabos y soldados.

Con estos conocimientos preparó una sublevación. No como las habidas en 1909 o 1911, es decir, «para hacer un poquito de guerra», como decían los rifeños, sino dispuesto a dar un serio disgusto a los generales. Él y sus emisarios prepararon las cosas a lo largo del límite de la ocupación en aquella zona, es decir, bordeando el río Ker, desde Alhucemas hasta el curso del río Mulaya, fronterizo con Argelia. Esta táctica tenía por objeto alejar el grueso de las tropas españolas lo más posible de la costa y de los centros de avituallamiento.

Y empezaron los ataques aislados a posiciones de avanzada. Sin apretar mucho, pero casi continuos. El mando en Melilla no se alarmó. El alto comisario, residente en Tetuán, preguntó a Silvestre sobre la gravedad de los ataques. El general contestó que no era cosa de importancia, y que si los ataques seguían efectuaría una expedición punitiva que acabaría con los díscolos en pocos días. El alto comisario le aconsejó mucha prudencia, pues el ambiente político era malo en España y una campaña militar sería mal vista. Silvestre no contestó al alto comisario y se puso en relación directa con el rey. El soberano, por su parte, nada indicó a sus ministros.

Como las agresiones seguían, y cada vez con más frecuencia, Silvestre remitió un telegrama cifrado al rey, pidiendo permiso para atacar a los rifeños. El rey contestó: «De frente, marchen los valientes. ¡Viva España!».

Silvestre sabía que Abd el-Krim andaba por su cabila, ya sublevada, y quiso acabar con él. Para ello organizó a toda prisa una columna con una división de infantería, tres baterías de artillería ligera y un escuadrón de caballería, como exploradores.

La columna se puso en marcha de madrugada con el mejor buen humor. El general iba a la cabeza, montando un caballo blanco. Los soldados no sabían, naturalmente, adonde iban ni a qué. Avanzaron todo el día sin encontrar resistencia. Se cañoneaban los aduares antes de llegar a los mismos, pero no se veía un solo moro por parte alguna. Esta anormalidad no preocupó al mando. Llegaron cerca de los poblados de la cabila de Alhucemas al anochecer. Se dio orden de acampar en unos montículos, no sin antes haber lanzado un centenar de obuses a los aduares cercanos.

Las tropas se dispusieron a dormir bajo las estrellas, sin tiendas ni impedimenta, los macutos vacíos y cien balas en las cartucheras. Todo parecía un paseo militar...

Pero a la una de la noche, como un alud, se precipitaron sobre la columna centenares de moros armados de fusiles o gumías en mano. Lo hicieron según su costumbre favorita: dando grandes gritos guturales, que impresionaban enormemente a los pobres soldados, despertados tan bruscamente.

El desconcierto fue general. Nadie sabía qué hacer. Los moros estaban por todas partes, disparando a quemarropa o hundiendo sus gumías en las gargantas que encontraban a su paso. Nunca se ha publicado el número de bajas de aquella noche horrible. Debieron de ser millares. Los que pudieron escapar a la masacre no pararon hasta Melilla, donde dieron la alarma. El general Silvestre desapareció y nunca más se supo cuál fue su suerte.

Grandes hogueras aparecieron en los picos de las montañas. Era la señal convenida. Las posiciones de avanzada fueron atacadas y tomadas una tras otra. Desde Melilla se dieron órdenes de concentrar a los supervivientes en la posición de Annual, bien fortificada. Hasta allí pudieron llegar unos 2.000 hombres, que pronto quedaron cercados por los moros de Abd el-Krim.

El derrumbamiento de la Comandancia de Melilla fue completo. En pocos días los moros ocuparon toda la zona, llegando hasta muy cerca de Melilla. Si no entraron en la plaza fue, sin duda, porque Abd el-Krim tuvo miedo de la conducta de los moros respecto a la población civil. El éxito de la campaña le había endiosado y ya publicaba partes de guerra encabezados así: «Cuartel General de la República del Rif».

En Madrid todo el mundo andaba de cabeza. Se mandaron tropas a Melilla desde Málaga y Almería, las plazas más cercanas. Pero el desembarco era difícil y en seguida se vio que la desorganización más tremenda reinaba en el ejército.

Mientras tanto, los sitiados en Annual se preparaban a rendirse, porque no les llegaban alimentos ni refuerzos. Los moros llegaron a cortarles el agua. Fue el fin. Se pactó la rendición. Tampoco nunca se ha sabido en qué condiciones. Los jefes y oficiales, con el general Navarro a la cabeza, fueron hechos prisioneros, pero la mayoría de los soldados fueron asesinados y sus cadáveres quedaron pudriéndose al sol durante muchas semanas.

Para salvar las vidas, ya que no el honor, de los generales y oficiales, se entablaron negociaciones por intermedio de Francia a fin de rescatar a los prisioneros, efectuando un intercambio. Pero Abd el-Krim exigió además ocho millones de pesetas, que le fueron entregadas. Por entonces se aseguró que Alfonso XIII, al enterarse del precio del rescate, comentó: «¡Qué cara cuesta la carne de gallina!». También se dijo que todos los prisioneros habían sido violados por los moros.

Con todo el material de guerra tomado a las tropas españolas y los ocho millones del rescate, Abd el-Krim organizó un verdadero ejército que tuvo en jaque a España durante años. No se le pudo vencer más que con la ayuda de Francia, la cual intervino para evitar que la rebelión tomase cuerpo en Argelia y en el resto de Marruecos. El balance oficial del desastre de la Comandancia de Melilla (llamado popularmente Desastre de Annual) fue de 22.000 muertos, pero todo el mundo estaba plenamente convencido de que eran el doble.

En España pronto se supieron muchos detalles que no había publicado la prensa. Los periódicos de izquierda empezaron a hablar de exigir responsabilidades. El general Berenguer, alto comisario residente en Tetuán, confesó que todo se había llevado a cabo sin su conocimiento.

En el Congreso de los Diputados, republicanos, socialistas y elementos de la oposición plantearon la cuestión, dando lugar a sesiones movidísimas. Se llegó a acusar veladamente al propio rey. No hubo más remedio que acordar la formación de un expediente para aclarar los hechos. Fue encargado de este

expediente el coronel Picasso. Este hombre se trasladó a Melilla con sus auxiliares y empezó en seguida la investigación. A las pocas semanas empezaron a circular rumores de que el expediente contenía tremendas responsabilidades, empezando por el rey, siguiendo por muchos generales, banqueros y políticos. Si tal expediente llegaba al Parlamento, la monarquía corría grave peligro.

Y entonces fue cuando surgió el golpe de estado de Primo de Rivera. Ello significaba para Alfonso XIII jugarse la última carta. Se la jugó, y aunque al principio parecía que había ganado la partida, lo cierto es que la perdió.

Los barceloneses quedaron muy sorprendidos, en la mañana del 13 de septiembre de 1923, al leer los periódicos matutinos, llenos de blancos de la censura y, en el centro de las primeras páginas, el manifiesto lanzado a la nación por el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, anunciando que, ante el desbarajuste que imperaba, y para salvar a España, asumía la responsabilidad de apoderarse de las riendas del estado. Daba por disuelto el gobierno legal y cerraba las Cortes, preparándose para formar un directorio militar, que goberaría por decreto. Naturalmente, quedaban suspendidas todas las garantías constitucionales. Como todos los dictadores, tronaba contra la corrupción administrativa, que prometía meter en cintura, y tomaba como primera cabeza de turco al ministro don Santiago Alba, que estaba como ministro de jornada en San Sebastián, donde veraneaba el rey. Alba no esperó las consecuencias y pasó tranquilamente la frontera, estableciéndose en París, donde montó la cabeza de puente de la oposición.

Se dijo que el rey (que estaba al corriente de lo que se preparaba), al saber lo ocurrido, había mandado un telegrama a Primo de Rivera, concebido en términos de felicitación.

Efectivamente, al día siguiente subía Primo de Rivera en el tren, en el apeadero del paseo de Gracia. En el andén estaba la plana mayor de la reacción barcelonesa, todos los monárquicos, el obispo, los tradicionalistas y también una buena representación de la Lliga Regionalista. Bien destacada, una representación de la patronal.

Y el dictador salió para la Villa y Corte en medio de los aplausos de toda aquella gente, y con vivas entusiastas a «España con honra».

Mientras tanto, en Madrid, el gobierno, más sorprendido que nadie, anunciaba que aquello no pasaba de ser una botarata del generalito, y el propio presidente del Consejo, señor García Prieto, dijo que para entrar en su despacho «sería preciso que los militares pasaran por encima de su cadáver». Palabras vanas, porque el general sublevado fue directamente de la estación a palacio, donde Alfonso XIII le abrazó y le encargó de formar el directorio militar, sancionando todo lo que había hecho.

El general se presentó en la Presidencia del Consejo y no tuvo que pasar por encima de cadáver alguno porque García Prieto, marqués de Alhucemas, había optado por retirarse previa y prudentemente.

Y así empezaron los «siete años indignos»: una dictadura, no muy cruel, en la que el mejor era el propio Primo de Rivera, cuya manía era hacer publicar declaraciones en la prensa y hacerse fotografiar de cien maneras distintas.

Como ocurre siempre en tales casos, inmediatamente surgieron los «buenos patriotas», que se apresuraron a formar el partido único, en esta ocasión la Unión Patriótica, en la que se inscribieron todos los desahuciados de la política y todos los aventureros de la misma, apresurándose a ocupar las diputaciones provinciales y los ayuntamientos, puesto que el nuevo ministro de la Gobernación, Martínez Anido, había disuelto de un plumazo las formaciones anteriores de tales organismos.

En Cataluña, además de la Unión Patriótica, se amplió el viejo Somatén a todas las poblaciones, armándose prácticamente todos los burgueses, los cuales empezaron a efectuar desfiles paramilitares con el menor pretexto, al solo objeto de lucir sus fusiles nuevos y hacerse la ilusión de meter miedo a los obreros. En realidad, el Somatén no asustaba a nadie, porque todo el mundo sabía que, a la hora de la verdad, aquellos fusiles no harían más daño que la carabina de Ambrosio.

Si sorprendidos quedaron los políticos por el golpe de estado, no fue menor la sorpresa de los sindicalistas, a pesar de que después dijeron que sabían de

antemano lo que se tramaba. Muestra de la ignorancia del peligro la daba el propio Ángel Pestaña, que mandó a la *Soli*, en la noche del 12 al 13 de septiembre, un largo artículo tratando de... la necesidad de reformar la ortografía.

Ante la cuartelada, los militantes, asombrados de seguir en libertad, optaron por esconderse. Además, los locales de los sindicatos estaban vacíos, en espera de la llegada de la policía para ser clausurados, rito harto frecuente, que consistía en la presencia de varios polizontes que, si encontraban un conserje o un afiliado despistado, le daban lectura de una orden gubernativa de clausura, y acto seguido procedían a cerrar las puertas con llave y poner en las junturas de las mismas unas tiras de papel engomado con los sellos policíacos. A la táctica de despegar tales tiras, entrar en los locales y volverlas a poner después, estaban muy acostumbrados los sindicalistas. Incluso habían llegado a tener la audacia de celebrar reuniones clandestinas en los locales clausurados.

Como no llegaba la clausura y no se producían detenciones, los sindicalistas fueron tranquilizándose, aunque la actuación sindical era casi nula, limitándose a la cotización. *Solidaridad Obrera* seguía publicándose, aunque con más espacios blancos que impresos.

Esta tolerancia de la dictadura con los sindicatos se decía que era motivada por la manía de Primo de Rivera de aparecer ante el mundo como un hombre liberal. Acaso por ese mismo motivo ofreció un puesto de consejero en el Instituto Nacional de Reformas Sociales a la UGT, puesto que esta central sindical aceptó, enviando como consejero a Francisco Largo Caballero. Tal colaboración con la dictadura produjo infinidad de discusiones por entonces, e incluso después, ya en la emigración.

Pero si a Primo de Rivera le agradaba presumir de liberal, tenía en su gobierno a un hombre que presumía de todo lo contrario: Martínez Anido. Éste había luchado alevosamente contra los sindicalistas y anarquistas; presumía de conocerlos y, por ello, temía su actuación, por lo que no le cabía en la cabeza que los sindicatos no fueran clausurados y los sindicalistas perseguidos, como en sus buenos tiempos de gobernador civil de Barcelona.

En realidad, le faltaba un pretexto para atacar, y le faltaba porque los sindicalistas se estaban quietecitos y la tranquilidad era absoluta. Y fue entonces cuando ocurrió algo serio que justificó la represión.

El 28 de mayo de 1924 fue asesinado el verdugo de Barcelona. Se trataba de un verdugo nuevo, completamente desconocido, y a pesar de ello le mataron al salir de su casa, en la calle de la Riereta, cuando iba acompañado de dos guardias, los cuales salieron ilesos de los disparos, que fueron muchos.

Alfredo tuvo la convicción de que aquel atentado había sido un acto preparado y ejecutado por los agentes de Martínez Anido en Barcelona. Matar un verdugo porque sí, sin más ni más, no tenía lógica posible. Si había sentenciados a muerte, la ejecución, si no la hacía aquel verdugo, la haría otro, o se fusilaría al condenado. Por ello supuso que de lo que se trataba era de dar la batalla a los sindicalistas.

Los temores de Alfredo se confirmaron inmediatamente. La misma noche del atentado fueron clausurados todos los sindicatos y detenidos muchos sindicalistas, a los que no se pudo comprobar nada, pero que estuvieron muchos meses detenidos gubernativamente.

Alfredo pasó por entonces una mala época en el trabajo. No era precisamente un pacto agudo del hambre lo que se ejercía sobre él, y esto no por falta de ganas, sino por temor a ulteriores consecuencias, pues los patronos empezaban a darse cuenta de que la dictadura estaba lejos de tener asegurada una larga existencia. Así, cuando Alfredo sabía que faltaba personal en un taller, se presentaba en demanda de trabajo. No se le negaba, pero a los tres o cuatro meses se alegaba falta de pedidos, y como era el último contratado, le decían que se le suspendía el trabajo hasta que los pedidos reemprendieran su ritmo normal. Alfredo no se dejaba engañar, pero nada podía hacer en contra.

A causa de este tejemaneje de la patronal tuvo que pasar por bastantes talleres, con algunos intervalos de paro absoluto.

Durante unos meses trabajó en una imprenta particular que tenía un médico en Premia de Mar. En ella se editaban sus propios libros de medicina. Alfredo pasaba la semana en aquel pueblo costero, viviendo en un hotel, frente a la

playa, y bajando a Barcelona los sábados por la tarde, para volver a Premia los lunes a primera hora. Esta semiausencia fue pretexto para mantener con Matilde una correspondencia, en la cual Alfredo desplegaba toda su afición literaria. Ella también hacía sus pinitos en la literatura, mostrándose en el papel mucho más amorosa que en la realidad. Después de una visita de Matilde a Premia, Alfredo perdió su empleo por haber faltado una tarde al trabajo y a causa de las habladurías de la gente.

No estuvo muchos días sin trabajar, porque un amigo suyo, Pedro Vidal, le fue a buscar a su casa para decirle que el dueño de la imprenta donde él trabajaba le había encargado que le buscara un buen cajista. Al día siguiente se presentó en la imprenta. Aquel taller estaba en la calle de la Encarnación, a la derecha de la barriada de Gracia. Su propietario era un maestro retirado, llamado don Juan, que se había quedado con la antigua librería Bastinos, de la calle Pelayo. Esta librería era la más concurrida por estudiantes y chicos de las escuelas, por dedicarse casi por completo a los libros de texto, libros que el editor imprimía en su propia imprenta, en la que ahora entraba Alfredo.

El taller no era grande, lo justo para editar los libros. Había una máquina de componer marca Linograf, que ya de por sí era mala, y ésta de don Juan parecía una carraca, y funcionaba solamente porque Lizcano, el joven linotipista, le sabía todos los defectos y aplicaba todos los trucos. Lo malo fue que a don Juan, a sus sesenta años, le dio la manía de aprender a componer mecánicamente y era cosa de ver sus refriegas con la máquina. El hombre no se explicaba que aquel trasto marchara en manos de Lizcano y en las suyas fuera una calamidad. Resultaba cómico oírle disputar con la máquina.

Siempre acababa por abandonar su empeño, quedando asombrado al ver cómo el joven linotipista se sentaba ante el teclado y la lino comenzaba a lanzar líneas tranquilamente.

El personal era reducido: el linotipista, Vidal y Alfredo como tipógrafos, y dos mujeres para plegar papel, además de un maquinista impresor.

Y una de aquellas dos mujeres, Pepita, tenía que ser un gran amor de Alfredo.

Alfredo había empezado su experiencia cerca de los comunistas. Experiencia muy aleccionadora, pero que pagó muy cara, y, sobre todo, estuvo a punto de hacerle perder a aquella mujer que, efectivamente, resultó el gran amor de su vida.

El contacto con los comunistas tuvo lugar a través de Sagrera, un minervista cojo que, en medio de un aire de inocencia, tenía una voluntad de hierro y una perseverancia a toda prueba. Fue uno de los que influyeron para que Alfredo se incorporara al sindicato de la CNT. Desde entonces entablaron buena amistad, reforzada por haber actuado juntos en la junta del sindicato, de la que Sagrera era tesorero casi perpetuo.

Durante años se veían a diario en el sindicato, cuando funcionaba. De lo contrario, junto al quiosco de periódicos que había al principio de la Ronda de San Antonio, esquina a la calle del mismo nombre. El quiosco era propiedad de Catalán, un impresor que había dejado el oficio para explotar el pequeño negocio de la venta de prensa. Allí se veían también con Virgili, Prat, Massip y otros. Formaban una especie de grupo de afinidad, todos ellos opuestos a las influencias anarquistas.

Cuando la persecución policíaca era grande, no se paraban junto al quiosco, sino que llegaban uno a uno, a horas diferentes, y allí recogían, de boca de Catalán, los recados y las citas para verse en otros lugares. Jamás hubo indiscreción alguna y el quiosco no fue jamás «quemado» por la policía.

Desde su regreso de Rusia, Joaquín Maurín se había dedicado a organizar el Partido Comunista en Cataluña. Primero lo hizo en la provincia de Lérida, donde era ya muy conocido por haber actuado como maestro de escuela y en los sindicatos. Después, sin duda obedeciendo órdenes, se trasladó a Barcelona, donde sacó a la publicidad el semanario *La Batalla* que, sin titularse comunista, hacía perfectamente la propaganda del Partido.

No deja de ser curioso el hecho de que, a pesar de estar en plena dictadura, se tolerase la existencia de prensa de oposición, y sobre todo comunista, puesto que además de *La Batalla* de Barcelona, en Madrid aparecía *La Antorcha*, órgano oficial de los comunistas.

Maurín tenía como lugarteniente a Pedro Bonet, también tipógrafo y leridano. Este muchacho trabajaba incesantemente como redactor de *La Batalla*, paquetero y propagandista eficaz. Fue él quien logró atraer a las filas comunistas a Sagrera, y fue éste quien preparó una entrevista entre Alfredo y Maurín. El Comité Regional Comunista tenía montado su aparato en un entresuelo de la calle de Aribau, entre Diputación y Consejo de Ciento. Era una sola pieza, amueblada con despacho, y en la puerta había una placa que acusaba: «J. M. Juliá - Agente de Seguros». No era falso más que lo de la profesión, porque el nombre era el completo de Maurín, ya que Juliá era su segundo apellido. A ese despacho fue llevado Alfredo por Sagrera. La entrevista fue cordial y larga. En aquella época Maurín era un hombre joven y dinámico, alto, de buena planta, repleto de simpatía. Hablaba catalán, con acento aragonés. Se veía que estaba convencido de la bondad del comunismo bolchevique, pero tenía sumo cuidado de no emplear la farragosa terminología del comunismo oficial.

No le propuso a Alfredo que ingresara en el Partido, sino que tenía interés en conocerle, y le ofreció las columnas de *La Batalla* para que escribiera sobre cuestiones sindicales desde el punto de vista que Alfredo propugnaba. Éste fue claro: le dijo a Maurín que estaba muy lejos de entusiasmarse por el comunismo a la rusa, a pesar de comprender la necesidad de ciertos procedimientos. Podía aceptar escribir en *La Batalla*, pero con pseudónimo y si se le garantizaba absoluta libertad de expresión.

Convinieron en ello. Y desde la semana siguiente Alfredo empezó a colaborar en la «Sección Sindical» del semanario. Sus artículos fueron muy comentados por ser la primera vez que en la prensa obrera se atacaba eficazmente la mala labor de los pseudo-anarquistas en la CNT. Después, dejándose llevar por su espíritu crítico, fundó una sección titulada «Escaramuzas», en la cual, en párrafos cortos e incisivos, vapuleaba a derecha e izquierda, aunque dando preferencia a las malas andanzas de los mandones sindicales. Estas «Escaramuzas» tuvieron un éxito muy grande y se hicieron muy populares. Iban firmadas por X, Y y Z, y durante mucho tiempo el incógnito fue guardado celosamente.

Bien lejos estaba Alfredo de pensar que aquello, que él consideraba un pasatiempo y una travesura, le había de reportar tan serias consecuencias.

A pesar de la censura, ocurría que muchas veces el fiscal denunciaba artículos aparecidos en la prensa de izquierda, por lo que los directores de tales periódicos iban frecuentemente a la cárcel. La mayoría de periódicos tenían uno o varios «directores de paja», esto es, hombres dispuestos a ir a la cárcel como responsables, mientras los directores efectivos no figuraban más que como simples redactores. Esto ocurría sobre todo en la prensa diaria, que podía disponer de fondos para pagar a los pajizos directores.

Pero *La Batalla* no tenía director de paja, porque la subvención para asegurar su vida, que llegaba de Moscú, vía París, no daba para tanto. Por esta circunstancia, Maurín tenía sobre sí varias denuncias y una orden de detención. El hombre andaba a salto de mata. Además de su domicilio oficial, tenía otro en Gracia, donde acudía a dormir, claro que con nombre supuesto. La correspondencia del periódico la recibía en el apartado de Correos, en dos números diferentes, y antes de entrar en la imprenta donde se confeccionaba el periódico, tomaba toda clase de precauciones. Vale decir que, afortunadamente, la policía barcelonesa dejaba por entonces mucho que desear como organismo eficaz.

Sin embargo, la casualidad fue propicia a un policía que una tarde le vio por la Puerta del Ángel y le siguió. Maurín se adentró por la calle de la Canuda hasta el Ateneo Barcelonés, entidad de mucho prestigio, donde la policía no tenía acceso y donde podía escribir con relativa tranquilidad. El policía se apresuró a telefonear a Jefatura, explicando que tenía a Maurín «en la ratonera». Le enviaron refuerzos. Al salir Maurín, el policía se le acercó y dijo:

—Joaquín, tiene usted que acompañarme.

El interpelado no se anduvo por las ramas; apartó violentamente al policía y pasó, velozmente, por entre los guardias, asombrados, cometiendo el error de correr por la calle del Bot, estrechísima y casi sin circulación. El policía no quiso dejar escapar su presa y, sacando la pistola, vació todo el cargador, apuntando a las piernas del fugitivo. Una de las balas se alojó en una pierna del agredido, lo que le obligó a detenerse. Seguramente, si Maurín hubiera corrido a lo largo

de la calle de la Canuda, en aquella hora concurridísima, el policía no se hubiera atrevido a disparar.

Herido, pues, fue detenido, llevado primero a la Casa de Socorro de la Ronda de San Pedro y de allí al Hospital Clínico, donde quedó bajo severa vigilancia. Aquel tiro tendría, años más tarde, peores consecuencias.

Por suerte el proyectil no había lesionado ni tendones ni venas, y, una vez extraída la bala, la cicatrización fue rápida.

Como se vivía en régimen de excepción y Maurín estaba reclamado, entre otros, por un juez militar, éste dispuso que su preso fuese trasladado al castillo de Montjuic. Teniendo en cuenta la trágica leyenda negra de la fortaleza, el hecho de haber sido encerrado Maurín en ella fue admirablemente explotado por la prensa clandestina y las agencias de información del extranjero.

En realidad, Maurín estaba en el castillo mucho mejor de lo que hubiera estado en la cárcel. Disponía de una amplia habitación, con una gran ventana, sin rejas, pero que daba a los fosos, a una altura de más de quince metros. Buena cama y comida sana, la misma de los soldados. Además podía recibir visitas todos los días, y, lo que es mejor, en su misma celda.

El totalitarismo todavía no había emponzoñado al ejército, y el gobernador del castillo le había dicho al propio preso que allí sólo mandaba él, y que los polizontes no tenían nada que hacer en el recinto.

Con la detención de Maurín todo el aparato quedó medio desorganizado, porque él lo había acaparado todo. Para colmo de males, Bonet, su fiel lugarteniente, había sido detenido y estaba en la cárcel como preso gubernativo.

Natalia Castarlenas, novia de Bonet, siguiendo sugerencias de su prometido, acudió a Montjuic para intentar entrevistarse con Maurín. Quedó encantada porque no le pusieron ningún obstáculo y pudo charlar directamente con el preso durante más de una hora. Convinieron en lo que había que hacer para ponerlo todo de nuevo en marcha. Se haría una llamada a los amigos de más confianza, susceptibles de trabajar bien. Así se hizo y al domingo siguiente tuvo lugar una reunión campestre en los alrededores de la finca «La Flor de

Mayo», propiedad de la cooperativa del mismo nombre y situada a unos kilómetros de Cerdanyola.

Se reunieron unos veinte, entre hombres y mujeres. Lo más curioso fue que casi ninguno pertenecía al Partido Comunista. Unos estaban allí como opositores al régimen, otros como amigos particulares de Maurín, los demás como minoritarios de la CNT.

Se acordó nombrar una especie de comité provisional que asegurara la salida de *La Batalla* y mantuviera el contacto con los amigos. Tal comité fue formado por José Grau Jassans, Tomás Molinero, Adolfo Martín y Alfredo. Grau Jassans era un espíritu aventurero que había viajado mucho como marino; también había estado en Rusia y se decía muy amigo de Lunacharski. Molinero era un muchacho de la provincia de Soria, atlético, muy atrevido, que había de acabar completamente fanatizado por el comunismo. Adolfo Martín era casi un desconocido, pero parecía un joven serio y audaz. David Rey quedó encargado de establecer relaciones con el resto de Cataluña. El verdadero nombre de David Rey era Daniel Rebull, un hombre inquieto, impulsivo, soñador, apto para todo, pero incapaz de tomar la menor precaución para su seguridad personal. Por ello ya había padecido dos largas condenas cuando actuaba en Tarragona como afiliado a la CNT: una por tenencia de explosivos, y la otra como propietario de una imprenta clandestina.

Natalia volvió a Montjuic a visitar a Maurín para darle cuenta del resultado de la reunión. Maurín dijo que subiera Alfredo a verle para darle instrucciones. La cosa le pareció a Alfredo un tanto problemática, pues eso de meterse en la boca del lobo no le gustaba nada. Tras muchas dudas, convinieron que Natalia fuera delante y él esperaría cerca del castillo, en un camino que daba a los terrenos de la proyectada Exposición Internacional. Ella volvería y le diría si el campo estaba libre. Así lo hicieron. Natalia volvió a la media hora y le aseguró que no había visto a ningún paisano, y que el sargento de guardia le parecía un muchacho muy comprensivo.

Bastante intranquilo, Alfredo fue hacia la puerta del castillo. Le dijo al centinela que quería ver a un preso. El centinela llamó al cabo de guardia, el cual, a su vez, llamó al sargento encargado de los presos, que por entonces no

eran más que cuatro militares y Maurín. Llegó el sargento-carcelero y no puso ningún inconveniente en que se visitara a Maurín. Solamente le preguntó si llevaba arma alguna, conformándose con la negativa, sin comprobarlo. Tomó el nombre y apellidos que Alfredo quiso darle y le inscribió en un libro. Después le acompañó hasta la celda del preso, dejándole dentro e indicándole que, cuando terminara la visita, llamara a la puerta.

Después de abrazarse, lo primero que manifestó Alfredo fue su extrañeza por lo bien que le trataban, además de todas aquellas facilidades que encontraban para seguir conspirando. Maurín le dijo que a medida que pasara el tiempo vería cosas más sorprendentes. Luego le demostró que estaba perfectamente al corriente de las actividades exteriores, dejando entrever que en el mismo castillo había elementos comprometidos en lo que se empezaba a tramcar contra Primo de Rivera.

Maurín le trazó el programa a seguir: Alfredo debería dejar el trabajo y ser el agente a sueldo que coordinara toda la actividad en Cataluña. Muy pronto llegarían refuerzos importantes del resto de España y Barcelona podría ser el centro de la conspiración. Por el momento todo quedaba supeditado a atacar a la dictadura y ése era el argumento contundente a emplear para que Alfredo fuera el hombre de confianza, ya que no era miembro del Partido...

Alfredo le interrumpió para decirle que no deseaba en manera alguna ingresar en el Partido, y que, si llegaba a aceptar, sería porque se daba cuenta de que en el Partido encontraría dinero y hombres, pero que recabaría absoluta libertad de pensamiento y maniobras.

De acuerdo en esto, trazaron un programa inmediato. Alfredo se presentaría en una casa de la calle de Bruniquer, en Gracia, y le diría a la portera que «las rosas no se han marchitado». Era suficiente para que le entregara las llaves del piso primero, donde había un despacho en el cual podría trabajar tranquilamente. En caso de necesidad, había una habitación con una cama para dormir. En la puerta del piso, una placa informaba: «Comisiones y Representaciones».

Todas las direcciones necesarias para los contactos con Cataluña estaban en el dorso de un plano de Barcelona, sujetos a la pared con chinchetas metálicas.

Todo el material de escritorio estaba montado como para las actividades que mostraba la placa de la puerta: papel y sobres impresos y varios catálogos de artículos diversos. A aquel despacho no debería acudir nadie más que Alfredo. Era la reserva para todas las eventualidades. Al apartado de Correos no debería acudir un mismo individuo más de un par de veces. A la imprenta presentarse lo menos posible y siempre con un buen pretexto de encargo de trabajos comerciales. Muy pronto recibiría la visita, por mediación de Adolfo Martín, de un delegado francés que traería instrucciones concretas para la relación con Francia y forma de recibir el dinero.

Como Martín era completamente desconocido por la policía y Alfredo no era conocido como comunista, era de suponer que este aparato que ahora se montaba podría durar bastante tiempo.

Ya de acuerdo en todo, Alfredo se despidió de Maurín. Llamaron a la puerta. Vino el sargento y, amablemente, le acompañó hasta la salida, dándole la mano. A Alfredo le pareció que el sargento le estrechaba la mano harto fuertemente.

Todo se desarrolló como habían previsto, sin tropiezo alguno. Parecía una representación teatral ya ensayada. Llegó el francés a casa de Martín, el cual le acompañó a ver a Alfredo, en un bar de la calle de Muntaner. El emisario anunció para muy pronto la llegada a Barcelona de elementos dirigentes de gran importancia. Alfredo preguntó si era preciso buscar alojamiento y el francés dijo que no; que eso ya estaba resuelto. Entonces empezó Alfredo a comprender que en Barcelona había otros elementos para él desconocidos. Siguió informando el francés:

La conexión con los que llegarán será indirecta, a través de un enlace que ya se le daría a conocer. Por lo que concernía al periódico y organización puramente catalana, serían los nombrados en la reunión de «La Flor de Mayo» quienes lo harían todo. El dinero llegaría directamente a Alfredo, que lo administraría él solo, llevando una contabilidad a presentar solamente a delegados que llegarían de Francia.

Alfredo se despidió de la imprenta donde prestaba sus servicios, y fue entonces cuando empezó a verse con Pepita a horas irregulares. En realidad

parecían dos buenos amigos. Ya se habían apeado el tratamiento, pero la intimidad no pasaba de besos casi furtivos. Algunas tardes lograba que ella no acudiera al trabajo y se iban al cine o al teatro. Pero nada más.

Como se había previsto, llegaron los «elementos importantes» de fuera. Se trataba lisa y llanamente del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España. En Moscú habían decidido que el Comité debía residir en Barcelona, y así se hizo. Sin duda los capitostes rusos creían que, dada la tradición revolucionaria de la capital catalana, el Partido se propagaría rápidamente en aquella provincia. Craso error, como tantos otros.

Los llegados fueron Óscar Pérez Solís, y dos lugartenientes, Méndez y Fresno. Méndez parecía el guardaespaldas del jefe y Fresno el asistente. No había que olvidar que Pérez Solís procedía del ejército. A pesar de ser, en efecto, Méndez y Fresno elementos completamente subordinados a Pérez Solís, figuraban como miembros efectivos del Comité. A estos tres se unieron dos catalanes, amigos de Maurín: Victoriano Sala, burócrata ferroviario, y Víctor Colomer, maestro de escuela, que ahora estaría a sueldo, como los otros.

El Comité se instaló confortablemente en un piso de una casa aislada de la calle de Riego, en la barriada de Sants. Además del despacho, había habitaciones para Pérez Solís, Méndez y Fresno; éste era el que se encargaba de la cocina, y a decir de los otros con bastante éxito.

El contacto con Alfredo se estableció por medio de la mujer de Victoriano Sala, muchacha muy guapa y muy coqueta, que siempre llegaba acompañada de Fontanillas, un muchacho contable que administraba *La Batalla*. Esta pareja tuvo mucha culpa de que la policía descubriera las actividades del Comité y de su encarcelamiento. Pero no adelantemos los acontecimientos.

Al poco tiempo de estar instalado el Comité en Sants, Alfredo ya sabía dónde y sin preguntarlo. La mujer de Sala tenía la palabra fácil. Alfredo mandó una nota a Pérez Solís manifestando que la muchacha no ofrecía garantías de seguridad, y además que no le parecía bien el sistema de montar «aparatos» clandestinos en barriadas y calles poco pobladas, pues en ellas todo el mundo se conoce y es más visible lo anormal. No obtuvo contestación.

Por su parte, además del despacho de la calle de Bruniquer alquiló otro, con cama, en una casa de la Gran Vía, entre Muntaner y Casanova. Una casa con portero de librea y servicio de ascensor. Se presentó como representante de una casa de maquinaria de Bilbao. Siempre iba con una voluminosa cartera de cuero, repleta de catálogos de máquinas, y justificaba sus ausencias por tener que viajar por toda Cataluña. Este despacho no fue jamás descubierto por la policía. Seguramente que cuando Alfredo cayó preso, al no volver por allí, la viuda que vivía en el piso acabaría por tirar a la basura todos los papeles que allí dejó y que nada indicaban.

La falta grave del Partido Comunista, por entonces, fue considerarse capaz, por sí solo, de producir acontecimientos capaces de derribar el poder de Primo de Rivera. El Partido no tenía contacto serio alguno con los demás organismos y personalidades que habían empezado seriamente a socavar los puntales dictatoriales. Verdad es que, entre ellos, esos elementos opositores tampoco se entendían bien. El aislamiento voluntario de los comunistas era debido en parte a las órdenes absurdas que llegaban de París y en parte a la egolatría de Pérez Solís, que se creía una especie de Lenin.

Los anarquistas por su parte conspiraban, a veces solos, bien inútilmente, a veces influidos por algunos republicanos, capitanes arañas, que empujaban a hombres de buena fe a acciones descabelladas, mientras ellos se quedaban tranquilamente en París, discutiendo a diario en las mesas del café de La Rotonde.

Ejemplo típico de estas conspiraciones fue el movimiento preparado para el 6 de noviembre de 1924. El proyecto comportaba la entrada de revolucionarios armados por la frontera y, al mismo tiempo, una sublevación interior, con asalto a los cuarteles de Madrid, Barcelona, Valencia y Zaragoza. Se afirmaba que en el interior de los cuarteles había cómplices que ayudarían al asalto. En Barcelona, Alfredo fue avisado de lo que se tramaba, asegurándole que la cosa era seria. Curto le buscó y le dijo que, a pesar de su apartamiento, los compañeros esperaban que se portaría como un hombre, ahora que era la hora de la verdad.

Así fue como se encontró, en la mañana del 6 de noviembre, en la parte baja del Paralelo, junto a las tapias de la fábrica de electricidad y frente al cuartel de Atarazanas. Aquello parecía, a las siete de la mañana, la Rambla a las doce del mediodía. Paseando arriba y abajo había gran número de hombres que se saludaban al encontrarse y se hacían signos significativos. A muchos se les notaba claramente que iban armados por el bulto que les hacían las pistolas en los bolsillos o en los cintos. Allí estaban García Oliver, Ascaso, Jover y tantos otros. Llovía bastante fuerte, lo que fue motivo para que Alfredo bromeara ante un grupo diciendo que no pasaría nada porque se había mojado la pólvora. Y acertó: pasaba el tiempo y la señal que tenía que salir del interior del cuartel no se oía. Poco a poco, los menos entusiastas fueron retirándose prudentemente.

Ya cerca de las nueve, se corrió la voz de que el movimiento se había aplazado, y empezó lentamente el desfile de los «asaltantes». Todo hubiera quedado así, a no ser porque finalmente en la comisaría del Paralelo, junto a las Atarazanas, acabaron por darse cuenta de lo que ocurría, y salieron dos «secretas» con ánimos más o menos bélicos; frente al teatro Arnau interrogaron a dos individuos que marchaban discutiendo acaloradamente. Cuando intentaron cachearles, los muchachos salieron corriendo mientras disparaban sus pistolas. Siguió una persecución por el Paralelo y la Ronda de San Pablo. A los dos policías se juntaron dos parejas de guardias. Los fugitivos se refugiaron en las cocheras de los tranvías, en la misma Ronda. Allí fueron detenidos fácilmente. A pesar de haberse cruzado muchos tiros, no hubo víctimas de ninguna clase. Sin embargo, se juzgó a los muchachos en consejo de guerra sumarísimo, y el día 10 fueron ejecutados a garrote vil los compañeros Llácer y Montejo.

Seguramente que el excesivo rigor de la sentencia fue debido a la influencia que sobre los militares tuvieron los sucesos de Vera del Bidasoa el mismo día 6, que demostraron que el intento de asalto a los cuarteles de Barcelona no era un hecho aislado sino que obedecía a un plan más amplio.

Efectivamente, en esa fecha un grupo de anarquistas precedentes de París pasaron el Bidasoa, armados sencillamente con pistolas, con el convencimiento de que ya en España encontrarían fuertes grupos de revolucionarios dispuestos a provocar una revolución. Lo cierto es que no

encontraron más que a la guardia civil, que al parecer les esperaba. Como las pistolas no eran eficaces ante los fusiles, se dio la orden de retirada o dispersión. La mayoría pudo volver a pasar el río, pero no sin dejar algunos muertos y heridos. Hubo tres detenidos: Pablo Martín, Enrique Gil y Santillán, que fueron conducidos inmediatamente al cuartel de la guardia civil de Vera de Bidasoa, es decir, al propio cuartel que tenían que haber asaltado. Se les juzgó sumarísimamente por el fuero militar y fueron sentenciados a muerte. Cuando les sacaron para ejecutarlos en el patio del cuartel, Martín se arrojó desde un balcón del tercer piso y murió estrellado sobre las losas. Los otros dos fueron fusilados.

Alfredo seguía sus actividades «comunistas» sin muchas dificultades. El enlace con el Comité seguía haciéndolo la pizpireta mujer de Victoriano Sala, que siempre venía acompañada de Fontanillas. Algunas veces Alfredo se entrevistaba con un italiano llamado Renzi, que había llegado de Italia como fugitivo y vivía en la misma casa del Comité.

En febrero llegó un delegado del Partido Comunista francés. Alfredo y él se encontraron en el restaurante La Rabassada. Los preparativos los había efectuado Adolfo Martín, quien le dijo a Alfredo que acudiera a dicho restaurante a poder ser acompañado de una mujer de confianza para disimular mejor. El francés ya había llegado con una madame. Alfredo fue a ver a Natalia Castarlenas, que ya por entonces era novia de Bonet. La mujer le dijo que no podía acompañarle al restaurante porque precisamente aquél era día de visita en la cárcel y no quería faltar a ver a Bonet, que había sido detenido como gubernativo. Alfredo adujo que después de la visita habría tiempo sobrado para acudir a la cita, pero alegó que, como ya «hacía fiesta» por la mañana, no podía hacerlo por la tarde, pues en el taller donde trabajaba ya empezaban a estar cansados de sus muchas faltas al trabajo.

Repasó mentalmente Alfredo las posibles mujeres que podían sacarle del apuro, y no encontraba ninguna capaz de saber comer en un restaurante de campanillas como La Rabassada. La única era la mujer de Sala, pero en seguida la descartó por charlatana. Entonces pensó en Pepita, aunque sentía el escrúpulo de comprometerla si llegaba una intervención policiaca. Decidió consultarla, sin ocultarle el peligro. Aquella noche quedó encantado al

constatar que Pepita aceptaba contenta, porque, decía, le agradaba mucho la prueba de confianza.

Como en otras ocasiones, Grau Jassans prestó el servicio de su taxi para acudir al restaurante. A la una de la tarde ya estaba el coche esperando a Pepita en la Diagonal, cerca del taller donde ella trabajaba. Se presentó vestida con lo mejor que tenía y como acabada de salir de la peluquería. Durante el trayecto le explicó que había mandado a sus hijas a comer en casa de su hermana, y que el marido comía en la obra.

Grau se complacía en abordar los numerosos virajes de la carretera del Tibidabo a toda marcha y haciendo rechinar los frenos. Ella, un tanto alarmada, se cogía del brazo de Alfredo, lo que a él le parecía muy bien.

Cuando entraron en el restaurante, el francés y su madame ya estaban sentados ante una mesa junto con Martín y muy a la francesa tomando un aperitivo. Martín hizo la presentación y se marchó en seguida, aprovechando el taxi de Grau.

Se sentaron a comer. Resultaba que la madame era española, aunque llevaba mucho tiempo en París. El francés hablaba el español a su manera, es decir, aprendido en una mala academia. La española afrancesada se hacía llamar Carmen, como es debido. Sin duda era orden del Partido Comunista francés, pues para todo buen francés una española debe llamarse Carmen, ser morena, de aire desganado, llevar unos pendientes de ama de cría y tener unos ojos llenos de fuego. Lo malo para aquel francés que Alfredo tenía a su lado era que esta Carmen tenía piel blanca, cabello castaño y no era de Sevilla y ni siquiera de Madrid, sino de Bilbao.

El francés, que se presentó como el camarada Dupont (¡qué originalidad!), era un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, cara colorada, bigote gris recortado, ojos azules risueños, amplio vientre y brazos cortos, rematados por unas manos velludas y llenas de sortijas. En verdad, como camuflaje era perfecto. Para Alfredo, que no había estado en Francia, M. Dupont podía ser cualquier cosa menos un revolucionario.

El menú preparado por el camarada era abundantísimo y el francés le hizo los honores máximos. Aquello no era comer, era tragarse. La comida desaparecía de los platos como por encanto y el vaso se llenaba de vino cada cinco minutos. Madatne Carmen se esforzaba en advertir a M. Dupont que fuera moderado porque el vino español era traicionero. El francés reía socarronamente y decía, limpiándose los gruesos labios:

—Sin cuidado. Yo estoy fuerte, et je sé beber.

Tras los postres sirvieron café y coñac. M. Dupont dijo al camarero que dejara la botella en la mesa. Después sacó una cartera de piel repleta de cigarros puros, y ofreció uno a Alfredo.

—fumar —dijo—, son cubanos, de La Habana.

El Partido hacía bien las cosas.

El salón había quedado casi vacío. Sólo una pareja, en el otro extremo, fumaba tabaco rubio y hablaba quedamente.

—Bien —ordenó el francés—. Hablaremos ahora de cosas serios as. Las dames pueden hablar de modas si les piase.

Madame Carmen ofreció un cigarrillo rubio a Pepita. En realidad las dos mujeres se entendían bien y charlaban hacia rato, aunque Alfredo no sabía de qué, ocupado como estaba en observar las extravagancias del camarada.

Monsieur Dupont se sirvió otra copa de coñac, aspiró largamente su cigarro puro cubano, y cambió su sonrisa por un gesto autoritario.

—Bien —dijo—. Ahora trataremos las cosas del Partido.

Pronto se dio cuenta Alfredo de que el camarada francés no venía a discutir sino a ordenar. Su tono era tajante, de mando, sin apelación: Era preciso que el partido hermano hiciera mejor las cosas. Se imponía una disciplina más estricta. Las indicaciones de París había que cumplirlas sin discutir. Inmediatamente se editarían hojas de propaganda que deberían ser repartidas en fábricas, talleres, minas y cuarteles. Los sindicatos tenían que ser dirigidos, lo antes posible, por hombres del Partido de toda confianza. Había que buscar

contactos con la policía, entre sus elementos descontentos. El periódico tenía que ser más viril, sobre todo al tratar de la guerra del Rif. En las células no se debería discutir, sino acatar.

—Si sabéis trabajar —concluyó—, no os faltarán monedas. Pero hay que tener disciplina, disciplina y disciplina.

Alfredo tenía unas ganas enormes de echarse a reír, pero se dominaba, y se preguntaba si aquel hombre sabía que él, Alfredo, no pertenecía al Partido ni tenía ganas de serlo. Optó por callar para no poner en evidencia a Maurín, el cual, acaso, había ocultado la situación de Alfredo.

Como Alfredo no replicó nada al discurso del francés, éste interrogó:

—Bien, ¿no me dise nada?

—¿Qué quiere que le diga? El programa es muy largo y me temo que aquí seamos pocos para llevarlo a cabo. Los dirigentes determinarán.

— ¡Qué digujientes ni merde Tú eres el responsable, y nada más. Así lo hemos convenido con el Comité Ejecutivo y no hay más que hablag. ¿Cómo están de argenté?

—Mal. Después de pagar el último número de *La Batalla*, nos quedan mil pesetas escasas.

El camarada tomó un aire solemne, y sacando su abultada cartera del bolsillo interior de la chaqueta, extrajo unos billetes americanos, se los entregó a Alfredo y dijo:

—Toma, sinco sientos dollars. Con esto puede trabacar bastante. Ya resibiréis más. Y ya lo sabes...

—Sí —interrumpió Alfredo—, disciplina, disciplina y disciplina.

—Eso es. Bien. Ahora nosotros pediremos un taxi y bacaremos en ville. Vosotros podéis haser lo mismo. No es bueno que nos vean cuntos.

—No. Nosotros bajaremos en el tranvía, ¿verdad, Pepita?

—Como quieras —dijo ella—. Y si lo prefieres, a pie. Será un paseo.

El francés llamó al camarero, pagó el gasto y dio una propina regia, encargándole avisara un taxi.

Se despidieron con un apretón de manos. La del francés Alfredo la encontró floja, sin cordialidad. Las mujeres se besaron en las mejillas.

Alfredo y Pepita salieron a la carretera, mientras los otros quedaron dentro del restaurante esperando el taxi.

La tarde era tibia y hacía un sol acariciador. Decidieron descender a pie, puesto que a los dos les gustaba la montaña. Sin subir a la cumbre del Tibidabo, echaron hacia la izquierda de la carretera, adentrándose por los senderos del Parque Municipal. Cogidos del brazo, daban la sensación de un matrimonio feliz. Después de besarse a gusto, cambiaron impresiones.

Como Pepita le dijo que, a pesar de su conversación con madame Carmen, había captado muchas palabras del francés, convinieron en que el comunismo oficial era una cosa rara, absolutamente incompatible con el carácter español, y menos aún con el catalán.

Alfredo le manifestó que estaba dispuesto a dejar todo aquello y volver a la imprenta. Subiría cuanto antes a ver a Maurín y le «entregaría los trastos», pues su carácter no se avenía a ser un fantoche movido desde París.

Pepita le explicó lo que le había dicho Carmen, que naturalmente no se llamaba así, sino Petra. Ella no pertenecía al Partido, pero sí su compañero, que era francés. Había venido a Barcelona con papeles arreglados, como mujer del francés, es decir, como madame Dupont. Todo pagado, más una buena recompensa.

Pepita le preguntó cómo se arreglaban en el hotel. La bilbaína le dijo, riendo, que habían tomado una habitación con dos camas, pero que no había conflicto, porque el camarade ya no «pitaba».

Casi sin darse cuenta, llegaron al pie de la montaña, en la avenida del Tibidabo. Siguieron hasta la calle de Balmes, descendieron hasta cerca de la casa de ella, donde se despidieron.

Como se lo había propuesto, Alfredo subió al castillo de Mont-juic para entrevistarse con Maurín. Encontró las mismas facilidades que la vez anterior. Alfredo explicó a su amigo la entrevista con el camarade Dupont, expresándole que no había querido decir la verdad al francés sobre su propia situación, pero como no estaba de acuerdo con nada de lo que exigía el Partido francés, él, Alfredo, se volvía a su trabajo y allá los Dupont se las arreglaran con su disciplina cuartelera.

Maurín rió largamente. Después rogó a Alfredo que siguiera una temporada ayudándole como amigo hasta que el Ejutivo acabara de ordenar las cosas y se nombrara un director para el periódico.

—Además —añadió Maurín—; se prepara la salida de una delegación obrera a Rusia y tú podrías ser uno de los que fueran. Si ahora abandonas, sería difícil meterte en lista.

Aquello del viaje a Rusia le seducía bastante, porque creía que sería el único medio de darse cuenta de lo que allí ocurría, puesto que había tantas opiniones contradictorias.

Los dos amigos convinieron que Alfredo daría un plazo de un mes para dejar una tarea que no le gustaba nada, y que no tendría gracia acarrear con consecuencias graves por una cosa que no sentía.

Aquella misma tarde se entrevistó con Colomer y le comunicó Jo acordado con Maurín. Colomer le prometió que lo comunicaría al Comité y que seguramente antes del mes sería nombrado un sustituto; y, lo que era mejor, Alfredo podía contar con el viaje a Rusia.

Antes de un mes...; antes de un mes ya estaba en la cárcel.

Victoriano Sala seguía muy inquieto por las andanzas de su guapa esposa, y tenía razón, porque todo el mundo se había dado cuenta de que se había enredado con Fontanillas. Sala estaba también designado para ir a Rusia, pero no acababa de preparar los datos que pedían desde París a fin de arreglar los pasaportes y la documentación. No lo hacía porque quería que le acompañara su esposa, a lo que se oponían los franceses. Además, como los celos no le dejaban tranquilo, empezó a pedir permisos de salida en las oficinas de las

estación Término (la llamada estación «de Francia»), donde prestaba sus servicios. Lo hacía para presentarse en su domicilio a horas insospechadas, con el propósito de sorprender a la pareja in fraganti. Nunca lo logró, porque ellos se veían probablemente en sitio seguro. Otras veces se pasaba horas enteras en una esquina, esperando la salida de su mujer, para seguirla. También inútil.

Según se dijo entonces, y es muy probable, esas idas y venidas anómalas de Sala llamaron la atención de la policía afecta a la estación ferroviaria y montaron un servicio especial para vigilarle, lo que condujo a descubrir la casa donde residía el Comité Ejecutivo del Partido Comunista. Ésta fue una versión; la otra era que había un «chivato», cosa que no pudo comprobarse entonces, por lo que se refiere al domicilio del Comité, que era conocido de muy poca gente.

Siguiendo una vieja táctica, el Comité Ejecutivo decidió cambiar de domicilio como medida de precaución, pues vivir clandestinamente durante largo tiempo en un mismo sitio, decíase que no era sano. Así, pues, un buen día cargaron los muebles en una conductora y fueron a domiciliarse en una torre de Sant Gervasi.

Al día siguiente se presentaba la policía en la casa de la calle de Riego, pero no encontraron a nadie. Interrogados los vecinos, éstos dijeron que el día anterior aquellos inquilinos se habían mudado, sin decir adonde. La policía estaba desencantada cuando intervino un muchacho de unos doce años, que por lo visto prometía. El chico dijo que se había fijado en la conductora que se había llevado los muebles y que era de una agencia de la calle de Urgell. Encontrar la agencia y saber el nuevo domicilio del Comité fue, sin duda, cosa de coser y cantar. Aquella misma tarde se efectuó el asalto a la torre, con todo el debido aparato. Policías secretas, guardias de seguridad, autos y todo el tránsito paralizado. La operación constituyó un éxito total, puesto que estaba reunido el Comité en pleno. Es decir, que se llevaron a Pérez Solís, a Fresno, a Méndez, a Colomer y a Sala, así como al italiano Renzi, que, el pobre, no había ido a trabajar aquel día por no encontrarse bien.

Puede comprenderse que la prensa controlada por el dictador publicó la noticia con grandes titulares, diciendo que se había encontrado abundantísima

documentación muy comprometedora, y que se esperaban nuevas detenciones de elementos de importancia.

Los detenidos fueron puestos a la disposición del célebre juez militar comandante Suárez Valdés, llamado «el Chato», porque, efectivamente, le faltaba casi todo el apéndice nasal. Este juez tenía fama de mal hombre y de procesar a todo el que caía en sus manos haciendo durar excesivamente la tramitación de las causas. Por ejemplo, el proceso de veintidós sindicalistas encausados por reunión clandestina en Las Planas duró cuarenta meses, durante los cuales murió un procesado y otro, Picos, se volvió loco. Este proceso de los comunistas debería durar veinte meses.

Alfredo empezó a tomar precauciones, porque comprendía que no estaba seguro. No volvió por el piso de la calle Bruniquer; evitaba cuanto podía transitar por sitios céntricos y de ninguna manera subía a un tranvía o un autobús. Si la distancia a recorrer era larga, tomaba un taxi, que siempre le dejaba algo distante del sitio adonde iba.

Empezó a sospechar de la presencia de un confidente. El primer indicio lo tuvo por el hecho de haberse presentado la policía en casa de Adolfo Martín, que ni estaba fichado ni era conocido por la policía. Allí hicieron un registro muy minucioso, pero como no encontraron nada, no se lo llevaron. Tres días antes, Martín había invitado a comer a Rodríguez Salas, «el Manco», individuo en el que nunca tuvo confianza. Días después la policía fue a hacer investigaciones en una taberna de la Barceloneta, que servía efectivamente como «buzón» de la correspondencia. El registro fue infructuoso, a pesar de haber durado más de dos horas, tanto en la taberna como en el edificio del dueño, situado en el primer piso del mismo edificio. Y sin embargo allí, casi a la vista, había un puñado de cartas dirigidas a Sagrera, el minervista, que era el encargado de recoger la correspondencia. Las cartas estaban, sencillamente, en el interior de un número atrasado de La Vanguardia y encima del mostrador.

Naturalmente, hubo que proceder a organizar otro servicio. Entre las cartas salvadas había dos de Tarragona y, entre otras cosas, decían que había estado allí Rodríguez Salas, hombre en el que tenían suma confianza.

Estas dos coincidencias le parecieron a Alfredo harto sospechosas por lo que, de acuerdo con Sagrera, Molinero y Grau, apartaron al «Manco» de toda actividad. Ello no fue fácil, porque el individuo se dio cuenta y fue a la cárcel, a explicárselo a David Rey, antiguo compañero suyo en la cárcel de Tarragona. David Rey confiaba plenamente en Rodríguez Salas y reclamó seriamente ante el Comité Ejecutivo detenido.

Natalia fue a ver a Alfredo y le entregó una nota salida de la cárcel, ordenando que se reconsiderara el caso Rodríguez Salas. Como no era cuestión de dar explicaciones, no se hizo el menor caso.

Fuera por lo que fuera, lo cierto es que en tres días cayeron otros dos compañeros en manos de la policía. Grau Jassans fue detenido en su propio taxi y Molinero mientras conducía el coche de la empresa Cubiertas y Tejados, en la que trabajaba.

Alfredo tenía ya absoluta certeza de la existencia de un confidente, aunque no tenía pruebas de que fuera Rodríguez Salas. La historia de este individuo era misteriosa. Se presentó en Tarragona, sin saber de dónde procedía, y en seguida empezó a meter ruido en la CNT. Fue él quien formó allí el primer «grupo de acción» que primeramente actuó contra esquirols y patronos recalcitrantes, pero que después derivó hacia los atracos. Cogido con las manos en la masa en uno de esos atracos, fue encarcelado y después condenado a unos años de presidio, que cumplió en parte en el reformatorio de Alicante, donde conoció a Miguel Ferrer, el separatista, entablando con él una amistad que más tarde debería tener funestas consecuencias. Cuando salió de presidio, en lugar de volver a Tarragona, fue a Barcelona, donde David Rey, de absoluta buena fe, le introdujo en los medios sindicales y comunistas.

En realidad no se sabía de qué vivía, pues no se le conocía ocupación alguna, aunque él decía que era empleado municipal pero que, como tantos otros, no iba más que a cobrar.

Por aquellos días Alfredo fue a Terrassa para organizar la sección local a demanda de los muchachos que actuaban en la misma. Su sorpresa fue grande al encontrarse allí con «el Manco». No dijo una palabra, pero procuró quedarse solo con Oliver, el más destacado de los de la ciudad, y le dijo que en

presencia del «Manco» no tendría lugar reunión alguna. Oliver no se anduvo por las ramas y le dijo al individuo que como él no formaba parte de las células- de Terrassa, comprendería que no podría asistir a la reunión convocada. El «Manco» se puso furioso y manifestó que Alfredo era un intriga nte y que ya le arreglaría las cuentas. Alfredo ni siquiera le respondió, pero aconsejó a Oliver que procurara que el tal individuo no quedase solo durante el tiempo de la reunión. Así se hizo, pero por desgracia sabía la casa donde se tenía que celebrar. Como medida de precaución, se cambió el sitio de reunión, trasladándose todos desde el domicilio de Casajuana a casa de otro compañero. Casajuana fue detenido quince días después que Alfredo,, cuando entró en el piso de la calle Bruniquer, cuyas llaves le había entregado aquél como medida de precaución por si caía preso.. Como aquel piso era ignorado por casi todos, Casajuana tenía el convencimiento de que había sido seguido desde la estación de Sarria y detenido cuando ya estaba dentro del piso. Afortunadamente allí no encontraron más que papeles sin importancia; el plano de Barcelona, sujeto a la pared, con las direcciones en clave de toda Cataluña, no fue objeto de curiosidad alguna.

Ante tantas detenciones, Alfredo creyó conveniente tomar sus precauciones para cuando le tocara el turno. Se entrevistó con Sa- grera y le puso al corriente de cómo marchaban las cosas y sobre todo le hizo entrega del dinero que había en caja, quedándose con una pequeña cantidad. Sagrera dijo que ingresaría aquellos miles de pesetas en la cuenta corriente de su hermana, que cenía un puesto en los Encants del mercado de San Antonio. Allí el dinero estaría bien seguro y se podría sacar según las necesidades.

Era tiempo de tomar tales precauciones, porque pocos días después, el 25 de marzo de 1925, detuvieron a Alfredo. Y fue así:

La correspondencia para *La Batalla* se recibía en el apartado de Correos (en aquellos tiempos situado en la plaza de Urquinaona). Alfredo mandaba siempre a buscarla al primer amigo que tenía a mano y se prestaba a ello. La consigna, en caso de presencia de la policía, era que aquella correspondencia debía ser llevada a la imprenta donde se imprimía el periódico, y que el encargo se lo había dado el propietario de la imprenta, Martí Barrera, el cual ya estaba de acuerdo.

El día de autos, Alfredo encontró a su amigo tipógrafo Massip y después de convidarle a tomar un café con leche en el bar de Canaletas, le preguntó si quería acudir a retirar la correspondencia del apartado de Correos. Como Massip por aquellos días estaba sin trabajo y no tenía prisa, no puso inconvenientes.

Salieron a la Rambla los dos amigos bajo el paraguas de Alfredo, pues llovía abundantemente. Por la plaza de Cataluña y calle de Fontanella llegaron a la plaza de Urquinaona, en cuyo ángulo con la calle Junqueras estaba entonces el edificio de Correos.

Alfredo quedó en los jardines de la plaza, bajo el paraguas, mientras Massip entraba en Correos. Bien pronto le vio venir con un manojo de cartas y periódicos. Alfredo abrió la cartera de cuero que llevaba, con un poco de dificultad a causa del paraguas, y cuando Massip se disponía a meter dentro la correspondencia, los amigos se sintieron agarrados por el cuello de sus chaquetas, mientras una voz vigorosa les decía:

—¡Quedan los dos detenidos!

No se habían puesto de acuerdo para un caso como aquél, pero la reacción fue la misma. Al mismo tiempo, le dieron un gran codazo al policía, que cayó cuán largo era sobre el suelo, y emprendieron veloz carrera en distintas direcciones. Massip tomó por la calle de Lauria arriba, salvándose del peligro. Alfredo tuvo menos suerte, pues resbaló en el barro de los jardines y cayó al suelo con paraguas y cartera. Cuando se disponía a incorporarse, ya estaba el policía sobre él, apuntándole con una pistola.

Alfredo hizo un gesto apaciguador con la mano, y dijo:

—No juegue con ese chisme, que puede hacer pupa.

—Levántese y acompáñeme —dijo el policía.

Con toda parsimonia lo hizo Alfredo, recogiendo el paraguas y la cartera. El policía estaba muy enfadado, y dijo:

—No está bien lo que han hecho. Eso sólo lo hacen los «chorizos». Ustedes no deben usar esos procedimientos.

—No discutamos. Su obligación es detenerme y la mía estar libre, si puedo. Vamos donde sea.

Como es natural, se había formado un buen grupo de curiosos que hacían sus comentarios. A Alfredo le pareció que la gente le miraba con simpatía.

El policía le dijo que si era formal no le pondría las esposas. Así lo prometió Alfredo y los dos juntos salieron andando, como dos amigos que habían tenido la desgracia de caer al suelo y ponerse perdidos de barro.

—¿Adonde vamos? —interrogó Alfredo.

—A la Brigada Social. Pero antes pasaremos por la comisaría de la calle de Ortigosa, para limpiarnos un poco el barro.

Bajaron por la calle Junqueras y llegaron a dicha comisaría. Allí el policía ni siquiera dijo que llevaba un detenido. Se limitó a solicitar agua y una toalla. Un guardia les hizo pasar a un patio donde había una fuente. Se lavaron las manos y limpiaron lo mejor posible el barro de la gabardina del policía y el traje de Alfredo. Volvieron al vestíbulo de la comisaría. El policía dejó la gabardina sobre una mesa, junto con la pistola, que había sacado del bolsillo.

—Voy a telefonear —dijo. Y se adentró por una puerta.

El guardia que estaba allí le preguntó si se habían caído en el barro. Alfredo le respondió que sí, con toda naturalidad. El guardia no habló más y se puso a leer el periódico. Alfredo empezó a reírse interiormente ante las ganas que le asaltaban de hacer una trastada.

Efectivamente, por la actitud del guardia, era indudable que no le tomaba por un detenido, sino por otro policía. Encima de la mesa estaba la pistola y la gabardina del policía. Y se le ocurría que acaso podría ser posible coger la pistola, guardarla, echarse la gabardina al brazo y salir tranquilamente a la calle. Si el guardia que leía no decía nada, seguramente que el de la puerta haría lo mismo. Sería un golpe magnífico. Pero no se acababa de decidir. Hizo mal, porque en seguida salió el policía de donde había entrado, y dijo:

—En marcha.

—Vayan ustedes con Dios —respondió el guardia, amablemente.

—¿Y ahora, adonde?

—A la Brigada Social; para eso he telefoneado.

Por el Orfeó Catalá salieron a la Vía Layetana; de allí, subiendo por la calle San Jaime y plaza de la Constitución, entraron en la calle de la Ciudad, hasta la plaza de Regomir, donde estaba instalada la Brigada Social. Subieron al primer piso. Una sala sucia, destortalada, con dos mesas en el centro, unos tinteros manchados, carpetas llenas de borrones, ceniceros llenos de colillas. Ello no impedía que en el suelo hubiera bastantes más. En los muros, forrados de papel deslucido, unos pequeños retratos con una leyenda al pie. Eran los «muertos en servicio».

El policía captor de Alfredo dijo al entrar:

—Un buen servicio. ¿Está el jefe?

Los dos policías que estaban sentados a la mesa sin hacer nada se volvieron con gesto interrogador.

—No —dijo uno—, pero no tardará. ¿Quién es éste?

—Lo he pescado en el apartado de Correos. Ahora nos dará la filiación.

Tiró la gabardina y el sombrero sobre una silla. Se sentó a la mesa y dijo a Alfredo:

—Bueno; siéntese y conteste.

Dijo Alfredo su nombre y apellidos, oficio y domicilio. A continuación el policía le preguntó qué intervención tenía en el Partido Comunista. Alfredo le dijo que ninguna, y que lo mejor que podían hacer era esperar a que llegase el jefe, a fin de no repetir las declaraciones. El policía se enfadó y dijo que a él nadie le tenía que enseñar su obligación. Alfredo le contestó que no lo intentaba, pero que si se le había detenido sin haber hecho nada, y sin tener orden de hacerlo, era él, el policía, quien tenía que acusar.

Intervino otro policía para decir:

—Creo que habrá que darle una lección.

Los tres policías se pusieron en pie. Alfredo se preparó a recibir unas cuantas bofetadas, que no hubieran fallado si en aquel momento no hubiera entrado otro policía, quien, al ver a Alfredo, dijo:

—¡Caramba, Alfredo! ¿Te has dejado coger?

—¿Le conoces? —dijo el captor.

—¡Pues, ya lo creo! Es un elemento de importancia. Pero ¿qué ha hecho?

El otro policía explicó cómo le había detenido.

—Es interesante. El jefe estará contento. Es una complicación que no la espera.

—¿Por qué?

—Cosas que no entenderíais. Bueno, ¿ya le habéis registrado?

Era verdad. No se les había ocurrido. Alfredo tuvo que vaciar todos los bolsillos. Nada de particular, porque tenía la precaución de no llevar nada comprometedor encima. Lo que llamó la atención fue que llevaba tres pares de llaves. Naturalmente, le preguntaron de dónde eran. Él dijo, sonriendo, que de «sus domicilios». Volvieron a enfadarse los policías, menos el último llegado, que se puso a reír.

—No te rías —dijo uno—. Cuando has llegado ya le íbamos a dar para el pelo, porque quería tomarnos el nuestro. Ahora quiere empezar otra vez, y al hijo de mi madre no le toma el pelo ninguno de esos tipos.

—Calma, calma —dijo el otro—. Éste no es un cualquiera, y ya lo veréis cuando venga el jefe. Hay que saber distinguir. Al fin y al cabo no os ha dicho nada insultante.

Los policías se sentaron, refunfuñando. Sin duda el otro debería tener más autoridad.

—Bueno —dijo—, como el jefe está a punto de llegar, no vale la pena de bajarte abajo. Siéntate y piensa que cuanto más claro seas con el jefe, mejor será para ti.

—Creo —dijo Alfredo— que van a tener ustedes un desengaño, porque yo ahora soy hombre de poca importancia.

El policía que le había detenido estaba examinando las llaves; preguntó:

—¿Cuál de estas llaves es la del apartado de Correos?

—Ninguna; la de Correos la debe tener el que salió corriendo.

Estas palabras tuvieron la virtud de hacer volverse a los otros policías de cara al primero, con gesto interrogatorio.

—Sí —dijo—; se me ha escapado uno, que es el que entró en Correos, pero es una especie de gigante que me ha tirado al suelo. Y menos mal que a éste no le solté.

Todos se pusieron a reír. Alfredo no juzgó necesario aclarar las cosas.

—Pero entonces nos vas a decir quién era el escapado —exclamó uno de los policías.

—No lo sé —respondió Alfredo—. Sólo le conozco de vista, del sindicato. Creo que es papelero.

—¿Ves, Elias, cómo se burla de nosotros?

El llamado Elias tomó otra vez el tono conciliatorio, para decir:

—Lo que le pasa a éste es que es novato en detenciones. Déjenle para el jefe y ya veréis cómo se entienden.

Alfredo estaba asombrado de la conducta de aquel Elias, a quien no conocía, y que tanto le ayudaba a salvar el físico.

Se abrió la puerta, entró un hombre, y todos se pusieron en pie. Alfredo comprendió que era el jefe de la Brigada Social, llamado Acuña.

—Buenos días, amigos —dijo—. ¿Quién es éste?

—Un detenido. Le cogí en el apartado de Correos.

El policía, añadiendo el gesto a la palabra, entregó al jefe un papel con el nombre del detenido. El jefe leyó rápidamente y miró a Alfredo con curiosidad.

— ¡Hombre! —dijo—. Tú eres Alfredo; ya tenía ganas de conocerte. Pero ¿qué puñetas hacías en Correos?

—Yo no estaba en Correos; simplemente me paseaba por la plaza de Urquinaona, cuando ese señor me ha detenido.

El aludido, pálido de ira, se abalanzó furioso contra Alfredo. Elias se interpuso. El jefe, muy serio, dijo:

—Ya saben que aquí no quiero gestos de esa clase. Y usted, Alfredo, dése cuenta de dónde está. Venga a mi despacho.

Entraron en el despacho del jefe, que estaba un poco mejor arreglado y más limpio que el otro. Este jefe de la Brigada Social era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, grueso, moreno, afeitado de cara; nada en él denotaba al policía, como no fueran sus ojos grises, de mirada inquisitiva.

Cerró la puerta cuidadosamente, dijo a Alfredo que se sentara y, sentándose a su vez, tocó un timbre cuyo pulsador tenía encima de la mesa. Inmediatamente, entró el policía que atendía por Elias.

—A sus órdenes —dijo.

—Búsqueme el expediente de Alfredo —dijo el jefe señalando al aludido.

—En seguida —y salió.

—Bueno, hombre —dijo el jefe—. Ya tenemos aquí a Alfredo. ¿Eres amigo de Maurín, verdad?

—Verdad.

—Eso puede ser un indicio, porque no te tenía por comunista.

—Ni lo soy.

—Eso se verá.

El jefe sacó una petaca y ofreció a Alfredo un cigarrillo. Éste rehusó con un gesto. El policía encendió el suyo y, sin hablar más, esperó la vuelta de Elias. Éste llegó en seguida con una carpeta en la mano, que entregó al jefe.

—Quédese, Elias.

Éste se quedó cerca de la mesa. El jefe repasó los papeles que tenía en la mano, luego los dejó sobre la mesa, y dijo a Alfredo:

—Bueno, amigo. Aquí no hay nada grave, aparte del asunto de la muerte de Sallant, que no es de nuestra incumbencia porque pasó al juzgado en su día. El juez sabrá por qué deja dormir ese asunto. Ahora, lo que nos interesa es saber qué contactos tienes con los comunistas. Si eres sincero ganaremos tiempo. Todos los jefes están detenidos y los papeles en nuestras manos. De modo que es inútil que nos expliques cuentos chinos. Más vale que hables claro y saldremos ganando.

—Voy a decirle la verdad, aunque estoy seguro que no la va a creer. Pero no tengo otra. Yo no soy comunista ni me gusta el comunismo. Mi amistad por Maurín ha sido la causa de que, desde su detención, y a demanda suya, me haya encargado de la confección de *La Batalla*. Por eso mando a buscar la correspondencia del periódico al apartado de Correos. Ahí está mi cartera, donde podrá ver que no hay más que correspondencia para el periódico. No veo a nadie más, ni sé nada más.

—Demasiado sencillo todo eso. No me negarás que recibes una subvención del Partido Comunista francés y que el dinero llega de París. ¿Quién lo recibe?

—Créame que no lo sé. Yo soy algo así como el director, no el administrador. Pregunte en la imprenta.

Siguió un largo silencio, durante el cual el jefe miraba a Elias y éste sonreía.

—Bien —dijo el jefe—. Tú loquieres. Si me placiera, te confundiría, diciéndote cosas que te asombrarían. Tú juegas ahora al hombre de honor. Allá tú. Los comunistas están en manos del juez militar, el cual ha reclamado la detención de quien hace *La Batalla*. Ése eres tú. Ya estás detenido y yo te remito al juez. Se te va a caer el pelo, porque ese juez es de cuidado.

—¡Qué le vamos a hacer! Usted mismo me dice que no hay otro remedio ni otra solución. Luego, nada ganaría inventando cuentos. Mándeme en seguida a la cárcel.

—Sal fuera un momento. Ya te llamaré.

Elias abrió la puerta. Alfredo salió a la sala y se sentó en una silla. Elias volvió a entrar en el despacho. Pasaron más de quince minutos. Ahora en la sala había muchos policías, que hablaban animadamente. La mayoría preguntaba quién era Alfredo, y los enterados decían lo que sabían.

Por fin salió Elias y con un gesto de la mano llamó a Alfredo, que volvió a comparecer ante el jefe.

—Bueno, Alfredo; te mandamos al juez, y, por lo tanto, a la cárcel. Es lástima porque, sinceramente, creo que no eres comunista; pero, como prefieres callar, no quiero forzar tu conciencia. El jefe superior está de acuerdo en que no te retengamos. Así, pues, ahora te llevarán a ficharte, porque no lo estás ([9](#)). Esto no es ¿bueno, pero no hay más remedio. Después, esta tarde, te trasladarán a la Modelo.

—¿Me permite una pregunta?

—Puedes hacerla.

—¿Quién me llevará a la ficha y a la cárcel?

—Unos guardias.

—¡Ah! Así, nada.

—Sí, ya sé. Temes caer en las manos de Ordóñez, el que te ha detenido. No hay cuidado. Ya me ha explicado Elias que habéis tenido «diferencias». Por esta vez te has salvado, pero te recomiendo que no emplees ese sistema, porque puede peligrar tu físico.

Salieron a la sala, todavía más llena de policías. Era la hora del relevo. El jefe pidió silencio y dijo:

—Señores, aquí les presentó al «compañero Alfredo», que luego van a fichar. Como suele ocurrir con los rubios, la fotografía acostumbra a engañar, porque el pelo sale oscuro. Así, ahora le pueden conocer para servicios futuros.

Y el hombre se puso a reír, volviéndose al despacho. Alfredo dijo a Elias, que estaba a su lado:

—No está mal, pero yo también conoceré ahora a buena parte de ustedes.

Como ya era la una de la tarde, los policías convinieron que le llevarían a la ficha después de comer. Un ordenanza se encargó de mandar traer comida para Alfredo de un restaurante próximo. Pagando el interesado, claro, porque allí, le dijeron, no tenían presupuesto para dar de comer a los detenidos.

Alfredo comió en la punta de una mesa, con poco apetito. Después se aburrió bastante hasta las tres de la tarde, contestando con monosílabos a las preguntas que le hacían los oficinistas curiosos. Por fin entraron dos guardias y preguntaron quién era el que había que llevar a la ficha. Se lo indicaron, y uno de ellos dijo: «Andando». Alfredo pidió que le devolvieran su cartera de mano y el dinero que le habían hecho depositar. Le respondieron que ya se lo entregarían al volver, pues antes de ir a la cárcel volverían allí.

Salió con los guardias, quienes le preguntaron si quería que avisaran un taxi. Alfredo respondió que era mucho lujo. Entonces le ataron las manos con un cordel, y le situaron en medio de los dos guardias. Emprendieron el camino de la comisaría de Atarazanas, al final de la calle de Santa Madrona, junto al Paralelo.

El gabinete antropométrico, instalado en el primer piso, era tan pobre y estaba tan sucio como todas las instalaciones policíacas de la ciudad. Con gesto adusto y malos modales le fotografiaron de frente y de perfil, y después le tomaron las huellas digitales de todos los dedos de la mano. Le dejaron un trapo bastante sucio para limpiarse la tinta de los dedos.

Volvió con los guardias al local de la Brigada Social. Tanto a la ida como a la vuelta, muchos transeúntes se paraban para mirar al terceto. Alfredo se esforzaba por aparecer sonriente, con la esperanza de que la gente no le tomara por un vulgar ratero.

En el despacho de la Brigada Social tuvo que esperar hasta las seis de la tarde, hora en que llegó el coche celular, viejo armatoste tirado por dos caballos famélicos. Le entregaron la cartera y el dinero, pero no las llaves y algunos papeles, sin que pudiera precisar cuáles.

Subió al coche, donde ya había otros dos individuos. Hicieron una primera parada en Jefatura, donde hicieron subir a tres individuos más, y de allí fueron a Atarazanas, donde subieron otros dos, marchando luego directamente a la cárcel.

Como era la segunda vez que entraba allí, los trámites fueron sencillos y en seguida fue conducido al «centro». Allí le informaron de que iría a la tercera galería, «donde ya estaban todos sus compañeros». Esto le alegró. Le metieron en la celda 303, la primera a la izquierda de la planta baja. No pudo dormir en toda la noche, en parte como consecuencia de lo que le ocurría, en parte porque el depósito del agua se descargaba solo cada diez minutos, produciendo un ruido que le parecía tremendo.

Por la mañana, cuando abrieron la puerta para servir el café, miró con interés a las puertas vecinas, pero no reconoció a nadie, aunque vio que algunos presos le hacían señas con la mano. Después llegó la hora del paseo, y fue de los primeros en salir al patio. Allí se formó en seguida un gran corro a su alrededor. Bonet, Grau Jas-sans, Molinero, Trilla y otros muchos simpatizantes de Rusia. Un poco aparte había un grupo al que fue llevado en seguida. Eran los del Comité: Pérez Solís, Fresno, Méndez, Colomer y Sala. Pérez Solís era un tipo alto, derecho, de cara bien afeitada, de piel entre morena y roja, denotando poca salud; casi siempre sonreía.

Ninguno de aquellos presos se manifestaban tristes ni apesadumbrados. Todos tenían gran confianza en el porvenir y creían absolutamente en la inminente caída del dictador. Por el gran patio paseaban una buena cantidad de sindicalistas y anarquistas. Habló con Peiró, Pestaña, Abella, Arnó, Aróles, Eróles y muchos más. Aquél no era día de visita para la tercera galería, por lo que no pudo acudir a comunicar, pero sí recibió ya un cesto de su casa, con comida y objetos de aseo.

Antes de terminar el paseo, Alfredo preguntó al empleado de turno, que también se paseaba por el patio, si podría ver al otro empleado que era amigo de su padre y que le había ayudado en su primera detención. El carcelero le respondió que aquel por quien preguntaba entraría de servicio a mediodía, y que ya le daría el recado. Después de comer abrieron la puerta y el ordenanza le dijo que acudiera al centro, donde le llamaban. Allí encontró a Pérez, el amigo de su padre, el cual le recibió sonriendo, y le dijo:

—Bueno, amigo, ya vuelve a estar aquí. Ustedes son como las golondrinas, que vuelven todas las temporadas. ¿Qué puedo hacer por usted?

Alfredo le pidió si era posible cambiarle la celda, a causa del ruido del depósito del agua. El empleado accedió inmediatamente a la demanda y consultó un libro para ver qué otras celdas había libres. Le preguntó qué piso prefería. Alfredo le indicó que, a poder ser, le colocaran cerca de sus amigos, y dio los nombres. Inmediatamente se cursaron las órdenes y, cogiendo sus cosas, fue a ocupar una celda del tercer piso, junto a las que ocupaban los comunistas. Casi oficialmente «le metieron» en el Partido.

En previsión de que viniera el juez militar se pusieron en seguida de acuerdo sobre lo que habría que declarar. Alfredo no sería más que un amigo, que cuidaba solamente del periódico, por su profesión. Los otros, siguiendo consignas del Partido, aceptaban la responsabilidad de ser los dirigentes, aunque negaban que obraran clandestinamente, puesto que oficialmente no se había decretado la suspensión del Partido Comunista. Esto, que parecía absurdo, era la pura verdad.

A los tres días, fueron llamados «a jueces» todos los del Comité y Alfredo. Era el comandante Valdés quien había llegado. Reglamentariamente, cuando los jueces, tanto civiles como militares, iban a la cárcel a tomar declaraciones, debían hacerlo en los locutorios especialmente destinados a ellos, establecidos en un pabellón cerca de la entrada, donde también estaban las celdas para los acusados de delitos políticos, pero que nunca estaban ocupadas, porque los directores no lo consideraban seguro. Este juez, Valdés, no quería subir las escaleras que conducen al locutorio y, lleno de soberbia, se hacía presentar los presos en el propio despacho del director, que humildemente consentía en

ello. Fueron, pues, llevados al susodicho despacho. El juez Valdés estaba sentado en el sillón del director. Era un tipo grueso, con el rostro colorado típico de los borrachos, de mirada apagada y a modo de nariz no tenía más que una especie de verruga con dos agujeros. Fumaba un puro. En un lado de la mesa, un sargento actuaba de secretario. El militar estuvo un buen rato mirando a los presos, sin decir palabra, chupando el cigarro y arrojando grandes bocanadas de humo. Por fin, cogió el cigarro entre el índice y el pulgar de su mano izquierda y, apuntando a Alfredo, dijo:

—Bueno; usted era el que faltaba. Y como ya le tengo aquí, vamos a empezar el proceso. Desde este momento quedan todos procesados, presos sin fianza, por los delitos de conspiración contra el estado, organización clandestina y entendimiento con el enemigo. Sargento Regúlez, presenteles el acta de procesamiento y que firmen.

El sargento colocó sobre la mesa un papel escrito a máquina, que ya traía preparado, e hizo seña a los detenidos para que se acercaran a firmar. Entonces Pérez Solís se adelantó y dijo:

—Mi comandante; no podemos firmar esta comunicación, porque en ella se nos acusa de delitos que no hemos cometido y, por tanto, no reconocemos. Cuando tengamos defensores, seguiremos su consejo.

El juez militar, más colorado que de costumbre, dijo:

—Mire, Solís; usted cree que porque ha sido militar puede darme lecciones. Y no es así; aquí soy yo quien manda. De modo que a firmar y nada más.

—No, señor juez, no firmaremos hasta que hayamos consultado con nuestros defensores.

— ¡Pero si esto se hace con todos los procesados!

—Pues ha llegado el momento de cambiar.

—¿Saben a lo que se exponen? Les pondré incomunicados.

—Hágalo y aténgase a las consecuencias.

El comandante se levantó nerviosamente y se puso a pasear por el salón. Después se acercó al teléfono, tomó el auricular, volvió a dejarlo y exclamó:

—Salgan fuera. Ya les llamaré.

Salieron al antedespacho. El sargento le dijo al carcelero que les acompañaba que tenían que esperar.

Solís les dijo a los demás que no cedieran, porque estaban en su derecho.

Colomer adujo que, como la justicia militar era un absurdo, acaso lo mejor sería firmar, puesto que, al fin y al cabo, ello no comprometía a nada.

Solís insistió. Había que enseñar las uñas desde el primer momento. Él sabía muy bien cómo había que tratar a esos jueces improvisados.

—Ya veréis cómo no nos incomunica. Tenía que haberlo hecho en el momento de hacerse cargo del proceso, y no ahora, tres semanas más tarde.

Volvió a abrirse la puerta del despacho y el sargento les hizo señas de que entraran.

El comandante habló:

—Bueno; mañana el sargento traerá otro documento que espero firmarán. No quiero que digan que soy todo lo malo que me atribuyen. Regúlez, déles usted la lista de capitanes, para que elijan defensores.

Volvió a intervenir Pérez Solís:

—Señor juez: tenemos intención de nombrar abogados civiles para nuestra defensa.

—Solís —dijo el juez—, usted quiere jugar conmigo y se equivoca. Conmigo lleva las de perder. Si quieren abogados los tendrán, pero el resultado será el mismo. Tienen ocho días para nombrar defensores. Pueden retirarse.

La amenaza del juez no era vana, aunque no se cumplió totalmente. Pero el proceso tardó veinte meses en sustanciarse.

Pronto se estableció el contacto con los pocos elementos que habían quedado en la calle. A las comunicaciones de la cárcel no acudían más que los familiares. Natalia había montado «un buzón» para la correspondencia española. La correspondencia con París y el dinero llegaban a través de un cartero simpatizante que, además, cobraba una comisión. Se organizó la manera de lograr introducir en la cárcel la correspondencia de París. Se consiguió por dos métodos: uno era aprovechar los bultos de comida que cada dos días se entraban para los presos. Se inventó una coartada, consistente en un cesto de mimbre, con doble fondo, en el cual se depositaban comunicaciones apócrifas de un supuesto Comité Ejecutivo. Este sistema conducía a hacer creer a la policía que tenían en sus manos el sistema de comunicación entre el interior y el exterior. Los polizones de servicio en la cárcel sacaban del doble fondo los documentos, hacían copias y los volvían a colocar en su sitio. Mientras tanto, la mujer de Alfredo hacía entrar los documentos verídicos por un procedimiento que, por su extrema sencillez, no ofrecía sospechas.

El otro procedimiento de comunicación se estableció por medio de un oficial de prisiones, al que llamaban «el Filarmónico», el cual acudía a casa de la madre de Alfredo cuando había algo urgente que comunicar. Esto costaba dinero, pero se consideraba bien aprovechado. Aunque mezquinamente y con irregularidad, los recursos no faltaron a los procesados y familias durante los veintiocho meses que estuvieron presos. Cabe decir, en su honor, que ni por una sola vez los abogados reclamaron retribución alguna.

Al día siguiente volvió el sargento del juzgado militar con otro documento, más suave, de notificación de proceso, documento que ahora firmaron todos. También llevaba una lista de capitanes para que eligieran defensores, pero se la volvió a llevar porque los encartados reclamaron su derecho de nombrar abogados civiles. Aceptaron la defensa los abogados Dualde, decano del Colegio de Abogados, Companys y Guerra del Río. A Alfredo le defendió un abogado poco conocido, apellidado Forns. Se hizo así para seguir manteniendo la primera versión de que Alfredo no estaba afiliado al Partido Comunista (lo cual era cierto), y que, además, *La Batalla* no era un órgano oficial del Partido.

La vida en la cárcel se organizó bastante bien. Fresno confeccionaba la comida para Solís y para él con los géneros que entraban las hermanas de Alfredo y con lo que compraban en el economato. Méndez comía con Molinero de lo que a éste le entraba la familia; a los demás les asistían, naturalmente, sus familiares.

La tercera galería era por entonces el «hotel» donde estaban alojados todos los enemigos del régimen que no eran atracadores (éstos estaban en la primera, como autores de delitos comunes). El régimen carcelario era bastante suave. En realidad los presos no tenían tiempo de aburrirse, pues entre las horas de paseo, mañana y tarde, la ida y vuelta al economato, y las comunicaciones, los detenidos apenas pasaban tres horas diarias en las celdas, durante el día, «claro está».

El paso de una celda a la otra y la reunión de tres o cuatro en una misma celda era cosa corriente, mediante propinas en metálico y en comida a los ordenanzas, que eran ladronzuelos en desgracia.

Era curioso observar el patio. Cuando salían los presos, invariablemente se agrupaban por grupos de afinidad, es decir, los cenetistas de tendencia anarquista intransigente, los cenetistas templados, los comunistas y algunos separatistas. Estos grupos cambiaban impresiones entre sí y luego acudían, diseminados, a charlar con los otros presos, discutiendo largamente de todo lo humano y lo «divino». Se podían escuchar las tesis más peregrinas. Cuanto más ignorantes eran los individuos, más charlaban y más «avanzados» decían ser. Se citaba a Kropotkin, a Bakunin, a Mella, a Pi y Margall, a Saint-Simon, a Marx, a Kautsky, a Lenin, a Trotski, con aserciones que seguramente los aludidos no habían pensado jamás.

El amor libre era un tema muy corriente, que agradaba a los solteros pero que no hacía gracia a los casados. Se llegaba, incluso, a defender el incesto entre hermanos y padres o madres e hijos. Entre esta fauna discutidora había casos bien especiales, como los que leían mucho y no digerían, los cuales se formaban una teoría propia y no se apeaban de ella de ninguna manera. Otros eran los eruditos, que siempre pretendían tener razón, citando autores, sobre todo griegos y romanos, aunque, si citaban nombres, no citaban los textos. La

mayoría de estos grandes discutidores eran naturistas a su manera, es decir, se alimentaban vegetarianamente, en lo posible, lo que traía como consecuencia que casi todos estaban escuálidos, como podía apreciarse por las mañanas cuando hacían ejercicios de gimnasia sueca, con sólo los calzoncillos, aun en pleno invierno.

Había también los solitarios, que eran de dos clases: unos, los que se paseaban sin descanso a lo largo del patio, hablando solos; los otros, que se sentaban en un rincón, leyendo un libro que casi siempre era el mismo, o escribiendo textos sin cesar y que no daban a leer a nadie.

No todos perdían el tiempo. Se habían organizado unos grupos de cultura que cuidaban de dar cursos de gramática, aritmética, literatura, inglés y francés. Y todo ello con buen resultado.

El grupo de los comunistas organizó unas lecturas comentadas, que no tuvieron éxito, porque frente a Molinero, Méndez, Fresno y el italiano Renzi, que aceptaban las teorías bolcheviques como pan bendito, estaban Colomer, Trillas, Jover, Alfredo y otros catalanes que oponían objeciones y hacían preguntas que desesperaban a los «creyentes»; éstos, a falta de argumentos, apelaban a salirse por la tangente, motejando a los otros de retrasados, kautskistas, social-durmientes y otras lindezas por el estilo. Pérez Solís no intervenía nunca en las discusiones, y si se le interrogaba solía salir del apuro contando un chascarrillo, de los cuales debía tener un buen almacén.

Entretanto, Alfredo pensó en escribir a Pepita, explicándole lo que le había ocurrido, pues no quería que pensara que la había dejado «caer» sin más. Lo hizo a todo evento, dirigiendo la carta al taller donde se habían conocido. La carta llegó normalmente, y ella contestó, muy agradecida por la atención, y preguntando qué debía hacer para acudir a verle. Alfredo, en su nueva carta, le indicó que fuera a ver a su hermana y le hablase con franqueza. Así lo hizo ella, y un buen día se presentaron las dos en el locutorio. La hermana de Alfredo pasó al locutorio de al lado, a charlar con David Rey, dejando a Alfredo y Pepita que se despacharan a su gusto. Estas entrevistas se repitieron de vez en cuando, siempre que era posible faltar al trabajo y combinarlo con las visitas que Alfredo recibía de su numerosa familia. Alfredo daba rienda suelta

a su fantasía. Las cartas las dirigía a la compañera de ella, María, que seguía trabajando en el mismo taller.

En la Cárcel Modelo de Barcelona hay una imprenta, en la cual trabajan presos; allí, además de los impresos del establecimiento, se confeccionaban otros para clientela particular. En esta imprenta estaba empleado David Rey, y en cierta ocasión éste fue a decirle a Alfredo si quería trabajar en la imprenta de «la casa», pues había una plaza vacante. Naturalmente, agradeció y aceptó el ofrecimiento. Este empleo tenía la ventaja de tener todo el día la puerta de la celda abierta y poder circular por toda la cárcel sin que nadie le dijera nada. Además, estaba retribuido con dos pesetas diarias. Esas dos pesetas le permitían reducir un tanto el esfuerzo que hacía la familia para llevarle la comida.

La libertad de circulación que le daba su empleo en la imprenta le permitía a Alfredo tener contacto con los presos de otras galerías, y especialmente con los de la quinta, donde estaban quienes podían pagar un suplemento de lujo que les daba derecho a comunicación diaria, luz eléctrica hasta las diez de la noche y celda abierta todo el día. Por aquellas celdas de pago desfilaron bastantes elementos intelectuales, como abogados, médicos, farmacéuticos, comerciantes, etc., todos ellos detenidos gubernativos por supuestas actividades subversivas. Companys, Aiguader, Lluhí Vallescá, Casanova y otros republicanos de izquierda hicieron estancias breves en aquella galería y con todos estableció contacto Alfredo. Como preso y procesado, durante muchos meses estuvo allí el doctor Baltá, farmacéutico que poseía una farmacia en la Rambla de Cataluña. Estaba acusado de conspiración separatista. Con él estableció Alfredo una buena amistad. Diariamente el farmacéutico le prestaba periódicos, revistas y libros en francés, que Alfredo se esforzaba en comprender, llegando a leer casi de corrido.

A principios de junio se supo que habían ingresado en la cárcel los acusados del atentado de Garraf. Estaban rigurosamente incomunicados en celdas especiales situadas en pabellón aparte, donde se hallaban (vacías) las celdas de políticos y los locutorios de jueces y abogados.

La prensa había publicado las detenciones, pero había dado muy pocos detalles del frustrado atentado. Hasta un mes y medio más tarde nadie pudo entrar en contacto con aquellos detenidos, pues la orden de incomunicación era muy rígida. Por fin fueron trasladados a las celdas de políticos, con derecho a comunicación, pero apartados del resto de los presos.

Con la complicidad del carcelero llamado «el Filarmónico», Alfredo pudo entrevistarse con tres de los procesados de Garraf. Fueron Compte, Julia y Perelló. Además, estaban presos otros dos: Granier Barrera y Badía, los cuales se encontraban por entonces en la enfermería.

Cuando Compte y sus compañeros se convencieron de que Alfredo no era ni un chivato ni un agente provocador, le confiaron la verdad de su fracasado atentado, sin darle, naturalmente, más nombres que los ya detenidos.

Se trataba de un grupo de separatistas jóvenes, que, sin duda influidos por la lectura de los atentados de los nihilistas rusos, que por aquellos tiempos se vendían como rosquillas, decidieron hacer algo grande a la primera ocasión. Ésta se presentó en seguida, con ocasión de un viaje del rey a Barcelona, acompañado del dictador. Como el viaje iba a efectuarse en tren, tomaron la resolución de volar el convoy. Así de sencillo. Y, sin andarse por las ramas, se pusieron al trabajo. Primero reunieron los materiales precisos para construir una bomba de gran potencia, capaz de hacer saltar una locomotora. Ya en posesión del material, construyeron una bomba de prueba que hicieron estallar en un bosque, entre la Conreria y Mollet. El artefacto arrancó de cuajo un árbol centenario, en cuya base, a quince centímetros de profundidad, había sido colocado.

Entonces fabricaron la bomba que debería servir para el atentado. Compraron, después, una «marmota», esa especie de T que sirve para conectar la electricidad a los explosivos de las minas, a distancia y sin peligro. Mientras unos hacían estos trabajos, un equipo ambulante estudiaba el terreno de ejecución. Fue elegido uno de los pequeños túneles que hay en la línea ferroviaria entre Garraf y Sitges; les pareció ideal. Es un túnel de unos quinientos metros de largo, excavado en la ladera de la montaña y junto a la playa, efectuando una curva. Desde lo alto del montículo que cubre el túnel se

pueden ver perfectamente las dos bocas del mismo. Con estos detalles a la vista, el plan fue el siguiente:

La bomba sería colocada durante la noche anterior al día señalado. El cable de contacto entre la bomba y la marmota iría hasta la playa, donde estarían quienes tenían que darle a la manecilla. En lo alto del montículo estaría el encargado de vigilar la llegada del tren real y dar la señal cuando entrara en el túnel, sin confundir el verdadero tren real con el otro que siempre le precede. Todo dependía de que la vigilancia no fuera excesiva en la vía. Por antecedentes de otros viajes regios, los conjurados sabían que nunca se había extremado la precaución, a no ser en los puentes, en las estaciones y, claro está, en la capital.

El día anterior al señalado para el viaje, los conjurados salieron de Barcelona equipados como excursionistas, con sus grandes mochilas; en ellas llevaban la bomba y el material de conexión. Unos salieron a las tres de la tarde, desde la estación de Francia; otros a las cinco, desde el apeadero del paseo de Gracia; otros, de Sitges. Se reunieron todos en un pequeño bosque de pinos, cerca de Garraf, desde donde podía verse la vía férrea y la carretera.

Como no notaron nada anormal, a las tres de la madrugada procedieron a colocar el artefacto dentro del túnel. Nadie llegó a interrumpirles. Con la misma facilidad colocaron el cable conductor, bien arrimado al muro, y pasando por debajo de un raíl, hasta la bomba. Todo lo efectuaron a la luz de dos linternas eléctricas envueltas en paños negros, que no dejaban pasar más que la, luz indispensable. Cuando se hizo de día, los dos artificieros, cargados con sus mochilas, fueron a instalarse en la playa, donde adoptaron el tipo del perfecto excursionista. El vigilante que tenía que dar la señal subió montaña arriba, colocándose de tal manera que, desde la vía o la playa, no se le podía ver.

Todo estaba a punto. No faltaba más que la llegada del tren. Pero quien llegó antes fue la policía, acompañada de la guardia civil; con una seguridad pasmosa, se dirigieron unos a la playa y otros al bosquecito donde había quedado uno de los conspiradores. La resistencia hubiera sido del todo inútil. Más de veinte hombres armados, desplegados en guerrilla, les incitaban, a

grandes gritos, a que se rindieran. Así lo hicieron, tranquilamente, sin aspavientos ni comedias inútiles. Les hicieron entrar en el túnel, desconectar la bomba y cargar con ella, siguiéndoles a bastante distancia, porque el miedo es libre. Depositado el artefacto sobre la arena de la playa, dejaron allí una pareja de vigilancia, y todos los demás subieron en varias camionetas que estaban en Garraf.

Los detenidos, entretanto, sin hablar unos con otros, empezaron a pensar que en el grupo había forzosamente un confidente que los había vendido. No cabía duda alguna de que la policía y la guardia civil estaban, desde el día anterior, en Garraf, puesto que ellos no vieron la llegada de aquellas camionetas, ni en el curso de la noche, ni durante la mañana. Así, pues, la policía conocía todo el plan y les dejó hacer, para que el servicio fuera mejor. Quien jugó con más suerte fue el vigilante, el cual, al oír voces, sacó la cabeza por entre la maleza y vio todo el desagradable espectáculo.

Se pegó más al terreno, como único recurso, y allí estuvo hasta que vio desfilar la caravana, camino de Barcelona. Vio después, desconsolado, cómo llegaba una máquina sola, después un tren con dos vagones vacíos, y finalmente el tren real que pasó, tranquilamente,, por dentro del túnel. Ya casi anochecido, bajó de su escondite y a pie se dirigió a Sitges, donde no entró, llegando hasta Vilanova i La Geltrú. Pasó la noche en el pajar de una masía, y por la mañana subió a un tren hasta Barcelona, descendiendo en Sants, como medida de precaución. A pie se dirigió a su domicilio sin novedad alguna... Pero dos días más tarde se presentaba la policía y se lo» llevaban preso. El juez más tarde le acusaría de complicidad en el intento de regicidio.

La vida en la cárcel seguía su rutina. Se comentaban los sucesos, exteriores, que llegaban siempre con pasmosa rapidez. Muchas de las cosas que pasaban en el mundo se sabían en la cárcel antes de que entrara la prensa del día. Cada vez que entraba un nuevo detenido era verdaderamente asediado por los demás. El tema principal de que tratar era, naturalmente, la situación de la dictadura,, que todo el mundo consideraba de vida precaria.

Alfredo, por su situación privilegiada, podía recoger noticias de todos los sectores. De esta manera supo de la llegada a París, en? julio de 1926, de

Durruti, Ascaso y Jover, procedentes de la Argentina, donde habían cometido una serie de atracos, logrando embarcar para Europa. Al poco tiempo de estar en la capital de Francia?, fueron detenidos y acusados de preparar un atentado contra Alfonso XIII, en su próxima visita a París. Como tantas otras veces, toda se descubrió a causa de un confidente, la «flor del mal» de los medios-anarquistas. El proceso de Durruti, Ascaso y Jover hizo mucho ruido. Se encargó de la defensa el entonces más célebre abogada parisense, Henri Torres, el cual logró que la sentencia se limitara a tres meses de arresto.

Mientras se tramitaba el proceso, el gobierno de la Argentina pidió la extradición de los tres anarquistas, por estar acusados del delito común de atracos a mano armada. Para hacerse cargo de ellos, el gobierno argentino envió un barco de guerra a Francia, pero su marcha era tan lenta que cuando llegó a puerto francés había pasado el plazo legal concedido para esos casos. Además, los anarquistas ya habían desaparecido de la circulación, cumplida su sentencia.

El día 3 de agosto del mismo año ingresó en la cárcel Dominga Massachs, un anarquista solitario que había intentado matar a Primo de Rivera. El dictador estaba de visita oficial en Barcelona. Massachs se armó de un cuchillo descomunal y esperó el paso de una comitiva en el paseo de Colón. Cuando cruzaba frente a él el coche en el que iba el dictador, Massachs se abalanzó rápidamente, ocultando el cuchillo con un periódico. No llegó hasta el coche porque fue atropellado por un guardia a caballo que se le echó encima.

Cuando fue juzgado, Massachs aseguró que había obrado por cuenta propia, convencido de que era justo matar a un tirano. Le sentenciaron a ocho años de presidio, que no llegó a cumplir a consecuencia de la proclamación de la Segunda República.

Aunque muy confidencialmente, de boca en boca, a mediados de octubre de 1926, se hablaba en la cárcel de un acontecimiento que sería sonado y que se preparaba en Francia. Los catalanistas, sobre todo, eran quienes decían saber más cosas y sonreían enigmáticamente. A primeros de noviembre se supo en toda España, por la publicación en la prensa francesa, de la detención en Prats de Molió, en los Pirineos, de Francesc Maciá y cerca de cincuenta catalanes

más. Simultáneamente ingresaron en la cárcel de Barcelona una veintena de catalanistas que, no pudiendo ser acusados de complicidad con Maciá por falta de pruebas, quedaron como presos gubernativos.

Por lo que se leía en la prensa francesa que entraba en la cárcel, por las cartas que entraban clandestinamente y por lo que decían los presos catalanistas, pronto se pudo llegar a saber qué había ocurrido. Francesc Maciá, creador del movimiento Estat Catalá, estaba convencido de que si lograba entrar por los Pirineos al frente de un numeroso escamot armado, toda Cataluña se alzaría a su paso y ello traería como consecuencia la caída de Primo de Rivera. Enamorado de ese proyecto, efectuó un viaje por las repúblicas sudamericanas, a fin de recoger fondos entre los patriotas allí existentes. Logró recoger algún dinero, no mucho, porque los catalanistas ultramarinos pierden mucho calor cuando les tocan la caja^{En} cuanto a tomar parte personalmente en un acto bélico, ni soñarlo. Maciá, pues, con el dinero recogido, ya de vuelta a París, empezó a preparar la «invasión» de Cataluña. Lo primero, claro está, era encontrar voluntarios; busca buscando, logró alistar cerca de un centenar de hombres entre jóvenes catalanes y los indispensables aventureros, siempre asequibles en París. Maciá nombró sus lugartenientes; a unos les encargó la compra de armas y municiones y a otros la exploración del terreno más adecuado para empezar la operación. Las armas que pudieron comprar no eran más que pistolas y unas cuantas carabinas de poco alcance. También se fabricaron bombas de mano. Todo este trabajo se hacía casi a la luz del día, y si la policía francesa no molestaba a nadie era sin duda porque no lo tomaba en serio, o porque, sabedores que los hechos tendrían lugar en territorio español, se desentendían de ellos. Maciá estaba satisfecho de cómo se preparaban las cosas y llegó a pasar revista a «sus tropas» en un bosque de las cercanías de París. También estaba contento por la contratación, para sus huestes, de un grupo de italianos, soi-disant antifascistas, al frente de los cuales estaba nada menos que Riccioli Garibaldi, descendiente del célebre combatiente italiano.

A finales de octubre, se dio la orden de concentración en la frontera. Las armas serían trasladadas en coches; los combatientes deberían acudir a Perpiñá en días y trenes diferentes, para no llamar la atención.

En Perpinyá, a medida que llegaban los conjurados, se les indicaba el camino a seguir, para concentrarse en Prats de Molió... donde eran acogidos por la policía y los gendarmes franceses. Sencillamente, el descendiente del gran Garibaldi no era otra cosa que un confidente, que no quiso chivarse antes a fin de que su servicio fuera más brillante.

Todos los detenidos fueron trasladados a París, donde se montó un proceso a la francesa, con todos los alicientes que el argumento requería. Se encargó de la defensa a Henri Torres, el cual se hacía interrogar por los periodistas muy a menudo. La prensa ilustrada publicó muchas fotos de los detenidos, de las armas, del pueblo de Prats de Molió y, sobre todo, de la figura ascética de Maciá.

Cuando llegó la vista de la causa, la simpatía era general para con los procesados. Las censuras eran severas contra el confidente Garibaldi, «profanador inmundo de la sagrada memoria de su antepasado», como dijo algún periódico. Como Maciá se había declarado responsable absoluto, y se probó que las armas habían sido recogidas en territorio español, a Torres le fue facilísimo obtener una sentencia muy leve, que puso a todos los encartados en libertad.

Un consejo de guerra sentenció a muerte a cuatro de los encartados en el frustrado atentado al rey en el túnel de Garraf. Durante un tiempo tuvieron a los sentenciados en celdas de la primera galería, en el tercer piso, sacándoles a paseo solos, a horas diferentes de los demás. Después fueron trasladados al Correccional, edificio aislado que daba a los solares que cerraban entonces la calle de Tarragona. Este Correccional había servido para encerrar a los sentenciados leves, esto es, hasta dos años de prisión. En su planta baja había un taller de alpargatas, otro de carpintería y la imprenta. En la parte derecha las celdas eran reducidas, lo estrictamente necesario para dormir, pues se entendía que los reclusos pasaban el día en los talleres; en el ala izquierda, las celdas tenían las mismas proporciones que en el resto de la cárcel. En el centro del edificio, entre las dos alas, estaba una especie de despacho para el carcelero de tumo.

Un buen día, estando Alfredo en la imprenta, le avisaron que se presentara inmediatamente en el «centro». Acudió algo escamado, porque no le gustaban las cosas imprevistas. Allí se encontró con que, rodeando la especie de jaula de cristal que servía de despacho, estaban muchos presos, amigos suyos. Nadie sabía de qué se trataba, pero pronto salieron de dudas. Salió de la jaula un oficial, con una lista en la mano, y se puso a recitar nombres en voz alta. Cada uno respondió con un «¡presente!» no muy optimista. Comprobado que estaban todos, total veintidós, el oficial les comunicó que recogieran sus cosas a fin de trasladarse a las celdas del Correccional.

Mientras el carcelero hablaba, los interesados no estaban tranquilos en absoluto, pues temían que se tratase de una medida disciplinaria o un traslado quién sabe adonde. Cuando llegaron a la galería el carcelero les tranquilizó, asegurándoles que no se trataba más que de una medida de precaución del director, que deseaba apartar a los «elementos dirigentes» del resto de la población penal, a fin de que la disciplina y la seguridad fueran mejores. Si se trataba de una selección de dirigentes no era muy lógico, pues si bien fueron escogidos elementos conocidos como Peiró, Pestaña, Pérez Solís y sus compañeros comunistas, David Rey y algunos más, en cambio había entre los trasladados hombres casi desconocidos en las luchas sociales.

En todo caso el cambio fue una mejora para los trasladados, puesto que desde el primer momento gozaron de un régimen de puerta abierta y no les encerraban en las celdas hasta ya entrada la noche. Además, todos tenían la luz eléctrica encendida durante toda la noche. También disponían de un patio, al que podían descender siempre que quisieran. Como, además, David Rey y Alfredo trabajaban juntos, lo que les permitía circular por toda la cárcel estableciendo los contactos necesarios, la medida directorial no tenía explicación lógica. Fue, pues, aquella, una buena temporada, aunque perturbada para Alfredo por la detención de sus hermanas y de NU madre, que fueron a parar a la cárcel de mujeres de la calle de Amalia, junto con Natalia Castarlenas, la prometida de Bonet. La noticia la introdujeron en la cárcel el médico Tomás Tusó, amigo de Maurín, y el abogado Casanova, posteriormente republicano de Esquerra, los cuales habían sido detenidos al mismo tiempo que las mujeres. Ellas y ellos fueron encerrados como presos

gubernativos, es decir, en teoría a disposición del gobernador de la provincia, en la práctica al capricho del jefe de la policía.

Esta detención de las mujeres perturbó un tanto las relaciones entre el exterior y el interior de la cárcel, inconveniente pronto solventado gracias a la intervención de un par de presos por robo, los cuales tenían conocidas en la cárcel de mujeres. Las amigas de esos ladronzuelos, que venían a verlos y a entrarles cestas con comida, se encargaron de introducir hojitas de papel con instrucciones en la cárcel de mujeres y de hacerse cargo de otras salidas de allí e introducirlas fácilmente en la cárcel de hombres. De esta manera se estableció el contacto entre las dos cárceles y consiguientemente se restablecieron todos los contactos tanto dentro como fuera de España.

La camaradería era general entre todos los presos del Correccional, fuesen cuales fueran sus ideas. Alfredo se puso de acuerdo con su antiguo amigo Pérez Baró, al que conocía del tiempo de las Juventudes Socialistas, y entre los dos llevaron a cabo la singular tarea de sacar un diario mural que, efectivamente, aparecía cada mañana colgado en una pared. El periódico tenía sus secciones fijas y era preciso escribirlo a medida, porque se trataba de un cartón de 60 centímetros de alto por 40 de ancho, con título y fecha, y sus hendiduras para introducir por ellas los ángulos de las cuartillas, cortadas a la medida justa. En el centro, una caricatura, trazada siempre por el agudo lápiz de David Rey. El título del diario mural era *El Krotálogo*, que quiere decir el tocador de castañuelas, con la falsificación de la K. Ni que decir tiene que el tono era absolutamente humorístico. En el periódico colaboraron todos los alojados en el Correccional, sin distinción.

El médico Tusó se adaptó a la cárcel desde el primer momento. Se hizo introducir un traje de tela caqui, unas alpargatas y un slip, y todas las mañanas, en el patio, hacía su buen cuarto de hora de gimnasia sueca. Además, su buen humor era constante y animaba a los decaídos con su inagotable repertorio de chascarrillos.

A quien no podía animar era a Casanovas, que se mostraba abatidísimo. Apenas hablaba ni comía, desmejorando visiblemente. No hubo más remedio que hacer gestiones entre amigos y la intervención del Colegio de Abogados

para lograr su libertad, que se obtuvo cerca de un mes después de la detención.

Las hermanas de Alfredo y Natalia tardaron más tiempo en ser puestas en libertad. Primero fue liberada Amparo, la hermana pequeña de Alfredo, que en realidad ignoraba casi todo lo que se refería a las andanzas de su hermano; después salió la madre; más tarde Esperanza, la hermana mayor, y, finalmente, Natalia. En honor de estas mujeres justo será decir que la detención no las asustó lo más mínimo, y que, otra vez en la calle, continuaron actuando mejor que antes, ya que las relaciones adquiridas en la cárcel les sirvieron de mucho en varias ocasiones.

La estancia en el Correccional de aquellos veintidós «elegidos» se acabó por el fracaso de los preparativos de fuga de los sentenciados por lo de Garraf, que también estaban en el Correccional, pero en el ala derecha. En realidad, los condenados de Garraf no supieron hasta mucho después que se preparaba su fuga, puesto que nada se les había dicho.

La idea fue de David Rey, que como decano de los detenidos conocía perfectamente la cárcel y había estudiado mucho las medidas de fuga. Le comunicó su idea a Alfredo, el cual de momento creyó que la cosa no era factible. Pero, a medida que David Rey le iba explicando el plan, las posibilidades aparecían más factibles. Decidieron que valía la pena estudiar bien el proyecto y que, para llevarlo a cabo, los iniciados fueran los menos posibles. El «comité de fuga», sin conocimiento de nadie más, fue constituido por David Rey, Alfredo, Pérez Baró, Peiró y Pestaña. A decir verdad, los dos últimos no creían en la realización del proyecto, y si no rehusaban tomar parte fue más que nada para no parecer pusilánimes o poco decididos. David y Alfredo se dieron cuenta de esto y acordaron dar una prueba palpable de eficacia que animara a los dos líderes. Y una madrugada, David y Alfredo abrieron las celdas de Peiró y Pestaña, sin ruido alguno, les despertaron y les dijeron que veían cómo era posible «hacer cosas».

David y Alfredo podían abrir todas las celdas del Correccional porque tenían una llave exacta a la que tenían los carceleros. Los que han estado en la cárcel de Barcelona dirán que, teniendo una llave, se pueden abrir cuantas celdas se

quiera, pero desde fuera, pues las puertas en el interior no tienen medio alguno de ser abiertas porque las cerraduras no dan dentro. Esto es verdad, pero también es cierto que todas las puertas tienen una ventanilla en el centro que servía, tiempo atrás, para dar la comida a los presos, pero que ya hacía años que no ejercía ninguna función. Estas ventanillas tienen una pequeña cerradura que la cierra, al parecer, perfectamente. La cerradura es exterior, pero se cierra de golpe, es decir, que la falleba actúa de resorte y para cerrarla no es preciso más que encajar la puerta. El sistema parece eficaz, porque, desde dentro, nada se puede hacer para abrir la puertecita de la ventanilla. Pero... los presos lo piensan todo, y lo que David Rey sabía era que, introduciendo en el vacío que da entrada a la falleba un taruguito de madera, la puerta queda cerrada por la presión del muelle, pero sin que la falleba encaje en su sitio; entonces, para abrir esa ventanilla, no hay más que presionar desde dentro. Era la cosa más sencilla del mundo. Si el preso que presiona la puerte- cilla, y la abre, tiene una llave de la puerta, no tiene más que sacar el brazo, abrir la puerta, salir y proceder a abrir cuantas celdas quiera.

David Rey se había procurado una pequeña bola de cera con la cual tomó el molde de la llave, entrando en el cuarto del carcelero mientras éste asistía al reparto del rancho. Confeccionaba el taruguito de madera, que remataba con una lámina de hojalata; así fue cómo Alfredo, ya con la llave (que había sido fabricada fuera de la cárcel), abrió su celda, luego las de Peiró y Pestaña, y les demostraron que no soñaban en sus proyectos.

Desde aquel momento el proyecto de fuga se tomó en serio y se fueron ejecutando los detalles. Se trataba de salvar del patíbulo a los condenados por el atentado de Garraf. Así, se fugarían con ellos quienes quisieran, quedándose los otros tranquilamente encerrados en sus celdas. Se consultaría a los interesados en el último momento, para evitar posibles indiscreciones.

Tras muchas entrevistas y estudios del terreno, además de consultar con el exterior, sobre todo con elementos catalanistas, se confeccionó un plan así concebido:

La fuga debería tener lugar una noche sin luna y, a poder ser, lluviosa. Unos autos, con las luces apagadas, deberían esperar en la calle de Vilamarí, la más próxima al edificio. Cuando las cosas estuvieran bien preparadas, se daría la consigna a los de fuera durante la comunicación, por lo cual era preciso que todos los días, a partir de la fecha X, acudiera una persona a comunicar. El santo y seña sería: Demá m'afai taras, dicho en tono de broma. Ya de acuerdo sobre la noche a actuar, Alfredo abriría la puerta de la celda por el método ya indicado y, una vez inutilizado el carcelero, procedería a abrir las puertas de los condenados por el proceso de Garraf y, juntos todos los que tuvieran que escapar, había que bajar las escaleras, salir al patio, escalar la tapia y descender al paso de ronda. Esto se haría con cuerdas de nudo, confeccionadas en los talleres de alpargatería. Desde ese momento el peligro era grande, pues había que reducir al silencio a dos centinelas armados, uno al paso de ronda y el otro en el mirador-garita del ángulo del muro de la calle de Provenza con el solar correspondiente a la calle de Tarragona. Este punto se había discutido mucho por lo peligroso. Finalmente se había convenido que, con las máximas precauciones, dos hombres bien decididos, provistos de botellas de cerveza, se llegarían, sin ser vistos, hasta los centinelas y los aturdirían con sendos golpes en la cabeza. Ahora esto parece, a distancia, casi imposible, pero entonces a los conjurados les parecía la cosa más sencilla del mundo. Después de la «faena» a los centinelas, todo era sencillo. Dejarse descender por las cuerdas de nudos y, ya en el suelo, dirigirse a buscar los autos que esperarían. Y, sin perder tiempo, correr a la máxima velocidad hasta un punto de la playa, en las calas de la Costa Brava, donde embarcarían en unas motoras para intentar llegar a Francia. Se contaba que la fuga no sería descubierta hasta las seis o siete de la mañana y que, a esa hora, ya estarían muy lejos de Barcelona, si ya no embarcados.

Pero todos los conjurados se quedaron sin saber si todos aquellos proyectos eran factibles de llevarse a cabo, y ello porque, de la manera más imprevista, todo fracasó. Resultó que en la carpintería de la cárcel trabajaba solamente un preso, antiguo militante del Sindicato de la Madera, de Barcelona, condenado a varios años de presidio por un atentado. De cara a posibles fugas, los elementos activos del Sindicato de la Madera se las habían arreglado para introducir en la cárcel un tablón, debidamente trucado, en cuyo interior

llevaban sierras de pelo, limas y hasta una pequeña pistola con su correspondiente munición. El tablón, a primera vista, no ofrecía sospecha alguna. El carpintero, por lo visto, lo guardaba para una buena ocasión, pero no había dicho nada a nadie. Y un mal día le llegó la orden de traslado a un presidio, y el carpintero dejó la carpintería en manos de otro preso, éste por delito común. Otro mal día, el nuevo carpintero aserró el tablón trucado y, como por arte de magia, saltaron al suelo las limas, las sierras y la pistola. El hombre, asustado, salió disparado para el «centro», a dar cuenta de su hallazgo. Es claro que armó un gran revuelo y se registraron todas las celdas del correccional, sin resultado alguno, porque las cuerdas y las llaves estaban escondidas en la imprenta. Pero los condenados por el proceso de Garraf fueron trasladados a la sexta galería e incomunicados.

Como la fuga se preparaba para ellos solos, se suspendieron todos los preparativos, puesto que todos los demás detenidos conceptuaron que no valía la pena de jugarse la vida, ya que confiaban en la pronta caída de Primo de Rivera, y, con ella, la llegada de la libertad.

Mientras tanto iban llegando a la cárcel noticias de lo que pasaba en el exterior, tanto de lo que afectaba a la lucha contra la dictadura, como de las discrepancias que ya entonces corroían a la CNT. En julio de 1927 quedó constituida en Valencia la Federación Anarquista Ibérica (FAI), que tanto daño tenía que causar a la CNT.

La FAI la constituyeron los antiguos grupos anarquistas, ahora federados y más dispuestos que nunca a influir en la marcha de la CNT, siguiendo los procedimientos expeditivos que fueran necesarios. Contra esta tiranía en embrión se manifestaron en seguida muchos sindicalistas puros, que proclamaban la necesidad de la independencia de la organización sindical no sólo de los políticos clásicos sino también de los grupos anarquistas, que en el fondo no eran menos políticos. Esta lucha no cesó jamás, ni siquiera después de la guerra civil, en el exilio; por el contrario, se exacerbó, dando lugar a la escisión más grande de la CNT.

Peiró y Pestaña, que ya estaban por entonces en libertad, se enfrentaron duramente. Pestaña, procedente de los grupos anarquistas, resultó

completamente posibilista y enemigo de la influencia de los anarquistas. (Ya veremos más adelante cómo llegó incluso a formar el Partido Sindicalista y ser diputado.) Peiró, que se formó completamente en los sindicatos, se pronunció por la FAI. Aclaremos en seguida que este enfrentamiento no duró mucho y que ambos fueron firmantes del famoso Manifiesto de los Treinta, que produjo la primera escisión.

El Congreso anarquista que acordó la creación de la FAI tuvo carácter internacional; asistieron delegados de Francia, Holanda, Bélgica, Suecia, Alemania y Portugal. Por lo visto, los anarquistas europeos, que habían perdido su influencia en todas partes, se consolaban creando ese organismo en España, por medio del cual seguirían dando fe de vida en el mundo.

La tiranía de la FAI ha sido efectiva siempre, desde su fundación. En los sindicatos los elementos anarquistas se reunían antes de las asambleas y acordaban la conducta a seguir en las mismas. Los cargos importantes de las juntas deberían ser faístas, sobre todo los presidentes y tesoreros. El dinero de los sindicatos debería estar siempre a disposición de los llamados Comités de Coordinación, es decir, de los grupos que cometían atracos y atentados. Los comités superiores, si no estaban compuestos por faístas, recibían frecuentemente «recomendaciones» de la FAI sobre la conducta a seguir.

En los Comités Pro-Presos había siempre la suficiente representación faísta para que los socorros llegaran también a los presos por atracos, a pesar de que muchos sindicalistas eran contrarios a ello. Pero tenían que callar y aguantar si no querían correr el peligro de ser amenazados de muerte.

Los dirigentes de la FAI fueron, generalmente, hombres llegados de fuera de Cataluña, en muchos casos sin antecedentes de ninguna clase. Como obreros valían bien poco y sus conocimientos eran muy escasos. Era la peor de las dictaduras: la de los analfabetos. La FAI no se apuntó jamás triunfo alguno como no fuera contra los elementos conscientes de la organización obrera. La actuación conjunta de la CNT y de la FAI, a partir de la fundación de ésta, fue siempre desastrosa, como podremos ir comprobando más adelante.

Era natural que contra la FAI se alzaran los hombres sanos de la organización y que muchas veces obraran por cuenta propia, arrostrando las iras de los

faístas. A pesar de la prohibición formal de tratar con los políticos, a menudo los dirigentes de los sindicatos, e incluso de los comités regionales y el nacional, tuvieron tratos y compromisos con los republicanos. En estos tratos intervino muchas veces la masonería, a la que han pertenecido siempre muchos sindicalistas y anarquistas, y también, ¡oh, paradoja!, muchos hombres de la FAI.

Se puede afirmar, sin temor a ser desmentido, que en bastantes ocasiones los dirigentes de sindicatos tuvieron que tener contactos con las autoridades gubernativas a fin de acabar lo más airosamente posible con conflictos absurdos provocados por delegados de taller pertenecientes a la FAI.

Y ya hemos visto cómo en conflictos de verdadera pujanza la solución la encontraron los «posibilistas», a espaldas de la FAI, tratando con gobernadores civiles o delegados del gobierno. Esto es una verdad inconcusa, incontrovertible; y, sin embargo, los faístas no se han cansado todavía de asegurar que la CNT tiene como principio esencial la acción directa y que no hay que salirse de ella.

A los veinte meses de detención tuvo lugar, por fin, el consejo de guerra que juzgó al Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España. Alfredo no había podido conseguir que desglosaran su caso y fue juzgado como miembro de dicho Comité.

Como todos los juicios de este tipo que tienen, o tenían, lugar en España, aquél estaba preparado de tal forma que todo había sido previsto de antemano, incluso la sentencia, que ya había redactado el sargento de causas, quien la llevaba en un portafolios dispuesta para la firma. Pero en aquel consejo de guerra las cosas no se desarrollaron según las previsiones, y hubo novedades y sorpresas fuera de costumbre. Primero, el acto tuvo lugar en la propia Cárcel Modelo de Barcelona, alegándose que, dada la importancia de los procesados, era una buena medida de seguridad evitar el traslado por la ciudad de elementos tan peligrosos. Otra novedad era la presencia, en medio de tantos uniformes, de los abogados defensores, con sus togas negras. El derecho de los procesados por el fuero militar de ser defendidos por abogados civiles había caído en desuso hacía tiempo y su restablecimiento fue un

acontecimiento. También llamó la atención la actitud de los procesados Pérez Solís y Alfredo, los cuales, alegando un derecho hasta entonces ignorado, se negaron a estar presentes durante el acto. El general que presidía quedó muy sorprendido cuando, después de haber dado los procesados sus nombres y apellidos, Pérez Solís y Alfredo se levantaron para manifestar que no deseaban asistir a los debates. El mismo asombro manifestaron casi todos los demás uniformados. Pero un comandante del cuerpo jurídico, que estaba allí como asesor, se acercó a la presidencia y habló con el tribunal en voz baja. El presidente asintió con la cabeza y después manifestó, en voz alta, que los procesados tenían derecho a lo que solicitaban y por lo tanto podían retirarse a la antesala hasta que fueran llamados para conocer la sentencia. Así lo hicieron Solís y Alfredo. En la antesala encontraron a toda la familia de Alfredo.

El consejo de guerra fue largo y laborioso por las intervenciones de los abogados, intervenciones legales pero que desorientaban a los militares, no acostumbrados a tantas legalidades. Cuando llegó el turno a los defensores, éstos, excepto Forns, abogado de Alfredo, aprovecharon la ocasión para atacar al régimen con toda tranquilidad. Acabados los informes de los defensores, Pérez Solís y Alfredo fueron llamados a la sala. El presidente preguntó a los procesados si tenían algo que alegar. Todos dijeron que no. Entonces se retiró el tribunal para deliberar y emitir sentencia.

En la antesala se juntaron todos los procesados, los abogados y familiares de Alfredo, Salas y Colomer. Pasó una hora y el tribunal no daba señales de vida. A la una de la tarde salió el sargento y dijo que, como la deliberación iba para largo, se aplazaba hasta después de comer. Los abogados se fueron. Los procesados y familiares se hicieron servir la comida de un restaurante que había (y está todavía) frente a la cárcel, con un letrero que decía: «Aquí se está mejor que enfrente».

Hacia las tres volvieron los abogados, pero el tribunal no volvió a reunirse hasta pasadas las cuatro y la sala no se constituyó nuevamente hasta las siete. Y fue entonces cuando se produjo la sorpresa máxima. Ya cada uno en su sitio, ahora con la presencia de todos los procesados, el presidente se puso en pie, imitándole todos los presentes, y dijo:

—Va a darse lectura a la sentencia.

El sargento, con voz insegura y todavía lleno de asombro, leyó la sentencia, que era absolución. Los militares no manifestaron sorpresa alguna, sin duda porque ya estaban al cabo de la calle, pero todos los demás, procesados, abogados y público, no salían de su asombro. Había que tener en cuenta que el fiscal había pedido una pena, igual para todos, de veinticinco años de presidio. Además, las pruebas acumuladas contra el Comité del Partido Comunista eran serias, ya que se habían encontrado incluso cartas de Abd el-Krim, el jefe de la sublevación rifeña.

El presidente dijo que la sentencia no sería válida hasta que la firmara el capitán general de la región militar. Y el acto se dio por terminado. Al retirarse a sus celdas, los presos no cesaban de comentar la sentencia y no acababan de creer en tanta belleza. Solís, que no había manifestado sorpresa, les dijo que no había que alegrarse mucho, porque era seguro que el capitán general no firmaría la absolución y el asunto tendría que pasar al Consejo Supremo de Guerra y Marina. Y así ocurrió en efecto. El general Barrera, que por entonces ocupaba la Capitanía General, se negó a firmar la absolución, y la causa fue remitida al Consejo Supremo de Guerra y Marina, de Madrid.

El caso, verdaderamente anómalo, de absolución de todo un Comité del Partido Comunista por parte de un consejo de guerra, en el cual la acusación aportaba pruebas de actividades revolucionarias y, lo que es peor, de inteligencia con el enemigo, no era concebible en un régimen de dictadura militar. Para comprenderlo es preciso empezar por apreciar las circunstancias. Primera, la dictadura daba ya muestras de descomposición. Segunda, una de las causas de esta descomposición era la desafección de parte del ejército, sobre todo el Cuerpo de Artillería, que se había demostrado contrario a Primo de Rivera; por ello había sido disuelto (aunque fuese pronto reorganizado) y la rivalidad subsistía. Tercera, Pérez Solís, principal acusado, se había declarado responsable máximo, y era ex capitán de artillería.

Veamos ahora cómo ocurrieron las cosas. Un día se presentó en la cárcel un comandante de Artillería, apellidado Deza, y solicitó comunicarse con Pérez Solís. En atención a sus estrellas, la comunicación tuvo lugar en el locutorio de

abogados. Deza era amigo de Solís, ya que habían estudiado juntos en la Academia de Artillería de Segovia y, por lo tanto, eran de la misma promoción. Las visitas fueron frecuentes y cada vez más cordiales, aunque Solís jamás fue explícito sobre lo tratado en ellas. Por otra parte, Pérez Solís hacía tiempo que venía sosteniendo una asidua correspondencia con el padre Gafo, fraile célebre por sus sermones y sus propagandas orales y escritas. De todo esto los compañeros de proceso de Solís sacaron la conclusión de que entre el comandante Deza y el fraile Gafo habían decidido salvar a Solís del pozo en que había caído. Para ello, lo primero era sacarle de la cárcel, pero, claro, con él tenían que salir todos los demás procesados, puesto que él había asumido toda la responsabilidad. La cosa no era fácil, pero ¿qué no conseguirían, en aquella época, un militar y un fraile?

La causa, pues, pasó al Supremo de Madrid. Para que el Partido Comunista francés se diera cuenta de la importancia que el proceso podía adquirir en la capital de España, y la necesidad que había de aportar los medios necesarios, fue preciso acudir a todos los argumentos e intervenciones de buenos amigos de París. Cachin y sus subordinados no comprendían nada que no fuera París. Se tuvo que llegar a la amenaza de darse de baja del Partido; sólo entonces los comunistas de Francia se avinieron a hacer lo indispensable para dar la máxima publicidad a la causa y hacer que en el Supremo defendieran a los procesados los mejores abogados, procedentes del Colegio madrileño. Fue así cómo toda la prensa se ocupó del caso, a pesar de la censura, y cómo en los sillones de la defensa se sentaron Melquíades Álvarez, Barriobero, Pedro Rico, Alvaro de Albornoz y Ossorio y Gallardo. Y también, en medio del asombro general, el riguroso Consejo Supremo de Guerra y Marina absolió libremente nada menos que al Comité Ejecutivo del Partido Comunista en España y a su agregado forzoso, Alfredo.

Pocos días después fueron llamados todos a jueces. Alfredo y los demás firmaron su sentencia absolutoria, por lo que quedaron libres con arreglo a la ley. Pero aquel mismo día el director de la cárcel les hizo saber que seguían detenidos, en calidad de presos gubernativos, por orden del Ministerio de la Gobernación. Ello significaba que su detención era ilimitada, aunque todos confiaban en que, como Solís saldría pronto, sería difícil retener a los demás.

Apenas terminado el proceso, los comunistas franceses refrigeraron a los camaradas catalanes, a quienes consideraban dísculos e indisciplinados, porque se atrevían a discutir las órdenes e incluso se permitían la censura franca a las iniciativas de Moscú o de París. Los fondos empezaron a disminuir y pronto llegaron destinados exclusivamente a Solís y sus dos asistentes bilbaínos. Como los giros llegaban a través de la hermana de Alfredo, ésta advirtió a París que, si no había auxilio para su hermano, buscaran otro intermediario. De momento volvieron a enviar las cantidades de costumbre, pero no por mucho tiempo. Mientras tanto, Joaquín Maurín había sido trasladado a la cárcel, después de su intento de fuga del castillo de Montjuic.

Después del intento de fuga ya relatado, sacaron a todos los detenidos de las celdas del Correccional y los llevaron a la sexta galería. En el tercer piso colocaron a Alfredo, al lado mismo de la que ocupaba Maurín. Una mañana, antes de acudir Alfredo a la imprenta, el ordenanza del piso le hizo entrar en la celda de Maurín. Éste le mostró, riendo, un ejemplar de La Antorcha, que seguía apareciendo en Madrid. En él se anunciaba que Maurín y Alfredo habían dejado de pertenecer al Partido Comunista. Lo comentaron jocosamente, sobre todo Alfredo, quien jamás había tenido el carnet rojo.

La vida en la cárcel era monótona; los detenidos esperaban que las gestiones de amigos y abogados consiguieran la orden gubernativa de libertad. Aquella monotonía fue perturbada sólo por un acontecimiento, pero tan patético, que quedó grabado para siempre en la memoria de Alfredo: la entrada en capilla, para ser ejecutados a la madrugada, de los sindicalistas Aracil y Devesa. El asunto vale la pena de ser relatado, porque sus circunstancias le apartaban de los delitos y procesos corrientes.

Una tarde se presentaron en un banco de Terrassa cuatro individuos enmascarados, y pistola en mano exigieron la entrega del dinero de la caja. Todos los empleados pusieron los brazos en alto sin ofrecer resistencia. Mientras dos de los atracadores mantenían en respeto a los empleados y a unos clientes que allí se encontraban, los otros dos se apoderaron de cuantos billetes encontraron a mano. Después pidieron que fuera abierta la caja fuerte, y entonces las cosas empezaron a estropearse. El cajero dijo que la llave la tenía en un cajón de su mesa de despacho. Un atracador, pistola en mano, le

dijo que la sacara. El empleado, rápidamente, golpeó la mano del bandido e hizo caer la pistola al suelo, cogiéndola rápidamente. No tuvo tiempo de servirse de ella porque otro de los atracadores disparó sobre el cajero, hiriéndole gravemente. Sin embargo, el herido disparó desde el suelo, pero sin alcanzar a nadie. Sonaron varios disparos más y los atracadores escaparon rápidamente. Empleados y clientes trasladaron al herido a una farmacia cercana, al mismo tiempo que otros corrían al cuartel de la guardia civil, ya que no podían servirse del teléfono, cuyos cordones habían sido arrancados por los agresores.

La policía y la guardia civil, naturalmente, se pusieron a actuar. Se tomaron precauciones en las carreteras y en las estaciones de ferrocarril. Ya de noche, fueron detenidos dos individuos en la carretera de Terrassa a Sabadell. No se les encontró armas ni dinero, pero no explicaron satisfactoriamente su presencia en aquellos lugares. Fueron llevados a Terrassa e inmediatamente empezó a funcionar un juzgado militar que les acusó de atraco a mano armada con intento de homicidio.

En la madrugada del día siguiente, la guardia civil de Sabadell pedía la documentación a cuantas personas entraban en las estaciones. En la de los Ferrocarriles de Cataluña los guardias interrogaron a un hombre cuya cédula personal indicaba que era habitante de Barcelona. No llevaba armas ni dinero, pero cuando le preguntaron qué hacía en Sabadell no supo qué contestar. Como es natural, fue trasladado a Terrassa e incluido en el proceso. Los otros dos detenidos habían sido reconocidos por los empleados de la banca a causa de su indumentaria y, como no justificaban su permanencia en Terrassa, su culpabilidad le pareció evidente al juez militar. Sobre el hombre detenido en Sabadell los testigos no estaban de acuerdo; unos decían que era uno de los atracadores, pero otros afirmaban seriamente que no podían decir lo mismo. El acusado solicitó hablar a solas con el juez; cuando estuvieron solos, le dijo que él era un obrero tranviario de Barcelona, que tenía una amiga en Sabadell y que aquella noche la había pasado con ella, en ausencia del marido, pero que no diría el nombre de su amante aunque tuvieran que fusilarle. El juez, incrédulo, le dijo que si no daba el nombre de ella, bajo palabra de honor de no divulgarlo, no tendría más remedio que procesarlo. El tranviario se negó a

dar el nombre. Y se hicieron los trámites rápidamente. Aquella misma noche quedó constituido el consejo de guerra sumarísimo para juzgar a los encartados. Los otros dos detenidos, uno de los cuales era «el Nano de Sants», afirmaron noblemente que ellos no conocían al tranviario.

En el acto del consejo de guerra ningún testigo reconoció al tranviario, pero sí a los otros, que negaban, claro está, pero sin convencimiento. El fiscal dijo que lo lamentaba, pero que, si el tranviario no decía dónde había pasado la noche, era prueba de su culpabilidad, y pedía la pena de muerte para él lo mismo que para los otros dos. «Y todavía —dijo— nos falta otro.» La sentencia fue de muerte para los tres. La ejecución tendría lugar a la madrugada.

La prensa y la radio dieron cumplidas referencias de lo ocurrido, del consejo de guerra y de las sentencias, publicándose los nombres e incluso las fotografías de los sentenciados, pues las autoridades querían dar un ejemplo de firmeza ante los muchos actos de aquella clase que venían sucediéndose.

Dos horas antes del cumplimiento de la sentencia se produjo eso que los franceses llaman un coup de théâtre. En el cuartel de la guardia civil de Terrassa, donde estaban en capilla los sentenciados, se presentó una espléndida mujer rubia que solicitó hablar con el juez que había tramitado la causa. Precisamente hacía bien poco que el juez había llegado para proceder a los preparativos del fusilamiento. La mujer fue introducida inmediatamente en su despacho. La entrevista fue corta. La rubia dijo al juez que el tranviario condenado a muerte era completamente inocente, porque a la hora del atraco el hombre estaba en casa de ella, donde había cenado y pasado la noche en su compañía. Y, como prueba evidente, mostró una fotografía que él le había dedicado. El juez hizo comparecer al tranviario en su despacho. No tuvo tiempo de preguntar nada, porque apenas se vieron los amantes cayeron en brazos uno del otros, llorando ella como una Magdalena.

Naturalmente, el juez usó activamente el teléfono, comunicando la novedad a Capitanía General de Barcelona; a la hora del fusilamiento sólo fueron dos los que cayeron bajo el fuego de los fusiles. Por la tarde, con todos los trámites cumplidos, el tranviaria fue puesto en libertad.

Como Alfredo tenía un hermano residente en Sabadell, supo después que el marido de la casada infiel no se había tomado las cosas por lo trágico, limitándose a entregarle sus ropas y decirle que se fuera con su tranviario, lo que, por lo visto, hizo ella.

Pero las cosas no acabaron aquí. El asalto al banco de Terrassa fue cometido por cuatro individuos y, como sólo se había detenida a dos, era preciso encontrar a los otros. La policía de Barcelona procedió a interrogar a cuantos consideraba susceptibles de haber tomado parte en el atraco; pero casi todos pudieron demostrar dónde estaban durante la noche de autos. Sin embargo, al final de la «criba» quedaron dos cuyas explicaciones no acababan de convencer. Eran éstos Aracil y Devesa, que, en realidad, habían incurrido en contradicciones. La policía acabó por ponerlos en manos del juez militar que había tramitado la causa. Pero ahora ya no se procedió sumariamente, sino por el llamado procedimiento ordinario y con asistencia de abogados.

Para que el juez militar se acabara de decidir a procesar a Aracil y Devesa, se intentó la identificación de éstos por parte de los testigos presenciales; algo difícil si se tiene en cuenta que los agresores iban enmascarados. A propuesta de los abogados, se procedió por el método conocido como «rueda de presos», que, en cierto modo, ofrecía garantías. Esta rueda de presos consiste en reunir diez o doce presos y mezclarlos, en una sala, con los acusados. Los testigos miran por una ventanilla, sin ser vistos, y dicen si entre el grupo reconocen a alguno de los culpables. La operación se repetía tres o cuatro veces, cambiando los presos de lugar. En aquella ocasión la rueda no dio resultado, pues, mientras unos testigos afirmaban reconocer a Aracil y Devesa, otros señalaban a otros presos que no podían, en modo alguno, ser ni tan sólo sospechosos. Sin embargo, el juez decretó el procesamiento.

Este sistema de la rueda de presos sería adecuado si se procediera honradamente, pero algunas veces no era así, sino que previamente se enseñaba a los testigos la fotografía de quien debía ser reconocido; y si los testigos no son gente muy honesta, la imparcialidad queda muy mal parada.

Aracil y Devesa fueron, pues, procesados, y unos meses después se celebró el consejo de guerra que les sentenció a muerte, lo misma que a los ya

ejecutados en Terrassa. Los sentenciados apelaron al Tribunal Supremo de Madrid, el cual ratificó la sentencia, no quedando ya, entonces, más que esperar el posible indulto. Pero éste no acababa de llegar y el pesimismo empezó a invadir los ánimos de sus amigos. Éstos, por su parte, parecían absolutamente tranquilos, como si tuvieran la seguridad de no ser ejecutados.

Y cuando menos se esperaba, llegó la orden de ejecución de la sentencia. Entonces, por primera vez, Alfredo fue testigo del ambiente que ofrece una prisión durante las horas que preceden a una ejecución capital. Aracil y Devesa deberían ser ejecutados por el bárbaro procedimiento llamado «garrote vil», que parece querer expresar que añade la avilantez a la muerte.

Aquel día, a las cuatro de la tarde, cuando toda la población de presos estaba en el paseo, llegó inesperadamente la orden de «¡Alto el paseo!», y los detenidos fueron encerrados en sus celdas, ampliando el sistema llamado «chapados», esto es, la cerradura a doble vuelta, además del cerrojo normal y el otro cerrojo superior, llamado «condena». Como la cosa era tan anómala, todos se preguntaban qué había ocurrido para que se tomasen aquellas precauciones. Mas, como ocurre siempre en las cárceles, a los pocos minutos se sabía la verdad y los presos que tenían que subir a las galerías ya sabían que había llegado la orden de ejecución para la madrugada siguiente.

Acaso por descuido, en la imprenta siguieron trabajando hasta las seis de la tarde, como de costumbre, y allí también se supo lo que ocurría. Cuando Alfredo, terminada la jornada laboral, se dirigía a su celda, en la sexta galería, recibió muy mala impresión al ver pasar por el centro a dos monjas que llevaban unos candelabros y un Cristo de metal. En seguida comprendió que aquellos bártulos eran para montar la capilla.

Se repartió el rancho de la tarde en medio de una calma impresionante y casi en seguida el corneta tocó a silencio, en pleno día, en lugar de hacerlo a las nueve de la noche. El silencio era casi absoluto. Los presos, dentro de las cerradas celdas, agudizaban el oído, intentando averiguar lo que pudieran significar las pocas pisadas que, a veces, se oían en el centro. Fue llegando la noche y los presos no se atrevían a comunicar con sus habituales correspondientes nocturnos, juego que se hacía por entonces por mero capricho,

ya que todos podían hablar libremente durante las horas de paseo. Pero aquella noche el silencio era tan impresionante que todos temían que el más leve rumor fuese oído desde el centro.

Alfredo apenas cenó y no podía prestar atención a la lectura que intentó con miras a olvidar lo que pasaba. No le cabía en la cabeza que aquellos dos muchachos, que había visto llenos de vida aquella misma mañana, pudieran morir a las pocas horas en manos de un verdugo...

Y seguía el silencio, angustioso, sólo perturbado por lejanos pasos, muy quedos, y el enervador grito de los centinelas: «¡Centinela, alerta!», cada quince minutos.

Cuando apagaron la luz eléctrica, Alfredo se metió en el camastro, pero le era imposible conciliar el sueño. La palabra «muerte» se le aparecía en letras de fuego en medio de la oscuridad. Después, sin que pudiera sustraerse a aquella pesadilla, acudió a su memoria el recuerdo de todas las personas que había conocido y que ahora estaban muertas. Como un ejercicio de distracción, intentó reconstruir todo el proceso cuyo epílogo iba a tener lugar, a fin de decirse a sí mismo si los que iban a morir eran o no culpables. Pero le era imposible coordinar las ideas, sólo podía sujetar una palabra: muerte.

Se levantó de nuevo, encendió una vela e intentó leer; imposible. Paseó, fumó cigarrillo tras cigarrillo. No quería mirar la hora para no saber qué tiempo les quedaba de vida a aquellos muchachos. Pero la voluntad le fallaba y miraba irresistiblemente el reloj. «¡Qué pronto!» «¡Qué tarde!»

Se tumbó de nuevo, vestido, en el camastro. De pronto, estupefacto, oyó que descorrián los cerrojos y la puerta de su celda se abrió. No había oído llegar a nadie por la galería, siempre tan sonora. ¿Sería posible que se hubiera dormido? En el marco de la puerta estaba el oficial de prisiones, conocido por «el Filarmónico», que, con una triste sonrisa, le dijo:

—No se preocupe, Alfredo, no hay nada contra usted. Es que Aracil y Devesa han pedido despedirse de algunos amigos, y yo vengo, con el permiso del director, a preguntarle si quiere verlos.

La primera reacción de Alfredo fue negarse, y ello por un egoísmo refinado. Sabía que si acudía a aquella postuma entrevista sería una terrible pesadilla durante muchas noches. Pero ¿cómo negarse al deseo tan humano de aquellos pobres chicos? El carcelero le miraba entre comprensivo e irónico. Se decidió.

—Vamos —dijo.

Y siguió al oficial. A pesar de calzar alpargatas, sus pasos en el cemento de las galerías resonaban en sus oídos como campanadas siniestras. Pasaron al centro, en cuya jaula de cristal sólo había un guardia, y enfilaron por la galería que conducía al exterior, pero derivando después a la izquierda, subieron por la escalera que llevaba al departamento de políticos, siempre vacío. Allí habían instalado las monjas la capilla en una celda. En el fondo, sobre una mesa cubierta por un lienzo blanco, había dos cirios encendidos, flanqueando un Cristo. A los lados, unos floreros con unos pequeños ramos de rosas. Pero allí no había más que dos monjas. Los sentenciados estaban en la celda de al lado. Alfredo se paró en la puerta, sin saber qué actitud tomar. Aracil, sonriendo, le dijo:

—Entra, noi; ací és casa teva.

Alfredo avanzó y, sin poderse contener, se abrazó a Aracil, mientras sentía que las lágrimas le nublaban los ojos. Sintió después que le cogían por la espalda y le apartaban dulcemente. Era Pestaña, quien, con voz quebrada, le decía:

—Vamos, chico, ¿somos o no somos?

Y le acercó una silla. Sentóse y, ya un poco más sereno, alargó la mano a Devesa, que estaba al lado de una mesa, sobre la que había pastas, vasos y una botella de coñac, así como unos paquetes de tabaco. Aquello parecía una reunión de amigos para celebrar un acontecimiento. Estaban allí también Arnó, de Mataró, Eróles, David Rey, y el catalanista doctor Palta.

Todos hacían esfuerzos por parecer tranquilos, pero era indudable que los únicos tranquilos eran los que esperaban la muerte. Alfredo estaba como en un sueño, porque tenía que ser un sueño el extraño hecho de que allí estuvieran dos hombres que iban a morir casi en seguida, y que, sin embargo,

charlaban tranquilamente sobre cosas que nada tenían que ver con la muerte. De los demás, el que parecía más tranquilo era Pestaña, que, sin embargo, consultaba su reloj harto a menudo. Alfredo seguía viviendo en un mundo irreal. ¿Estaba en la cárcel, con unos condenados ya en capilla, o en una tertulia del café Español? Porque ahora los reunidos hablaban de los poetas modernos y por la celda volaban versos de Marquina o de Machado.

A las dos de la madrugada, el carcelero le dijo a Alfredo que saliera al pasillo. Luego le comunicó que tenía que volver a su celda, y que lo mejor sería que lo hiciera sin despedirse de los sentenciados, para evitarles emociones. Tenían que venir otros amigos y no era cuestión de que cada uno de ellos llegara al patetismo de una despedida definitiva. Alfredo dudaba, pero en esto salió Pestaña y le dijo que el procedimiento aconsejado por el oficial era el mejor, y que los condenados ya se habían dado cuenta y lo admitían de buen humor. Siguió, pues, Alfredo al oficial; junto a ellos iba Pestaña, quien al llegar al centro se paró y dijo: «Voy a jugar mi última carta». Y se metió en la jaula de cristal del centro. Alfredo se fue con el oficial hacia la sexta galería, mientras le preguntaba:

—¿Qué carta puede jugar, todavía, Pestaña?

—No lo sé —respondió «el Filarmónico»—, pero ese relojero es el hombre de las sorpresas.

Cuando subía por la escalera, Alfredo tuvo una idea que expresó al oficial. Le pidió si podía llevar a su celda a uno de sus amigos, a fin de no padecer más en las horas que faltaban para el amanecer. El carcelero, por bondad o por interés, accedió a llevarle la compañía de Bonet, aunque recomendando la mayor discreción. Cuando abrieron la puerta de Bonet, tres celdas más arriba que la de Alfredo, Bonet estaba vestido, leyendo a la luz de una vela. Cuando se le pasó la sorpresa y le dijeron el deseo de Alfredo, accedió agradecido, pues, como casi todos, no podía dormir.

Volvieron los tres a la celda de Alfredo, y éste descendió de la estantería una botella de una loción capilar... que en realidad era coñac. El carcelero no mostró la menor sorpresa ante aquella trampa, y bebió tranquilamente la cantidad que le sirvió Alfredo en un bote vacío de leche condensada. Y

charlando y fumando pasaron Bonet y Alfredo las horas angustiosas hasta que, a las cinco, se produjo lo más inesperado. Primero como un rumor lejano, que fue tomando cuerpo, y después como una explosión de gritos y abrir de puertas. Una oleada indescriptible recorrió toda la cárcel. Bonet y Alfredo estaban emocionados tras la cerrada puerta, pues ignoraban qué pasaba, esto es, si eran gritos de alegría o de protesta, si era la manifestación de gozo por un indulto o un plante de protesta. En seguida salieron de dudas, porque la puerta se abrió bruscamente y en el marco apareció el ordenanza, gritando:

—¡Les han indultado!

Y ése era el grito que repercutía de punta a punta del edificio: «¡Indultados! ¡Indultados!».

Y todos, criminales, ladrones, y hombres encerrados por sus ideas, todos tenían lágrimas en los ojos. Todos respiraban ampliamente, como si hubieran alejado, por propio esfuerzo, el fatídico fantasma del verdugo, quien, sin duda, en la ignorada celda donde había pasado la noche, no debería ser el menos contento.

Cuando salieron, más tarde, a los patios, Aracil y Devesa no estaban allí. Según se supo, dormían a pierna suelta tras la noche Pestaña reunió en una celda de la sexta galería a una, digamos, representación de partidos y organizaciones, a fin de explicar lo ocurrido, que no era tan satisfactorio como creíamos, porque, dijo, no había indulto, sino sólo la suspensión de ejecutar la sentencia.

Y explicó cómo había jugado la carta a que había aludido al dejar a Alfredo en el centro. Dijo que hacía días que la idea le bullía en la cabeza, pero que, como le parecía descabellada, no se había decidido a ponerla en práctica hasta estar convencido de que no llegaría el indulto. Aquella mañana había hablado con el defensor de Aracil y Devesa, y le había rogado que por la noche acudiera, a las dos, a la cárcel para estar al lado de los sentenciados en sus últimas horas y, además, porque acaso tuviera él, Pestaña, algo muy interesante que decirle. El defensor había llamado a Pestaña para decirle que era casi seguro que aquella noche entrarían en capilla Aracil y Devesa. Llegó el defensor a la hora convenida y se entrevistó con Pestaña. Éste le dijo que después de una larga lucha con su propia conciencia, se había decidido a decir la verdad sobre la

participación de los condenados en el asalto al banco de Terrassa. Y la verdad era que Aracil y Devesa no habían podido tomar parte en aquel acto por la potente razón de que aquel mismo día habían cometido un acto similar en Cartagena, por encargo de un comité de la organización obrera. Añadió que si los sentenciados nada habían dicho de esto era porque, a su manera, eran hombres de honor y estaban dispuestos a morir antes de comprometer a la organización y a algunos de sus dirigentes.

El defensor se dio cuenta de la importancia que tenía la declaración de Pestaña y se apresuró a telefonear al juez militar, rogándole se presentase lo antes posible en la cárcel, porque se habían presentado circunstancias muy graves. Antes de una hora estaban reunidos en el despacho del director, éste, el abogado defensor, el juez militar y el coronel que había actuado de fiscal en el consejo de guerra. Pestaña repitió su declaración, añadiendo que a la policía le sería facilísimo comprobar si en aquella fecha hubo en Cartagena un asalto a un establecimiento bancario, y si no se habían encontrado a los autores.

Como si esto era cierto se corría el riesgo de ejecutar a dos hombres por un delito que no habían cometido, inmediatamente se telefoneó al capitán general dándole cuenta de lo que ocurría, y lo mismo se hizo con el gobernador civil. Se supone que aquellos dos señores se pondrían de mal humor al ser despertados a las tres de la madrugada, pero también podemos suponer que, a su vez, y por teléfono, lograron que fueran despertados el presidente del Consejo de Ministros y el presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina de Madrid. Lo cierto es que a las cinco de la mañana llegó de la Villa y Corte la orden de suspender la ejecución, hasta que se hicieran las gestiones necesarias para comprobar lo dicho por Pestaña.

Según supo más tarde Alfredo, las autoridades y la policía no lograron tener el convencimiento de que lo manifestado por Pestaña fuera toda la verdad, pero a nadie se le ocurrió que se pudiera poner en capilla dos veces a unos condenados a muerte, y por ello fueron indultados de la pena de muerte, conmutada por cadena perpetua.

Aracil y Devesa fueron enviados al penal de Figueres, de donde salieron el 15 de abril de 1931, después de proclamada la Segunda República. No fueron los

únicos atracadores o pistoleros condenados por hechos análogos que salieron a la calle como condenados por «delitos sociales». Y habría mucho que decir sobre el particular.

La historia del pistolero en Cataluña es muy complicada y muy extensa. En realidad, descubrirla y explicarla sería tarea muy larga y acaso no cabría en un solo volumen. Quien esto escribe carece de elementos serios de juicio para ser justo y ecuánime. Recuerdo, sí, que el pistolero empezó ya durante los años agitados de la primera guerra mundial, con el asesinato del fabricante Barret, que trabajaba para los aliados, y cuyos autores acaso inconscientemente obraron a favor de los alemanes, manejados por los que cobraban del consulado alemán en Barcelona.

Más adelante se cometieron atentados contra patronos recalcitrantes; era lo que por entonces se entendía por acción directa. En muchas huelgas los sindicatos disponían de grupos de acción, que lo mismo disparaban contra la policía, los patronos o los obreros esquirolas. Como era inevitable, estas acciones comportaban detenciones y pronto surgió la idea de procurarse dinero para atender a los presos y sus familias, y, sobre todo, a los cuantiosos gastos de los procesos. Así empezó el período de los asaltos a las entidades de banca. Pero ocurrió lo inevitable. Los pistoleros, que habían empezado por actuar exclusivamente para la organización o los grupos, pronto conceptuaron que una buena parte del botín les correspondía, ya que se jugaban la vida, y vino lo de entregar una cantidad y quedarse con el resto. Luego, ya, ni eso. Los atracadores se convirtieron en gángsters y obraban por cuenta y provecho propio, sin perjuicio, si caían presos, de reclamar el auxilio de los Comités Pro-Presos.

Cuando la Federación Patronal creó los sindicatos libres y sus grupos de pistoleros, fueron bastantes los pistoleros sindicalistas que se pasaron al otro campo, que les ofrecía la casi total seguridad frente a la policía. Los que quedaron al servicio de la organización lo hacían ya como profesionales de la pistola, cobrando un salario regular y primas a la producción.

Esta gangrena duró muchos años y puede decirse que cuando llegó la guerra civil todavía no se había extinguido. No quiere el autor escribir nombres de

pistoleros ilustres, pasados unos al martirologio revolucionario y otros vivos todavía en este año de gracia (1960) como elementos influyentes de los restos de la organización sindical.

Durante aquella larga estancia en la cárcel, Alfredo conoció a toda clase de delincuentes que allí dentro hablaban de sus delitos con una tranquilidad pasmosa. Para muchos de ellos el robo era un trabajo normal y narraban sus fechorías con el mismo gusto que un forjador o un tipógrafo podrían hacerlo de su profesión. Algunos conocían el Código Penal perfectamente, y cuando acometían un «trabajo» ya tenían prevista la pena en que podían incurrir en caso de ser detenidos. Otros afirmaban que ellos eran unos pobres diablos que apenas podían comer con sus trabajos, que aprovechaban, principalmente, a los peristas, o sea, los que compraban lo robado. Los robos de envergadura, de alhajas y dinero en abundancia, no se aclaraban jamás, por voluntad de la propia policía y de las compañías de seguros.

Los carteristas formaban una especie de cuerpo de élite, y jamás eran procesados porque nunca se les podía comprobar el delito. Iban a la cárcel sólo como «quincenarios», el absurdo y arbitrario sistema español, que permitía que la policía detuviera a cualquiera que tuviera antecedentes penales o policíacos y que fuera encerrado durante quince días; esto se repetía indefinidamente. Resultaba curioso comprobar que la policía tenía un fichero de cuantos maleantes pululaban por Barcelona, y a cada delito le buscaban un posible autor, según la especialidad, pero los maleantes, a su vez, conocían a todos los policías, aplicándoles apodos sabidos de ellos solos.

Un mundillo que Alfredo descubrió en la cárcel fue el que formaban los invertidos. Tuvo que concederse a sí mismo que aquellas personas no eran los seres repelentes que siempre se había figurado. La mayoría tenían cierta cultura y todos una profesión que podía permitirles ganarse la vida, pero que ellos odiaban y no ejercían más que en caso de suprema necesidad. Uno de ellos era un estupendo barbero-peluquero que no trabajaba en su oficio más que durante las temporadas de encierro. En la calle se dedicaba al robo en compañía de su consorte, llamado «la Postales», porque cubría sus actividades fingiendo que se ganaba la vida vendiendo postales pornográficas. La realidad era que, bajo un aspecto afeminado, era un verdadero gimnasta, de una

agilidad magnífica, que le permitía trepar por las fachadas de las casas e introducirse en los pisos. Su compañero se encargaba de hacer las averiguaciones sobre las costumbres de los inquilinos y los porteros, cuidándose, además, de dar salida a los géneros adquiridos. Se cubría para ese trabajo con un muestrario de artículos caseros, que le permitía llamar a todas las puertas. «La Postales», en parte por táctica, en parte por gusto, había llegado a vestirse repetidamente de mujer con las ropas encontradas en los pisos visitados y salir a la calle sin inspirar sospechas. También solían usar otro truco: el barbero se instalaba en un bar donde hubiera teléfono. «La Postales», una vez había «elegido el género», lo encerraba en una maleta, también de la casa visitada, y telefoneaba al bar, a veces desde la misma portería. El barbero tomaba un taxi, llegaba a la casa, donde «la Postales» subía con su maleta, y salían los dos pitando.

Con estos dos y con otros invertidos mantenía Alfredo conversaciones que le dejaban pasmado al comprobar que poseían una buena cultura, hablando sin esfuerzo de filosofía, arte pictórico o literatura. No se avergonzaban lo más mínimo de su aberración, de la que decían que ellos no eran más que unas víctimas de una equivocación de la Naturaleza. Además, el barbero, por ejemplo, citaba a menudo una larga lista de hombres célebres, de todas las categorías, que, según decía, habían sido tan maricas como él.

En su complejo femenino todos los que por entonces estaban en aquella cárcel sentían una especie de veneración por «Ricardito», un invertido sentenciado a cadena perpetua por un crimen qué fue célebre: el de Casado, cuyo cadáver fue facturado de Barcelona a Madrid, pero sin cabeza. Ricardito se había declarado autor solitario del crimen, pero todo el mundo sabía que en el proceso quedaron muchos aspectos oscuros. El propio Ricardito, hablando con Alfredo, no ocultó que había más gente complicada; pero, aclaró, nada ganaría él denunciando a los otros, y en cambio sí saldría ganando mucho guardando silencio. Debería ser cierto, porque jamás le faltó dinero abundante y los paquetes que le llegaban de su hermana eran espléndidos. Por cierto que aquella hermana tenía un aspecto completamente varonil y vestía casi como un hombre, con cuello y corbata, el pelo corto y con la raya a un lado.

Ricardito explicaba que su mamá se había equivocado y por eso él era lo que era y su hermana tenía siempre «amigas» íntimas.

La cadena perpetua de Ricardito fue corta, puesto que, cuando estalló la guerra civil en 1936, fue uno de los primeros voluntarios en salir para el frente de Zaragoza. Alfredo le vio sentado en la parte de atrás de un camión, con las piernas colgando y con un fusil sobre los muslos.

Otro individuo remarcable de los que Alfredo conoció en la cárcel fue Mateu, un hombre giboso, que apenas levantaba un metro veinte del suelo, ya de unos cincuenta años, de aspecto pacífico, y que, sin embargo, estaba condenado por homicidio y falsificación de moneda, habiendo estado a punto de hacerse multimillonario. Unos celos absurdos fueron la causa de todos sus males. Alfredo le conoció en la imprenta, donde el hombrecillo entró a trabajar... con el material de falsificación de billetes que le había sido confiscado. La historia, explicada por el propio Mateu como si se tratara de algo ocurrido a otro, es la siguiente:

Mateu poseía el don de la falsificación perfecta; era algo que no había aprendido, sino que era consustancial en él, de nacimiento. Ya en la escuela se divertía falsificando las notas del profesor a los alumnos, por lo que él y todos sus compañeros enseñaban a sus padres notas superiores. Como era tan buen pendolista, cuando tuvo la edad, y como no podían darle carrera, entró de amanuense en casa de un abogado. No estuvo más que unos meses porque el muchacho, travieso, tuvo la mala idea de firmar todos los documentos que tenía que firmar el abogado y después le dijo que ya los había firmado el día antes. Como el abogado tenía la absoluta certeza de que no había firmado nada antes, se dio cuenta de la habilidad prodigiosa del amanuense... y optó por mandarle a la calle antes de que le comprometiera. Entonces empezó para Mateu una odisea amarga, en la que pasó por una larga serie de empleos, mirado en todas partes como algo despreciable por su ridícula figura y sólo tolerado por su verdadera habilidad con la pluma.

Le gustaban enormemente las mujeres, pero ni siquiera se le ocurrió acercarse a ninguna a no ser con el dinero en la mano. Es comprensible que empezara a odiar aquel mundo en que se encontraba involuntariamente y rebajado en

todos los aspectos. Y reaccionó de una manera harto normal. Tenía una prodigiosa habilidad que no poseía la mayoría de los mortales, pero ejercerla normalmente apenas le producía para malvivir. El mundo le despreciaba, él tomaría de aquel mundo lo suficiente para vivir mejor. Y empezó su vida de falsificador, batiendo a cuantos le habían precedido. Empezó falsificando los números de los décimos auténticos de la Lotería Nacional. Una vez publicada la lista de un sorteo y provisto de unas tijeras, tinta china y una pluma arreglaba los números de décimos no premiados por décimos tocados por la suerte. Como medida de precaución, no falsificaba más que premios pequeños, y cambiando siempre de despacho de billetes, así como a menudo de población. Pero esto producía poco y era muy expuesto. Cuando pudo reunir unos centenares de pesetas, compró una máquina de imprimir «Minerva» y, en combinación con un grabador, a quien nunca traicionó, se puso a falsificar sellos de correos. Esto ya era otra cosa; la mercancía salía fácilmente y nadie sospechaba falsificación alguna. Pero sólo daba para tirando. Era preciso llegar a la fortuna. Los billetes de banco eran una tentación irresistible, pero había que trabajar con el máximo de seguridades. El hecho de la falsificación en sí no le preocupaba, pues sabía que lo haría a la perfección. Lo difícil era dar salida a los billetes y hacerlo impunemente. Pensó mucho en ello y encontró una fórmula que resultó perfecta y le puso en camino de llegar a ser una especie de Creso.

El difícil problema del papel especial con que estaban confeccionados los billetes auténticos lo resolvió, por lo visto, plenamente, pero fue uno de los secretos que menos dejó vislumbrar. Las planchas de cinc las hizo siempre el mismo grabador que había hecho las de los sellos de correos. Grabador que ha quedado ignorado. El taller lo montó en un chalet que alquiló en la barriada del Guinardó. La «fachada» era la edición de tarjetas postales, y la «contrafachada» las postales pornográficas, que, si se descubría, comportaba una pena leve, y cubría perfectamente la fabricación de billetes de banco. Siempre trabajaba solo, demostrando una técnica y unos conocimientos insospechados. Los billetes fabricados eran de mil pesetas y, sin gran esfuerzo, podía sacar hasta seis por día. Los envejecía frotándolos con ceniza húmeda y poniéndolos un rato al sol, no mucho, porque en aquella época, en España, los billetes de mil pesetas circulaban poco y, por lo tanto, no se deterioraban tan

rápidamente como ahora. Para hacerlos circular comprendió que no tenía más remedio que buscar cómplices. El primero fue primera, es decir, una mujer, causa después de su desgracia. Mateu acudía regularmente a desahogar sus instintos sexuales en una casa de citas de lujo de la antigua calle del Carril, en una torre también de lujo de la barriada de Sant Gervasi, administrada por una antigua prostituta ascendida, por propio esfuerzo, a ama de aquel prostíbulo. La casa funcionaba sólo por las tardes de los días laborables, y las «empleadas» no eran, al menos para la clientela, profesionales, sino mujeres de su casa, que acudían allí para «redondear» el presupuesto familiar. Todas llegaban en taxis que entraban hasta el jardín, por lo que no eran apercibidas por la vecindad o los transeúntes. Los clientes, por lo general, llegaban de la misma manera. El falsificador iba siempre con la misma mujer, Magda, una aragonesa espléndida, que siempre le explicaba historias tristes de su marido borracho y malgastador. Con muchas precauciones, Mateu acabó por proponer a Magda la colaboración en la expedición de billetes mediante, claro está, una buena comisión. Y se estableció el sistema. El hombre adquirió una colección de alhajas de oro y brillantes, por un valor de varios miles de pesetas. La aragonesa, vestida con todo lujo, se presentaba en una casa de empeños y exigía tratar exclusivamente con el dueño. A éste le explicaba que ella era una dama de la buena sociedad, pero que se encontraba, de momento, con apuros de dinero y no veía la manera de justificar ante su marido esa penuria. Y acudía allí a dejar, por unos días, varias de sus alhajas, que recuperaría bien pronto. Como las alhajas eran buenas, A prestamista creía o no en la historia, pero entregaba el dinero, con mayor motivo al no ver en ella a una de las habituales del robo. Magda se llevaba unos cuantos billetes auténticos, y a los pocos días volvía a recoger sus alhajas, entregando otros tantos billetes, pero éstos de los confeccionados por Mateu. Nunca se dio el caso de que ningún prestamista dudara de la autenticidad de los billetes, ni les fueron rechazados al entregarlos a la circulación.

El negocio, pues, marchaba admirablemente, pero Mateu, hombre al fin, tuvo la fatalidad de enamorarse de Magda y le propuso ponerle un piso donde la podría visitar más a gusto que en la casa de citas, y, además, sería él solo el usufructuario de sus encantos. Aceptó ella el ofrecimiento, asegurando que para ello dejaba al marido borracho. Y Mateu la instaló en un principal de una

casa de la calle de Viladomat. Él habitaba en la barriada de Gracia, en compañía de una hija suya, producto de un matrimonio desgraciado, puesto que su mujer había desaparecido del hogar sin dejar rastro. Magda pronto se apoderó de la voluntad del hombrecillo, basta el punto de hacerle aceptar los servicios de un primo, decía ella, para aumentar la fácil salida de la mercancía. Este primo, que pronto le fue presentado, era cajero del hotel Tibidabo, en la cumbre de la montaña del mismo nombre. Allí acudían a pernoctar muchos extranjeros y en su servicio el hotel disponía de una caja de cambio de moneda. Los billetes de Mateu empezaron a pasar a las carteras de los turistas, sin la menor dificultad.

El negocio marchaba sobre ruedas... hasta que intervinieron los picaros celos. Mateu empezó a sospechar que el primo de su querida era un pariente que se arrimaba mucho. Ella tenía ausencias prolongadas no justificables. Además, ya había sorprendido miradas, gestos y tantas pequeñas cosas que se revelan a los que tienen la desgracia de ser celosos. La lógica aconsejaba a Mateu ser tolerante, puesto que ni su edad ni su deformado tipo podían aspirar a exigir fidelidad a una mujer tan espléndida como Magda, pero ya sabemos que la lógica no es corriente en los celosos. Y ocurrió lo inevitable. Un mal día, cuando el giboso llegaba a casa de Magda, ésta se disponía a salir. Él la interrogó sobre el motivo de su salida, se enredaron las palabras, y ella, acaso ya harta de aquellos celos ridículos, le dijo que sí, que el primo era su amante y que era idiota creer que ella podía quererle, con aquel tipo. El celoso sintió entonces acumularse en su cerebro todo el dolor de una vida de ser inferior y se vengó de todo el mundo en aquella mujer. Cogiendo un cuchillo de cocina, de un solo golpe, le atravesó la garganta. La bravía tuvo energías suficientes para escapar escaleras abajo e ir a la puerta de la calle, cayendo desplomada, echando la sangre a borbotones. Como no podía hablar, tuvo el maquiavélico instinto de abrir su monedero y arrojar unos puñados de billetes de mil pesetas al suelo. Entre la portera y unos transeúntes, recogieron a la víctima y avisaron a una ambulancia. Cuando llegaron a la Casa de Socorro, Magda ya no vivía.

La policía subió al piso y encontró a Mateu, todavía con el cuchillo en la mano, sentado y en actitud completamente estúpida. Se dejó desarmar y maniatar sin ofrecer la menor resistencia.

Sin el gesto de Magda, de tirar a puñados los billetes de mil pesetas, seguramente el hecho hubiera quedado en un crimen pasional, pero aquel gesto llamó, naturalmente, la atención de la policía, que llevó los billetes al Banco de España para su identificación. Se comprobó que los billetes eran falsos, pero tan bien imitados que sólo eran apreciados en su falsedad por expertos provistos de potentes lupas. Si se tuvo la absoluta certeza fue porque se habían encontrado billetes con el mismo número. Se dijo, por entonces, que el Banco de España había decidido retirar de la circulación toda una serie de billetes, para evitar ulteriores consecuencias.

Como Mateu sabía que se había perdido para muchos años con la muerte de Magda, decidió completar su fechoría denunciando al amante de ella como cómplice en la falsificación, dando toda clase de detalles e indicando dónde estaba el taller.

Mateu fue condenado a cadena perpetua por el crimen y a veinte años por el delito de falsificación, pero, como Ricardito, logró salir del presidio cuando la proclamación de la Segunda República. Alfredo le veía a menudo por la Ronda de San Antonio, en compañía de su hija, aquella mujer menuda, impersonal, que acudía puntualmente a las comunicaciones de la cárcel, llevando siempre cestas llenas de buenos alimentos. Seguramente Mateu había sabido conservar una buena parte de los beneficios de su industria.

Capítulo 6

LA CAÍDA DE PRIMO DE RIVERA Y DE LA MONARQUÍA

Por fin, en el mes de julio de 1927, el día que menos lo pensaba, el ordenanza de la sexta galería abrió la celda de Alfredo y le comunicó que preparara sus cosas, porque había llegado la orden de su libertad. No se apresuró mucho porque, después de veintiocho meses, no era cuestión de atosigarse por unos minutos más o menos. Así, pues, se vistió con ropas presentables, hizo un paquete, bien atado, con la manta, las sábanas y las ropas de celda; metió en un cesto los chismes de cocina y fue a despedirse de los amigos, repartiendo el tabaco y las provisiones que tenía. Varias veces, desde abajo, le habían llamado a voces, ordenándole que se diera prisa. Es curiosa la prisa que siempre tienen en las cárceles para echar a la calle a los reclusos.

Bajó, por fin, al centro donde le preguntaron su nombre y apellidos. De allí le llevaron al gabinete antropométrico, donde dejó, una vez más, la huella dactilar del pulgar derecho. Después pasó por la administración, donde le cambiaron los tíquets administrativos por moneda corriente. En la misma cancela estaba el policía Andrade, quien le comunicó que tenía orden de conducirle a la Brigada Especial «para ver al jefe». Aquello no era, en verdad, agradable, pero no dijo nada, comprendiendo que era inútil. Montaron, pues, el policía y Alfredo en el sidecar que les esperaba y dando la vuelta por la calle de Tarragona, plaza de España, Paralelo y paseo de Colón, tomaron por la Vía Layetana, hasta la calle de Jaime I, y metiéndose por la calle de la Ciudad llegaron a la plaza de Regomir. Fue un paseo agradable en aquella mañana luminosa de julio. Alfredo manifestó su extrañeza por aquella vuelta innecesaria, pero Andrade le respondió que eran «órdenes de arriba», que siempre eran cosas raras.

En la Brigada Especial había poca gente a las diez de la mañana. El jefe tampoco había llegado. Le esperaron fumando y charlando, demostrando Andrade que estaba bien informado de muchas cosas de los medios obreros.

Lo que no comprendía entonces Alfredo era por qué el policía tenía interés en demostrar sus conocimientos. A las once llegó el jefe de la Brigada, Acuña. Le hizo entrar en su despacho y le dijo que ya era hora de que hubiese salido en libertad. Alfredo convino en lo mismo. Después el policía le manifestó que la orden de libertad la había logrado él, porque sabía que la madre de Alfredo estaba gravemente enferma y reclamaba la presencia de su hijo. Alfredo le dio las gracias, aunque no dio gran crédito a tanta bondad y, además, sabía que aunque su madre estaba enferma por aquellos días, no lo estaba de gravedad.

Después Acuña tomó un tono paternal para aconsejar a Alfredo que no se enfrascara demasiado con los comunistas, que no eran gentes de buena fe. Alfredo le respondió que si, como debería ser, el policía estaba bien enterado, ya sabía que él, Alfredo, no había sido nunca comunista, y que acaso debería su calificativo de tal, con sus consecuencias, a falsos informes policíacos. Sonrió el otro, sin replicar. Después comunicó por teléfono con la Jefatura Superior, acabando por decirle que se podía marchar cuando quisiera. A pesar del tono cordial de la conversación, al despedirse no se dieron la mano; ello no estaba en las costumbres de los rivales.

Para llegar antes a casa de su madre, subió a un taxi en la plaza de la Constitución (hoy de San Jaime). Su madre estaba en cama, pero no grave, como ya suponía. Naturalmente, la emoción fue grande entre él, su madre y las hermanas. La hermana pequeña, Amparo, le aclaró que había sido ella la inventora de las llamadas de angustia de la madre enferma. Le dijo que días antes había encontrado al policía Andrade en la calle y, parándole, le había explicado aquel cuento, porque, se excusó, siempre le había parecido que aquel policía era más humano que los otros. Andrade le aseguró que hablaría con el jefe, y por lo visto lo había hecho con excelentes resultados. Alfredo marchó en seguida a casa de su suegra, donde encontraría a sus hijos que comían allí al mediodía.

A la hora de comer se juntaron en la mesa los chicos y los padres, presididos por la suegra. Los pequeños admiraban al padre como a una especie de pequeño héroe, a quien veían a menudo a través de los hierros de los locutorios de la cárcel.

Alfredo encontró trabajo en la imprenta de Aubert y Pía, situada detrás del palacio de Justicia. Más adelante, un tipógrafo que trabajaba en el mismo taller que Pepita le dijo a Alfredo que, como había encontrado plaza en el taller de Las Noticias, dejaba su puesto y él, Alfredo, podía aprovechar la ocasión, pues el trabajo era tranquilo y bien pagado. Y así fue cómo durante unos meses trabajaron de nuevo juntos Pepita y Alfredo.

De una manera inopinada perdió aquella plaza, porque una tarde, al salir del trabajo, antes de juntarse con su amada, unos policías le detuvieron con el desacreditado pretexto de que le tenían que hacer unas preguntas en Jefatura. Con la vista se despidió de Pepita, que estaba estupefacta en el ángulo de las calles Buenavista y Menéndez Pelayo, donde se encontraban cada tarde.

En Jefatura nadie sabía nada de aquella detención, pero al día siguiente le llevaron a la cárcel, en calidad de preso gubernativo. Esta detención fue breve, porque al enterarse Acuña, jefe de la Brigada Especial, consideró el hecho como un atropello a las prerrogativas de su Brigada y se interesó en Jefatura por las causas de la detención. Parece que todo fue obra de un confidente que había dado una falsa información a un policía de la Brigada Criminal. Como no podía comprobarse nada de lo denunciado, Acuña obtuvo la libertad de Alfredo. Todo esto lo sacó a consecuencia de medias; palabras y alusiones veladas.

Cuando salió a la calle, a los quince días, en la imprenta le dijeron que, como tenían poco trabajo, de momento no le podían readmitir y le pagaron tres semanas de indemnización. Como en otras ocasiones, Alfredo no quiso promover un conflicto por su caso particular, y, tomando el dinero, se marchó. Aquella misma semana encontró trabajo en la casa Seix y Barral.

Pepita tuvo el convencimiento de que aquella detención había sido obra de Juan, su antiguo novio, que, despechado, había contado un cuento a un policía amigo suyo; pero, como eso no se podría probar jamás, acaso resultaría injusto tomar represalias.

La CNT funcionaba por entonces en la clandestinidad, pero manteniendo todos sus organismos de dirección y relación. Cada sindicato tenía su Comité, cada localidad mantenía su Comité de Federación Local; existían los Comités

Regionales y funcionaba perfectamente un Comité Nacional, con sede en Barcelona. Las cotizaciones se efectuaban normalmente en las propias fábricas y talleres, o por otros medios. Muy activamente funcionaba un Comité Pro-Presos, que atendía eficazmente a los muchos presos, deportados y perseguidos.

Alfredo, naturalmente, había tomado en manos el Sindicato de Artes Gráficas, con la buena compañía de sus amigos Massip, Sagrera, Vidal, Cuadrado, Virgili y unos pocos más.

Como solía ocurrir en las épocas malas, ahora también le toleraban el acceso a los llamados Comités Superiores, y en la ocasión representaba a su sindicato en el Comité Regional. Conservó el cargo hasta bastante después de proclamada la República.

La ofensiva contra Primo de Rivera se acentuaba de día en día. Los partidos políticos, reorganizados, buscaban contactos entre sí. Varios monárquicos renegaron del rey, entre ellos Alcalá Zamora, el hijo de Maura, Miguel, Melquíades Álvarez, Sánchez Guerra...

En enero de 1928, el gobierno decretó una ley en virtud de la cual se establecía un impuesto a los dependientes del comercio que devengaban los sueldos mensualmente. Ello dio lugar a una magnífica demostración de oposición al régimen. Un lunes por la mañana, de la manera más inopinada, unos pequeños grupos se dedicaron a hacer cerrar el comercio como protesta a la mencionada ley. A las diez de la mañana el cierre del comercio era absoluto en la capital.

Las autoridades se alarmaron e hicieron salir a la calle todas las fuerzas de la policía y guardia civil de que disponían. Tales fuerzas no podían emplearse porque no encontraban enemigos, puesto que los grupos se habían disuelto y los dependientes se paseaban tranquilamente por parejas o pequeños grupos. Algunos jefes militares intentaron hacer abrir los comercios por la fuerza, pero los mismos propietarios o gerentes se opusieron a ello, alegando que, sin dependencia, no era posible la venta, y menos garantizar la seguridad de la mercancía. Fueron repartidas profusamente unas octavillas en las cuales los diferentes sindicatos del ramo y también el Centre de Dependents del Comerç

i de Indústria, anunciaban que al día siguiente acudirían al trabajo, pero que lo dejarían indefinidamente si a primeros de mes se intentaba deducirles el importe del impuesto.

La unanimidad del movimiento y la disciplina en dejar el trabajo y volver a él, siguiendo las consignas sindicales, llamó poderosamente la atención de cuantos creían incautamente que el sindicalismo estaba muerto.

En Barcelona, el Comité Nacional de la CNT se veía constantemente solicitado por los republicanos viejos y nuevos, para que la potente organización sindical diera su apoyo a los proyectos revolucionarios. Los socialistas delegaron varias veces a compañeros suyos de Barcelona para que se entrevistaran con algunos elementos responsables del sindicalismo anarquista. Peiró y Pedro Foix tuvieron bastantes entrevistas con unos y otros.

Pero los confidentes que la FAI tenía en todos los organismos se apercibieron pronto de estos contactos y plantearon el asunto a la primera ocasión. En el mes de febrero de ese año de 1929 tuvo lugar un Pleno Regional clandestino, en pleno bosque, cerca de Blanes. Allí se acusó al Comité Nacional y al Comité Regional de Cataluña de venderse a los republicanos, así como de reformistas. La voz cantante la llevó el tristemente célebre Juan Montseny, más conocido por su ambicioso seudónimo de Federico Urales. Estaba allí también su hija Federica. Ante lo injustificado del ataque, no faltó delegado que preguntó en nombre de quién hablaban padre e hija, puesto que no pertenecían a la CNT. Los incondicionales salieron dando gritos y hablando en nombre de «la específica». No hubo medio de entenderse; el propio Comité Nacional quedó escindido en dos criterios diferentes, y los delegados volvieron a sus sedes sin haber hecho nada positivo.

A pesar de la actitud de la FAI, los responsables obreros veían que cada vez era más indispensable entrar en contacto con socialistas y republicanos. De Madrid llegaron informaciones que llamaban la atención sobre las actividades de un grupo revolucionario residente en Badalona, en relación con los militares presos en el castillo de Montjuic. De Madrid decían que aquellas actividades podían hacer fracasar todo el trabajo que el Comité Revolucionario llevaba a cabo en la Villa y Corte.

El Comité Regional tomó cartas en el asunto, empezando por enterarse de lo que podía haber de verdad en la información. Desgraciadamente, todo era verdad. En Badalona se había constituido un grupo que se autotituló Comité Revolucionario de Cataluña. Estaba compuesto por elementos de la FAI y algunos jóvenes de buena fe. Alfredo, que conocía a muchos compañeros de la ciudad de la costa, fue allá y pronto pudo hacerse una composición de lugar. Por sí solo aquel famoso Comité poco podía llevar a cabo, pero el peligro consistía en que estaba en relación con los presos militares de Montjuic, dirigidos por Fermín Galán, hombre lleno de ilusiones, de una potencia desbordante, pero irreflexiva, que, lejos de frenar la impetuosidad de los de Badalona, la estimulaba, afirmando que en el momento en que él quisiera bajaría de Montjuic a Barcelona, al frente de las tropas del castillo.

Antes de tomar la determinación de informar al Comité Regional de lo que él creía la verdad, Alfredo procuró saber cuál era el estado de ánimo de la guarnición de Barcelona. Pronto adquirió la convicción de que, si bien era cierto que la oficialidad joven no estaba de acuerdo con Primo de Rivera, ello no quería decir, ni mucho menos, que estuviesen dispuestos a un pronunciamiento, y que, por lo tanto, lo que intentaba Fermín Galán tenía que fracasar, con su secuela de víctimas, y, lo que sería peor, acaso aplazar por mucho tiempo el trabajo más serio que prepararan republicanos y socialistas.

Alfredo pudo tener una entrevista con los capitanes Rubio y Giménez, a quienes creyó convencer de la necesidad de llevar al ánimo de Galán que sería bueno tener paciencia, puesto que aquel Comité Revolucionario de Badalona no tenía a nadie tras sí. En su fuero íntimo Alfredo tuvo la convicción de que aquel Comité badalonés estaba bien manejado por un agente provocador policíaco o bien por un agente provocador faísta, que no buscaban otra cosa que hacer fracasar una posible intervención confederal en los hechos que cada día se veían más inminentes.

Afortunadamente, parece que los consejos de los capitanes Rubio y Giménez hicieron buen efecto y el descabellado proyecto no siguió adelante.

No supo nunca Alfredo el verdadero motivo que tuvo el Comité Nacional para convocar un Pleno clandestino para el día 29 de junio de 1929, pero sospechó

que se hizo para que de una vez supiera el Comité Nacional qué conducta debería seguir respecto a la conspiración contra el régimen. Como era costumbre, el orden del día era copioso, pero en medio de sus puntos, como uno más, había uno que preguntaba qué conducta se debería seguir ante el movimiento conspirativo contra el régimen. Alfredo supuso, y los hechos le dieron la razón, que aquella pregunta era el verdadero punto esencial de la reunión.

Alfredo acudió a la misma con la doble representación de su sindicato y de miembro del Comité Regional de Cataluña.

Con los primeros atisbos de la aurora, ya estaba Alfredo en la estación de Francia, a punto de tomar el primer tren para Mataró. En el andén vio a varios amigos de diferentes sindicatos que simularon no conocerse mutuamente. Fueron sentándose en los coches, aislados, entregados todos a la atenta lectura de los diarios de la mañana. Un policía avisado podría haber observado que un buen número de viajeros llevaban en la mano o en el bolsillo un libro; y daba la casualidad que todos eran iguales, a saber, Sangre y arena, de Blasco Ibáñez.

Todos aquellos entusiastas de Blasco Ibáñez descendieron en Mataró y les dio por seguir, Rambla arriba, a unos curiosos mataroneses que también llevaban un libro en la mano. Al final de la Rambla, derivaron a la derecha, y allí, a cien metros, se encontraron con un autocar, en parte ya ocupado por viajeros que habían llegado antes. Cuando el vehículo estuvo lleno, emprendió la marcha por aquella carretera secundaria. Ya en marcha, los viajeros abandonaron su reserva y se hicieron las autopresentaciones sobre los que no se conocían. Todos eran delegados a aquel Pleno, y algunos de ellos venían de otras regiones de España. Como a unos cincuenta kilómetros, el autocar se metió por un camino terroso, trazado entre viñedos, y pronto llegó a una masía, en las cercanías de la cual ya había muchos hombres que no tenían precisamente aspecto de payeses.

Los habitantes de la masía estaban muy atareados preparando unas mesas y fabricando asientos con tablas y soportes diversos. De la cocina salían olores culinarios muy agradables. Era que los amigos de Mataró sabían hacer las

cosas y habían comprometido a aquellas buenas gentes a preparar una costellada matutina y después unas paellas con todos los honores.

Los delegados paseaban arriba y abajo cambiando impresiones y haciendo presentaciones. El ambiente era alegre y cordial. Pronto aparecieron sobre las mesas grandes fuentes repletas de costelles a la brasa, al lado unos morteros llenos del clásico all-i-oli, flanqueados por rebanadas de pan. Además, como es natural, los porrones llenos de vino del país, y, para los no iniciados en beber a galet, unos vasos.

Casi todos desayunaron de pie, entre dimes y diretes y bromas de buen gusto. A las nueve de la mañana se dio la consigna de marchar al bosque cercano para empezar las discusiones. La reunión tuvo lugar en un pequeño prado. La presidencia se instaló en unas piedras que hacían el oficio de mesas. La mayoría de delegados estaban sentados sobre la hierba. Al leerse las representaciones, pudo apreciarse que habían llegado delegados directos de Euskadi, Galicia, Asturias, Castilla, Centro, Aragón, Valencia, Andalucía y Mallorca, y, desde luego, una muy nutrida representación de los sindicatos de Cataluña.

Se habían establecido vigías a unos cientos de metros alrededor del «salón de actos».

La discusión de los diferentes puntos del orden del día se deslizó durante toda la mañana bastante fácilmente, si se tiene en cuenta el sistema de discusión de los sindicalistas españoles, que acostumbran a discutir horas y horas la cosa más fútil, acabando siempre por cansancio. Esta vez se veía que todos esperaban tranquilamente el punto álgido, que no era otro que el que se refería a la conducta a seguir con los organismos que conspiraban contra el régimen.

Alfredo temía que llegase aquella discusión antes de comer, porque ello hubiera supuesto que el arroz se habría pasado, y, además, los enconos sacados a relucir habrían enfriado el ambiente fraternal que reinaba hasta aquellos momentos. Pero sin duda los que presidían habían previsto el caso y levantaron la sesión de la mañana antes de llegar al punto delicado.

La comida fue, pues, alegre y fraternal. Se comió la paella, frutas y café. No faltaron los vegetarianos que apartaban cuidadosamente el pollo y el pescado, e incluso un naturista íntegro sacó de su cartera unos puñados de nueces y avellanas, y, con pan casi negro, se dio el gran banquete, añadiendo a sus reservas las frutas que había en la mesa, todo ello acompañado de largos tragos de agua cristalina.

Hubo bromas de la mayoría carnívora, que no inmutaron lo más mínimo a los vegetarianos y al naturista integral.

Después de comer se volvió al prado a proseguir la discusión, colocándose de nuevo los vigilantes para evitar sorpresas, aunque ya se suponía que, si a aquella hora la policía o la guardia civil no había hecho acto de presencia, era de esperar que nada malo ocurriera.

Y llegó el punto temido y deseado. La presidencia lo planteó así: «¿Debe la organización incorporarse a la conspiración contra la dictadura, y, para ello, nombrar una delegación que se ponga en contacto con el Comité Revolucionario que preside el señor Sánchez Guerra?»

Se atropellaron las demandas de palabra de los «puros» que rabiaban para dejar bien sentado su apolitismo, y tal vez pensando que quien da primero da dos veces. Sus argumentos eran los de siempre, esto es, que la CNT (no aludían a la FAI) no podía mezclarse con políticos y militares absolutamente para nada, llenando algunos delegados a afirmar alegremente que la organización se bastaba y sobraba para hacer ella, por sí misma, una revolución.

En favor de la intervención hablaron varios delegados de Galicia, Asturias y Mallorca, además de un par de delegados de Cataluña, uno de Sabadell y Alfredo. Éste preguntó qué clase de revolución eran capaces de hacer solos, quienes la propugnaban; pregunta que nadie se molestó en contestar. Finalmente, y en nombre del Comité Nacional, habló Joan Peiró, quien, sin duda, había evolucionado mucho desde los tiempos en que se enfrentaba con Pestaña, motejándole de posibilista. Peiró, tranquilamente, con palabra fácil, sin emplear aquella vehemencia peculiar en él, habló largo rato,

argumentando concienzudamente. Alfredo les dijo más tarde, a Peiró y a Pestaña, que el relojero le había prestado su discurso al vidriero.

Peiró se dedicó primero a combatir a los sostenedores de los principios puros, deshaciendo las falacias empleadas, que, afirmó, «no nos llevarán más que a atar de pies y manos a la CNT, ante los acontecimientos que, irremisiblemente, se tenían que producir, si no interveníamos, sin nosotros, y acaso contra nosotros». Seguramente fue aquél el mejor discurso, lleno de lógica y de persuasión, de cuantos hasta entonces había pronunciado Peiró.

Y en medio de la sorpresa de los «puros», que contaban con haber ganado fácilmente la partida, los delegados acordaron por una gran mayoría que la organización se pusiera en contacto con los elementos que se preparaban a derribar a Primo de Rivera y, si era posible, a la monarquía.

Aquel acuerdo, tomado bien a las claras, ha sido desmentido después por quienes niegan siempre que la CNT haya intervenido jamás en política. Pero han sobrevivido muchos actores de aquel pleno que lo recuerdan muy bien, aunque las actas del mismo se hayan perdido, nadie sabe cómo.

Por las sensiblerías de Primo de Rivera y por la influencia masónica en una parte del ejército, sobre todo en el campo de la Artillería, la oficialidad del mismo manifestó su disconformidad con el dictador. Éste reaccionó y disolvió el Cuerpo de Artillería, sin que por ello ocurriera nada anormal. Los artilleros no se dieron por aludidos, y el primero de mes acudieron, unánimes, a cobrar sus sueldos, que les fueron abonados íntegramente, a pesar de las órdenes contrarias del gobierno. Era un síntoma de que la dictadura iba a la deriva.

Don José Sánchez Guerra, que estaba en Francia, desembarca en Valencia el 28 de enero de 1929, con el ánimo de sublevar la guarnición de la plaza. Los comprometidos no responden plena- nente a sus compromisos, y Sánchez Guerra se deja detener a fin de que el gesto no se pierda del todo. El jefe revolucionario es encerrado en un barco de guerra, causando una inmensa emoción en todo el país. En Madrid, los estudiantes se manifiestan por las calles y se parapetan en la Universidad. Lo mismo ocurre en Barcelona y Valencia. Fue por entonces cuando los estudiantes más extremistas adoptaron un gorro azul, con ribetes blancos, verdes, rojos o amarillos, según la Facultad

a que pertenecían, para dar un cariz de milicia a su organización. Un año más tarde, casi día por día, caía Primo de Rivera.

En junio de 1929 se terminaron por fin las obras de lo que empezó por ser proyecto de Exposición de Industrias Eléctricas de Barcelona, patrocinada por el lerrouxista Juan Pich y Pon; exposición que cambió de rumbo, pasando a ser Exposición Internacional de Muestras, enclavada en la montaña de Montjuíc, completamente transformada al efecto.

Como ocurre con todas las dictaduras, la de Primo de Rivera se atribuyó la iniciativa de la exposición, y para inaugurarla se organizó el viaje del rey y del dictador a la Ciudad Condal. Alfredo volvió, una vez más, a la cárcel, porque, para tranquilidad de las autoridades, se procedió a la detención de los elementos peligrosos, aunque la mayoría de ellos no fueran capaces de matar una mosca. Según costumbre, a Alfredo le despertaron a las tres de la madrugada unos policías que, por esta vez, no procedieron a registro alguno, sino que dijeron francamente, desde el primer momento, que se trataba de una detención preventiva por el tiempo que durara la estancia del rey en Barcelona. Vistiése, pues, Alfredo, con toda la calma, mientras tranquilizaba a su esposa, que estaba más indignada que dolorida. Besó a la madre y a los pequeños y fue a la comisaría más cercana, la de la calle de los Ángeles, con la sola compañía de un policía, puesto que los otros le dijeron que todavía tenían bastante trabajo, empezando por los hermanos Botella, que habitaban allí cerca, en la calle del Tigre. En la comisaría subieron al primer piso, donde quedó Alfredo sin más vigilancia que el guardia de la puerta de la calle. Marcharse hubiera sido fácil, echando escaleras arriba, hasta el terrado, con la esperanza de encontrarlo abierto o fácil de abrir, pero Alfredo pensó que no valía la pena, porque por esta vez creía en lo que habían dicho los policías.

Al poco rato de estar sentado en el despacho llegó un policía, sin duda nuevo en Barcelona, porque sentándose muy fatigado, dijo:

—¡Qué noche, compañero! Voy a descansar un poco.

—Bueno, descanse —dijo Alfredo—; yo no tengo ningún inconveniente. Pero conste que yo no soy su compañero.

—¡Cómo! ¿No es usted del cuerpo?

—No, señor; yo soy un detenido.

El hombre se quedó viendo visiones y salió corriendo escaleras abajo.

No le volvió a ver. A la media hora llegaron en grupo unos policías y unos detenidos, entre ellos el socialista Escorsa, los hermanos Botella y el médico Aiguader, más tarde alcalde de Barcelona. De madrugada, los metieron a todos en un coche de la policía y los llevaron a la cárcel. Cuando, tras los trámites administrativos, llegaron los detenidos al centro de la cárcel, ya había allí, rodeando la jaula de cristal, un buen número de hombres sacados de la cama durante aquella noche, y que ahora atendían pacientemente que les designaran alojamiento. Como muchos de ellos se conocían, se hacían señas amistosas, y los más cercanos cambiaban impresiones entre sí. La mayoría se mostraban tranquilos, pues suponían que aquella detención no tenía más motivo que la presencia del rey en Barcelona y que acabaría con la vuelta del monarca a la Corte.

En las galerías se notaba un gran movimiento de presos trasladando cestas, mantas y otros efectos personales. Era que la dirección del establecimiento había decidido alojar a los recién llegados en la quinta galería, la mejor de la cárcel, donde estaban los privilegiados que pagaban un alquiler, como si estuvieran en un hotel. Aquella distinción de hacerles ocupar celdas de pago, sin pagar, era debida seguramente a que había en aquella redada bastantes hombres conocidos: abogados, médicos, periodistas y otros, que, quién sabe, acaso el día de mañana iban a ocupar cargos de gobierno.

Cuando estuvieron todos instalados y salieron al patio, Alfredo pudo hacerse cargo de quiénes eran, por unos días, sus compañeros. A medida que iban descubriendose se daban la mano fraternalmente, riéndose de que se les considerara como posibles regicidas.

Paseaban ya por el patio el abogado Lluís Companys, los hermanos Aiguader, el médico Tomás Tusó, íntimo de Maurín, los republicanos catalanistas Casanovas, Salvador, Sanjuan, Lluhí Vallescá, etc.

Los socialistas estaban representados por Escorsa y Arellano. La CNT tenía una buena mayoría: Pestaña, Peiró, Arín, Abella, Foix, los hermanos Vidal, uno de la Madera y el otro de Artes Gráficas...

Quienes no estaban eran los considerados como elementos de acción, o sea, los verdaderamente peligrosos para las personalidades que iban a llegar a Barcelona. ¡Misterios policíacos!

Pero, en cambio, había unos hombres muy disgustados, absolutamente novatos en aquellas ordenanzas. Eran las víctimas de una orden mal dada o mal interpretada. Había en Barcelona, en cada barriada obrera, un Ateneo Libertario; éstos, entonces, eran considerados como los centros oficiales de la FAI y no dejaba de ser cierto que de ellos habían salido bastantes pistoleros que cometían atentados e incluso algún atraco. Teniendo esto en cuenta, no era del todo descabellado que de Madrid llegara la orden de clausurar dichos Ateneos y encarcelar a los respectivos presidentes. Pero, por lo visto, la orden no especificó la clase de Ateneos, y por ello la policía, para no equivocarse, clausuró todos los Ateneos de la capital catalana y detuvo a todos sus presidentes, por lo que se paseaban por aquel patio, de muy mal humor, los presidentes del Ateneo Barcelonés, del Ateneo Enciclopédico Popular, del Ateneo de Sants, del de San Martín, del de San Andrés, todos ellos absolutamente apolíticos, cuyos socios eran gentes pacíficas, que no tenían más actividades que las teatrales, culturales y cooperativas. Para aquellos señores tan bona gent, la aventura distaba mucho de ser un incidente sin importancia y se apresuraban a reunirse y redactar un documento respetuoso dirigido al gobernador civil, pidiendo su inmediata libertad. En los pocos días que estuvieron presos, jamás pudo lograrse que admitieran las bromas y los juegos a que se entregaban todos los demás, incluso aquellos que en la vida normal eran hombres de carácter serio o reservado. Todos consideraban que el dictador estaba acabando su tiempo y que aquella detención no era más que uno de los coletazos débiles del moribundo régimen.

Como era costumbre entre los habituales, casi todos los detenidos se paseaban por el patio calzando alpargatas, en mangas de camisa, con el cuello de la misma abierto, es decir, lo más cómodamente posible. El grupo

ateneísta, no; aquellos señores no dejaban el cuello duro, la corbata, la americana oscura y los zapatos negros.

Pasadas las ceremonias oficiales y vuelto el rey a Madrid en compañía del dictador salieron inmediatamente todos a la calle. Los ateneístas habían soportado muy mal aquellas tres semanas de benigno encierro, pero apenas en libertad y sus Ateneos abiertos, se apresuraron a organizarse actos de desagravio, presentándose como víctimas sacrificadas por la dictadura. Seguramente que si hubieran estado en Francia hubieran solicitado ingresar en la Legión de Honor.

La oposición a la dictadura se hacía ya descaradamente y en todos los lugares y ocasiones. Los centros de Unión Patriótica, el partido creado artificialmente por Primo de Rivera, estaban siempre vacíos, pues todos aquellos elementos oportunistas que allí se refugiaron para medrar a costa del régimen los iban abandonando al percatarse de que aquello se acababa.

La prensa liberal y republicana se valía de todos los medios para burlar la censura. A veces las esquelas mortuorias anunciaban la próxima muerte de Don Miguel Pariente Segundo, o bien se pedía: «Rogad a Dios por el alma de Doña Anastasia Santa Rita que subirá al cielo próximamente». Las caricaturas eran verdaderos prodigios de ingenio para pasar sin ser censuradas, pero comprendidas siempre por los lectores. Se empleaba el acróstico en poesía de una manera corriente, para desesperación de los censores que se quejaban de no tener tiempo de comprobar si en una poesía había o no acróstico, y temían que les pasara desapercibido, con las naturales consecuencias.

Vicente Blasco Ibáñez había escrito un panfleto terrible contra el rey. Se había editado en Francia, en forma de periódico e impreso por millares de ejemplares que bien pronto circularon por toda la península, siendo leído y comentado en toda clase de círculos y tertulias.

Desde hacía tiempo, durante los últimos años de la dictadura, existían diferencias fundamentales entre la Federación Comunista Catalano-Balear, el Partido Comunista de España y la Internacional Comunista. En el año 1929 el Partido Comunista de España celebró un Congreso en Francia y la representación de la Federación Comunista Catalano-Balear, no fue admitida

en el mismo. Y fue a partir de este hecho cuando se complicaron las relaciones, que terminaron en la ruptura con la Internacional Comunista y con el Partido Comunista de España. Se establecieron contactos con el Partit Comunista Catalá que dirigían Jordi Arquer, Rodes, Farré y otros. Fue en el otoño de 1930, entre octubre y noviembre, cuando tuvo lugar, en Terrassa, el congreso de fundación del Bloc Obrer i Camperol y la Federación Comunista Ibérica, con la fusión de la Federación Comunista Catalano-Balear y el Partit Comunista Caíala. Joaquín Maurín fue elegido secretario general; el Comité Ejecutivo lo formaron: Tomás Tusó, Jordi Arquer, Josep Rovira, Josep Coll, Ramón Fuster, Adroher, Víctor Colomer y Pere Bonet. Indudablemente, acababa de nacer un partido marxista, pero no sometido a la dirección de Moscú.

El Bloc pudo haber sido el gran partido obrero de Cataluña si Joaquín Maurín hubiera tenido una mejor visión de la realidad, menos egolatría y mejores compañeros.

En Cataluña, desde que los obreros abandonaron el Partido Radical de Lerroux, faltaba un partido obrero que recogiera los elementos decepcionados del lerrouxismo y cansados de la demagogia negativa de la FAI. Los socialistas españoles no habían podido nunca ampliar el pequeño grupo que vegetaba en Barcelona, con ramificaciones en Sitges, Manlleu, Calella y algunos elementos aislados en otros pueblos. Existía, sí, la Unió Socialista de Catalunya, pero no era ése el partido que podía atraer las masas, porque era una pequeña agrupación de profesores, intelectuales y algunos obreros intelectualizados, llenos de doctrinas, pero sin ánimos ni ganas de descender a la calle y ponerse en contacto con el pueblo.

Por su parte, los republicanos catalanistas tampoco acertaban a encontrar las consignas populares que atrajeran a las multitudes (eso llegaría más tarde, casi providencialmente). Companys gozaba de buena popularidad, debida a su acercamiento a los obreros y al hecho de haber defendido desinteresadamente a muchos sindicalistas ante los tribunales, y también por haber estado preso en Mahón, con Salvador Seguí y otros sindicalistas. Pero era el único; los otros, Lluhí Vallescá, Aiguader, Salvador y amigos, apenas eran conocidos por entonces.

En estas condiciones, cuando el ambiente estaba bien caldeado por la oposición a la monarquía, y el catalanismo ya tenía amplia base en las masas populares, un partido obrero avanzado, social y catalanista tenía muchas posibilidades de abrirse camino. Pero el Bloc, desde un principio, empezó a cometer errores.

El primero fue darle la misma estructura que tienen los partidos comunistas, esto es, el llamado centralismo democrático, y también el sistema de las células. En realidad, esas dos formas de organización son todo lo contrario de la democracia. Esa organización no es, ni más ni menos, que la dirección desde arriba, sin apelación posible. Funciona todavía actualmente en todos los partidos comunistas europeos.

En la cumbre, un comité directivo, acompañado de un comité central, que es la ampliación del primero; siguen los comités provinciales o comarcales, después los locales. En cada localidad existen tantas células como sean necesarias, teniendo en cuenta que cada una no debe tener un número crecido de afiliados, por lo regular de quince a veinte, o menos. Cada célula tiene un secretario, que está en contacto con el comité local, los comités locales lo están con los comarcales o provinciales y éstos con el directivo. Este comité directivo está mandado por el secretario general, que tiene todas las iniciativas, con la ayuda de los secretarios necesarios, económico, de propaganda, de organización, de juventudes, etc. El comité directivo envía regularmente una circular a las células, por conducto de los comités provinciales. Las células se reúnen y discuten la circular, escriben sus acuerdos y los remiten a la cumbre por el mismo conducto. Este sistema parece muy democrático, pero la experiencia ha demostrado lo contrario. Los acuerdos de las células llegan al comité superior, que recoge las opiniones y hace un recuento, que siempre es aprobatorio, de las proposiciones de la dirección. Nunca se comunica a las células el número de las células disconformes ni su localidad. Todo se reduce a decir que tal o cual asunto ha sido aprobado por la mayoría de las células. Para los elementos comodones este sistema es magnífico, y acaban por no preocuparse de nada y aprobar todo lo que llega de arriba. Los inconformistas luchan al principio, pero como es inútil, o se cansan y no acuden a las reuniones, o si se hacen pesados, se busca la manera

de que se den de baja o de expulsarlos del Partido. Cuando llega un Congreso, los delegados no son los representantes de las células, sino los de los comités provinciales, quienes someten a las células los nombres de los delegados, y también siempre estos nombres son aceptados por las células; es decir, que pasa lo mismo que con los acuerdos: no hay manera de saber si hay honradez o no en lo que comunican los comités superiores.

Recuérdense todos los congresos de todos los Partidos Comunistas, y se verá cómo en ellos no hay otra cosa que discursos inacabables de los jefes y aprobación unánime de los delegados, a pesar de que, con harta frecuencia, se les hace aprobar resoluciones absolutamente contrarias a las aprobadas anteriormente. En ninguna reseña de congresos comunistas se puede leer que tal o cual punto del orden del día ha sido aprobado por tantos votos contra tantos. No hay, jamás, minorías.

Contra estas anomalías reaccionaron los comunistas de Cataluña; pero Maurín las copió al pie de la letra al formar el Bloc Obrer i Camperol. A pesar de ello, el partido tomó pie inmediatamente y se hizo popular, sobre todo entre los obreros jóvenes, porque la creación de un partido obrero era una necesidad. *La Batalla*, semanario del Bloc, se vendía fácilmente, y los mítines y conferencias eran éxitos seguros. Pero, en realidad, como partido organizado, era poca cosa por la repugnancia que sentían los obreros a «engancharse» en aquella organización que no les satisfacía.

Tuvo después la desgracia de enfrentarse con la FAI. Los anarquistas puros se dieron cuenta que el Bloc iba a ser un peligro para la hegemonía que ellos creían tener en los sindicatos y en la calle, y se dedicaron a combatirlo por todos los medios. Los directivos del partido no tuvieron una visión clara de la conducta a seguir, y en lugar de tener paciencia y procurar disipar celos y competencias, se dedicaron a contestar a la campaña de la FAI en términos violentos y sarcásticos. Además, y principalmente para enfrentarse con los pistoleros faístas, creó su propio organismo de defensa, entrenado y armado, al frente del cual cometió el tremendo error de poner a Rodríguez Salas, «el Manco», elemento altamente sospechoso que, andando el tiempo, demostraría que era hombre apto a venderse al mejor postor.

Alfredo, que ya había sufrido por las malas artes de «el Manco», al enterarse del papel que iba a jugar y de la trayectoria que sindicalmente tomaba el Bloc, se retiró de toda acción política efectiva, concentrando su trabajo en el sindicato, no siempre con eficacia, pues muchas veces se encontró con hechos consumados, llevados a cabo por sus propios amigos bloquistas, que le ponían en evidencia y perjudicaban el posible entendimiento entre los bloquistas y los sindicalistas moderados opuestos la FAI. Y así resultaba que la buena labor que en ese sentido hacían Alfredo y algunos otros, era destruida por la actitud provocadora de los grupos de defensa de Rodríguez Salas. Se llegaron a tener encuentros a tiro limpio entre unos y otros.

Ante esto, Alfredo decidió tener una entrevista con Maurín, con él solo, porque consideraba que lo que decidiera el líder sería lo que el partido haría. Le dijo claramente que era necesario cambiar de táctica, que para adquirir crédito ante la CNT no era práctico hacer propaganda política en su interior, sino acreditar a los hombres por su conducta en favor del entendimiento y mejoramiento de las condiciones de trabajo y también por su oposición a la demagogia faísta, por medio de actos y propaganda con sentido común. Y no dejó de advertirle que la presencia de Rodríguez Salas al frente de los grupos de defensa era un peligro muy grande para el partido. Maurín no replicó nada, limitándose a prometer que todo aquello lo llevaría a la discusión del comité. Alfredo salió muy decepcionado de aquella entrevista.

Lejos de tener en cuenta lo manifestado por Alfredo a Maurín, *La Batalla* agudizó la campaña contra la FAI, y los encuentros entre gente armada de los dos lados no escaseaban, afortunadamente sin graves consecuencias.

Cuando se produjo en la CNT la escisión del grupo llamado «de los Treinta», y se formaron los sindicatos de la oposición, era natural que los elementos bloquistas se fueran con los disidentes; así lo hicieron, pero la consigna de Maurín, que tenía prisa, fue de procurar apoderarse cuanto antes de la dirección de los sindicatos. Como no podía menos de ocurrir, los treintistas se dieron cuenta en seguida de la maniobra e impidieron que se llevara a cabo. El Bloc acabaría respondiendo con otro grave error: la creación de una central sindical propia, es decir, la Federación Obrera de Unión Sindical, con las siglas

FOUS. ¡Se aspiraba a la unidad sindical, creando una tercera rama disidente de la CNT!

Como ya le había ocurrido en otras ocasiones, Alfredo se encontró un mal día con que en una asamblea del Sindicato de Artes Gráficas se presentó una proposición para adherir el sindicato a la FOUS. La pequeña minoría que estaba presente aprobó la proposición, pero inmediatamente los treintistas exigieron la celebración de otra asamblea expresamente convocada para discutir el caso, y en ella, aunque no por mayoría, fue revocado el anterior acuerdo. A pesar de ello los bloquistas se fueron a la FOUS, arrastrando a buen número de obreros, sobre todo de la sección de encuadernación. Alfredo tuvo la debilidad de ir también a la FOUS, a pesar de no estar de acuerdo con aquello. Para consolarse a sí mismo se dijo que, de continuar en el sindicato treintista, le habrían hecho la vida imposible.

Resulta curioso observar cómo Alfredo hizo repetidas veces lo contrario de lo que pensaba y seguramente debiera haber hecho. Indudablemente le influían las amistades, a las que siempre fue excesivamente fiel y que tantos desengaños le ocasionaron.

La FOUS tomó importancia en la provincia de Lérida, donde todo lo que tenía relación con Maurín encontraba eco; en la provincia de Gerona controló algunos sindicatos y en la de Tarragona no logró adhesión ninguna. En Barcelona hubo el Sindicato de Industrias Gráficas, que contaba con la mitad de los obreros del ramo, gracias sobre todo a la influencia personal de varios bloquistas, que siempre lo habían dado todo por la organización obrera. Se fundó también un Sindicato Mercantil, minoritario, capitaneado por Jordi Arquer. También se creó un Sindicato de la Madera, controlado por Ochoa y Salvador Serra, y además un minúsculo Sindicato Textil con escasos afiliados. Más importancia tuvo un Sindicato de la Aguja, organizado por un fotógrafo llamado Barceló, muchacho muy activo.

La vida de la FOUS fue breve, porque al llegar la guerra civil y el conato de revolución, triunfó la consigna de que no hubiera más que dos centrales sindicales, la UGT y la CNT, y siguiendo la orden emanada del Comité Ejecutivo del ya entonces POUM, todos los sindicatos de la FOUS ingresaron en la UGT...,

donde los poumistas fueron eliminados por los comunistas oficiales, a consecuencia de los sucesos de los primeros días de mayo de 1937.

Alfredo siempre pensó que, en lugar de fundar la FOUS, hubiera sido mucho mejor actuar en perfecto acuerdo con los treintistas y, las dos fuerzas, dar la batalla a la FAI, pues así las posibilidades de éxito eran muchas.

El posterior ingreso en la UGT fue otro error, éste ya no imputable a Maurín, sino a sus fieles discípulos. Cuando en pleno movimiento revolucionario era indispensable para todo el mundo tener un carnet sindical, todos los elementos turbios, que jamás habían estado sindicados o habían nutrido los tristemente célebres sindicatos libres, se apresuraron a ingresar en los sindicatos de la UGT, que por esta inflación artificial adquirieron una importancia en la que jamás hubiera podido soñar.

Aquella masa amorfa, incapaz de hacer otra cosa que servirse del carnet para sobrevivir o para susK negocios sucios, es evidente que no aspiraba a dirigir; por ello fueron los comunistas quienes, bien orientados desde el consulado ruso, ocuparon todos los cargos directivos. Esto pudo hacerse gracias a la traición de un numeroso grupo de bloquistas, que abandonaron su partido para ingresar en el PSUC, partido creado por los comunistas de acuerdo con An- tonov, el cónsul soviético. Los cargos directivos de la UGT en Cataluña los acapararon los mentados traidores y bastantes elementos llegados exprofeso de otras regiones para aquella labor.

Los sindicatos de Lérida, algunos de Gerona y los de Industrias Gráficas y la Madera de la capital resistieron bravamente a la invasión comunista, pero tuvieron que sucumbir después de los hechos de mayo de 1937, al tener que esconderse todos los afiliados del POUM que ejercían cargos en los referidos sindicatos. El balance, pues, fue desastroso en el terreno sindical, como se puede apreciar por el resultado.

Cristo, según relata la Biblia, tuvo doce apóstoles y un solo traidor. Maurín tuvo una especie de estado mayor de cuyos miembros no le resultaron fieles más que tres o cuatro. A la formación, del Bloc Obrer i Camperol estaban a su lado, bien visibles, sus amigos Víctor Colomer, Victoriano Sala, David Rey, Ángel Estivill Liberto Estartús, Jordi Arquer, José Rebull, hermano de David Rey,

y otros de menor importancia residentes en Barcelona; en Lérida eran muy numerosos; destacaban Buiria, Pelegrí y Rodes; en Gerona, Adroher «Gironella», Gayola y Miravitles «Met» llegaron a adquirir mucha popularidad e influencia en las ciudades, y en el campo.

Cuando se creó el PSUC, conglomerado de comunistas, socialistas cándidos y muchos arribistas, una parte de los antiguos compañeros de Maurín le abandonaron para ingresar en el nuevo partido que, indudablemente bajo la protección rusa, ofrecía buenas perspectivas de medro personal. Entre los tránsfugas, recordemos a Víctor Colomer, Victoriano Sala, Ángel Estivill, Estartús y Rodríguez Salas, alias «el Manco», traidor a todo y a todos. Miravitles, «Met» abandonó el marxismo y, poco antes de la guerra, ingresó en la Esquerra Republicana de Catalunya, que, desde su situación de poder, le ofrecía mayores posibilidades de medrar.

Todos estos elementos se consideraban, de por sí, por lo menos, a la misma altura que Maurín, y jamás dejaron de «segarle la hierba, bajo los pies», como vulgarmente se dice. Si no le abandonaron antes fue porque hasta la fundación del PSUC el Partido Comunista, no tenía importancia en Cataluña, y tal vez también porque acaso no les hubieran admitido, motejados como estaban de trotskistas. Para el PSUC, en su creación, necesitaba gente, y cuanta más mejor, para poder exigir puestos en el gobierno autónomo catalán y en los demás organismos que dirigían y organizaban la guerra y la administración. Otros militantes abandonaron el BOC al crearse el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), formado por el Bloc y la titulada Izquierda Comunista, de inspiración un tanto trotskista. Los amigos que le quedaron a Maurín formaron el estado mayor del nuevo partido: Juan Andrade, Julián Gorkín, Pórtela y algunos otros intelectuales que no tenían a nadie tras de sí. El único verdaderamente sincero y valioso fue Andreu Nin, que más tarde pagó con su vida su honradez y su valía.

Alfredo había conocido a Nin bastantes años atrás, cuando los dos estaban afiliados al Partido Socialista Obrero Español, con ocasión de una campaña electoral que hicieron los dos por el distrito de Vic-Manlleu, a favor de la candidatura de Antonio Fabra Ribas, en 1917. Después de la revolución rusa, Nin, entusiasmado, marchó a la URSS y se entregó de lleno a la causa

revolucionaria, a la que sirvió abnegadamente. Trabó gran amistad con Trotski y Lunacharski, como también con Zinoviev y otros que más tarde fueron asesinados por orden de Stalin.

Con la muerte de Lenin y la subida de Stalin al poder empezó a enfriarse el entusiasmo de Nin, que, además, quedó muy afectado por la expulsión de Trotski. Entonces, a pesar de haberse casado con una rusa y tener dos hijas, empezó a pensar en volver a Cataluña. Como por entonces España estaba en plena ebullición revolucionaria, solicitó permiso para volver a la patria, a trabajar por las ideas. Jugando con mucha suerte, logró el pasaporte y llegó a Barcelona con su mujer y sus hijos. Desde el primer día dijo que había roto absolutamente con los dirigentes de Rusia.

Era natural que al fundar el POUM Nin ocupase un puesto casi análogo al de Maurín, tanto por su capacidad como por el amplio conocimiento que tenía de todos los problemas políticos y sociales. Pero le pasaba con los otros liderillos procedentes de la Izquierda Comunista lo que a Maurín con sus amigos, esto es, que unos y otros se consideraban tan capaces y dignos de ser los dirigentes como ellos, y todos conspiraban sin cesar para escalar los puestos de altura. De lo equivocados que estaban aquellos ambiciosos quedó prueba patente cuando desapareció Maurín al empezar la guerra civil, y después del asesinato de Nin en 1937; el POUM perdió la brújula y ya no ha vuelto a encontrarla.

Alfredo, reflexionando muchos años más tarde, en la emigración, sobre todo esto, sacó estas conclusiones sinceras: El partido creado por Maurín debería haber sido un partido socialista de tipo democrata de izquierda, con un marcado carácter catalanista y de ninguna manera con aspiraciones ibéricas, como erróneamente aspiró, y esto porque ya en el resto de la península el Partido Socialista había echado raíces, cosa que no ocurría en Cataluña. Sindicalmente se debería haber fomentado el treintismo, sin demostrar ambiciones de acaparar los sindicatos, y mucho menos crear, como se hizo, la propia sindical. Finalmente, Maurín y Nin, que ellos sí que eran compatibles uno con el otro, deberían haber puesto un meticuloso cuidado al escoger los hombres que deberían secundarles. Y no tener tanta prisa.

El año 1930 fue todo, íntegramente, de una gran agitación revolucionaria. Todo el mundo conspiraba y a cara descubierta. En Madrid, el Comité Revolucionario en la cárcel ya tenía nombrados a sus ministros y a quienes debían ocupar otros cargos de responsabilidad. La policía cerraba voluntariamente los ojos para no ver lo que se hacía, convencidos sin duda de que no había remedio y acaso podrían conservar los cargos. El ejército, en su mayoría, estaba harto de las incongruencias de Alfonso XIII, y el hecho de que en el Comité Revolucionario estuvieran hombres tan «sesudos» como Miguel Maura, Rafael Sánchez Guerra y Niceto Alcalá Zamora, seguramente les ofrecía garantías de que la Segunda República que se preparaba sería modosita. El general Sanjurjo, jefe de la guardia civil, veía, tal vez, la ocasión de llegar a ser ministro de la Guerra, su sueño dorado, que jamás vio cumplido. El general Queipo de Llano tenía la promesa de su pariente, Alcalá Zamora, de hacerle jefe de la casa militar de la Presidencia, promesa que se cumplió, pero que a la larga tuvo fatales consecuencias.

Nada de esto ignoraba el rey, quien además recibía buenos consejos de la embajada inglesa. Ésta, que tenía estrecho contacto con la reina Victoria, incitaba a Alfonso XIII a desprenderse del dictador y entrar por el camino constitucional. A ello se decidió por fin el monarca, y el día 28 de enero de 1930 la prensa y la radio dieron la noticia de que «Su Majestad había prescindido de los servicios del general Primo de Rivera y había encargado de formar nuevo gobierno al general Berenguer». No por esperada fue menos celebrada la noticia y el júbilo fue general en todo el país. Bueno y generoso, el pueblo español no ejerció represalias, siguiendo el viejo proverbio de que «a enemigo que huye, puente de plata».

Primo de Rivera salió para París donde debería morir, al poco tiempo, en un hotel, de manera harto sospechosa.

El general Berenguer llegó al gobierno con el ánimo de poner paz en los espíritus y aplicar una justicia igual para todos los españoles. Sin embargo, pasado el primer júbilo, el pueblo no se dio por satisfecho. Primo de Rivera no fue más que el instrumento de Alfonso XIII; era, pues, necesario que el rey se marchara también.

El único cambio apreciable que se notó fue la desaparición como por arte de magia de la Unión Patriótica, organización o partido único montado por Primo de Rivera a imitación del Partido Fascista italiano. Fue curioso comprobar que, al día siguiente de salir para París el general, todos los centros de la Unión Patriótica, que abundaban en toda la nación, cerraron sus puertas y no se encontraba un solo ciudadano que quisiera confesar que había estado afiliado a dicho partido.

Y fue gracias a aquel ambiente revolucionario y a la caída de Primo de Rivera por lo que Alfredo salió bien parado de un complot que se había tramado contra él para llevarle por unos años a presidio.

A mediados del año 1929 llegó a Barcelona, procedente del penal del Dueso, Juan Acher, que había cumplido una condena de varios años de presidio por un atentado a un patrono, según él, o por un atraco, según creían otros. Este individuo, durante su estancia en el penal, había trabado gran amistad con el conocido dibujante Archer, más conocido por «Shum», que allí cumplía una pena de cadena perpetua por terrorismo. Este «Shum», con otros jóvenes, había montado en Barcelona un laboratorio para fabricar bombas y una de ellas le estalló en las manos. Se salvó casi de milagro, pero cayó en manos de la justicia, que le condenó a muerte. Una magnífica campaña periodística desarrollada por Eduardo Sanjuán logró que se le indultara. El Socorro Rojo del BOC auxiliaba en lo que podía al dibujante, y éste insistió varias veces para que se auxiliará también al pistolero Acher. Así se hizo en lo posible.

Cuando, cumplida la sentencia, Acher llegó a Barcelona, buscó a los elementos del BOC, solicitando ayuda. Por entonces Alfredo se ocupaba del Socorro Rojo, y le dio tres o cuatro veces unas pesetas, recomendándole que se buscara trabajo. Como insistiera en sus demandas, el propio Alfredo solicitó trabajo para el pedigüeño en el horno de pan donde se surtía su familia de la calle Valldonzella. Por casualidad al panadero le faltaba un operario y no tuvo inconveniente en admitir al recomendado. Pero éste no trabajó allí más que dos semanas, porque, decía el patrono, Acher no tenía ganas de trabajar y su producción era poca y mala. El aludido explicó que lo que ocurría era que el patrono panadero era un explotador y por ello no tenía jamás operarios de una manera seguida. Como el individuo seguía pidiendo dinero, Alfredo

escribió a varias poblaciones cercanas preguntando si se podría encontrar trabajo para aquel compañero panadero recién llegado de presidio. En Terrassa contestaron ofreciéndole una plaza. Alfredo le pagó el viaje y le mandó allí. Tres semanas después estaba de nuevo en Barcelona. Los amigos de Terrassa escribieron diciendo que en tres semanas había trabajado en tres panaderías, siendo despedido de todas ellas. Alfredo decidió cerrar la caja y no volver a darle un céntimo, y así se lo dijo claramente. El tipo se desató en protestas y amenazas, de las que Alfredo no hizo el menor caso.

Hizo mal, porque el rencor del pistolero pudo haberle costado caro. En el tiempo que transcurrió hasta diciembre, sólo volvió a verle una vez en compañía de Rodríguez Salas «el Manco». Supo, no obstante, que vivía en casa de una hermana suya, mujer o querida de un pistolero del sindicato libre, apellidado Olaguer. Y estos tres tipos se concertaron para buscar la ruina de Alfredo, al mismo tiempo que ofrecían un buen servicio a la policía.

Alfredo trabajaba en una imprenta sita en la plaza de Rius y Taulet, en la barriada de Gracia. El día 29 de enero de 1930, al salir de casa camino del trabajo, quedó muy agradablemente sorprendido al oír vocear a grandes gritos a los vendedores de periódicos: «¡La caída de Primo de Rivera!». Compró Las Noticias y se enteró de todos los detalles. En el taller se comentaba la noticia muy favorablemente y todos estaban muy contentos. Por ello la sorpresa fue muy grande cuando, cerca de las once, se presentaron tres policías, entre ellos el conocido Padilla y, sin pedir permiso para entrar en el taller, se dirigieron directamente, pistola en mano, hacia Alfredo, diciéndole que se lo llevaban detenido. Como sus actividades, por entonces, no eran peligrosas, y además existía la circunstancia de la caída del dictador, Alfredo se tomó la cosa con calma, suponiendo que se trataba de un error o de una vieja orden que ya no tenía vigencia. Por ello dijo a los policías que guardaran aquellos «juguetes sonoros», y, cambiándose de ropa, se dispuso a seguir a los polizontes. Ya en la calle, la primera sorpresa fue ver que les esperaba un taxi, lujo que por entonces no utilizaban los policías españoles. Montaron todos: Alfredo en la banqueta trasera, entre dos policías. La segunda sorpresa fue observar que, al llegar a la Diagonal, el taxi enfilaró por la derecha, en lugar de descender por el paseo de Gracia, que es el camino natural hacia la Jefatura de Policía. El coche

siguió hasta la calle de Aribau y plaza de la Universidad, entrándose por la calle de Tallers. Todo aquello le intrigaba, pero no quiso dar el gusto a la policía de mostrarse alarmado, y no preguntó nada. Al llegar a la entrada de la calle Valldonzella paró el taxi, y del bar «El Sol», que está situado en la esquina, salió un policía y dijo a Padilla:

—Ya pueden subir.

Siguió el coche hasta el número 10 de la calle Valldonzella, casa donde vivían la madre y las hermanas de Alfredo, en el entresuelo. En el portal había otros dos policías. Los cinco, llevando en medio a Alfredo, subieron y llamaron a la puerta del piso. Abrió la puerta Esperanza, la hermana mayor, que no opuso resistencia a aquella invasión, al ver que con los policías llegaba su hermano.

Padilla habló:

—Venimos a hacer un registro.

—Registren lo que quieran —dijo Esperanza.

La madre, indignada, se encaró con Padilla y le apostrofó:

—Más valdría que buscaran a los asesinos de Lola Bernabeu que no venir a molestar a personas honradas. [\(10\)](#)

—Usted se calla.

—No me da la gana; estoy en mi casa.

Padilla alzó la mano amenazadora. No pudo bajarla. Alfredo le cogió violentamente por la muñeca, y le dijo en voz baja, pero decidida:

—Mi madre es sagrada, granuja.

Y se metió la mano izquierda en el bolsillo posterior del pantalón.

Rápidamente intervinieron dos policías que los separaron y sujetaron a Alfredo por los brazos. Como no le habían cacheado, temían que llevara un arma y se sirviera de ella. Cuando el policía que le sujetaba aflojó los brazos, Alfredo sacó de aquel bolsillo, mientras sonreía levemente, un pañuelo. Padilla, blanco como el papel, se había sentado en una silla, y ya no intervino para nada.

El registro se hacía muy a la ligera y Alfredo apenas prestaba atención, seguro como estaba de que en casa de su madre nada podía encontrar la policía. Y estaba completamente equivocado. Al entrar en la alcoba donde dormía Esperanza, vio encima de la mesilla de noche una caja de cartón del tamaño de las de calzado, perfectamente atada con bramante. Inmediatamente un policía la tomó en las manos y preguntó:

—¿Qué es esto?

—No lo sé —dijo Alfredo—. ¿Tú lo sabes? —preguntó a su hermana.

—No. Sólo sé que ese paquete lo han traído hace una hora, para ti, diciendo que era de parte del ferroviario.

Alfredo se puso a reír. Estaba convencido de que aquel paquete contenía literatura clandestina destinada a combatir a Primo de Rivera. Se daba el caso de que en Perpinyá se imprimía buena parte de las hojas que se propalaban por Cataluña, y los impresos los pasaban por la frontera unos amigos ferroviarios. De ahí que le hiciera gracia la cosa, ahora que el dictador ya había pasado la frontera, pero en sentido inverso.

Por ello, él mismo entregó una navaja de bolsillo al policía para que cortase el cordel y sacara a relucir el contenido. Así lo hizo el policía y... entonces la estupefacción de Alfredo y su hermana no tuvo límites. Allí había dos tubos metálicos, acompañados de otros dos más delgados, todo perfectamente embalado en algodón en rama. El policía exclamó, triunfante:

— ¡Hombre! ¡Bombas Laffitte!

Los cinco policías se agruparon en torno a las bombas que reposaban entre algodón, encima de la cama. Un policía exclamó:

—Esta vez te has caído, Alfredo. Tienes para unos años.

Alfredo no daba crédito a lo que veía. Sabía perfectamente que a él nadie tenía que enviarle aquello, y empezó a vislumbrar la asquerosa verdad. Preguntó a su hermana:

—¿Quién ha traído el paquete?

—Un hombre a quien no conozco; pero ya sabremos quién es.

—¿Por qué dice esto? —interrogó un policía.

—Alto —interrumpió Alfredo—. No hay más que hablar. No digas una palabra más, hermana. Esto es una canallada en la que están complicados todos éstos. Pero ya veremos quién se ríe el último. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Llévenme a Jefatura cuanto antes; tengo prisa por empezar a ver claro.

Padilla no se había levantado de la silla, sin duda porque sabía perfectamente de qué se trataba. Ahora creyó mortificar a Alfredo diciendo:

—Se te va a caer el pelo, y lo mismo a tu hermana, porque os llevo a los dos.

Saltó la muchacha, bravia:

—A ver si te crees que me voy a echar a llorar, mamarracho. Vamos ahora mismo.

—No te enfades, chata —dijo Alfredo, dulcemente—. El golpe es clásico, pero han escogido mala época.

A continuación abrazó a su madre mientras le decía:

—No digas nada ahora. No valen ni tu saliva ni tu indignación. No tardaremos en estar de vuelta, ya lo verás.

Esperanza se vistió en un periquete con su ropa de calle y dijo estar dispuesta a marchar.

Los dos hermanos quisieron evitar una escena patética que apenara más a la madre y que, por otra parte, podría alegrar a los policías. Por ello se limitaron a besar a la anciana casi superficialmente. La madre también supo contenerse. Padilla dijo:

—Bueno, coge las bombas y vámonos.

—¿Quién, yo? Que las lleve quien las ha traído o quien lo ha mandado.

Uno de los policías se puso la caja bajo el brazo, tranquilamente. Todos estaban al cabo de la calle y sabían que no había ningún peligro.

En la calle no había ya auto alguno. Algunos vecinos, que habían notado las idas y venidas de los policías, observaban lo que ocurría y saludaron, cordialmente, a los dos hermanos a su paso.

En la Rambla subieron a un tranvía de la línea de la Barceloneta. Esperanza se disponía a pagar, y Alfredo le advirtió:

—Que paguen ellos.

Uno de los policías abonó los dos billetes.

Descendieron en la plaza de Antonio López, subiendo por Vía Layetana. Inmediatamente les llevaron al primer piso de Jefatura. Padilla y el que llevaba las bombas entraron en el despacho del secretario del jefe. Casi inmediatamente se oyeron fuertes gritos a través de la puerta, aunque no se podía entender lo que decían aquellas voces. Volvieron a salir el policía y Padilla, éste verdaderamente descompuesto, y dijo:

—Vamos a la Brigada.

Volvieron a descender todos por la escalera y salieron a la calle, tomando por la Vía Layetana hasta la calle de la Princesa. Esperanza comentó:

—Por lo visto nos quieren hacer pasear. ¿Por qué gritarían tanto en aquel despacho?

—La cosa es clara, hermanita. Allí no quieren cargar con este muerto y se lo mandan a Acuña. Veremos qué hace éste.

Los policías callaban, evidentemente descontentos. Siguieron hasta la caüe de Regomir y la plaza que lleva el mismo nombre, subiendo a los despachos de la Brigada Especial. Poca gente había allí, pues ya era la hora de comer.

Preguntaron por el jefe. Ya se había marchado y no volvería hasta las siete de la tarde. Padilla entró en otro despacho con el policía de guardia. Salió al poco rato, en compañía de los otros que le habían secundado en el servicio. Inmediatamente entró el policía de guardia y dijo a Alfredo y a Esperanza que iban a ser conducidos a la comisaría de la calle Ortigosa, hasta que volviera Acuña, «porque allí —dijo— estarán mejor que aquí». Salieron, escoltados por

dos guardias, uno de los cuales llevaba una carta en la mano. En la comisaría les descendieron a los calabozos situados en el sótano, donde quedaron con un guardia de vista, que les indicó que no podían hablarse. Esta orden fue cumplida harto medianamente, puesto que era el propio guardia quien, aburrido, abordaba conversaciones más o menos anodinas. En el curso de la tarde el vigilante fue cambiado tres veces. Como no habían comido, Alfredo pidió que le compraran unos bocadillos y una cerveza, que consumieron con poco apetito.

Pasaron las siete y las ocho y nadie se presentaba para llevarles a ver al jefe de la Brigada. Alfredo rogó al guardia que preguntara «arriba» si sabían algo de eso. El guardia respondió que haría el encargo cuando le relevaran. Así lo hizo sin duda, puesto que bajó un policía y les dijo que el jefe de la Brigada no les vería hasta la mañana siguiente. Inmediatamente bajó otro guardia con un cesto y unas mantas que habían traído los familiares para los detenidos. Por lo que dijo, fueron la hermana pequeña, Amparo, y la esposa de Alfredo las que llevaron el cesto con la comida y las mantas. Seguramente tuvieron que hacer la peregrinación de Jefatura a la Brigada y finalmente a aquella comisaría. Cenaron y se echaron las mantas en la espalda, pues sentían frío, ya que un mal brasero que había en el suelo se había consumido y nadie se cuidó de volverlo a encender.

A las diez de la noche, el guardia que bajó para el relevo dijo que no había más remedio que encerrar a los dos hermanos por separado, en los dos calabozos adjuntos, ya que se suprimía la guardia y había orden de que no se hablaran. Y así fue hecho. Esperanza fue metida en un pequeño calabozo, con puerta de madera, pero con un ventano enrejado en el centro, y Alfredo en otro calabozo más grande, con puertas de reja de hierro. Se retiró la guardia, guardando las llaves, y cerrando también la puerta de lo alto de la escalera. Como la distancia entre los dos calabozos era de unos dos metros, Alfredo supuso que, sin forzar la voz, podría hablar con su hermana. Dejó pasar unos diez minutos y la llamó:

—Chata.

—¿Eres tú, Alfredo?

- Sí. Ya ves que podemos hablarnos tranquilamente.
- Para este resultado no valía la pena de que nos encerraran separados.
- Seguramente ellos no quieren pasar frío. Bueno, aprovechemos el tiempo, por si acaso; explícame todo lo ocurrido, abreviando todo lo posible.

Su hermana le dijo que serían las once de la mañana cuando llamaron a la puerta y ella misma salió a abrir. Era un hombre moreno, catalán, que le alargó el paquete, diciendo que venía de parte del ferroviario. Ella lo cogió, creyendo que eran hojas clandestinas. El tipo descendió las escaleras corriendo, y antes de cerrar la puerta le pareció que en el portal hablaba con alguien. Entonces salió rápidamente al balcón; el que había dejado el paquete iba hacia la calle de Montalegre con un tipo que, aun de espaldas, se parecía a Acher, el panadero a quien había visto algunas veces y de quien sabía la mala fama. Le chocó más que se pararan los dos a hablar con un tipo que llevaba gabardina y sombrero, siguiendo los tres la misma dirección. Un poco después otro tipo llamó a la puerta, preguntando si allí vivía Alfredo; como ella dijera que no, se marchó sin dar más explicaciones. Cuando, diez minutos más tarde, ella bajó a comprar a una tienda cercana, en el portal había dos tipos que, indudablemente, eran policías. Por todo ello empezó a pensar en la manera de deshacerse del paquete. No le dieron tiempo, porque en seguida llegó el propio Alfredo con Padilla y los demás.

De este relato sacaron consecuencias bien claras. Todo era un complot de la policía y Acher, para mandar a Alfredo a presidio por una larga temporada. La cosa era grave, pero no había que asustarse. La caída de Primo de Rivera podía facilitar grandemente las cosas.

A la una de la madrugada bajaron a un detenido que resultó ser Sagrera, el gran amigo de Alfredo, también del Bloc Obrer i Camperol. Venía envuelto en un negro mantón de mujer, pero le reconoció en seguida por su cojera. Cuando marchó el guardia y cerró la puerta de arriba, Alfredo le llamó:

- Ginés, Ginés.

Sagrera levantó la cabeza reconociendo a Alfredo, a pesar de la poca luz que expandía la única lámpara suspendida del techo, y tras echar una ojeada a la

escalera, se acercó a la reja detrás de la cual estaba Alfredo. Éste le preguntó cuándo y por qué le habían detenido. Sagrera explicó lo poco que sabía. Le habían detenido aquella noche, cuando entraba en el bar del Isidro, de la plaza del Pino. Le habían llevado a la Brigada Especial, donde le hicieron un corto interrogatorio, insistiendo sobre sus posibles relaciones con Alfredo y la organización clandestina en Francia. Sagrera respondió a la policía que, naturalmente, conocía a Alfredo, pero que nada sabía de la clandestinidad ni de Francia. Alfredo le explicó lo que le ocurría y la sospecha de que el autor de aquello fuera Acher. Cuando se disponía a entablar conversación con Esperanza, oyeron que se abría la puerta de arriba y que alguien bajaba la escalera. Rápidamente, Sagrera fue a sentarse al otro lado y Alfredo y su hermana se hicieron los dormidos. Eran dos los que llegaban, un guardia y otro detenido, que resultó ser Marsá, un valenciano de Castellón, muchacho muy activo que hacía poco había llegado de Francia, donde había estado en contacto con todos los españoles que conspiraban en París.

El guardia les dijo a todos, sin gran convicción, que les estaba prohibido hablar, y se marchó escaleras arriba. Cuando oyeron que se cerraba la puerta, vinieron las naturales explicaciones. Como Sagrera, Marsá había sido detenido en el bar de la plaza del Pino, pero antes, a las nueve de la noche. Cuando llegaron los policías de la Brigada Especial conduciendo a Sagrera, a Marsá le hicieron mirar a través de una mirilla y le preguntaron quién era el llegado. Marsá dijo que no le conocía, lo que no era extraño, puesto que no era vecino de Barcelona. Dijo que había llegado aquel mismo día procedente de Castellón para buscar trabajo y no se explicaba su detención. Su entrada en aquel bar era pura casualidad.

Todos convinieron en que aquellas detenciones y las bombas no eran más que un plan policíaco para apuntarse servicios, pero que en todo ello intervenía algún elemento que estaba al corriente de algunas actividades del Bloc Obrer i Camperol, como lo demostraba el hecho de haber dicho, al dejar el paquete en casa de la madre de Alfredo, «que venía de parte del ferroviario», y después las dos detenciones en el bar de la plaza del Pino, cuyo dueño estaba afiliado al Bloc, pero secretamente.

El resto de la noche lo pasaron lo mejor posible, charlando a ratos, y a ratos quedando un tanto amodorados. A las siete de la mañana bajó un guardia con un pequeño brasero encendido, colocándolo en el suelo. Les dijo que, de uno en uno, podían subir a lavarse y hacer sus necesidades. Así lo hicieron, dando preferencia a Esperanza. El guardia ya no volvió a subir, y Alfredo y Esperanza no fueron encerrados separadamente. A petición de Alfredo, les trajeron café con leche y croissants de un bar cercano, que tomaron animadamente, pues, en realidad, no les preocupaba mucho aquel complot por la coincidencia de la caída de Primo de Rivera.

A las nueve vinieron a buscar a Sagrera y a Marsá, que fueron conducidos de nuevo a la Brigada Especial; Sagrera fue dejado en libertad y Marsá enviado a la cárcel hasta que se aclarara su situación.

A las diez Alfredo y su hermana fueron conducidos también a la Brigada Especial. Allí encontraron a Acuña, el jefe, que se mostró muy cordial. Alfredo le manifestó su convencimiento de que se trataba de un acto de provocación y también su extrañeza de que en aquella Brigada, que se tenía por seria, se emplearan aquellos procedimientos. El tiro hizo blanco, porque Acuña le dijo que él era ajeno al asunto y que se interesaba por saber la verdad. Alfredo, entonces, le dijo que por lo menos dejara en libertad a su hermana, cuya detención no tenía justificación alguna. El jefe de la Brigada dijo que así lo creía y que haría todo lo posible para que en Jefatura accedieran a ello.

Pasó entonces Alfredo a un despacho contiguo, comunicado por una puerta de paso. Allí estaba Esperanza. Sobre la mesa, el paquete vacío y las dos bombas. Llegó un fotógrafo que colocó un paño negro sobre la mesa y sobre el paño los artefactos, fotografiéndolos desde varios ángulos.

Más tarde ocurrió algo muy significativo. Acuña hablaba por teléfono en voz lo bastante alta para ser oído desde la habitación en que estaban Alfredo y su hermana, y pudieron oír claramente estas palabras:

—Sí, Lasarte, sí; los tenemos.

Después de estas palabras, la puerta de comunicación fue cerrada y ya no pudieron entender nada más. Pero ya era bastante. No cabía duda de que

Acuña había querido indicar a Alfredo de dónde había partido el golpe, es decir, de la tristemente célebre «banda Lasarte».

Lasarte era un capitán retirado, que había reunido los residuos de la banda de pistoleros del llamado barón de Koenig y había formado su propia banda al servicio de la patronal, como reventadores de huelgas y otros negocios turbios. Lasarte estaba estrechamente unido a algunos policías, como Padilla y Alix, quien por entonces había sido trasladado a Castellón por su complicidad en los asesinatos cometidos por la policía durante el mando de Martínez Anido y Arlegui.

A las once se oyeron voces femeninas en el despacho de Acuña. Como la puerta estaba cerrada, no se comprendían las palabras. Esperanza dijo:

—Son madre y Amparo. Ya estamos todos otra vez.

Pasaron un mal rato. Pero pronto se abrió la puerta y apareció Acuña, quien dijo:

—Vaya, Esperanza, márchese con su madre.

Se abrazaron la madre y los hijos, las mujeres llorando, i Mientras las acompañaba a la puerta, Acuña aseguraba que a no tardar también Alfredo quedaría libre.

Cuando quedaron solos, Acuña le dijo a Alfredo que le explicara todo lo que supiera de lo ocurrido.

Alfredo no se anduvo por las ramas e incluso jugó una carta, no segura pero sí muy probable. Le habló, pues, de Acher, de su cuñado Olaguer, pistolero de la banda Lasarte y de cómo se lo había tenido que quitar de encima. No quiso decir nada de Rodríguez Salas, porque al fin y al cabo el tipo estaba afiliado al BOC, y tenía esperanzas de solventar ese asunto dentro del partido.

Acuña tomó unas notas y le manifestó que comprendiera que no tenía más remedio que mandarle a la cárcel, lamentando que la ley le obligara a pasar el atestado a la jurisdicción militar. Alfredo afirmó que lo comprendía y también lo lamentaba, y que lo mejor sería que lo llevaran a la Modelo lo antes posible, a fin de no pasar otra noche en un calabozo.

Media hora más tarde montaba en la cesta de un sidecar, acompañado de un policía, y en pocos minutos ya estaba otra vez en la Cárcel Modelo. Como en la nota de ingreso aparecía el «delito» de tenencia de explosivos, esta vez le destinaron a la primera galería, donde se encontró en compañía de todos los detenidos por delitos de sangre. Preguntó por el empleado amigo de su padre, pero resultó que ya no estaba en el establecimiento y tuvo que seguir en la primera galería.

A los dos días fue llamado a jueces, donde esperaba el juez militar Pérez Garveri, de muy mala reputación. Le tomó una declaración breve y le comunicó su procesamiento, presentándole una lista de capitanes para que eligiera defensor. Alfredo le hizo saber que prefería nombrar un abogado civil y que ya había escrito a Lluís Companys pidiéndole se encargara de su defensa.

El mismo día que Companys recibió la demanda de Alfredo se presentó a verle en la cárcel, aceptando la defensa después de enterarse de todo lo ocurrido; abundaba en la opinión de Alfredo sobre el complot urdido por la banda de Lasarte. Además, le prometió que se emprendería inmediatamente una campaña de prensa en su favor, aprovechando la lenidad de la censura a consecuencia de la caída de Primo de Rivera. Mantuvo su promesa y en seguida empezaron a aparecer artículos de protesta por lo que ocurría, en toda la prensa de izquierda. Se distinguieron *La Publicitat*, *El Diluvio*, *La Ñau*, el semanario popular *La Rambla*, que le dedicó una página entera. Pestaña publicó un buen artículo en *El Sindicalista* y otro en *La Publicitat*. En fin, Alfredo estaba contento de todos sus amigos, e incluso descubrió que tenía más de los que creía.

Un día, en la barbería, encontró a Arlandis, fanático comunista que había estado en Rusia y había vuelto convencido por completo. Por ello sus relaciones eran bastante frías con sus antiguos amigos, ahora componentes del BOC, pero de todas maneras habló cordialmente con Alfredo sobre lo que le ocurría y le dio un magnífico consejo que, en realidad, fue el primer paso para su libertad. El consejo fue éste: Se había anunciado para muy pronto la llegada a Barcelona del general Mola, que se había hecho cargo de la Dirección General de Seguridad al tomar el poder su amigo el general Be- renguer. El general Mola había manifestado que estaba procediendo a la modificación de

la policía y ése era el motivo de su viaje a Barcelona. Arlandis aseguró a Alfredo que Mola era uno de los mejores generales y que sin duda obraba de buena fe. Por ello le aconsejaba que redactara una instancia dirigida al nuevo jefe de policía, relatando todo lo ocurrido y pidiendo justicia.

Alfredo escribió a su abogado Lluís Companys, exponiéndole la idea y pidiendo su opinión. Éste le contestó que redactara el documento y que él mismo lo entregaría a Mola en propia mano en cuanto llegara a la capital catalana. Y así se hizo. Companys fue recibido por Mola y se hizo cargo del escrito y también de todos los recortes de prensa que el abogado había recogido para apoyar la instancia.

El primer síntoma de que la gestión no había caído en saco roto fue la llegada a la cárcel de Acher y su cuñado Olaguer. Alfredo los descubrió en el patio de la primera galería durante el paseo de la mañana. Iban juntos y evitaron encontrarse con él. Alfredo comprendió que aquellos tipos estaban allí por el mismo asunto que él, pero también preveía que llegaría un momento en que el enfrentamiento sería inevitable. Como antes Alfredo había solicitado y obtenido trabajar en la imprenta de la cárcel, aquella misma mañana le expuso al oficial encargado de la imprenta la delicada situación en que se encontraba por la presencia de Acher y su cuñado en la primera galería. El oficial resolvió el conflicto haciéndole trasladar a la quinta galería.

A los tres o cuatro días, Alfredo fue llamado al locutorio de jueces, donde le esperaba Companys, acompañado de un comandante del ejército que iba a interrogarle por encargo del general Mola. Alfredo le dio amplios detalles de todo lo ocurrido, insistiendo en las turbias relaciones del capitán Lasarte con muchos policías. Aunque aquel comandante resultó ser hombre de muy pocas palabras, Companys se puso a tono con él y tampoco dijo nada interesante. Lo cierto fue que, a los ocho días, se personó en la cárcel el sargento secretario del juez militar Pérez Garveri y le hizo firmar la orden de libertad provisional. Alfredo salía a la calle media hora después.

La libertad provisional implicaba para Alfredo la obligación de presentarse cada ocho días en el juzgado militar, pero el sargento de guardia le indicó que bastaba con que dejara un papelito firmado tirado por debajo de la puerta.

Todo, pues, parecía indicar que aquel asunto quedaría muerto. Por ello le sorprendió desagradablemente recibir una citación del juzgado militar para comparecer ante el juez Pérez Garveri. Antes de acudir fue a visitar a su abogado Companys y convinieron que el día de la citación, antes de la hora, el abogado acudiría a entrevistarse con el juez para ver si podía averiguar sus intenciones, pues Alfredo no tenía ganas de volver a la cárcel.

Se encontraron abogado y cliente en el bar que había por entonces en la plaza del Teatro, esquina a la calle de Escudillers. Companys le dijo que, a su parecer, no había peligro. Se trataba de celebrar un careo con Acher, el confidente, que también estaba ya en libertad; añadió el abogado que el juez parecía estar poco entusiasmado con la conducta del antiguo pistolero. De todos modos, convinieron que, al terminar el careo, Alfredo acudiría al despacho de Companys para explicarle lo ocurrido, y que, si no lo hacía, sería porque le habían detenido y él obraría rápidamente en consecuencia.

No muy tranquilo, se dirigió Alfredo al juzgado militar, sito en un viejo caserón de la Rambla de Santa Mónica, muy cerca de la iglesia del mismo nombre. Cuando, tras llamar a la puerta, entró en el despacho, ya estaban allí el juez, el sargento y Acher sentado al lado de una ventana. Sin preámbulo alguno, el juez militar preguntó a Alfredo si creía que Acher era culpable del asunto de las bombas encontradas en casa de su madre. Alfredo dijo que sí y adujo sus razones. Cuando después habló Acher, Alfredo no salía de su asombro. El sujeto declaró cínicamente que sí, que él sabía lo que tramaba contra Alfredo el capitán Lasarte, aunque protestó de que hubiera tomado parte activa en el hecho.

Preguntóle entonces el juez qué motivos podía tener Lasarte para obrar de aquella manera, y Acher respondió que no lo sabía. Intervino Alfredo, casi violentamente, para decirle al pistolero que todo aquello había sido tramado en represalia por haberle cerrado la bolsa, de la que quería abusar. Acher, anonadado, bajó la cabeza sin contestar. Alfredo, indignado y puesto en pie, le dijo:

— ¡Eres un canalla y debería aplastarte como a un sapo!

Acher, asustado, se levantó y fue a refugiarse detrás del sillón del comandante. Éste, muy seriamente, se encaró con Alfredo y le dijo que tuviera en cuenta que se hallaba ante «un señor juez militar», que no podía tolerar escenas violentas en su propio despacho. Alfredo se dominó en seguida y le dijo al juez que tenía toda la razón, pero que si se ponía en su lugar acaso le encontrara disculpa.

Lo más curioso fue que el secretario no tomó nota de nada y por lo tanto no hubo declaración alguna que firmar. El juez les manifestó que podían retirarse, y juntos bajaron la escalera. En el portal estaban dos policías de la Brigada Especial, llamados sin duda para llevarse a alguno de los dos. Por eso no pudieron evitar manifestar su sorpresa al verles salir tranquilamente a la calle. Uno de ellos emprendió la subida de la escalera a toda prisa, mientras el otro vigilaba el camino que tomaban los dos enemigos. Alfredo atravesó la Rambla, acompañado, quién sabe por qué, de Acher; frente al antiguo Banco de España se paró un tranvía de la línea 21, que llevaba a Gracia, y subió a él casi en marcha; lo mismo hizo el otro. El policía seguía en el portal de la casa.

El cobrador andaba por el interior del coche, cobrando los billetes. En la plataforma estaban solos. Entonces Alfredo le dijo al otro:

—Mira; lo mejor que puedes hacer es desaparecer de Barcelona. Quiero darte una ocasión de rehabilitarte. Tú verás lo que haces; y ahora, tírate del tranvía ahora mismo antes de que te tire yo, como mereces.

Sin replicar, el pistolero se apeó en marcha y no volvió a verle hasta los primeros días de la guerra civil de 1936.

Cuando Alfredo salió de la cárcel, dos meses después de su detención por el asunto de las bombas, se encontró sin trabajo porque el propietario de la imprenta de la plaza de Rius y Taulet, sin duda sorprendido y asustado por haber tenido en su casa a un «terrorista», le dijo, cuando se presentó de nuevo en el taller, que de momento no tenía trabajo y que ya le avisaría. Afortunadamente, estando una tarde en el Sindicato de Artes Gráficas, entonces domiciliado en la calle de la Luna, le llamaron por teléfono de la tipografía Cosmos preguntándole si trabajaba. Al contestar negativamente, García, uno de los dueños, le dijo que al día siguiente pasara, con el

componedor y las pinzas, pues le podía ofrecer trabajo por una pequeña temporada. En realidad, aquella pequeña temporada duró hasta que Alfredo tuvo que salir camino de Francia, a la caída de Barcelona, a finales de enero de 1939.

La tipografía Cosmos la fundaron Martí Barrera y Juan García. El primero había sido el primer administrador del diario *Solidaridad Obrera*, y el segundo compaginador del mismo periódico. Barrera no sabía una palabra del arte de imprimir, pues su oficio era fideero, profesión mal pagada, por lo que la abandonó al poco tiempo de llegar a Barcelona, procedente de su pueblo del Maresme. García procedía de Calatayud, y era uno de tantos aragoneses llegados a la capital catalana para procurar mejorar su situación.

Con poco dinero y bastante crédito montaron la imprenta en un local destortalado en el patio de una vieja casa de la calle de San Pablo, dos casas más allá del célebre cine Diana, célebre sobre todo por la inconcebible cantidad de pulgas que allí pululaban todo el año.

La tipografía Cosmos era de las pocas imprentas que todavía conservaban la tradición de ser, además de taller, un poco casino y un poco academia o ateneo. Además de la clientela comercial que buscaba Barrera, se trabajaba bastante para los sindicatos, los ateneos y algo para el ayuntamiento. Martí Barrera, cuando dejó de ser sindicalista activo, tomó estrecho contacto con intelectuales de izquierda. Se le veía a menudo por las peñas políticas e intelectuales de La Maison Dorée, del Internacional o del Lyon d'Or. Y, además, claro está, conservaba buena amistad con los sindicalistas, sobre todo con la élite Seguí, Peiró, Pestaña, Arín, Foix, López, Alfarache, Roigé, etc.

Cada día, a la caída de la tarde, llegaban a la imprenta uno u otro de los amigos de Barrera. Unos a encargar trabajos, otros a corregir pruebas, bastantes sin más motivo que charlar en la inevitable tertulia.

También se imprimían allí los periódicos sindicalistas o anarquistas que se fundaban con harta frecuencia, publicaban unos pocos números y pasaban a mejor vida, dejando invariablemente una deuda a pagar en la imprenta. Los que tuvieron una vida más larga y regular fueron *La Batalla*, de Maurín, y *Acción*, del grupo de amigos de Pestaña, que duró desde 1927 hasta que en

agosto de 1930 dejó de publicarse para dar paso a la reaparición de *Solidaridad Obrera*. Por la redacción de *La Batalla* pasaron Colomer, Pórtela, David Rey, Miravitles y otros; en Acción escribían regularmente Juan López, Pestaña, Alfarache, Pedro Foix y Roigé. Alfredo colaboraba en los dos periódicos, aunque, según hizo toda su vida, siempre bajo seudónimo.

A la tertulia de la Cosmos acudían todos los citados y también, a veces, Campalans, director de la Escuela del Trabajo, Companys y Aiguader, que era buen cliente pues publicaba una revista de medicina titulada *Monografies Médiques*. Allí se discutía de todo, interviniendo los obreros de la imprenta, sin por ello dejar de trabajar. Si en aquellos tiempos hubieran existido los magnetófonos y se hubieran grabado cintas, asombraría ahora la enorme cantidad de ingenio que allí se derrochaba diariamente gratis et amore.

Los tipógrafos eran tres: el joven Barrera, sobrino de Martí, Emilio Llanos, cuñado de García, y Alfredo. Como tantos otros tipógrafos, éstos tenían su barniz de intelectuales, adquirido forzosamente a fuerza de leer por obligación, y por el contacto continuo mantenido con escritores, artistas, médicos y abogados.

En la época en que empezó a trabajar Alfredo, era precisamente cuando se preparaba con fiebre la caída de la monarquía, y además de los masones y los intelectuales acudían algunos militares que conspiraban abiertamente, como el comandante Giménez y los capitanes Rubio y Salas.

A veces aparecía algún policía con algún pretexto poco válido, pero en seguida giraba la conversación hacia temas anodinos y el hombre se marchaba defraudado. Otras veces la policía llegaba oficialmente, con un mandato judicial para incautarse de los ejemplares de *La Batalla* o de *Acción*, denunciados, y también de los moldes de imprenta. Esta incautación de los moldes era una reminiscencia de los tiempos en que la prensa se componía a mano y también se distribuía de la misma manera, por lo que normalmente podía haber una posibilidad de encontrar todavía algunas columnas por distribuir cuando llegaba la policía. Pero ya entonces, como ahora, los periódicos se componían mecánicamente, con linotipias, y el plomo (así llamado a las líneas compuestas) se arroja a un cajón para ser fundido apenas

se acaba el tiraje. Así, pues, de nada servía la orden de incautación de los moldes, puesto que, por rápida que fuera la denuncia policiaca, el paso de la misma al juez y la resolución de éste, todo ello requería un par de días, tiempo más que suficiente para que en la imprenta no se pudiera encontrar rastro de los moldes a requisar.

En cambio, siempre podía la policía incautarse de algunos ejemplares de los periódicos denunciados, mal impresos o llenos de grasa.

Un tipo original de aquella imprenta era el maquinista impresor llamado «Pep», hombre joven y presumido, al que ya le faltaban tres dedos de la mano derecha a consecuencia de otros tantos accidentes de trabajo. Esta pérdida de dedos le había reportado un buen ingreso monetario, y se estaba construyendo una casa en el cercano pueblo de Sant Just Desvern. Se bromeaba con él a propósito de que si seguía levantando la casa por el procedimiento de ir perdiendo miembros, cuando quisiera habitarla acaso lo tuvieran que llevar en un cesto, por carecer de piernas y brazos.

También trabajaban tres mujeres, Antonia y dos hermanas llamadas Casta y Susana, como las bíblicas, o la pareja de La verbena de La Paloma. Antonia constaba como casada, pero nadie sabía a ciencia cierta quién era su marido, ya que a la salida del trabajo habían acudido a esperarla su media docena de maridos diferentes. Casta era viuda y confesaba que, como no guardaba buen recuerdo del matrimonio, no le quedaban ganas de volver a repetir, pero que eso no le impedía «darle gusto al cuerpo» (textual) cuando éste se lo pedía, mas sin comprometerse jamás seriamente. Su hermana, Susana, era casada y justificaba francamente su conducta irregular afirmando que su marido hacía tiempo que «no servía» y era natural que buscara fuera lo que no podía encontrar en casa.

Ocurrió que una noche se encontraron dos «maridos» esperando a Antonia, y apenas ésta había tomado del brazo al único que ella había visto, se presentó el otro. Contra lo que suele ocurrir, los rivales no lo fueron, sino que, después de una explicación, convinieron en que la única culpable era la mujer y, de mutuo acuerdo, le propinaron una seria paliza que le dejó evidentes señales

físicas, entre ellas los ojos morados y la nariz hinchada. Sin duda avergonzada, Antonia no volvió por el taller.

A primeros del año 1931 la imprenta fue trasladada a un local mucho más amplio de la calle de Urgell, en el número 42, entre las calles de Sepúlveda y Floridablanca, pero con las cajas y las máquinas se trasladaron también, además del personal, todos los contertulios que animaban lo que algunos llegaron a apelar «el cenáculo de la Cosmos». Precisamente por entonces Pepita quería dejar la casa en que trabajaba, la empresa Oliva de Vilanova, porque decía que el encargado, Blasco, se creía un sultán y ella, naturalmente, no se sentía odalisca. Entonces Alfredo le dijo que, como Antonia se había marchado, fuera a solicitar la plaza a García, pero sin decir que se conocían. Así fue hecho y Pepita fue admitida sin dificultad, volviendo por ello a trabajar juntos durante bastante tiempo.

Los sindicatos empezaban a reorganizarse, tolerados por el nuevo gobierno. En abril de 1930, el Gobierno Civil devolvió firmados los estatutos de la Confederación Nacional del Trabajo, que habían sido depositados pocos días antes. Era gobernador civil de Barcelona don Ignacio Despujols.

El 17 de mayo del mismo año tuvo lugar en el local de la sociedad de marinos La Naval, en la Barceloneta, el primer pleno regional de la nueva época. Allí se acordó volver a publicar *Solidaridad Obrera* como diario, así como montar imprenta propia. Y eso sin tener un céntimo. Lo curioso es que se montó la imprenta (después de salir durante una temporada impresa en los talleres de *El Día Gráfico*), y fue precisamente Alfredo quien tuvo que hacer el milagro, encargado para ello por el mencionado pleno.

Como se acordó que la *Soli* saliera inmediatamente, sin esperar a tener talleres propios, empresa que se reconocía sería prolífica, era preciso buscar una imprenta con rotativas que quisiera imprimir la *Soli*. No era fácil, porque los periódicos de izquierda que acaso podrían aceptar no disponían más que de una sola rotativa y, naturalmente, la necesitaban para el servicio propio y lo mismo ocurría con las linotipias. No se podía pensar en las empresas de periódicos de derechas. No quedaba más remedio que intentar la cosa en los talleres de *El Día Gráfico* y *La Noche*, que tenían maquinaria suficiente para

otro periódico. El propietario de aquella empresa era don Juan Pich i Pon, antiguo obrero electricista que había hecho fortuna en el Partido Radical y coqueteando con la dictadura. Fue concejal del ayuntamiento de Barcelona y también varias veces alcalde interino. Había adquirido la contrata de conservación del alumbrado público de la ciudad y ése fue el principio de sus varias empresas, todas las cuales marcharon bien. Tuvo la idea de celebrar una gran Exposición de Industrias Eléctricas, cuyo proyecto sufrió las consecuencias de la guerra mundial de 1914-1918, pero terminada ésta empezó de nuevo a fomentar su idea. Logró que el gobierno de Madrid aprobara el proyecto y decretara la expropiación forzosa de los terrenos de la montaña de Montjuic, donde quedó» emplazada la exposición.

Con la dictadura de Primo de Rivera el proyecto se convirtió en Exposición Internacional de Muestras y las obras tomaron im[^]pulso. De todos modos, aunque no pudo inaugurarse hasta 1929r fue un innegable éxito.

Pich i Pon tenía fama de ser hombre muy pintoresco. Sin apenas saber leer ni escribir y sólo con unos pocos conocimientos de aritmética, tenía la manía de presumir de culto, a fin de poder alternar con la gente intelectual que le frecuentaba. Las «piquín ponianas» eran frases cómicas atribuidas a él y fueron muy populares. Los periódicos satíricos como el *Papitu*, *El Be Negre* o *L'Esquella de la Torratxa*, e incluso otros más serios, como *La Rambla* o *Mirador* atribuían a Pich i Pon las más extravagantes «piquiponianas».

Como ejemplo, se puede citar la siguiente:

Don Juan Pich y Pon asistió al estreno de una revista en el teatro Principal Palace, y a la salida acudió, como solía hacer, a los locales del pasaje de la Merced, donde estaban la redacción y los talleres de sus periódicos *El Día Gráfico* y *La Noche*. Se sentó en la sala de redacción y comentó la función que acababa de ver, terminando así:

—Us dic, nois, que és tota una revistassa, mai vista. Sobretot la «hipótesi» final és una cosa mai vista.

Es evidente que el hombre quería decir la «apoteosis».

En el pleno de La Naval, que había acordado la inmediata salida de *Solidaridad Obrera* y la fundación de una imprenta propia, se nombró a Pedro Massoni como administrador y a Joan Peiró como director. Y fueron estos dos, junto con Alfredo, quienes acudieron a ver a don Juan Pich i Pon, acompañados de Pestaña, que ya había tenido contactos con él y haría de presentador. Por el camino Pestaña afirmó que era cierto mucho de lo que se decía sobre las «piquiponianas».

—Tiene —decía— una verdadera manía en aprender palabras poco corrientes y después colocarlas a su libre albedrío, lo que produce efectos cómicos. Si queréis, podéis hacer la prueba.

La entrevista fue muy cordial, y desde el primer momento el hombre se mostró dispuesto a que la Solí se imprimiera en sus talleres. Hizo acudir a su despacho al jefe de talleres, un buen compañero apellidado Vidal, así como al administrador. A los dos les encargó que se entendieran «con aquellos amigos», para concretar precios y detalles.

Alfredo, en el curso de la conversación, y adrede, dejó caer la palabra «sindéresis» a propósito del buen juicio que deberían tener las opiniones en la prensa. Al despedirse, comprobó lo dicho por Pestaña, pues don Juan repitió la palabra de esta manera:

—Yo no me enfado casi nunca porque soy muy «sindérico».

La redacción y la administración de la Solí se montaron, provisionalmente, en un piso de la calle Nueva de San Francisco. Massoni y Alfredo empezaron inmediatamente a buscar un local lo suficientemente apropiado para montar la imprenta propia. Massoni se enteró de que en la calle de Consejo de Ciento, entre las de Muntaner y Casanova, casi enfrente del pasaje de la Merced, había un gran local vacío y que, además, también estaba por alquilar el primer piso. Sin tardar, avisó a Peiró y Alfredo; fueron los tres a ver si el local reunía condiciones. Efectivamente, las reunía porque era muy profundo, lo que podía permitir montar la maquinaria sin molestar, con sus ruidos nocturnos, a los vecinos. Resultó que el marido de la portera era un panadero militante en el Sindicato de la Alimentación, el cual reconoció a Peiró y Massoni, recomendándoles que cuando fueran a ver al propietario no le dijeran de qué

se trataba, pues era muy missaire y no quería alquilar el local para Solí. Se convino, pues, en que la gestión la hiciera sólo Massoni, pidiendo el local para una imprenta, sin especificar de qué clase. Massoni se puso de punta en blanco y se fue a ver al propietario. Todo marchó sobre ruedas y el administrador salió de la casa con un magnífico contrato de alquiler del local y el primer piso a nombre de don Pedro Massoni, industrial. Y llegó el trabajo para Alfredo. No disponía de un céntimo y una imprenta para un periódico diario, aun de la manera más modesta, costaría ya por entonces más del millón de pesetas. Contando con que su nombre era muy conocido en los medios de las artes gráficas, se aventuró a presentarse en una conocida fundición tipográfica (casa Iranzo) para tratar de la compra de todo el «material móvil» que necesitaba. Como presumía, fue muy bien acogido e inmediatamente le mostraron varios catálogos de tipos de imprenta, indicándole los más apropiados para la prensa. Afortunadamente, no tuvo que abordar el difícil asunto de la forma de pago, porque fue el mismo gerente del establecimiento quien le dijo que la casa les concedería un largo crédito, pues se tendría en cuenta la «entidad» compradora.

Quedó establecido, en principio, lo que se compraría, incluyendo no sólo la letra, sino todo el mobiliario necesario. Para mayor tranquilidad, Alfredo quiso consultar con Massoni y Peiró sobre el acierto en la elección de los tipos de letra; lo mismo hizo con la junta del sindicato. Ya todo el mundo conforme, se hizo el pedido en firme, a base de letras firmadas por Massoni a pagar en plazos escalonados de tres meses.

Alfredo tuvo que desengañar a una turba de corredores de material usado, que todos los días llegaban para ofrecerle «magníficas gangas» en toda clase de material, lo mismo en tipos que en maquinaria. Alfredo se había propuesto comprarlo todo nuevo, si era posible. Para las linotipias, se hizo acompañar por Santiago Fernández a la casa Mateu, el conocido comerciante en hierros y aficionado a político, que había tenido veleidades con Primo de Rivera, y que, según Fernández, estaba muy deseoso de mostrarse arrepentido. Mateu tenía una sección de artes gráficas, especialmente la representación de máquinas de componer Intertype. Esta sección tenía cierta autonomía y la administraba un hombre audaz llamado Rosal, que hacía y deshacía en el negocio. Con él se

entrevistaron Fernández y Alfredo, porque el primero ya lo conocía, no supo nunca Alfredo por qué.

En seguida se convenció Alfredo de que Fernández había hablado antes con Rosal y acaso con el propio Mateu, puesto que desde el primer momento todo fue cordialidad y facilidades. Allí mismo se hicieron cálculos sobre la cantidad de líneas necesarias para las cuatro amplias páginas de la Solí y la producción de las Intertype, conviniendo en que, con dos turnos, uno de día y otro de noche, y tres máquinas de componer se podría salir del paso. Para el pago se adoptaría el mismo sistema que para el material tipográfico, pero advirtió Rosal que, en caso de fallar algún plazo, ño había por qué preocuparse, ya que el señor Mateu había dado órdenes de dar todas las facilidades.

Hasta aquí todo marchaba bien, pero faltaba algo esencial: la rotativa, máquina muy costosa y de las cuales no había deposito alguno en España. Era necesario comprarla en firme a una casa extranjera, preferentemente alemana, y, como quien dice, dinero en mano. De lo contrario, tener la suerte de saber de alguna rotativa usada que estuviera en venta. Esto llegó, pero más adelante. Mientras tanto, los sindicatos habían ido votando cantidades para la imprenta, y lo mismo hicieron el Comité Nacional y los Regionales. A base de estos ingresos, se empezó a poner el local en condiciones de ir instalando la imprenta.

Cometió entonces Alfredo un grave error. Para los trabajos de albañilería, carpintería y pintura, e instalación eléctrica, buscó el concurso de compañeros, a fin de no dar un beneficio a los patronos. La experiencia fue un fracaso. Se trabajaba poco y mal y las «demandas de dinero para la adquisición de material eran frecuentes y muchas veces faltaban las facturas justificativas. Solamente se salvó de aquel mal ejemplo el albañil Girona, por entonces tesorero del Sindicato de la Construcción. Este hombre trabajó concienzudamente durante semanas y, además de entregar las facturas del material comprado, entregó bastante dinero que los comerciantes le entregaban en concepto de comisión. Ni el electricista, ni el carpintero, ni el pintor, ni el lampista entregaron jamás dinero alguno de esa procedencia.

Durante todo el tiempo que duraron las obras fueron bastantes las ocasiones en que Alfredo se vio precisado a recorrer los sindicatos en demanda de dinero para poder pagar a todos aquellos trabajadores «libres», que jamás eran puntuales a las horas de entrada al trabajo, pero que no fallaban nunca a las siete de la tarde de los sábados.

Los republicanos seguían conspirando. Los militares republicanos habían sido reincorporados, pero cambiados de guarnición. Galán fue enviado a Jaca, en la frontera aragonesa con Francia.

Aparecían hojas clandestinas y manifiestos casi a diario. Uno de ellos se titulaba Inteligencia Republicana y tenía la particularidad de que iba firmado por los republicanos catalanes Jaume Aiguader, Alomar, Casanovas, Lluhí Vallescá, Lluís Companys, Nicolau d'Olwer, Rovira i Virgili, los socialistas de la Unió Socialista de Catalunya ([11](#)) J. Aleu, Fronjosa, Serra i Moret, Xirau..., y los cíenistas Martí Barrera, Vicente Botella, Eusebio C. Carbó, Joan Peiró, J. Viadiu, Pedro Foix...

Días después de haber salido a la calle este manifiesto, parece ser que los faístas presionaron fuertemente a los sindicalistas firmantes, logrando que algunos negaran haberlo firmado; principalmente lo hicieron Carbó y Viadiu.

El 17 de agosto de 1930 tuvo lugar en San Sebastián una reunión de republicanos y socialistas, que firmaron un pacto para derribar la monarquía. Por Cataluña asistieron, principalmente, Jaume Aiguader, Carrasco Formiguera, Nicolau D'Olwer y Maciá Mallol. Es indudable que a dicha reunión asistieron oficiosamente algunos sindicalistas masones, entre ellos Arín, que jamás lo negó.

Más tarde los contactos tomaron un carácter oficial, puesto que en el Pleno Nacional, celebrado el 15 de noviembre, se acordó establecer contacto con el Comité Revolucionario salido del Pacto de San Sebastián, pero sin formar parte del mismo. Sólo votó en contra de este acuerdo la Regional Levantina.

Se vivía en plena actividad revolucionaria. Toda la prensa de izquierda atacaba ferozmente a la monarquía. El mismo rey no se libraba de los ataques aunque se le nombrara, como quien dice, por la banda. Como no se permitían mítines,

a menudo se organizaban conferencias culturales, que servían siempre para el mismo fin: combatir el régimen, aunque el tema nada tuviera que ver ni siquiera con la política. Alfredo fue requerido para dar una de estas conferencias en Mollet, pueblo industrial, a veinte kilómetros de la capital. El 12 de diciembre, al salir del trabajo se dirigió a la plaza de la Universidad, de donde salía un autocar para Mollet varias veces al día. A las siete y media ya estaba en el pueblo donde le esperaba un buen número de sindicalistas y la junta en pleno del sindicato. Fueron a cenar a un céntrico restaurante tres de la junta y Alfredo. A las nueve de la noche se dirigieron todos al cine donde tenía que celebrarse la conferencia, pero se encontraron con que el local estaba cerrado y mucha gente permanecía en la calle. El conserje del cine les dijo que a eso de las ocho y media había llegado el alguacil del ayuntamiento entregando una nota del alcalde, suspendiendo el acto. Cuando se corrió la voz de la suspensión, la gente empezó a dar gritos y algunos proponían abrir a la fuerza la puerta del local y celebrar el acto. A Alfredo aquello no le gustaba porque preveía que al final él sería el pagano. Propuso a los de la junta del sindicato ir a ver al alcalde, para saber a qué obedecía la orden. Fueron al ayuntamiento y no encontraron a nadie. Entonces fueron al domicilio particular del alcalde, que no quería recibirlas, pero acabó accediendo. Les recibió en la cama, alegando que estaba enfermo, pero más parecía que tenía miedo. Manifestó que la prohibición no era suya, sino del gobernador civil de la provincia, que le había telefoneado en este sentido. Por lo tanto, nada podía hacer él. Les aconsejó que no hicieran ruido ni intentaran celebrar el acto porque, por lo visto, pasaban cosas graves, sin que supiera de qué se trataba, pero que el gobernador civil parecía preocupado y, además, concluyó, la guardia civil tenía la orden de no permitir ninguna clase de reunión.

Bastante preocupado, Alfredo decidió ponerse al habla con la redacción de la *Soli*. No obtuvo contestación, y lo mismo le ocurrió con el Sindicato de Artes Gráficas. Logró, en cambio, ponerse en comunicación con la imprenta de *El Día Gráfico*, donde se confeccionaba la *Soli*. De allí le comunicaron que, en efecto, ocurrían cosas graves, que se había declarado el estado de guerra en toda España, y que lo mejor que podía hacer era volver, si podía, a Barcelona. Su informador no dio su nombre ni Alfredo juzgó prudente preguntarle quién era.

La gente seguía esperando a la puerta del cine. Al otro lado del amplio paseo discurrían, arriba y abajo, tres parejas de la guardia civil, con los fusiles colgados del hombro.

Los de la junta y Alfredo convinieron en que había que reconocer la situación y recomendar a la gente que se retirase. Pero como la gente que esperaba ascendía, tal vez, a mil quinientas personas, no era nada fácil. Alfredo decidió ir a parlamentar con la guardia civil. Pasó la calzada y el paseo y se encaró con la pareja más próxima, preguntándoles si tenían algún jefe con quien hablar. Un guardia le dijo que sí, que uno de la otra pareja que precisamente estaba llegando a ellos, era el sargento. Llegó éste con el guardia que le acompañaba, y preguntó qué pasaba. Alfredo, muy cortésmente, llamándole «señor sargento», le dijo que solicitaba permiso para decir a los que estaban en la puerta del cine que se retirasen pacíficamente, puesto que se había suspendido la conferencia. El sargento quedó muy preocupado y pasó un buen rato antes de contestar. Por fin habló para decir que quien podía dar el permiso era el alcalde. Alfredo le objetó que precisamente venían de casa del señor alcalde, «que se encuentra en la cama, enfermo», y aquella autoridad no veía inconveniente en que se dijeran unas palabras sensatas a los impacientes espectadores defraudados.

—Puede usted, si quiere —terminó Alfredo—, ir a verlo y ya verá que no le engaño.

El sargento aceptó como buena aquella explicación y le recomendó que no fuera largo en sus explicaciones; pero añadió:

—Espere un poco a que las tres parejas nos quitemos de la vista.

Por lo visto, el sargento quería salvar así una posible responsabilidad. Efectivamente, una tras otra, las tres parejas desaparecieron discretamente adentrándose por las calles. Entonces Alfredo subió a un banco del paseo y muy reposadamente explicó lo que ocurría, excusando al alcalde que nada sabía, y opinando que no era cuestión de enfrentarse con la guardia civil por tan poca cosa.

—Guardemos las energías para cosas más serias. Ahora vámonos a dormir. Porque hoy no actuemos, nada se perderá. La revolución está en marcha y nada podrá detenerla. Ya habéis visto la actitud de la propia guardia civil, que no quiere pelea. Esto es bastante elocuente para que tengamos plena confianza en el porvenir.

Un poco a regañadientes, la gente se fue retirando lentamente. Alfredo preguntó a sus compañeros si todavía tendría medios de regresar a la capital. Le dijeron que a las diez salía el último autocar. Como faltaban diez minutos, se dirigieron todos hacia la parada. Solamente una mujer ocupaba un asiento. Se despidieron cordialmente y el autocar emprendió el camino. El cobrador-conductor manifestó su extrañeza por aquella falta de clientes. Alfredo le dijo que la gente es prudente y, como parecía ser que había jaleo en alguna parte del país, era comprensible que los vecinos se quedaran en casa.

La otra viajera descendió en Monteada. Allí pudieron ver que la guardia civil patrullaba por el pueblo.

Como Alfredo había quedado como único pasajero, al llegar al Arco del Triunfo le dijo al chófer que podía parar y volverse, sin necesidad de llegar a la plaza de la Universidad. El conductor le dio las gracias por la atención y paró allí mismo. No se notaba nada extraño por las calles. Los transeúntes pasaban tranquilamente, sin demostrar alarma. Tomó por la calle de Trafalgar, y al llegar a la plaza de Urquinaona se arriesgó a bajar hasta apercibir el edificio de la Jefatura de Policía. Allí ya se veían precauciones. En la puerta principal la guardia era doble y armada con tercerolas, y en las esquinas del edificio, otros guardias, también armados, que obligaban a los transeúntes a circular por el centro de la calzada. Como sentía unas ganas locas de saber lo que pasaba, pensó ir a la imprenta de *El Día Gráfico*, pero desistió de ello por si acaso estaba allí la policía interviniendo la publicación de la *Soli*. Decidió, pues, ir a La Publicitat, en la calle de Barbará, donde tenía buenos amigos tanto en los talleres como en la redacción. Desde el centro de la Rambla, antes de entrar por la calle de la Unión, percibió que en el cuartel de la guardia civil (hoy cuartel de la policía armada), cercano a la calle Conde del Asalto, había un retén de guardias armados. En La Publicitat le informaron de lo que ocurría. De momento se había aplicado de nuevo la censura previa, que hacía tiempo

había caído en desuso, pero claro está que antes de que se interviniieran las líneas telefónicas ya se sabía en todos los periódicos lo que estaba ocurriendo. Y lo que pasaba era, nada menos, que en Jaca, los capitanes Fermín Galán y García Hernández habían sublevado un regimiento y habían tomado el camino de Huesca con ánimo de llegar a Zaragoza y proclamar la República. Se sabía que de Zaragoza habían salido fuerzas del ejército al encuentro de los sublevados y que el choque parecía inminente. No se sabía nada más en concreto. Como es natural, los comentarios eran para todos los gustos y la sorpresa era general, porque los que presumían de entendidos afirmaban que el movimiento preparado no debería tener lugar hasta una semana más tarde.

A la una de la madrugada, cansado de esperar noticias que no llegaban, se marchó Alfredo, sin saber a ciencia cierta dónde dirigirse, porque lo que sí sabía era que no podía ir a su casa a esperar la más que probable visita de la policía. Se metió por la calle de San Ramón y torció por la de San Pablo, hacia las Rondas. Todo estaba tranquilo: las chocolaterías estaban abiertas y tenían su clientela habitual y lo mismo ocurría en los bares. Las trotaderas estaban en sus sitios de costumbre, siempre las mismas y empleando las mismas palabras de atracción:

—Vols venir, ros?

A veces se preguntaba Alfredo si dirían lo mismo a todos los pasantes, o si era que, acostumbradas a la oscuridad, veían de lejos el color del cabello.

Subió por la Ronda de San Pablo y, como sentía algo de frío, decidió entrar en el bar de la esquina con la calle de San Antonio, junto al viejo edificio de los Escolapios. Este bar era un poco como el local social del grupo de amigos gráficos de aquellas barriadas. Allí se veían muy a menudo el propio Alfredo, Sagrera, Prat, Justo, Bonet, Cuadrado y algún otro.

Aquella noche, ya tan tarde, no estaba allí ninguno de ellos. Se sentó al fondo del local, de espaldas a la puerta, como una leve medida de precaución. Uno de los dos hermanos dueños del establecimiento le preguntó desde el mostrador si quería tomar alguna cosa. Se hizo servir un café con leche. Al llevarle el servicio, el camarero le preguntó si sabía algo de los rumores que

corrían. Alfredo le dijo lo que sabía y siguieron hablando de la situación, hasta que la llegada de clientes obligó al camarero a dejarle solo.

La cuestión de acabar de pasar aquella larga noche invernal se resolvió bien y acaso un poco como le bailaba por el magín. Llegaron dos mujeres, clientes del bar, y ya conocidas de Alfredo, por haberlas visto muchas veces e incluso haber tenido alguna conversación. Eran dos profesionales del amor, que tenían parada en los alrededores de la plaza del Pes de la Palla y las calles de Fernandina, Tigre y Paloma. Llevaban a los clientes bien a la Fonda Prim, de la Ronda de San Antonio (hoy pensión Montseny), a can Masquefa, o algún otro hotel-meublé de por allí. No al Niu d'Or, que era muy caro.

Al entrar aquella noche, se dirigieron directamente a la mesa donde estaba Alfredo y una de ellas le dijo:

—Hola, ros. A ver si por una vez eres galante y nos convidas. Hemos tenido mala noche y estamos muy mal de dinero.

—Pero, preciosa, si yo no soy un «cabrito».

—Ya lo sé —dijo la otra—, y por eso mismo sólo te pedimos que nos convides. No hace falta ser «cabrito» para convidar a unas amigas.

—Anda, no seas roñoso.

—Bueno. Pero modestamente, ya que sabéis que soy un pobre cajista.

Llamaron al cafetero y se conformaron con unas botellas de leche y unos croissants.

Alfredo se decidió a plantear la cuestión a las mujeres.

—Bueno; vamos a tratar un negocio.

—¿Negocios, nosotras? Ya sabes cuál es nuestro negocio.

—Precisamente.

—Pero ¿qué dices? ¿Vas a corromperte?

—Nada de eso; pero necesito que una de vosotras me acompañe a un hotel.
Pero sólo a dormir.

—A ver, explícate más claro.

Alfredo fue más explícito y les explicó la situación y el peligro de ir a su casa.

Las dos mujeres se miraron y se comprendieron como sólo saben hacerlo ellas en ciertos momentos.

—¿Verdad que sí?

—Desde luego.

—A ver —dijo él—, ¿qué tramáis?

—Pues es sencillo. Vendrás a nuestra casa. Tenemos dos camas y dormirás solo o acompañado, como quieras.

—¡Pero será magnífico!

—¡Bah, poca cosa! Algo tenemos que hacer nosotras también. Yo no comprendo nada de política, pero me gusta que peleéis contra los ricos.

—¡Bravo! Pues, andando.

Pagó las consumiciones y salieron los tres a la calle.

—¿Vivís lejos?

—No, aquí mismo, en la calle de la Cera.

Siguieron Ronda abajo, bordeando el edificio del convento de los Escolapios. De pronto, Alfredo se paró y les dijo:

—Tengo un escrúpulo y os lo voy a decir en seguida.

—¿Qué te pasa, ahora?

—Veréis, pienso si no tendréis, llevándome a vuestra casa, algún conflicto con vuestros... amigos.

—Ni hablar. Ni ésta ni yo nos dejamos explotar por macarras. Nos cuesta mucho ganar las pesetas para tolerar que se las lleven unos sinvergüenzas.

—Pero eso es muy raro entre vosotras.

—Sí que lo es, pero ya lo ves, es así.

Entraron en la calle de la Cera, y a las pocas casas una de ellas sacó una llave del monedero y abrió la puerta. Subieron en silencio hasta el cuarto piso, a la luz de una linterna eléctrica, que también llevaban ellas. El piso era pequeño. Una cocina, una sala, una alcoba y otro cuarto al lado. El mobiliario modesto, pero todo muy limpio.

—Bueno, sin manías; si quieras te acuestas con la que más te guste; si no, dormirás en el cuarto pequeño.

—Perdonad, pero prefiero dormir solo. No es que no me gustéis; las dos estáis bien, pero yo tengo mi opinión sobre estas cosas. Creo que para que una mujer y un hombre se acuesten juntos hace falta cariño o por lo menos un buen deseo recíproco.

—Como quieras, ros; no digas que te queremos violar. Pero que conste que el ofrecimiento es desinteresado.

Mientras tanto, las dos habían empezado a desnudarse con la tranquilidad que da la costumbre. En realidad las dos estaban bien como mujeres. Una blanca-rosada, algo llenita, de senos amplios, que se adivinaban algo claudicantes al faltarles el sostén. La otra tirando a morena, delgada, con un leve bozo en el labio superior. Al levantar el brazo, se veía una exuberancia de vello negro. Resultaba de tipo un tanto andrógino. Había sido ésta la que había decidido todo, con la conformidad risueña de la rubia.

—Si tienes que levantarte temprano, no nos despiertes; nosotras no madrugamos. En la cocina encontrarás jabón y toallas, y si quieras desayunar, te calientas leche que encontrarás en el armario.

—De acuerdo, preciosas, pero antes de acostarme, permitidme que os pregunte qué os debo dar por este buen servicio que me prestáis.

—Mira, no; no sigas por ahí. No estropees la buena voluntad. ¿Has entendido?

—Entendido. Buenas noches.

Las besó en las mejillas y se metió en el pequeño cuarto. La cama era individual, las sábanas muy limpias. Cuando se metió entre ellas, apercibió un leve olor de mujer un tanto perturbador. Durante un rato oyó correr el agua del grifo de la cocina. Sin duda ellas se lavaban antes de acostarse. Se apercibió, después, de cómo se metían en la cama, sin dejar de charlar en voz baja. La conversación siguió después, ya todo a oscuras. Estos leves ruidos y lo anómalo de la situación, todo lo que había pasado aquella noche y la misma proximidad de las dos mujeres, le tenían nervioso y no lograba dormirse, a pesar de lo avanzado de la hora.

El murmullo de la conversación se hizo más leve y después las palabras eran espaciadas, como sincopadas, y le pareció que el lecho se quejaba quedamente. ¿Sería posible? Irremediablemente le llegó el deseo de llegar a la otra cama, a fin de restablecer los derechos de natura. Incluso ya tenía una pierna fuera de la cama, cuando el recuerdo de Pepita se le presentó como una barrera. No; no tenía derecho a faltar a aquel amor. A su resolución le ayudó el absoluto silencio que reinaba en la casa. Poco a poco fue quedándose dormido.

Como siempre, durante toda su vida, se despertó a la hora que se había propuesto. Esta vez, a las siete de la mañana. Todavía era casi de noche. Como tenía que pasar ante la alcoba donde dormían ellas, que no separaba de la sala más que una cortina entreabierta, pudo ver, en la penumbra, cómo un brazo de la morena estaba echado resueltamente sobre su amiga; era como un gesto de posesión. Las dos dormían plácidamente.

Se lavó levemente, procurando no hacer ruido, y se peinó ante un espejo colgado junto a la ventana. Acabó de vestirse. Tuvo el pensamiento de dejar algún dinero encima de la mesa, pero no se atrevió, recordando lo que le habían dicho. Le acució el capricho de mirar otra vez antes de marchar. Ya había más luz y notó que además del brazo se veía, bajo la ropa, una pierna de la morena sobre las de la rubia, que estaba boca arriba, durmiendo como una niña. La finísima sensibilidad de la morena debió sentirse atacada por la

mirada del hombre, porque abrió los ojos, volvió la cabeza y le sonrió. Puso un dedo sobre sus labios, imponiendo silencio para no despertar a su amiga. Acto seguido le alargó la mano y le atrajo hacia ella. Esta vez la besó en los labios, porque aquellos ojos lo pedían. Luego salió quedamente, abrió la puerta y descendió la escalera pensando que de aquella manera era lógico que las dos amigas no quisieran alimentar macarras.

Llegó al taller a tiempo para empezar la jornada normalmente. Con el permiso de García, mandó al aprendiz a su casa a saber si había habido visita por la noche y, de paso, que le dieran algo para desayunar. El muchacho volvió pronto, diciendo que nadie había estado en su casa durante la noche.

La prensa, con precauciones, publicó referencias de la sublevación de Jaca, y en las ediciones de la noche se daba el movimiento como fracasado. Más tarde se supo que, junto con los dos capitanes, se habían lanzado a la calle algunos paisanos, entre ellos Alfonso Rodríguez «el Relojero», Mur y Antonio Beltrán «el Esquinazao». Estos paisanos fueron a presidio por poco tiempo pues recobraron la libertad al proclamarse la República. Al llegar la guerra civil, se incorporaron en las fuerzas republicanas. «El Esquinazao» llegó a mandar la 43 división, que hizo una gloriosa retirada hacia Francia a través de los Pirineos. Murió en la emigración, en México, el año 1960.

A pesar de que tenía mucho sueño, aquella noche Alfredo no pudo ir a dormir pronto, porque se estaban haciendo los últimos, preparativos para ir a la huelga, que ya se había acordado por el sindicato, a fin de conseguir un aumento de salarios y otras mejoras importantes. Todos los militantes del Sindicato de Artes Gráficas estaban muy animados y seguros de ganar el conflicto, a pesar de que, en realidad, los afiliados no parecían muy entusiasmados más enfrascados en los asuntos políticos que en los sociales. Por el contrario, Alfredo y sus amigos creían que el ambiente de revuelta que se respiraba sería muy propicio para el éxito de la huelga. Además, a Cuadrado, que era vicepresidente del sindicato, le había dicho su patrono que la patronal del ramo estaba bien dispuesta por considerar que las demandas eran moderadas. Este patrono era Dalmau, que antes había sido un elemento muy activo de la sociedad El Arte de Imprimir, y este antecedente hacía creer que no trataba de engañar. Por su parte, Alfredo había hablado ampliamente con

su patrón, Barrera, el antiguo sindicalista, y éste le había dicho que todos los patronos estaban de acuerdo en firmar las bases presentadas por el sindicato, pero que sería preciso vencer la tozudez de varios patronos viejos, los cuales, sobre todo, estaban espantados por la demanda, absolutamente nueva en las luchas sociales de Barcelona, de pedir el abono del jornal íntegro no sólo para los accidentes de trabajo sino para todos los casos de enfermedad. [\(12\)](#)

Barrera dijo que aquella prevención de los viejos patronos era absurda porque los jóvenes habían hecho números y sacado la consecuencia de que, constituyendo en la propia patronal un fondo a base del 2 por ciento de los salarios, habría más que suficiente para pagar lo que pedía el sindicato.

Alfredo estaba muy ilusionado con aquel conflicto, porque creía que, si ganaban la huelga, habrían dado un primer paso importantísimo en la orientación de la CNT hacia tácticas más en armonía con las luchas modernas y con el sentido común.

Pero no ganaron el conflicto; y no lo ganaron porque las circunstancias fueron mejor aprovechadas por los marrulleros patronos de artes gráficas que por los dirigentes del sindicato.

Era cierto que la sublevación de Galán y García Hernández había fracasado. Cuando la columna que salió de Jaca se dirigía hacia Huesca, le salió al encuentro otra columna gubernamental mucho más numerosa y con artillería. El encuentro fue breve. Los soldados mandados por Galán y García Hernández, al ver frente a ellos otros soldados que hacían fuego, se desmoralizaron e iniciaron una desbandada. Entonces los dos capitanes se rindieron, asumiendo toda la responsabilidad. Contra el criterio general, el gobierno Berenguer se lió la manta a la cabeza y un consejo de guerra sumarísimo juzgó a los dos rebeldes y los condenó a muerte. No hubo gracia, y Galán y García Hernández fueron fusilados a primera hora de la tarde del día 14, dando muestras de una magnífica serenidad. Nunca mejor que en aquella ocasión se pudo aplicar la frase de que aquello fue peor que un crimen; fue una falta que ayudó mucho a que Alfonso XIII perdiera la corona.

La huelga de Artes Gráficas estaba acordada para el día 15 de diciembre, y, como se había previsto, los grupos jóvenes preparados al efecto salieron a la

calle bien temprano para invitar a sus compañeros a seguir el movimiento. Pero se encontraron con que, al mismo tiempo, la Federación Local había proclamado la huelga general de una manera inopinada, seguramente queriendo aprovechar la indignación por el fusilamiento. Así, pues, el trabajo estaba hecho, puesto que paró todo el mundo.

Aquella tarde ocurrió un episodio que demuestra cómo los faístas obraban generalmente a tontas y a locas. La masonería tenía comprometidos a bastantes militares y se dijo por entonces que Galán y García Hernández se habían adelantado a la fecha prevista de una sublevación militar de más envergadura, sobre todo por parte de la aviación, en la cual influyó mucho Ramón Franco, el hermano de Francisco, que había roto con el rey y se había hecho revolucionario. Una parte de los aviadores comprometidos se alzaron en rebelión en el aeródromo de Cuatro Vientos, de Madrid, con la esperanza de que al ver los aparatos en el aire, lanzando hojas subversivas, el ejército seguiría el ejemplo. No fue así, y los sublevados tuvieron que volar hasta Francia y Portugal.

En Barcelona, algunos sindicalistas sabían que en el aeródromo del Prat de Llobregat también se tenían que sublevar los aviadores y, ni cortos ni perezosos, formaron un grupo, subieron a un taxi y emprendieron el camino del Prat para constituir en el campo de aviación nada menos que un Comité de Obreros y Soldados. Antes de llegar al Prat fueron amorosamente recogidos por unas parejas de la guardia civil que esperaban en la carretera y, bien custodiados, conducidos a los locales policíacos de la plaza de Regomir, desde donde los trasladaron a los calabozos de la calle de Ortigosa, detrás del Palau de la Música.

Entretanto, mientras todos los locales de los sindicatos se iban vaciando para que la policía no encontrara a nadie en su segura visita, en el local del Sindicato de Artes Gráficas, por el contrario, la animación era extraordinaria. Y era natural. Los gráficos tenían su propia huelga, que nada tenía que ver con la general. Durante todo el día estuvieron llegando comisiones de talleres que eran portadoras de las bases firmadas por los respectivos patronos. Es cierto que todas aquellas casas firmantes eran de poca importancia, pero como a las cuatro de la tarde las listas ascendían a más de cincuenta casas, con un total

de cerca de mil obreros, ello significaba que el conflicto estaba virtualmente ganado, porque el sindicato tenía el acuerdo de que las casas que firmaran podrían seguir trabajando. Ello suponía una competencia efectiva contra los no firmantes y, además, la división de la patronal. Esta táctica de parcializar la huelga había sido muy combatida por los faístas en las asambleas del sindicato, pero finalmente aprobada por una confortante mayoría.

A las seis de la tarde, cuando ya se sabía en los locales oficiales que había fracasado el movimiento del aeródromo de Cuatro Vientos y el del Prat de Llobregat, decidieron pasar a la ofensiva, empezando, como de costumbre, por la clausura de todos los locales de sindicatos y ateneos... La tarea era rutinaria en todas partes, ya que en los locales no encontraba la policía más que al conserje en algunos, que firmaba el acta de clausura. Pero la sorpresa fue al llegar al Sindicato de Artes Gráficas y encontrar en el gran salón a más de quinientas personas, entre hombres y mujeres. Ante aquel espectáculo inesperado, los policías quedaron confusos porque creían, nada menos, que allí estaban reunidas todas las juntas y comités revolucionarios sindicales, quién sabe con qué propósitos. Así, pues, empezaron por colocar una pareja en la puerta, para que no saliera nadie, mientras que un policía corría al teléfono más próximo para pedir refuerzos en número.

Cuando los primeros que iban a salir se vieron impedidos de hacerlo por la oposición de los guardias, volvieron al salón explicando lo ocurrido. Se produjeron entonces entre los obreros dos reacciones diferentes: unos emprendieron escaleras arriba con la esperanza de escapar por los terrados, cosa que fue factible en los primeros momentos; la otra parte se manifestó a gritos partidaria de arrollar a los guardias y policías y marcharse, cosa también factible, pero acaso hubiera ocasionado víctimas. Por ello Alfredo se encaramó a una silla y, reclamando silencio, dijo:

—No hay por qué asustarse ni indignarse. Nosotros estamos en huelga legalmente y la policía no tiene nada que hacer aquí. En todo caso, aquí está la junta en pleno para responder. Veamos, primero, qué quieren los policías.

Otra vez volvieron los gritos, pero ya más espaciados y menos violentos, y poco a poco se estableció una relativa tranquilidad. Mientras tanto, la salida escaleras arriba seguía siendo regular y eficaz.

Como no aparecían los policías a dar explicaciones y desde los balcones se veía a los guardias del portal que impedían la salida, bajaron tres componentes de la junta a parlamentar. Abajo, además de los guardias, había dos policías. Dijeron que habían llegado para clausurar el local, pero ante lo que habían visto, habían optado por esperar órdenes, que no tardarían en llegar. Y, en efecto, llegaron en la aparatoso forma de cuatro camionetas llenas de guardias, acompañados de un nutrido grupo de policías al mando del famoso Padilla. Los guardias ocuparon toda la escalera, impidiendo la que hasta entonces era una sangría ascendente hasta el terrado. Los policías entraron en el salón y dijeron que todo el mundo quedaba detenido, pero que en la comisaría se haría una selección. Alfredo se encaró con Padilla para decirle que aquello era una barrabasada, que la huelga de los gráficos era legal, porque se había dado cuenta al gobierno civil y que los gráficos estaban allí en uso de sus derechos. El policía le contestó que todo se lo dijera al jefe. En el salón quedaban unas cincuenta personas, entre ellas algunas mujeres, que eran las que tenían menos miedo. Por ello se produjo un repliegue y muchas manos se aferraron a los respaldos de las sillas. Dos policías sacaron sus pistolas, y los guardias, nerviosos, terciaron las tercerolas. El choque parecía inminente. Salvó la situación el joven Cuadrado, tipógrafo, que, dando muestras de una gran serenidad, se situó entre los dos grupos, diciendo:

—Calma, compañeros; esto no es más que un episodio sin importancia en el conjunto de la lucha que se desarrolla en el país. No vamos a hacer aquí, ahora, unas víctimas que podemos evitar. Seguramente que en los locales de la policía encontraremos gente con más sentido común que éstos. No hay por qué apurarse; es cuestión de días.

Y encarándose con Padilla, dijo fríamente:

—Sí, es cuestión de días, y después será usted uno de los encerrados en los calabozos.

Los gestos duros se volvieron risas. En estos momentos entraron dos policías más que se dirigieron directamente a Alfredo y a los otros de la junta que estaban en torno de la gran mesa. Uno de los policías dijo:

—No provoquéis un conflicto. Ahora nosotros no podemos ofrecer aquí el espectáculo de una contraorden. Venid a la comisaría y allí lo arreglaremos todo. Discutieron los de la junta, acabando por convenir en telefonear al jefe de la Brigada Social, Acuña, para ver qué decía. Los dos policías accedieron, contra la voluntad de Padilla, que insistía en llevarse preso a todo el mundo. Telefoneó Martí, que entonces era el presidente del Sindicato; estaba nervioso, porque era un hombre muy pacífico y jamás se había visto en aquellos trances. El momento era algo emocionante y a Alfredo se le antojaba que aquello podía ser un buen momento de una película de cine, o tema para un cuadro histórico. En la puerta del salón, cuatro guardias, muy serios, tercerolas en mano, no apartaban la vista del policía Padilla que, unos pasos a la derecha, estaba muy nervioso, pálido y sin sacar la mano del bolsillo del gabán, donde seguramente empuñaba una pistola. A su lado otros tres policías, también con sus manos derechas en los bolsillos. Enfrente, el grupo de huelguistas, con algunas mujeres, todos detrás de una barrera de sillas fuertemente empuñadas por unos hombres que parecían decididos a enarbolarlas de un momento a otro. En el fondo, entre los dos balcones, la gran mesa y a su entorno los catorce miembros de la junta; un poco al lado, los otros dos policías conciliantes. En el centro, Martí, en pie, escuchando por el auricular del teléfono. Todo el mundo había hecho silencio, por lo que se oía la voz chillona que salía del aparato, aunque no se comprendieran las palabras. Martí asentía con la cabeza. Alfredo le apuntó por lo bajo:

—Las mujeres.

—De acuerdo, pero hay aquí una docena de mujeres a quienes estarán esperando en sus casas y nos parece que pueden marcharse.

Otra vez la voz chillona. Martí acabó por pasar el auricular a un policía que escuchó breves momentos, diciendo: «De acuerdo», y colgó el auricular.

Martí habló a los huelguistas:

—Bueno. Pagamos las consecuencias de la huelga general. Quieren comprobar que aquí no hay más que gráficos, pero lo quieren hacer en sus locales. No nos pongamos trágicos. Hemos obtenido que las compañeras puedan marcharse; los demás iremos, a pie y sin atar, hasta la Brigada, donde se hará la comprobación. Seguramente que todos dormiremos en casa.

Las mujeres, ninguna de las cuales había perdido la serenidad, empezaron a repartir apretones de manos. Sólo entonces se apercibió de que Pepita estaba entre ellas. Llegó, risueña, y le dio las dos manos, mientras que le besaba con la mirada.

Y se organizó la comitiva. Iban saliendo de dos en dos o tres en tres, parándose en la calle. A lo largo de las aceras había un guardia armado con tercerola a cada cuatro pasos. Así encuadrados, cuando estuvieron todos en la calle, se emprendió la marcha. Ya era noche completa, pero en la calle de Escudillers el tránsito era intenso. Las gentes contemplaban el espectáculo sin asombrarse, comprendiendo de qué se trataba, dada la huelga general. Sobre todo las mujeres sonreían a los detenidos y se hacían comentarios nada favorables para guardias y policías, que no tuvieron más remedio que hacerse el sordo.

No les llevaron a Jefatura ni a la Brigada Especial, sino directamente a la comisaría de la calle de Ortigosa, donde Alfredo ya había estado otras veces. Les hicieron bajar a los amplios calabozos subterráneos, donde quedaron aguardando a que vinieran a efectuar la discriminación. Desde los calabozos aislados llamaron a Alfredo a grandes gritos; eran Ruiz «el Barberillo», Rosquillas y tres más, que eran quienes habían intentado entrar en el campo de aviación del Prat. Se explicaron unos a otros lo que les había ocurrido. Como pasaba el tiempo y no llegaba nadie, los de la junta acordaron que el tesorero, Sagrera, aflojara el dinero necesario para mandar traer algo que comer. Dado el número de detenidos, optaron porque el guardia encargado de ello mirara de comprar pan y fiambres, así como unas botellas de vino. El guardia, que sin duda aguardaba sus comisiones, accedió gustoso, y bien pronto estaban en manos de los huelguistas unas barras de pan, butifarra y jamón, así como botellas de vino. Cada uno se partió el pan y el fiambre que quiso, y también los que estaban en los otros calabozos participaron del festín.

Cerca de medianoche llegaron Padilla y dos policías más. Procedieron a confeccionar unas listas de los detenidos, que se llevaron sin decir para qué. A las dos de la madrugada volvió el mismo Padilla, quien empezó a vocear nombres, pasando unos a la derecha y otros a la izquierda. Pronto se comprendió que los de la izquierda serían los que quedarían detenidos, porque allí iban yendo los más conocidos. Sin embargo, hubo una sorpresa: al vocear a un Padilla, el policía dijo:

—¿Tú te llamas Padilla, como yo?

—Sí.

—Pues a la cárcel.

En total quedaron quince detenidos, siendo puestos en libertad todos los demás. Todos los liberados prometieron que seguirían manteniendo la huelga, cosa que no pudieron hacer.

De madrugada, los quince gráficos y los pocos «revolucionarios» fueron llevados a la cárcel en dos tandas, porque, aunque parezca mentira, en aquella época no había en Barcelona más que un coche, viejo y destortalado, con dos jamelgos para el traslado de los detenidos.

En la cárcel fueron muy bien recibidos; inmediatamente se procedió a efectuar una serie de traslados de celdas, a fin de colocar a los recién llegados en la cuarta galería, junto a los demás sociales y políticos. La conducta de los empleados de prisiones denunciaba bien claro la crisis del régimen. Incluso los peores carceleros eran entonces pura miel para los presos sociales y políticos. El ambiente era de pura euforia y bastantes de los detenidos ya tenían preparadas sus cosas para salir a la calle. Incluso algunos condenados a cadena perpetua. El único que no podía soportar la prisión era Martí, el presidente del Sindicato de Artes Gráficas, que no había estado detenido jamás y perdió la moral desde el primer momento. Se pasaba las horas muertas sentado en medio de la celda, sin hablar con nadie y sin leer ni hacer nada.

La detención de los gráficos no duró más que una semana. Al lunes siguiente fueron puestos en libertad. Pero la huelga estaba perdida. Como el sindicato estaba clausurado, los huelguistas no encontraron los contactos necesarios, ya

que todos los demás locales sindicales también estaban cerrados. Desorientados, los gráficos optaron por volver a los talleres, lo que trajo como consecuencia que los patronos que habían firmado las bases presentadas por el sindicato se volvieron atrás, alegando la lógica razón de que quedaban en inferioridad de condiciones respecto a los otros que seguían trabajando en las antiguas condiciones.

Al día siguiente de su puesta en libertad, se reunieron todos los componentes de la junta del sindicato. Lo hicieron en el Ateneo Enclopédico Popular, al cual pertenecían la mayoría. A ninguno se le ocurrió darse por vencido y, a pesar de la clausura, acordaron que una comisión acudiera a entrevistarse con el presidente de la patronal del ramo, para comunicarle que a no tardar se reanudaría el conflicto, corregido y aumentado.

Sin previo aviso se presentaron en la imprenta La Neotipia, uno de cuyos propietarios, Olmedo, era presidente de la patronal. Esta imprenta había sido, en un principio, una cooperativa obrera, pero evolucionó de tal manera que ahora uno de sus fundadores era el factótum de los patronos.

Los comisionados fueron Sagrera, Antonio Vidal y Alfredo. Olmedo quedó muy sorprendido al verles entrar en el despacho, pues seguramente les creía todavía en la cárcel. Sin embargo, haciendo de las tripas corazón, les recibió sonriente y empezó tratándolos de «tú», como si todavía fuera el antiguo sindicalista. No le siguieron por ese camino, sino que le trajeron de «señor» y «señor presidente». Inmediatamente entraron en materia, explicando el propósito del sindicato. Olmedo trató de dar largas al asunto, prometiendo que reuniría a la junta de la patronal lo antes posible. La réplica fue clara y concreta. Los patronos no habían obrado lealmente al haber dado seguridades de acuerdo, volviéndose atrás al saber la clausura del sindicato y la junta en la cárcel. En esas condiciones no cabían dilaciones ni contemplaciones.

—Ya sabe usted —dijo uno—que el horno no está para bollos. Un acuerdo justo ahora puede evitar muchos males en un porvenir próximo.

Acabaron los delegados poniéndose en pie y advirtiendo que no esperarían más de una semana para una entrevista entre las dos partes. No cayeron en

saco roto las advertencias, puesto que tres días más tarde Olmedo mandó una carta de la patronal, invitando a una reunión.

En realidad, los gráficos acudieron á la reunión con ánimos conciliatorios, pues consideraban difícil echar otra vez la gente a la calle, por lo que habían convenido sacar el máximo provecho, sin ser intransigentes.

La entrevista fue corta y casi cordial. Los patronos inmediatamente se mostraron propicios a conceder una peseta de aumento por día. Por lo que se refería a las otras mejoras, como el pago del jornal íntegro en caso de enfermedad, pidieron una prórroga para estudiar técnicamente el asunto y, además, para que se pudiera discutir ampliamente y legalmente y no en la clandestinidad, como en efecto se estaba procediendo. Los obreros discutieron por la forma,, e incluso lograron que el aumento fuera de 1,20 pesetas, en lugar de una sola peseta. Inmediatamente se redactó un documento con los acuerdos tomados, en el cual, por cierto, había un apartado muy curioso, que decía así:

«Las dos partes se comprometen a hacer respetar los anteriores acuerdos en los talleres, tomándose para ello las medidas necesarias, tanto por parte del sindicato patronal como por los obreros».

Cuando, dos semanas después, volvieron a abrirse los sindicatos a consecuencia del cambio de gobierno, los obreros gráficos acudieron en masa, animados por aquel triunfo obtenido tan fácilmente.

Mientras tanto, políticamente, las cosas marchaban a grandes pasos. El día 17 de febrero, el general Berenguer dimitió porque no contaba, al parecer, con el apoyo de todo el ejército, harto desorientado. El rey, que estaba reñido con todos los políticos de importancia que no le perdonaban el haber provocado la dictadura, no encontró a mano más que al almirante Aznar, hombre cargado de buena fe, pero sin experiencia política alguna. El almirante se rodeó de figuras de segundo orden, y creía haber sido muy maquiavélico al conseguir que la Lliga Regionalista Catalana aceptara participar en el gobierno. Esta actitud de los hombres de la Lliga fue una de las más grandes equivocaciones de sus dirigentes, que no sabían ver la realidad de la descomposición de la monarquía, y por ello era muy torpe intentar ayudarla a morir.

Ante la posibilidad de unas elecciones, se reunieron en Barcelona varios elementos catalanistas de izquierda, y acordaron la creación de un partido político al que titularon Esquerra Republicana de Catalunya. Entre sus dirigentes figuraban Francesc Maciá, Lluís Companys, Marcel-lí Domingo, Pere Corominas, Jaume Aiguader, Humbert Torres, Salvador Albert, Ventura Gassol, Santaló, etc. Más tarde se incorporó Gabriel Alomar. La organización clandestina Estat Catalá se adhirió al nuevo partido, pero una buena fracción del mismo recabó su independencia.

El 20 de marzo, la justicia siguió su rutina y tuvo lugar el juicio contra el Comité Revolucionario, condenándole a varios años de presidio. Este Comité Revolucionario estaba en la cárcel de Carabanchel, de Madrid, y cada día acudían allí, a cambiar impresiones y a recibir órdenes de lo que era, en realidad, un gobierno, esperando el próximo momento de pasar de las celdas carcelarias a los despachos ministeriales. Algunos miembros del Comité Revolucionario no estaban presos, entre ellos Indalecio Prieto, quien, siguiendo su costumbre, había emigrado a París.

El gobierno Aznar había decidido andar con pies de plomo en el camino de restaurar la Constitución. Para ello optó por dar un primer paso, convocando elecciones municipales, suponiendo que estas elecciones no movilizarían grandemente a los políticos de la oposición, porque en muchísimos pueblos se contaba con que el interés sería más administrativo que político. Y, por otra parte, la posible elección de muchos alcaldes amigos prepararía las elecciones a diputados favorables a la monarquía. Todos aquellos cálculos fallaron, sobre todo porque en todas las grandes capitales los electores votaron contra la monarquía, dándole a las elecciones un carácter eminentemente político.

Pero en esas elecciones municipales no fue solamente la derrotada la monarquía; lo fue igualmente la FAI. En efecto, desde el momento de la convocatoria de las elecciones, los elementos más dísculos faístas empezaron a trabajar para emprender la clásica campaña contra el voto. Las discusiones fueron muy violentas en algunos sindicatos, pues los elementos moderados insistían en que lo justo era no intervenir ni en favor ni en contra. Dejando a los obreros libertad de acción, sin que consiguiieran gran cosa, pues unas veces por las buenas y otras por las malas, lo cierto es que prevaleció el criterio

antielectoral y por ello empezaron a aparecer por las calles pasquines y letreros pintados con esta propaganda:

«Obreros, no votad», «Con tu voto, eliges tu verdugo», «El arma del obrero no es el voto, es la revolución», «Todos los políticos son iguales; obreros, no votad», y otros por el estilo. La Lliga Regionalista Catalana estaba encantada con tal propaganda, pues suponía que sus partidarios votarían disciplinadamente, y si los obreros se abstendían de votar a las izquierdas, el triunfo derechista era seguro. Es decir que, para las derechas, la situación se presentaba así: El Partido Radical de Lerroux estaba completamente desacreditado y casi todos los obreros que le nutrían habían evolucionado hacia el sindicalismo. Frente a la Lliga, pues, no había más que el nuevo partido Esquerra Republicana de Catalunya, que no tenía organización electoral alguna, ni tradición política, ni líderes de talla. A la Esquerra no la votarían más que los obreros, y como los anarquistas hacían campaña contradi voto, parecía ineludible que la Esquerra no alcanzaría un número serio de votos.

En realidad los cálculos de la Lliga no estaban desprovistos de lógica. La Esquerra era tan nueva que se las vio y se las deseó para encontrar los hombres necesarios para llenar las candidaturas. Por otra parte, no tenía dinero para la propaganda. Además, tenía enfrente, aparte de la Lliga, con su formidable organización electoral (lo mismo que los lerrouxitas), a los catalanistas dirigentes de la Lliga, esto es, Acció Catalana Republicana, que disponía del gran diario *La Publicitat* y de hombres de mucho prestigio.

Alfredo también era pesimista respecto a la flamante Esquerra y, todo lo más, suponía que saldrían concejales unos cuantos hombres conocidos y apreciados por los obreros, como Lluís Companys, Aiguader y Lluhí i Vallescà. Y se equivocó, porque ya es sabido que la Esquerra ganó en toda la línea, llevándose las mayorías, seguida de muy lejos por la Lliga.

La sorpresa fue tal, que esta victoria produjo que, la noche del escrutinio, no hubiera por parte de los elementos de la Esquerra grandes muestras de regocijo, porque ellos mismos no acababan de creer en su triunfo.

El mismo día 12 de abril, día de las elecciones, se celebraba un pleno regional de la CNT en el local del Sindicato del Transporte, sito en la plaza de

Medinaceli. Alfredo, que había votado por la mañana por su abogado Lluís Companys, se fue por la tarde al local de los transportistas, con ánimo de enterarse de cómo marchaban las sesiones. El pleno se desarrollaba en ambiente frío, sin aquellos empeñados debates propios de la CNT. Por el contrario, en la sala que daba paso al salón de actos las discusiones eran muy vivas y lo curioso era que se disputaba... de política. Rodeado de cerca de treinta sindicalistas, peroraba Grau Jassans, el trotskista que había estado en Rusia, y que por entonces se había incorporado a la Esquerra por la sencilla razón de que, como chófer, había conducido el coche en el cual había hecho la campaña electoral Lluís Companys. Grau Jassans, riendo como era su costumbre, sostenía que las izquierdas ganarían las elecciones en toda España; y todo el concurso se reía de él, tomándolo a broma. Grau, sin dejar de seguir el tono bromista, les increpaba:

—Ya lo veréis, trogloditas. Estáis llamados a desaparecer.

Anochecido, salió Alfredo del local del Sindicato de Transportes donde los delegados se disponían a terminar aquel pleno sin pena ni gloria. Ya en la calle, tuvo curiosidad por conocer algunos resultados electorales, y se fue deteniendo en la puerta de los colegios electorales, donde ya había aparecido el boletín del correspondiente escrutinio, siguiendo la buena costumbre hispana. Empezó a sorprenderse de que, ya en aquel distrito de la vieja Barcelona, calle Ancha, Nueva de San Francisco, Regomir, plaza Real... los votos de la Lliga, aunque en mayoría, eran casi alcanzados por la Esquerra, mientras que los radicales quedaban muy atrás.

Cuando se adentró por la calle de San Pablo y fue leyendo los resultados de los colegios electorales del distrito V, puramente obrero, el triunfo de Esquerra era aplastante. Companys doblaba los votos de los radicales, que anteriormente habían acaparado allí todo el cuerpo electoral.

En la calle de la Luna, casi tocando a la casa donde vivía Alfredo, había un centro radical, que había preparado una magnífica iluminación en su fachada para celebrar el triunfo que consideraban seguro. Ya era bien de noche y en la fachada no lucía una sola luz. Ni tan sólo se veía claridad alguna a través de las vidrieras. Era que la candidatura radical había sido completamente derrotada.

Y, durante la noche, la radio no acababa de sorprender a los oyentes dando cuenta de los triunfos republicanos en Madrid, Valencia, Alicante, Zaragoza, La Coruña..., en fin, en todas las ciudades importantes. En Cataluña el triunfo fue completo en los pueblos más pequeños, dando un rotundo mentís a la Lliga, a Acció Catalana y... a la FAI.

El lunes, día 13, en la imprenta Cosmos se discutió durante todo el día sobre el resultado de las elecciones y las consecuencias que tendría. Las visitas se sucedían unas a otras y el pequeño patio que había ante el local fue testigo de grandes y animadas discusiones, pues hubo momentos en que dentro de la imprenta no cabía nadie más. Pestaña, Foix, Piñón, Vidal, Maurín, Bonet, Santiago Fernández, Aiguader, Cid, Alfarache..., en fin, lo más granado del sindicalismo constructivo y de los políticos de izquierda pasaron, en un momento u otro, por allí, animados todos por el entusiasmo colectivo. Los que no aparecieron fueron los iconoclastas faístas, que no acababan de digerir su fracaso...

Y llegó el día 14 de abril de 1931. Las noticias de la noche pasada eran que, por toda la península, sobre todo en las grandes ciudades, se extendía el entusiasmo republicano. El propio presidente del Consejo de Ministros, el inefable almirante Aznar, había confesado su sorpresa de que «un pueblo que se había acostado monárquico un sábado por la noche, se había despertado republicano el domingo».

Alfredo fue a trabajar, intrigado por la manera en que podían desarrollarse los acontecimientos. A las nueve de la mañana se presentó en la imprenta Santiago Fernández, su amigo tipógrafo, que ya conocía desde el tiempo de la Solí editada en Valencia. En aquel año de 1931, Fernández ejercía de corredor de anuncios para *Solidaridad Obrera*, y, además, andaba mezclado en un asunto de contrabando no muy claro. Santiago Fernández, después de saludar diciendo «¡Salud y república! », se dirigió a Alfredo y le incitó a que dejara el componedor, se vistiera y saliera con él, puesto que no cabía duda que aquel día pasarían cosas. Alfredo alegó que no veía síntomas claros de acontecimientos, a lo que Fernández replicó que Alfredo, como tantos otros sindicalistas, «estaba en la higuera», y que los árboles no les dejaban ver el bosque. Se generalizó la discusión entre ellos y los demás trabajadores del

taller, y en pocos minutos todos convinieron en que Alfredo haría bien en acudir a ponerse en contacto con los elementos directivos de la CNT, a fin de no dejarse sorprender por los acontecimientos que, sin lugar a dudas, se avecinaban.

Así, pues, y con la aquiescencia del socio de Barrera, Alfredo marchó con Fernández. En la calle nada se notaba que pudiera hacer creer en acciones más o menos subversivas. Así se lo hizo notar a su amigo, pero éste sonreía, diciendo que «la procesión iba por dentro». Fueron a la redacción de la *Soli*, instalada en un destortalado piso de la calle Nueva de San Francisco. Allí estaba ya Peiró, que, a pesar de vivir en Mataró, llegaba todos los días a la ciudad en uno de los primeros trenes mañaneros. En la habitación de al lado estaban Massoni, el administrador, y Bové, empleado.

Cambiaron impresiones, y Peiró y Massoni convinieron que sería conveniente reunir lo antes posible a los comités superiores. Acordaron, pues, avisar al mayor número posible de componentes de los Comités Nacional y Regional, para reunirse por la tarde. Por lo pronto, Alfredo, que pertenecía al Comité Regional, acudiría a la barbería del compañero Rodríguez, del mismo comité, para avisarle y hacerse cargo del sello, que aquél guardaba, pues los sellos y la documentación no los tenían en los locales, dada la inseguridad.

Fernández quedó en subir a Gracia a fin de encontrar a Pestaña en el puesto de ropa infantiles que su esposa tenía en los Encantes del mercado de aquella barriada. María, la valiente compañera de Pestaña, se había decidido a buscar aquella manera de ganar unas pesetas, pues no podía contar jamás con una regular ayuda de su esposo Ángel, dado que, cuando no estaba en la cárcel, le andaban buscando. Este caso de Pestaña no era aislado; la mayoría de las mujeres de los sindicalistas activos sabían bien que eran ellas las que tenían que ganar la mayor parte del dinero para mantener la casa.

Sudoroso pero sonriente llegó a la redacción un cartero, que dejó encima de la mesa un buen paquete de cartas y periódicos, y, quitándose la gorra de uniforme, se quedó mirando la corona real que entonces llevaban aquellos empleados en la visera, y dijo:

—Me parece, me parece, que no tardaré en quitarme esta corona.

Esta predicción hizo reír a todos, pero con una risa francamente aprobatoria.

Fueron juntos Alfredo y Santiago hasta la plaza de Cataluña, donde el corredor de anuncios penetró en la estación del tren de Sarria para trasladarse a Gracia y Alfredo subió hasta la calle de Borrell, donde tomó un autobús de la compañía Roca, que le condujo rápidamente hasta la puerta del Hospital de San Pablo, donde descendió. Frente al hospital, en la entrada de la avenida Gaudí, estaba la barbería de los hermanos Rodríguez. Cuando entró Alfredo, los dos hermanos estaban afeitando a los clientes. En un rincón estaba sentado un posible cliente leyendo el periódico. Sentóse Alfredo como para esperar turno. Juan, el barbero que pertenecía al Comité Regional, con un signo casi imperceptible, señaló al cliente que leía el periódico, esperando turno. Alfredo comprendió que, por lo menos, no era de confianza. Lo observó y sacó la consecuencia de que era un policía. La costumbre de bregar con ellos hacía que, aun sin conocerles, supiera «sentirlos» y ello porque, acaso por deformación profesional, todos los policías acababan por tener un tipo especial. Cuando el barbero Juan terminó con el parroquiano que tenía entre manos y éste dejó libre el sillón, el sospechoso «cliente» fue invitado a pasar a ser servido, pero dijo que no, «que quería ser servido por el otro barbero», el cual, sin duda, tenía para rato, porque estaba enfrascado en un meticuloso corte de pelo. Esto acabó de convencer a Alfredo sobre la personalidad de aquel tipo y optó por jugar fuerte y rápidamente. Por ello se sentó tranquilamente en el sillón y dijo: «La barba». Y mientras el barbero le colocaba calmadamente la bata blanca y el paño, le dijo, casi por señas: «El sello». El barbero, que era hombre lleno de recursos, le dijo en voz alta:

—¿Prefiere el agua templada, como de costumbre?

Alfredo asintió del modo más natural posible. El barbero tomó la taza y se adentró en la trastienda, saliendo al poco rato con agua... fría. Inmediatamente empezó a enjabonar las mejillas de Alfredo... que estaba perfectamente afeitado desde aquella mañana.

En un momento determinado, inclinándose un poco para enjabonar la mejilla izquierda, deslizó el sello en el bolsillo de la chaqueta de Alfredo. Después, con el revés de la navaja, le quitó el jabón de la cara, repitiendo la operación, como

es costumbre. Para pagar Alfredo entregó al barbero una peseta... en plata, y el fígaro le devolvió diez monedas de diez céntimos. Alfredo dejó veinte céntimos sobre el mármol del lavabo. El cliente sospechoso no hizo el menor gesto para sentarse en el sillón vacío.

Alfredo salió a la calle y a los pocos pasos volvió la cabeza y vio que el policía salía a la calle. Alfredo apretó el paso. El policía hizo lo mismo. No cabía duda de que había visto el juego y que iba a por él. No sabía qué determinación tomar. Dejarse detener en aquellas circunstancias era ridículo, pero no veía la manera de evitarlo, pues, como de costumbre, no llevaba arma alguna que podría haber usado para intimidar al policía o producir una alarma. Mientras tanto seguían avanzando los dos hacia el templo de la Sagrada Familia. Como el policía parecía querer guardar las distancias, sin decidirse a alcanzar a Alfredo, supuso que, acaso, no quisiera más que seguirle hasta encontrar una pareja de guardias en que apoyarse.

Pero indudablemente los hados eran propicios, por entonces, a las izquierdas. Un ruido de motor hizo volver la cabeza a Alfredo y vio que se aproximaba un taxi de vacío, hacia el centro de la ciudad. La reacción fue inmediata. De un gesto le mandó parar y ya estaba dentro del coche antes de que estuviera completamente parado. Con voz recia y decidida, dijo al chófer:

—Servicio de la CNT. A la redacción de la *Soli*, en la calle Nueva de San Francisco. ¡Aprisa!

El chófer, sin replicar, salió disparado. Por la ventanilla trasera pudo ver Alfredo cómo el policía quedaba parado en medio de la calzada. El chófer también lo vio por el espejo retrovisor, y dijo, riendo:

—Ése se ha quedado viendo visiones.

Hablaron durante el trayecto. También el chófer veía marchar las cosas rápidamente.

—Si ahora no se proclama la República —dijo—, quién sabe cuándo tendremos otra ocasión.

Cuando, al llegar, Alfredo preguntó el importe del trayecto, el chófer no quiso cobrar nada, diciendo:

—Nada, ni hablar. Yo también soy compañero y algo hay que hacer, cada uno en su esfera.

Se despidieron dándose un apretón de manos.

En la *Soli* ya era grande la animación. Estaban casi todos los redactores y muchos curiosos. Por teléfono y personalmente, se había procurado avisar a la mayoría de los componentes de los Comités Local, Regional y Nacional, para reunirse a las cuatro de la tarde. Ya estaba allí Fernández, quien le explicó que había encontrado a Pestaña, tan en las nubes como siempre, acabando de montar el puesto de su compañera. Alfredo explicóle a su vez el episodio del policía y el taxi. El agudo Santiago fue, una vez más, zahori.

—Sin darte cuenta —dijo—, has hecho la primera incautación social de Barcelona. Con el tiempo, seguirán otras muchas.

Este Santiago era un pozo de ideas prácticas, que parecía sacar del bolsillo, de la manera más fácil. Fue él también quien propuso que se pidiera a las dos emisoras de radio de Barcelona que emitieran, a la hora de comer, un aviso de la Confederación convocando a la reunión de la tarde. Acto también revolucionario en aquellas circunstancias y que era completamente inédito. Las emisoras no pusieron inconveniente alguno y radiaron el aviso, que, en realidad, quedó un tanto apagado por los otros acontecimientos que se atropellaban magistralmente.

Cuando subía por las Ramblas, camino de su casa, ya le parecía que la animación era mayor que de ordinario, y, sobre todo, diferente. Parecía como si cada persona con la que uno se cruzaba sonreía confidencialmente, dando a entender que también estaba en el secreto.

Por las calles del Carmen, Doctor Dou, Peu de la Creu y Joaquín Costa, había corrillos en los que se discutía alegremente. Ya en la calle de la Luna, la gente se saludaba de acera a acera y de balcón a balcón, y la palabra «república» estaba en todas las bocas. Y Alfredo, siguiendo en la higuera, se dijo: «No habrá más remedio que proclamar la República...», sin darse cuenta de que

aquellos ya era un hecho. Fueron sus hijos quienes se lo dijeron. Primero, al verle llegar desde el balcón donde estaban, le hicieron grandes gestos, que él no acababa de comprender. Después salieron a la escalera para recibirle mientras gritaban:

— ¡La República! ¡Companys ha proclamado la República!

Entró en el piso, abrazando a los pequeños. Su esposa le confirmó la noticia, pues la radio lo había dicho y lo repetía cada diez minutos: «El señor Companys, desde el balcón del Ayuntamiento, había proclamado la República en España».

Todas las ventanas del patio interior estaban abiertas y los vecinos se felicitaban mutuamente. Por la parte de la calle, los balcones estaban llenos de gente que gritaba su alegría.

Calmóse un tanto la algarabía, sin duda por haberse sentado a la mesa la mayoría de los vecinos. Pero, de pronto, nuevo revuelo. Los aparatos de radio, en catalán, empezaron a llamar la atención de los ciudadanos y en seguida se dio lectura de la proclamación de la República catalana, desde el balcón de la hasta entonces Diputación Provincial. Esta proclamación la acababa de hacer Francesc Maciá, el hombre más popular por entonces en toda Cataluña.

El vecino de enfrente apareció en la ventana:

— ¿Ha oído, Alfredo?

— Sí.

— ¿Y qué le parece?

— Pues, la verdad, no me acaba de gustar. No es que me asuste la República catalana, pero preveo que no será viable porque a ello se opondrán la mayoría de los políticos, incluso en Cataluña misma, y, además, el hecho podría inducir a los militares a echarse a la calle. En fin; ya veremos lo que ocurre.

— Acaso tenga razón — respondió el vecino.

Acabó de comer rápidamente y se fue a la calle, no sin antes recomendar a los chicos que no se alejaran de la casa, por lo que pudiera ocurrir.

En la vía pública seguía la animación y se discutía mucho en los numerosos grupos. Alfredo fue al café del teatro Español. Aquello bullía materialmente. Todas las peñas estaban al rojo vivo. Dos proclamaciones de República en una hora era cosa muy fuera de lo normal. Se discutía en pro y en contra, y, sobre todo, inquietaba la actitud que pudiera tomar la guardia civil y el ejército. Los que habían pasado por delante de cuarteles afirmaban que las puertas estaban cerradas y la guardia exterior reforzada. Lo mismo ocurría en los cuartelillos de la guardia civil. Corría el rumor de que unos capitanes republicanos se habían apoderado del castillo de Montjuïc, deteniendo al gobernador del mismo. Los guardias de seguridad seguían prestando su servicio en la vía pública, como si nada ocurriera.

A la peña que frecuentaba Alfredo llegó, muy agitado, Pere Foix, pidiendo que acudieran refuerzos a la casa central de Correos, donde Ricardo Escrig había destituido al director y se había sentado en su sillón, pero que temía que el alto personal de los empleados le echaran a la calle, ya que el personal no parecía muy decidido. Alfredo se levantó y lo mismo hicieron otros varios, y al salir a la calle quedaron sorprendidos al ver que un grupo de más de veinte jóvenes esperaban impacientes a Foix. Alfredo le observó:

—Pero, escucha, Pere, ¿por qué no has protegido a Escrig con esas huestes que te siguen?

Rió Foix:

—Verás; nosotros tenemos otra misión más importante, que no quiero decir, porque queremos la satisfacción para nosotros.

Y encarándose con el grupo, les gritó:

—Anem-hi, nois!

Y se fueron todos, casi corriendo, Paralelo arriba.

Alfredo y Santiago Fernández, seguidos de otros cuatro tertulianos, tomaron un tranvía de la línea 29, que los condujo hasta Correos. Entraron en el edificio y no vieron nada alarmante. Preguntaron por Escrig y un ordenanza contestó, muy serio, que «el señor director tenía mucho trabajo». Santiago le agarró

cariñosamente por un brazo, le llevó aparte, y le habló unos instantes. Se alejó el ordenanza y Santiago dijo que ya veían qué fácil era convencer a un «cancerbero» de guardarropía, pero no quiso decir lo que le había hablado. Casi inmediatamente apareció Escrig, sonriente y sin mostrar ansiedad alguna. Repartió apretones de manos y quedó sorprendido ante la misión protectora que se proponían ejercer los recién llegados.

—Sí —dijo—, ha habido unos momentos de flotación en el personal, pero todo ha quedado arreglado a la llegada de una comisión de carteros que manifestaron claramente que reconocían al nuevo director y que entendían que todo el personal haría lo mismo. Los altos empleados se lo tuvieron por dicho y ya la tranquilidad era completa y los servicios funcionaban normalmente. Como premio a su ofrecimiento, Escrig les comunicó lo que acababa de saber directamente de Madrid, por los propios servicios telegráficos. El gobierno provisional republicano acababa de salir de la cárcel y se aprestaba a tomar posesión de los edificios oficiales. El rey iba a firmar su abdicación y salir para el extranjero, probablemente Francia. Se había telefoneado a Indalecio Prieto y a otros republicanos que estaban en Francia, para que volvieran a España a ocupar los cargos oficiales para los que habían sido designados.

Con estas buenas noticias, Alfredo y Santiago se fueron al local del Sindicato de la Construcción, en la calle de Mercaders, donde tenía que celebrarse la reunión de los comités directivos. En la mayoría de balcones y ventanas colgaban banderas republicanas —rojo, amarillo y morado— y catalanas de las cuatro barras rojas.

En el Sindicato de la Construcción la animación era ya extraordinaria. La noticia de la reunión había corrido rápidamente y estaban allí no solamente los que tenían derecho a asistir sino muchos otros curiosos o entusiastas. No faltaban, claro está, los faístas, dispuestos, sin duda, a hacer su trabajo. Alfredo buscó a sus compañeros de la junta del Sindicato de Artes Gráficas, y cambiaron impresiones sobre la conducta a seguir. No había discrepancias; todos creían que había que apoyar a la República, por lo menos durante el tiempo preciso para que se fortaleciera o pasara un posible peligro reaccionario o militar. Siguió Alfredo captando opiniones. Pestaña, Peiró, Piñón, Alfarache, los

hermanos Vidal, Señé, Suñer y tantos otros coincidían con el criterio de Alfredo. Éste habló a algunos de ellos del peligro de dejar intervenir en la discusión que iba a tener lugar a los incontrolados de la FAI. Peiró le dijo que sería peligroso oponerse, pues era difícil discriminar entré tanta gente, pero que confiaba que al final se impondría el buen sentido.

Por una vez empezó la reunión antes de la hora prevista. Como temía Alfredo, entraron en el salón-teatro no sólo los componentes de los comités y juntas de los sindicatos, sino cuantos estaban por allí. Inmediatamente se enzarzó la discusión entre quienes querían apoyar a la República y los faístas, que declaraban sin ambages que todos los gobiernos eran iguales, y que como la finalidad de la organización era el comunismo libertario, nada teníamos que hacer en un régimen burgués. Después que cuatro o cinco de aquellos energúmenos habían dicho todos lo mismo, y como habían pedido la palabra dos buenas docenas de «compañeros» desconocidos, Alfredo propuso que, como se trataba de una reunión de comités y juntas, lo natural era que sólo hablaran quienes pertenecieran a dichos organismos, y, a poder ser, uno por cada junta o comité. Se produjo un jaleo bastante regular, y abundaron los gritos y los insultos. En un momento en que el presidente del acto logró un relativo silencio a fuerza de golpear sobre la mesa, manifestó que la proposición era tan lógica que no tenía más remedio que ponerla en práctica inmediatamente, sin discusión posible. Nuevos gritos y escándalo que ahora no llevaban camino de terminarse fácilmente. Entonces Peiró avanzó por el patio de butacas y se encaramó hasta el escenario. Su figura rechoncha se presentó ante el público, dirigiéndole una mirada dura, enérgica, verdaderamente dominadora. Sin gestos ni palabras, con su sola presencia, logró prontamente que se hiciera el silencio. Fue corto y ceñido en sus palabras. Dijo que, quisieramos o no, la República era un hecho, y que si la CNT no se manifestaba, lo que se tuviera que hacer se haría sin ella o acaso contra ella.

—Debemos dar crédito a los hombres que se disponen a gobernar. No podemos olvidar que nuestra organización tiene sus compromisos con los republicanos (alusión al Pacto de San Sebastián); y terminó con lo que era el golpe final e irrefutable: Pero, además, tenemos nuestros presos, por

centenares, que a estas horas, en cárceles y presidios, esperan impacientes a que hagamos lo preciso para liberarlos. En nuestras manos está el sacarlos inmediatamente. Quienes no lo quieran, que lo manifiesten y asuman la responsabilidad.

Siguió un silencio de expectación. Alfredo pensaba: «¿Qué irán a decir, ahora, los faístas?». No dijeron nada. Tampoco los indecisos se atrevieron a manifestarse. Entonces, Vidal, de Artes Gráficas, sin ni siquiera pedir la palabra, se levantó y dijo:

—No hay más que un camino: declarar, para mañana, la huelga general pacífica, a fin de impresionar a los militares y a las fuerzas reaccionarias; declarar que la CNT saluda a la República, esperando que adopte un contenido democrática y social, y que una comisión vaya a entrevistarse con Maciá para pedirle la libertad de los presos políticos y sociales de la cárceles y presidios sitos en Cataluña, y que envíe un telegrama urgente al gobierno republicano de Madrid en este mismo sentido.

Antes de que el presidente acabara de formular la pregunta de aprobación o rechazo, un clamor de aprobación surgió de la sala, apagando los tímidos gritos de disconformidad de los de la FAI.

El presidente del acto, con mucha mano izquierda, dijo:

—Los comités se reunirán ahora mismo y tomarán las medidas oportunas para el cumplimiento de lo acordado. Se levanta la sesión.

Surgieron todavía algunas protestas e incluso algunos pidieron la palabra, pero presidente y secretarios habían abandonado ya la mesa y los reunidos estaban en pie, formando coros que empezaban a discutir, mientras otros iban saliendo lentamente.

En la gran secretaría se reunieron los tres comités superiores. Se pusieron rápidamente de acuerdo. Una comisión acudiría a visitar a Maciá y a arrancarle la orden de libertad para los presos. La huelga no afectaría a los servicios públicos ni a la alimentación. Se redactaría un manifiesto que se propagaría lo antes posible por la radio y por la prensa de la misma noche. Pestaña quedó

encargado de redactar el manifiesto. Peiró, con dos más, salieron en busca de Maciá.

Media hora después, Pestaña seguía emborronando cuartillas y no parecía tener ánimos de acabar. Alfredo no podía contener la impaciencia, y habló con un grupo de dirigentes:

—Ángel parece que no lleva trazas de acabar. Un manifiesto largo no lo va a leer nadie en estas circunstancias. Lo que necesitamos son media docena de consignas claras, de un minuto de lectura y que quepan en una octavilla.

Todos estuvieron de acuerdo. Alfredo se puso a escribir y acabó en pocos minutos. Su escrito era claro y conciso, como él lo creía necesario. El texto era el siguiente:

Manifiesto del Comité Regional de la CNT el 14 de abril de 1931

Al pueblo de Barcelona

Ha sido proclamada la República en España.

El Borbón ha tenido que dejar el poder.

Los ayuntamientos, las diputaciones, las oficinas de Correos y Telégrafos están en manos del pueblo.

Para afirmar estos hechos hemos de manifestarnos en la calle.

No somos entusiastas de una República burguesa, pero no consentiremos una nueva dictadura.

El pueblo debe estar dispuesto para hacer frente a una posible reacción de las fuerzas armadas.

Si la República quiere, realmente, consolidarse, tendrá que tener en cuenta la organización de los trabajadores. Si no lo hace, perecerá.

Como primera condición exigimos la inmediata libertad de todos nuestros presos.

Después de esto, lo más importante de todo, pondremos otras condiciones.

La Confederación Regional de Trabajadores de Cataluña declara la huelga general y se atenderá, en sus actos, a la marcha de los acontecimientos.

Por la libertad de los presos. Por la Revolución.

¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo!

Con el papel en la mano, Alfredo recabó silencio y dijo:

—Compañeros: La junta de Artes Gráficas cree que, de momento, lo que interesa es una hoja en la que se diga, en pocas líneas, lo que queremos y lo que hemos acordado. Después puede aparecer el manifiesto que está redactando el compañero Pestaña. Si aprobáis el texto que os voy a leer, se puede hacer imprimir rápidamente por millares de hojas y mandarlo difundir por la radio. Un texto largo no permitiría esta rapidez que reputamos muy necesaria.

Por aclamación se aprobó la propuesta y el texto. Pestaña, sin dejar su sonrisa, recogió las cuartillas escritas y se las metió en el bolsillo. Comprendía que jamás serían impresas.

Alfredo, en compañía de Sagrera, Prat y Vidal, subieron en el taxi de un compañero que se ofreció a conducirlos rápidamente a las redacciones de los periódicos a fin de que la orden de huelga apareciera en la prensa vespertina. El primer periódico al que acudieron fue La Nau, que dirigía el señor Rovira i Virgili, cuya imprenta estaba en la calle de Tallers, cerca de la de La Vanguardia. En los talleres encontraron al director, con el cual no fue fácil entenderse, porque, como era sordo y las linotipias estaban en marcha, había necesidad de hablar a grandes gritos. Alfredo optó por sacar al señor Rovira a la calle, cogido cariñosamente del brazo. Allí le entregó el original del manifiesto y le preguntó, casi por señas, si se podría publicar aquella misma tarde. Rovira leyó el papel y preguntó por qué se proclamaba la huelga si se

estaba de acuerdo con la República. Alfredo le explicó, como pudo, que, en el fondo, de lo que se trataba era de que el pueblo estuviera en la calle, a fin de impresionar a posibles veleidades de fuerzas de la guardia civil y del ejército. El director se dio por satisfecho y se adentró en los talleres a dar las oportunas órdenes. Allí mismo Alfredo encargó que se hicieran dieciséis moldes del manifiesto y que se enviaran a la tipografía Cosmos. Usando el teléfono de la imprenta de *La Ñau*, se puso de acuerdo con García, el jefe de la Cosmos, para que, tan pronto llegara el plomo, se procediera a imprimir manifiestos hasta que les dijeran basta.

A primeras horas de la noche acudirían compañeros a llevarse paquetes para repartirlos por toda la ciudad e incluso remitirlos al resto de Cataluña.

Dejaron el original en La Vanguardia, a un redactor que prometió entregarlo al director en cuanto llegara Seguidamente fueron a *El Noticiero Universal*, donde el señor Peris Mencheta, hijo, no puso ningún inconveniente y prometió que se publicaría en la edición que se estaba terminando de confeccionar. En *El Día Gráfico* y *La Noche*, encontraron al señor Pich i Pon, que pareció contento de la República. A Máríus Aguilar, que era el director, no sólo le pareció bien el manifiesto, sino que ordenó que se confeccionara de nuevo la primera plana de *La Noche*, que ya estaba en la estereotipia, a fin de que en ella saliera el manifiesto. Como estaba muy cerca, se fueron a *El Diluvio*, donde tuvieron la sorpresa de que el director, señor Claramunt, se opusiera enérgicamente a la publicación del manifiesto cenetista. El hombre, muy excitado, chillaba que aquello era sabotear a la «niña» (es decir, la República, según se decía en tiempos de la Primera República). Los comisionados insistieron en los argumentos empleados con el señor Rovira i Virgili, explicando al señor Claramunt que se trataba, precisamente, de garantizar los primeros pasos de la pequeña. No hubo medio de convencerle. Entonces decidieron entrar en los talleres a consultar el caso con el personal. Allí encontraron a Eduardo Sanjuán, redactor, el cual, al enterarse de la actitud del «Cubanito» (como llamaban al director), les dijo que volvieran con refuerzos y todo se arreglaría. Ello sería mejor que llegar a sacar al personal del diario republicano a la calle. Siguieron el consejo, se fueron al Sindicato de Artes Gráficas y a los quince minutos estaban de nuevo frente al señor Claramunt,

pero esta vez muy serios y todos con una mano en el bolsillo. El señor Claramunt comprendió en seguida de lo que se trataba y no dejaba de lanzar exclamaciones en un tonillo sudamericano, pues, a pesar de su apellido catalán, era nacido y criado en Cuba:

—Ahorita claro que sí se publicará. Ahorita sí. Pero eso no es libertad.

No encontraron inconvenientes en ningún otro diario. Cuando volvieron al local de la Construcción, que se había convertido en cuartel general de la CNT, encontraron un espectáculo inusitado. Hacía poco que habían llegado muchos de los presos que acababan de ser liberados de la Cárcel Modelo y de la cárcel de mujeres. Todo eran risas, abrazos y algunas mujeres lloraban. Pedro Foix, que había sido el «jefe de las fuerzas de la liberación», no cabía en la piel de gozo por el papel que le había tocado jugar en aquella memorable jornada. Alfredo logró arrancarle a sus admiradoras y le hizo explicar su hazaña.

A Foix y un buen número de gente joven les pareció que sería muy largo esperar las gestiones cerca de Maciá para poner en libertad a los presos. Además, Foix creía que era una cuestión de mucho prestigio que los presos salieran a la calle liberados directamente por sus compañeros del exterior. Así lo manifestaron a los capitos- tes que encontraron, los cuales no les dijeron que no, pero les recomendaron que obraran prudentemente a fin de no tener que lamentar víctimas. Y ya con esta especie de autorización, un grupo de unos veinte se dirigieron a la cárcel de la calle de Entenza, pasando antes por el café del teatro Español, a pedir refuerzos para la casa de Correos, donde creía que Escrig estaba en dificultad.

Cuando llegaron frente a la prisión, encontraron ya allí a muchas mujeres en actitud medio alborotadora. Eran madres, esposas, hijas y novias de presos. Al ver llegar al grupo de hombres, les rodearon rápidamente y todas a un tiempo quisieron explicar que no les hacían caso y que los presos no salían, y que sería cosa de tomar el edificio por asalto. Foix procuró calmarlas, y les dijo que en seguida iba a parlamentar. Efectivamente, se acercó a la puerta de la cárcel, que estaba cerrada y guardada por fuera por dos centinelas armados de fusiles. Cortésmente, pero en un tono autoritario, como es preciso hablar a los soldados, les dijo que tenía que hablar con el jefe de la guardia. Uno de ellos se

acercó a la ventanilla enrejada que daba al cuerpo de guardia y llamó a voces al cabo de guardia. Acudió a la ventanilla el cabo, preguntando qué pasaba. Foix explicó que tenía necesidad de hablar con el oficial que mandaba la guardia. Se internó el cabo, volviendo casi en seguida para decir a Foix que podía entrar, pero sólo él. Se entreabrió la puerta y Foix entró en el patio. En realidad, confesaba él mismo, no estaba tranquilo. Con el oficial que mandaba la guardia estaba también el director de la prisión, así como el administrador, amén de otros oficiales. A todos saludó Foix como antiguo «cliente». Se estrecharon la mano flojamente, esforzándose por sonreír. Sin más preámbulos, Foix expresó el deseo de que los presos políticos y sociales fueran puestos en libertad inmediatamente, puesto que los acontecimientos se precipitaban y era mejor proceder por las buenas que violentamente. El director dijo que él no podía hacer otra cosa que lo que le autorizaran desde Madrid, o, por lo menos, de la Presidencia de la Audiencia de Barcelona. Y eso, añadió, siempre que no se oponga el oficial de guardia. Este oficial explicó que si el director aceptaba la responsabilidad, él, por su parte, consultaría el caso con la autoridad militar. Entraron en el despacho del director a fin de telefonear al palacio de Justicia. El director marcó el número y se acopló el auricular a la oreja. Del palacio de Justicia le dijeron que por la tarde nada funcionaba en aquel organismo oficial. El director parecía contento de encontrar aquella salida que creía le sacaba del compromiso, pero antes de que colgara el auricular, lo tomó Foix y dijo al que estaba al otro lado del hilo que, puesto que el presidente de la Audiencia vivía en el propio domicilio, que le pusieran en comunicación con dicho señor, «antes —remarcó— de que sea tarde». Una voz intranquila respondió que no tenía orden en aquel sentido. Foix replicó secamente que si quien estaba al aparato no accedía a poner comunicación con el presidente, tendría que atenerse a las consecuencias. La voz, más intranquila aún, dijo:

—Espere; voy a consultar.

Siguió un silencio de un par de minutos. Después otra vez la voz, algo más tranquila:

—Oiga, señor; el presidente al aparato.

Foix pasó el auricular al director de la prisión. El diálogo fue corto. El presidente de la Audiencia dijo que si no se trataba más que de los presos políticos, la cosa podía hacerse, pero que era preciso que, previamente, le remitieran una lista. Foix, que entendía perfectamente lo que decía el presidente, pidió, con un gesto, el auricular al director y chilló:

—Señor presidente, los momentos no son propicios para formulismos. Yo estoy aquí comisionado por las nuevas autoridades (mentiras) y si usted no accede a que esas listas le sean remitidas a posteriori, no respondo de lo que pase aquí, y, según lo que sea, iremos inmediatamente a pedirle explicaciones.

—Bueno. Hagan lo que quieran. Yo me lavo las manos.

Foix devolvió el auricular al director, diciendo:

—Escuche a Pilatos.

Escuchó unos momentos el director, y dijo al oficial de guardia:

—Por esta parte arreglado. ¿Qué dice usted?

El oficial pidió telefonear privadamente. Los «civiles» salieron al patio, dejando solo al oficial. Éste salió muy pronto, manifestando que la autoridad militar no se oponía.

Ya era tiempo, porque en la calle la gente se impacientaba y empezaba a aporrear la puerta, mientras gritaban:

— ¡Libertad! ¡Libertad!

De acuerdo con el director, decidieron abrir la puerta exterior y dejar que los impacientes entraran en el patio.

Contra lo que esperaba Foix, las mujeres y los jóvenes hicieron una entrada harto calmosa, aunque en todas las bocas había la misma pregunta:

—¿Salen o no?

Foix recomendó calma, puesto que, como no era cosa de abrir las puertas a todo el mundo, se procedería a poner en libertad a todos los sociales y los

políticos, pero ordenadamente y cumpliendo las formalidades. No hubo protestas.

Con el director y el administrador entraron Foix y otro compañero. En el centro ya estaba una comisión de presos con unos papeles en la mano. Resultó que aquellos papeles eran las listas de los presos a libertar, que aquella comisión, tan diligente, había confeccionado mientras se discutía en el patio. Como las listas se habían confeccionado por galerías, el trabajo fue efectuado con una facilidad sorprendente, sobre todo porque los empleados, muy asustados, procedieron con una diligencia pasmosa. Por su parte, los que iban a ser liberados estaban ya preparados, con sus paquetes hechos y vestidos de calle. En menos de dos horas salieron todos los indicados, desarrollándose en el patio las naturales escenas conmovedoras entre los que salían y los familiares y amigos que los esperaban. El temor de la actitud de los presos por delitos comunes pasó porque, si no estaban contentos, no lo manifestaron.

En la vetusta cárcel de mujeres, de la Ronda de San Pablo, las cosas fueron más tumultuosas. Un grupo de mujeres y gente joven invadieron las oficinas y asustaron a los empleados y a las monjas. Si había guardia armada, no apareció por parte alguna. Mientras unos guardaban a la vista al personal, otras mujeres, que debían conocer la casa, se desparramaron por las salas, incitando a las detenidas a salir a la calle. Un tanto inquietas, las presas recogieron sus cosas y salieron a la calle. Allí no hubo discriminación ni formalidades. Salieron todas, quedando los empleados y las monjas muy preocupados por lo que les pudiera ocurrir.

Entretanto, la comisión que se entrevistó con Maciá obtuvo fácilmente una orden para que se pusiera en libertad a los presos políticos y sociales que sufrían pena en el presidio de Figueres. Inmediatamente salieron los comisionados y otros compañeros, en autos, en dirección a Figueres, portadores de la orden del presidente de la República catalana. Aquella misma noche estaban todos en Barcelona, mimados y agasajados por cuantos se apiñaban en el local del Ramo de la Construcción.

Hasta bien entrada la noche la animación fue extraordinaria en toda la ciudad, que ofrecía el aspecto de una gran fiesta popular. La fuerza pública había sido

replegada discretamente en sus comisarías. No hubo tumultos serios. Lo más espectacular fue que varios grupos de gente joven desfilaban por las calles más céntricas, marcando el paso, mientras cantaban: «Visca Maciá! Mori Cambó!», pero sin que a ninguno de ellos se le ocurriera buscar al líder de la Lliga Regionalista para aplicarle la pena.

Circulaban los transportes públicos abarrotados de gente del pueblo, que llegaban a subirse a los techos, portadores de banderas y pancartas alusivas a la nueva situación, y cantando el Himno de Riego y La Marsellesa. Desde luego a los cobradores de tranvías y autobuses no se les ocurrió cobrar el trayecto a ninguno de aquellos entusiastas usuarios.

Cerca ya de las tres de la madrugada, Alfredo entraba en el portal de su casa, y mientras subía la escalera, iba pensando: «Mientras no venga la policía a levantarme de la cama...».

El día 15 la huelga fue absoluta en toda Cataluña, pero el aspecto no era de lucha, sino de fiesta. Los servicios públicos funcionaban, los establecimientos de la alimentación estaban abiertos. El transporte era normal, si bien aún hubo mucho de aquello del día anterior, de subir a los tranvías y autobuses sin pagar billetes y cantando himnos republicanos.

Por la noche, en su casa, el hijo de Alfredo, con sus quince años, ya le manifestó francamente que aquel cambio de régimen él lo llamaba la «revolución en tranvía» y que las cosas habían venido demasiado fácilmente.

Apareció la prensa, y periódicos y radio difundieron lo que estaba ocurriendo en el resto de la península. En Madrid, el rey había abdicado (pero no renunciado a la corona para sí o para su descendencia) y se aprestaba a salir para Cartagena donde embarcaría para Francia en un navio de guerra. El resto de la familia real marcharía al exilio por carretera. La guardia civil dejó de ser una incógnita peligrosa, puesto que su jefe nacional, el general Sanjurjo, que había roto personalmente con el monarca, había aceptado la República, aunque antes de dos años después intentó derribarla.

Hacia mediodía, hubo en las Ramblas un espectáculo inusitado: dos compañías de carabineros, arma al hombro, desfilaron por el centro, detrás de un oficial

que ondeaba una gran bandera tricolor. El buen pueblo no cabía en sí de entusiasmo, aplaudiendo y dando vivas a la República.

Un episodio curioso y hasta cómico fue lo ocurrido en el Gobierno Civil. Aprovechando la confusión de los primeros momentos, el lugarteniente de Alejandro Lerroux, Emiliano Iglesias, hombre que había batido todos los récords de inmoralidad, reunió a unos cuantos ex-jóvenes bárbaros, y se fue al Gobierno Civil, echando al titular y sentándose en el sillón gubernamental. Allí siguió unas horas porque, en realidad, nadie había pensado en el Gobierno Civil. Pero un grupo de obreros del puerto, acaso por la proximidad, tuvo la ocurrencia de acercarse al caserón de la plaza de Palacio, a enterarse de quién era el nuevo gobernador civil. Su estupefacción fue grande al saber que allí estaba el sátrapa Emiliano, rodeado de sus fieles adictos. Como vieron que los lerrouxitas estaban armados y además había una guardia con fusiles, no se atrevieron a obrar por cuenta propia, pero telefonearon al Ayuntamiento explicando lo que ocurría. Jaume Aiguader, que ya era alcalde provisional, se fue personalmente al edificio de enfrente y comunicó la anomalía al propio Maciá. Todos estuvieron de acuerdo en que había que expulsar a Emiliano Iglesias. Entonces Maciá llamó a Companys y le encargó de ocupar el Gobierno Civil y seguir en el cargo. Se dijo entonces que Companys tuvo una verdadera decepción al ver el papel tan secundario que le había adjudicado Maciá, pues, al fin y al cabo, el paso decisivo lo había dado el propio Companys, al proclamar la República española, sin lo cual nadie podía afirmar que Maciá hubiera proclamado después la catalana. No obstante, Companys ni replicó y se dispuso a cumplir el encargo de *l'Avi*.

Llamó a su fiel chófer, Grau Jassans, y le ejicargó que reuniera un número suficiente de gente decidida para llevar a cabo aquella operación. Grau empezó inmediatamente a explorar el ánimo de tantos hombres como había por las salas, los pasillos y el patio de los Naranjos; pero se encontró con que casi todos tenían cosas interesantes que hacer. Sólo pudo reclutar a dos hombres ya maduros. Desde aquel principio pudo notarse que la mayoría de los que pululaban por los centros oficiales no tenían otra misión que «dejarse ver», a fin de encontrar acceso a los muchos cargos en perspectiva, pero sin exponerse a nada grave. La suerte para Maciá y los suyos fue que no hubo

necesidad de dar el pecho por aquellos días. Si la vida de la República hubiera dependido de la acción revolucionaria de aquellos republicanos, el nuevo régimen hubiera sido flor de un día.

Grau Jassans no se anduvo por las ramas. Fue al local del Sindicato de la Construcción a buscar refuerzos. Al principio no fue cosa fácil. Unos no le escuchaban, otros le dijeron claramente que allá se las arreglaran los políticos. Ya creía fracasada su gestión cuando apercibió a Alfredo en un balcón, que charlaba con algunos gráficos amigos y de la peña gráfica del café Español. Se fue decididamente al grupo y explicó la situación de Emiliano Iglesias sentado en el despacho del Gobierno Civil, y cómo había que ir a echarle y colocar en su lugar a Companys. El primero que aceptó fue Santiago Fernández, que durante todo el día no hacía más que lamentarse de lo fácil que resultaba todo. Pronto se apoderó de ellos el deseo de dar un buen disgusto al «Milianu», y, sin pensarlo más, fueron con Grau Jassans al palacio de la Diputación que desde entonces y hasta el final de la guerra civil se denominó de la Genera- litat. Allí ya esperaba Companys con los dos únicos esquerranistas decididos. Montaron todos en dos coches y en seguida estuvieron en el Gobierno Civil. En la puerta había dos guardias con fusil, pero con la disciplina un tanto relajada, puesto que estaban fumando y charlando tranquilamente. A la pregunta que les hicieron los guardias, los llegados afirmaron muy seriamente que habían sido llamados por el gobernador. Y sin más explicaciones emprendieron escaleras arriba. En el gran vestíbulo que da acceso al despacho del gobernador había una docena de ex-jóvenes bárbaros, fumando y bebiendo coñac. Todos parecían muy contentos. La llegada de aquel grupo capitaneado por Companys no les hizo ninguna gracia. Companys se dirigió a uno de ellos y le dijo que necesitaba hablar urgentemente con Emiliano. El hombre entró en el despacho y salió casi inmediatamente diciendo que «el señor gobernador civil no podía recibirlle porque tenía mucho trabajo».

—Yo también —replicó Companys.

Y se fue, decidido, hacia la puerta del despacho. Dos súbditos de Emiliano se plantaron ante la puerta como para impedirle el acceso al despacho. Companys, sin preocuparse, apartó a los defensores y abrió la puerta. Los acompañantes de Companys habían sacado sus pistolas y, sonriendo,

indicaban a los «bárbaros» que se apartaran, pues la cosa no era broma. Los ex-bárbaros no quisieron hacer ninguna barbaridad y permanecieron quietecitos. Companys entró en el despacho, seguido de Grau Jassans y un gráfico. Emiliano, blanco como el papel, se puso en pie y dijo:

—¿Por qué fuerzan ustedes la puerta?

—Porque esos de fuera no nos querían dejar entrar.

Otro lerrouxista que estaba allí hizo el gesto de llevar la mano al bolsillo trasero del pantalón. Grau, que no perdía un detalle, saltó a su lado y le dijo:

—Las manos quietas.

Emiliano, tragando con pena la saliva, volvió a hablar:

—Bueno, ¿qué quieren?

—Muy sencillo —dijo Companys—. El señor Maciá, presidente de la República catalana, me ha nombrado gobernador, y como a usted no le ha nombrado nadie, hará el favor de marcharse y dejarme el sitio.

—¿Y si no quiero?

—Será penoso, pero lo echaremos, y si es preciso, por el balcón.

La cara del Emiliano, de blanca se volvió verde. Miró desesperadamente a la puerta abierta y pudo ver que en el vestíbulo sus defensores eran mantenidos a raya por los que habían llegado, pistola en mano. El desenlace fue rápido y sin gloria para el lerrouxismo. El ex-diputado radical metió rápidamente en sus bolsillos unos cuantos papeles que tenía en un cajón y apartándose de la mesa, dijo:

—Que conste que sólo me iré por la fuerza.

Companys se le acercó calmamente, le cogió dulcemente por el brazo y le acompañó hasta la puerta, mientras decía:

—Puede usted dar fe de que le he obligado a salir por la fuerza.

Ya en el vestíbulo, Emiliano dijo:

—Esto no quedará así. Volveremos.

Y tomó escaleras abajo, seguido de sus amigos. Lo más curioso es que toda la escena había sido presenciada por un sargento de guardias, que no dijo una palabra ni hizo gesto alguno. Pero cuando Companys se sentó en el sillón gubernamental se acercó a la mesa, se cuadró militarmente, y dijo:

—A sus órdenes, señor gobernador.

Companys telefoneó inmediatamente a Maciá dándole cuenta de cómo había tomado el Gobierno Civil. Quince minutos más tarde llegaron un buen número de esquerranistas que ahora, por lo visto, ya no tenían más quehacer que ocupar puestos. De las «fuerzas atacantes» no quedó allí más que Grau Jassans, a quien Companys rogó que aceptara el cargo de secretario particular. El nuevo gobernador se despidió cordialmente de los sindicalistas, abrazándoles y afirmando que allí quedaba, a su disposición.

Alfredo pudo observar, antes de descender la escalera, que los últimos llegados se habían puesto a fumar los habanos y beber el coñac que los jóvenes bárbaros habían abandonado en su retirada...

La República catalana falleció casi antes de nacer. Maciá, después de proclamar la República catalana, se aposentó en el edificio de la plaza de San Jaime y se dispuso a formar su gobierno.

En Madrid la proclamación de la República catalana produjo un efecto desastroso. La alegría que había invadido a todos los republicanos y socialistas se vio nublada por aquel gesto de los «malditos catalanes». Se temía, acaso fundadamente, que los militares y la guardia civil reaccionaran contra el separatismo. Por ello, el flamante gobierno republicano acordó enviar una comisión oficial de republicanos a Barcelona para entrevistarse con Maciá y ver de convencerle de que dejara la cuestión catalana para discutirla en las Cortes Constituyentes, como se había acordado en San Sebastián. La comisión gubernamental la formaron Fernando de los Ríos, Lluís Nicolau d'Olwer y Marcellí Domingo, los cuales hicieron el viaje en avión. Las conversaciones entre Maciá y los llegados de Madrid fueron laboriosas en extremo, pero finalmente se llegó a un acuerdo por el cual en Cataluña seguiría un gobierno

provisional, llamado de la Generalitat, sin atribuciones determinadas, hasta que en las Cortes, próximas a ser elegidas, pudiera aprobarse un Estatuto de Autonomía de Cataluña. Se convino, también, que este estatuto, o mejor dicho, el proyecto, sería redactado por un Diputado General Catalana.

La Diputació General Catalana fue formada por la flor y nata de los catalanistas de la Esquerra Republicana de Catalunya, de la Lliga Regionalista y de Acció Catalana Republicana. Parece que fueron los hombres de esta última organización quienes se mostraron mejor preparados y marcaron la pauta para la confección del proyecto del Estatuto. Las reuniones tuvieron lugar en el monasterio de Núria, porque, según se dijo entonces, tenía el doble objeto de que el aislamiento y la paz de la montaña influyeran en el buen trabajo, a la vez que como cosa simbólica.

La República se preparaba a dar sus primeros pasos, que ya empezaron a ser difíciles. Pasada la primera sorpresa, los reaccionarios se aprestaron a sabotear, cuanto pudieran, al régimen recién nacido.

En Andalucía se negaba el trabajo a los braceros del campo, diciéndoles:

—Que os dé trabajo la República.

En otros sitios se disminuían los días de trabajo, alegando crisis, e incluso se llegó a cerrar algunos talleres. El gobierno no se atrevía a tomar medidas serias contra aquellos enemigos que empezaban a mostrar las uñas. En realidad, los socialistas y republicanos que gobernaban estaban llenos de prejuicios ultrademocráticos, repletos de legalidad y exuberantes de derecho. Y como los otros no tenían tales escrúpulos, la lucha resultaba desigual. Por otra parte, todo el mundo se dedicaba afanosamente a preparar las elecciones para las Cortes Constituyentes, de las cuales debería salir la Constitución. Como novedad máxima, se comentaba mucho que fueran a votar las mujeres, y no dejaba de haber expectación sobre el resultado de aquellos votos, lo mismo que el de muchos jóvenes que iban a votar por vez primera. Las derechas se las prometían muy felices por la influencia del clero sobre el elemento femenino y los caciques se preparaban a trabajar de firme para que no se repitiera el caso del 12 de abril. Sin embargo, el 28 de junio, las elecciones dieron un triunfo indiscutible a socialistas y republicanos.

Desde el día siguiente, el clero, muchos militares y los terratenientes empezaron a conspirar contra aquella República que se había implantado en el país de una manera tan pacífica...

Notas

1. Siempre, los anarquistas y sindicalistas sintieron repugnancia por la palabra “camarada”

2. Datos sacados de la Memoria de dicho congreso, y de la información de Solidaridad Obrera, publicada inmediatamente después de la celebración del mismo.

3. XV Congreso de la CGT (Amiens, 8-13 de octubre de 1906).

CARTA DE AMIENS

El Congreso Confederal de Amiens confirma el artículo 2.^º constitutivo de la CGT, expresando:

La Confederación General del Trabajo agrupa, fuera de toda escuela política, a todos los trabajadores conscientes de la lucha a emprender para la desaparición del asalariado y de la clase patronal.

El Congreso considera que dicha declaración es un reconocimiento de la lucha de clases que opone, en el terreno económico, los trabajadores en revuelta a todas las formas de explotación y de opresión, tanto materiales como morales, puestas en obra por la clase capitalista contra la clase obrera.

El Congreso precisa, por los siguientes puntos, su afirmación teórica:

En la obra reivindicativa cotidiana el sindicalismo persigue la coordinación de los esfuerzos obreros, la mejoría del bienestar de los trabajadores por la realización de mejoras inmediatas, tales como la disminución de las horas de trabajo, el aumento de los salarios, etc. Pero esta tarea no es más que una parte de la obra del sindicalismo. Éste prepara la emancipación integral, que no puede realizarse nada más que por la expropiación capitalista. El sindicalismo preconiza, como medio de acción, la huelga general, y considera

que el sindicato, hoy agrupación de resistencia, será, en el porvenir, el grupo de producción y reparto, base de la organización social.

El Congreso declara que esta doble tarea cotidiana y del porvenir es consecuencia de la situación de asalariados que pesa sobre la clase obrera, por lo que debe impeler a todos los trabajadores, sean cuales fueran sus opiniones o sus tendencias políticas o filosóficas, a considerar un deber el pertenecer a un agrupamiento esencial como es el sindicato.

Como consecuencia, en lo que concierne a los individuos, el Congreso afirma la entera libertad, para el sindicado, de participar, fuera del grupo corporativo, a formas de lucha correspondiente a su concepción filosófica o política, limitándose la organización a pedirles, en reciprocidad, no introducir en el sindicato las opiniones que pueda sustentar fuera de él.

Por lo que concierne a las organizaciones, el Congreso declara que a fin de que el sindicalismo obtenga el máximo de efecto, la acción económica debe ejercerse directamente contra la clase patronal. Las organizaciones confederales no tienen por qué preocuparse, en tanto que agrupaciones sindicales, de los partidos o sectas, que fuera o al lado puedan aspirar, con toda libertad, a la transformación social.

4. Landove y Cabello fueron fusilados en 1936 por los sublevados. Pérez Solís acabó siendo falangista.

5. Años más tarde, durante la guerra civil, el mismo Gamón le decía a Alfredo:

-¿Te acuerdas de la huelga de las ocho horas? Entonces yo estaba en la higuera.

6. Grupos de paisano armados formados en Cataluña, que al oír el toque de rebato acudían a defenderse de algún peligro; estaban constituidos en su mayoría, por personas acomodadas que solo velaban por sus propios intereses, dispuestos a colaborar con la policía para reprimir cualquier alteración pública.

7. Me parece, me parece, que el Tonet no ha querido ver al cabut, porque me parece, me parece, que el auto ya ha pasado hace rato.

8. En la época, los tranvías y autobuses no tenían puertas automáticas y los pasajeros podían subir o bajar del vehículo en marcha.

9. Alfredo estaba fichado en la cárcel, cuando lo de la muerte de Sallant, pero no por la policía.

10. El asesinato de Lola Bernabeu había metido mucho ruido. Lola acudía normalmente a una casa de citas sita en la calle Escudillers. Una tarde, en el curso de una juerga, la muchacha se negó a ciertas complacencias morbosas, por lo cual el solicitante, la arrojó por el balcón, matándola. De todo esto se hablaba, pero la presa no dijo una palabra.

11. Durante muchos años algunos intelectuales catalanes figuraron en las filas del Partido Socialista Español, que tenía afiliados, en número regular, en Reus, Sitges, Calella y Manlleu, y en Barcelona una Agrupación con no más de un centenar de afiliados, y un Centro en la barriada de Gracia, que, además, completaba una cooperativa de consumo. En una ocasión, en un congreso del Partido Socialista, Gabriel Alomar logró hacer aprobar una resolución en virtud de la cual se reconocía una posible federación de las nacionalidades ibéricas, pero jamás la dirección del Partido Socialista dio un solo paso para llevar el acuerdo a la práctica; antes al contrario, la dirección siempre se mostró de un centralismo exacerbado. Por ello pareció cosa natural la creación de la Unió Socialista de Catalunya, desligada de todo compromiso con el socialismo nacional. Entre los líderes de este partido catalán figuraban Comorera, Alomar, Serra i Moret, Campalans, Aleu y otros. La Unió Socialista de Catalunya llevó una vida modesta, sin masas trabajadoras. Era como un círculo de intelectuales. Cuando se presentaron las grandes luchas electorales de la República, la Unió Socialista de Catalunya pasó a ser un apéndice de la Esquerra Republicana de Catalunya, que incluía a algunos socialistas en las candidaturas. Más tarde fue absorbido por el nuevo Partit Socialista Unificat de Catalunya, en realidad comunista.

12. Téngase en cuenta que no había nada legislado en este sentido, aparte de la mitad del jornal en los accidentes de trabajo.